

HONORATO VAZQUEZ

LIBRO DE TOBIAS

3304
E868

1881.

V371

MEMORIAL DE MI DESTIERRO



CUENCA-ECUADOR

1935.

Tfp. de la Universidad.

PALABRAS DE CORAZON

Examinando papeles y compaginando originales del Doctor Honorato Vázquez, mi inolvidable tío, quien tuvo a bien confiarle gran parte de los que forman el presente libro, pude encontrar los que faltaban, con los que he completado, después de su muerte, este volumen, historia de la época más triste y dolorosa de su juventud:— destierro suyo al Perú, decretado por el Gobierno del General José Ignacio de Veintemilla.

Excusado decir con cuanto cariño habré emprendido la laboriosa búsqueda en abundantes manuscritos, a fin de colocarlos en su respectivo lugar, pero sintiendo al mismo tiempo, que a pesar de tan prolijo trabajo, quédese incompleta la obra, por ausencia de capítulos que debían integrarla.

El mejor trabajo que he podido hacer, y el que acaso lo he realizado con más interés y cariño, es la compaginación de LIBRO DE TOBIAS que hoy edito: será por las ternuras y honda delicadeza de sus páginas; acaso por el amor que palpita en ellas o porque es una rememoración de lo que he oído en mi niñez y me recuerda escenas dolorosas de la vida doméstica; no sé por qué estas páginas, diario del pobre desterrado, tienen para mí una seducción tan intensa, que no he po-

dido por menos que atreverme a presentarlas al lector con un modesto preliminar.

Mejores plumas debieron realizar este homenaje para que la obra quedara mejor acompañada; pero en el presente caso, no es la pluma mía la que trabaja sino mi corazón: he querido que junto a la tristeza del corazón proscrito que añoraba sin cesar a su madre y sus hermanas, y junto al desvelo y ansiedad de éstas por el llorado ausente,—no viniese sino quien, siendo corazón de un mismo hogar y partícipe de una misma pena, no quiere ceder puesto a un extraño en este libro tan de familia y de dolor casero. Intimidades de madre a hijo, de hermano a hermanas, deben ser acompañadas sólo por quien vió sufrir y llorar,—y acaso lloró y sufrió él también, siquiera al recuerdo de una época sombría,—a los pocos que quedan en el hogar de sus buenos abuelos, reviviendo escenas de angustia infinita de unos tiempos que, no por idos, dejan de estar presentes aún en ese dolor que arrancó tantas lágrimas, y que todavía humedece los mismos ojos, porque en el corazón ha quedado intacta la amargura en que rebosaba.

Recuerdos de una época tan aciaga, de angustias y medianía que nadie puede aquilatarlas, sólo deben tener junto a sí a alguien de la propia casa, de esa del desterrado, de la que la hiel del sufrimiento,—en lo poco que de éste llegaba en cartas al proscrito,—era dulzura para él, porque iba allí la ternura de su madre y sus hermanas, como venía la pena del ausente aunque disimulada y oculta.

Quienes tenan memoria del año 82, cuando la escasez agraria dejó indelebles recuerdos de miseria, sólo ellos podrán comprender lo que habrá pasado en hogares pobres como el de Vázquez, en

el que los suyos buscaban de todas maneras el pan que debía ir al desterrado, pan que venía tan escaso para todos. Pero el cariño se satisfacía con que el más necesitado tuviese lo que podía faltarle en suelo extraño; y así, la casa pobre se quedaba quizás sin lo poco que mandaba Dios a ella, para que ese poco fuese a ser hartura del resignado ausente.

Contar escenas de indigencia no viene al caso, pues nadie podrá justipreciarlas, sino quienes sintieron el horror de ellas en aquel año aciago y memorable, de duplicado dolor para el hogar de Vázquez.

De sentir es que el mismo que escribí este libro, tan lleno de todo dolor y belleza, no lo hubiese dado a luz después de sus ECOS DEL DESTIERRO, del que forma parte, para cuanto antes haber gozado de su lectura: así, su dueño lo habría realizado mejor y completado, sobre todo, en páginas que quedan trucas y en escenas incompletas de días de resignado sufrir. Mas, no por esto dejará de reconocer el lector que, con lo que se publica,—*Libro de Tobías* es de esos que enferman el alma, y se los aleja de los ojos, pero libros al que el alma vuelve de nuevo para entregarse a un apetecido tormento que se alivia con lágrimas. Si *Ecos del Destierro* no es todo él sino la expresión de la nostalgia que devora el espíritu por la ausencia y el ansia de abrazar a los suyos; *Tobías* es el compendio de las torturas que destrozaron aquel corazón que se iba arrancado del hogar y de la Patria por playas desconocidas; ánfora donde se han vaciado las lágrimas del desterrado—y que aún no se secan,—ante la pena de su proscripción y las desventuras que paladeara a cada paso, en esos días de hambre y sed de su peregrinar doloroso, para el cuerpo y

el espíritu.

Leerlo es para llorar con el relato de situaciones desesperadas, desde que dejó su casa hasta cuando llegó a Lima, en donde se tornó jornalero para buscar la vida durante sus días de desdicha imponderable. Y en medio a todo esto, qué paz la de su alma, qué resignación ante las adversidades, y qué insistencia en consolar a su madre y sus hermanas, las de quien era el más necesitado de consuelos!.... Es que pocas veces podrá encontrarse otro corazón tan lacerado desde su niñez, y al mismo tiempo más animado de espíritu de fe sobrenatural, fe que constituyó hasta su muerte algo como el aliento de su vida; fe con la que supo hacerse fuerte a las contrariedades que jamás le abandonaron; fe con la que se postraba ante Dios en acatamiento a sus designios soberanos, y con la misma que esperaba en venideros días de paz prometida después de la prueba.

Qué corazón tan bien formado, tan de una sola pieza por doquiera que él anduviese, en la augusta serenidad de una resignación más que humana, ante dolores que acaso sólo él soportó, y que jamás le vieron desmayar en las iniciativas de su juventud, que le volvieron luego uno de los hombres más célebres de la Patria. Así le educaron sus padres, sobre todo su madre viuda, esa señora de feliz inteligencia y mejor corazón para trazar la ruta de sus hijos y dar a cada uno de ellos, en sus enseñanzas maternas, un corazón igual al suyo, sano y lleno de toda virtud; y así correspondió Vázquez a los estímulos que le cercaban adentro del hogar.

Intima complacencia la que he sentido al poder contribuir de alguna manera a la publicación del presente libro, donde asoma la primitiva fisonomía del autor, desconocida por muchos, y qué

a muchos puede servir de asombro. Juventudes que así como la de Honorato Vázquez, se educan dentro de la idolatría a sus padres y sin excederse una línea de la ruta trazada por ellos,—que es la ruta del bien, cuando los padres saben de su misión,—son juventudes que prestigian el hogar y la sociedad.

Podría asegurarse que Vázquez no tuvo adolescencia, usando el vocablo como expresión de inquietudes y esparcimientos de los años mozos, en ese como desperdicio de ellos, cuando lo mejor se vuelve superfluo e improductivo. En efecto, vida de mayor disciplina, de envidiable convicción para cumplir los deberes de hijo y de ciudadano, de más severidad en todos sus actos; difícilmente puede hallarse, no diré hoy, sino aun en aquella época de la mocedad de Vázquez, cuando era casi general encontrar ídoles de tales condiciones, entre las que él ofrecía motivos de admiración que le granjearon el cariñoso respeto de sus amigos, la deferencia de sus maestros y la estimación de todos.

Formado así por los autores de su vida, y autoeducado por la reglamentación severa que él supo darse, no se le pudo llamar joven sino por la edad, con la que contrastaba su manera de ser de hombre proveyecto y experimentado por el tiempo. Mas, si envejeció tan presto para las exigencias sociales, en cambio, supo guardar su juventud en el alma hasta sus últimos días en la sencillez de sus costumbres, en la delicadeza de sus sentimientos, en la pureza de sus intenciones, que son distintivo de la juventud, la que no desapareció en Vázquez sino con él.

Envidia causan estos hombres que pasaron por el mundo con la diafanidad y transparencia de agua purísima, y con el silencioso andar de la luz que

VI

va calladamente derramando tantos bienes.

Su pasión por las letras, desde los primeros años, le recluyó en archivos y bibliotecas, no para simples lecturas de pasatiempo, sino para dar sustancia a su inteligencia ávida de ilustración, de esa que en el día ya no asoma sino en los que se formaron en aquellos tiempos de tanto saber y desconocida petulancia.. "Pocos de nuestros hombres públicos aprovecharon tanto como el Sr. Vázquez—afirma Nicanor Aguilar,—del *sol de la vida, la juventud*, que dice Quintiliano. A los cuarenta años hubiera podido morir, dejando su nombre tan bien sentado, y tan concluida su meritisima labor de letras, cual aconteció con un Balmes, un Donoso Cortés, un Ozanam".

Severo en todo, metódico en cualquier detalle, aun en sus días de extrañamiento, en los que cualquier otro hubiera aprovechado de ocasiones que se le presentaran para juveniles solaces; Vázquez prefirió, hasta a los deleites de la amistad, el encierro y la soledad para el cultivo de su inteligencia. Rara manera de ser, que extrañaba a la escogida sociedad limeña que se houraba de hospedar al proscrito ecuatoriano en su seno.

Aunque no está en mi propósito escribir la biografía del autor de este libro que lo harán plumas autorizadas, no quiero, sin embargo, dejar de consignar ciertos datos acaso desconocidos, relativos a su juventud, para completar, cuánto sea dable, lo concerniente a esta época de su vida, en la que acaso como en pocas, hay tanto que admirar.

Si cada aspecto de la múltiple personalidad de este hombre bueno da motivo para escribir volúmenes, ninguno otro tal vez como el que se refiere a su adolescencia, época en la que pocos hombres pueden atraer hacia sí las miradas del público. Raros los individuos que en los primeros años se des-

tacan con aquellas cualidades, prendas ya de la vida provecta. Váquez apareció desde niño cual raro ejemplo de austeridad de costumbres en el hogar y en la sociedad; y desde los primeros pasos en el camino de la existencia, lució cuantas virtudes privadas y públicas aureolaron sus sienes de patricio incomparable.

Vástago de progenitores de escasa fortuna, empleó desde estudiante algo como una autoformación para evitarles mayores sacrificios; y ayuda fué la que les diera, al no desaprovechar cuánto inculcaban ellos en su corazón, y así consagró todo su tiempo al estudio de lo que debía saber, en preparación para sus actuaciones estupendas. Cuántas amarguras ahorradas y cuántas economías significa para los padres la docilidad de los hijos buenos que reciben agradecidos sus dádivas abnegadas, y procuran corresponder a ellas en fructificación fecunda y cosecha opima de nobles acciones. El no supo de las exigencias que hoy emplean los hijos en la intimidad de la familia: sobrellevó su medianía con la resignación del que comprende que ella viene del cielo y que en ella se encierra más intensa la ternura de los padres, porque se moja de lágrimas, pero de lágrimas que trascienden a conformidad cristiana.

Excepcional la adolescencia del futuro Tobías: trabajó moralmente para sí mismo y por los suyos, ahorrándoles esa tesonera brega en que se empeñan otros para encauzar la índole de sus descendientes, convirtiendo, con dolor del alma, las dulces ternuras en adusta severidad.



El estudio de primeras letras lo hizo bajo la dirección de don Federico Guerrero, en la escuela

VIII

la que él por aquellos años dirigía, y a quien tanto deben la enseñanza primaria y las artes cuencanas. En un pequeño artículo que la gratitud y cariño de Vázquez han consagrado a su primer maestro, describe la pobreza de las escolares de entonces, que apenas tenían para su caligrafía más que penceas de magney y plumas de aves para escribir, tinta de hollín y arenilla.

Alma buenísima la de aquel maestro, como la pinta su discípulo en esta escena de su primer día de escuela:

“Llegado a mí, puesta la mano suya (criada para halagar a niños y a desvalidos) puesta con suave halago sobre mi cabeza, me dijo:

—¿Sabes escribir letras?

—Sí

—¿Palabras?

—Sí

—¿Qué puedes escribir?

—Esto,—el nombre de Ud.

Y en la azulada pencea escribí este inolvidable nombre:—*Federico Guerrero*.

“Apenas concluí, dos besos me cerraron los ojos, pero me los dejaron humedecidos de las lágrimas de esos ojos hechos para llorar por los niños”.

El 15 de Setiembre de 1864, Vázquez ingresó a la enseñanza secundaria, en el Colegio Nacional de Cuenca, esto es, a la edad de nueve años, pues su nacimiento tuvo lugar el 21 de Octubre de 1855. Excusado es decir con cuanto lucimiento llenó sus deberes de estudiante, distinguiéndose entre sus compañeros y mereciendo recompensas que pocos alcanzaban. Terminado su curso de Gramática, empezó el de Filosofía, y le tocó alternar en Física, por razones de economía de rentas, con alumnos de tal asignatura, la cual, siendo para ellos la última del ciclo estudiantil, era el primero para Váz-

quez. Junto con tres alumnos de aquellos, fue nombrado para presentarse en certamen público. Los compañeros, por emulación o vergüenza de acompañarse de un colegial tan piño, fueron a la imprenta e hicieron eliminar del programa el nombre del así burlado estudiante.

Al día siguiente por la mañana circulaban los programas sin el nombre de éste, y al certamen se presentaron sólo los tres autores de esta burla hostil. Don Manuel Jesús Vázquez, padre del alumno, reclamó ante las autoridades del Colegio, las que ordenaron que el alumno Honorato se presentase él solo a certamen, como así sucedió.

La burla hecha por sus barbados compañeros les fue contraproducente, pues el examen sostenido públicamente y con mayor concurrencia de oyentes sabedores del caso, resultó aplaudidísimo. Con tal motivo se le expidió al aprovechado alumno, por el Sr. Dr. D. Mariano Cueva, el siguiente diploma de distinción, autógrafo:

“República del Ecuador.—Lectorado del Colegio Nacional—Cuenca, a 15 de Julio de 1869.—Al alumno del Curso de Filosofía Sr. Honorato Vázquez.—La Junta Administrativa del Colegio Nacional de esta Provincia, tomando en consideración el lucido y brillante certamen del primer año de Filosofía que ha presentado U., honrando no solamente a la clase, sino a todo el establecimiento a que pertenece, tuvo a bien comisionarme para hacer de U. una mención honrosa, en el acto de la distribución de premios, a más del que justamente le ha correspondido en ella.

“Así, después de haber llenado la comisión en aquel acto público y solemne, dirijo a U. la presente nota, como un testimonio auténtico, del aprecio con que tan justamente le distinguen los superiores del Colegio, para que lo guarde U. como una distinción debida a los felices talentos con que le ha dotado el

Cielo, a su consagración al estudio y a la educación que ha recibido de los SS. sus padres. Reciba U. pues esta felicitación, como un estímulo, para ser siempre laborioso, honrado, lleno de virtudes y no abandonar este camino feliz, hasta llegar a un puesto, en que será U. una de las lumbreras de su patria.—Dios gue. a U.

Mo. Cueva."

Mejor galardón no podía esperar un estudiante tan joven, modesto y desvalido, pero que sobresalía ya por sus excepcionales dotes de talento y su exquisita cultura. Las últimas optaciones del documento preinserto se han cumplido al pie de la letra: el estudiante de entonces fue en seguida *lumbrera de la Patria*.

Reunidos, el año 1869, en uno solo ambos Colegios de Cuenca, Seminario y Nacional, continuó sus estudios bajo la dirección de los Padres Jesuitas; siendo su profesor de Literatura el Padre Roberto Sosa, de Matemáticas el Padre Garcés, y de Filosofía el Padre González Suárez, con quien desde entonces empezó la estrecha amistad que les ligó para siempre.

En 1871 murió su padre Sr. Don Manuel Jesús Vázquez, poeta y escritor desconocido por las nuevas generaciones, y su venerable madre Señora Dña. Francisca Ochoa, continuó con sacrificios imponderables la educación cristiana y la instrucción académica del hijo que, por obediencia y amor a ella, se abstuvo de ir al Colegio Militar como deseaba. ¡Con cuán noble sollado habría contado la Patria!

Aficionado desde niño a la pintura,—arte en el que dejó primores de pincel,—quiso dedicarse a ella, truncando sus estudios, para poder ayudar más inmediatamente a su madre desheredada con el pro-

ducto de su trabajo; pero la excepcional Señora, cuando el hijo la manifestó su intento díjole:

—“Ahí están las puertas de la casa: saldrás por ellas, si haces tal cosa, para no verte más; yo quiero que te eduques en la Universidad y esto he de conseguir a costa de cualquier sacrificio!” Y la ejemplar matrona, en medio de una vida de privaciones y esfuerzos, pudo atender a tantas necesidades de su familia, sin desmayar jamás en el dulce deber de formarla como debía, y al fin, como lucido remate de su labor, el hijo coronó espléndidamente la carrera en que ella le inició.

A la vuelta de su destierro, durante el tiempo que permaneció en su ciudad natal, pidió alojamiento en la más alta escuela del saber y la virtud, de toda la República, el Seminario de Cuenca, y allí, orgullosos de acogerlo, vivió largos meses del estudio y la oración, en compañía de Miguel Aguirre, de Cornelio Crespo Toral, de Jesús Arriaga, de Julio Matovelle, de Benigno Palacios, de Javier Landívar, de Federico González Suárez, de Adolfo Corral, de José María Landín, de Vicente Alvarado, que desempeñaban la dirección o el profesorado de aquel celeberrimo Plantel calificado de el *Port Royal* Católico, conforme la comparación lapidaria de Carlos Carbo Viteri.

En ese plantel, y en asocio de tan espléndido compañerismo, pensó Vázquez detenida y concienzudamente sobre su futuro temporal y eterno; y habiendo sido provocado algunos años antes por el Ilustre Obispo Esteves de Toral, a abrazar el estado eclesiástico, aquella insinuación no quedó sin eco en el alma impresionable del estudiante de entonces. En Quito ya el Sr. González Suárez, en el alto puesto al que le llevaron sus méritos, junto al Arzobispo Ordóñez, preocupóse de su querido amigo Honorato, y le escribió sobre el mis-

mo tema de sus inclinaciones al Santuario, y le invitaba al Seminario Mayor, dirigido entonces en la Capital por notables Lazaristas. El lector puede comprender con cuanta consciencia, prudencia y criterio buscaría Honorato Vázquez solución a esta faz, la más delicada de su vida, con el estudio de los ascéticos y el de sus propias propensiones; y muchos de quienes siguieron sus pasos, opinan cuerdamente que él no se decidió por el sacerdocio, nada más que en respeto a tan encumbrada situación sobrenatural y moral, siguiendo el ejemplo de otros altísimos espíritus que aterrizados de tanta dignidad la han rehuido.

* * *

En el año 1876, por el conocimiento que se tenía de su especial preparación para el magisterio, y siendo todavía alumno de Derecho, el Sr. Dr. D. Luis Cordero, por estimularlo en las letras, le hizo nombrar Profesor sustituto suyo de la clase de Literatura en el Colegio Nacional, con el siguiente encomiástico oficio:

“R. del E. —Rectorado del Colegio Nacional.—Cuenca, Octubre 15 de 1876.—Al Sr. Honorato Vázquez.

“Hallando en U. una persona en todo sentido competente para la enseñanza de Literatura en el Colegio Nacional de esta Provincia, tanto por sus luces, como por la dulzura de su carácter, y por su celo en difundir la ilustración en la juventud, he tenido a bien nombrarle catedrático sustituto de Literatura, y esperando quisiera aceptar este nombramiento, que será luego confirmado por el Supremo Gobierno, le suplico se sirva desde luego dirigir la clase, mientras el propietario que lo es el Sr. D. Luis Cordero, se halle ocupado en las complicadas tareas del

servicio público, en las actuales circunstancias, por su carácter de Jefe Político del Cantón. La renta de U. será la del propietario íntegramente, mientras esté a su cargo la mencionada clase.

Dios gue. a U.—Mo. Cueva”.

En 1878 obtuvo también el nombramiento de Profesor de la misma asignatura, con igual carácter, en los siguientes honrosos términos:

“Palacio Episcopal.—Cuenca-Ecuador.—Enero 21 de 1878.

Al Sr. Honorato Vázquez.—Conociendo sus sentimientos religiosos, su probidad e ilustración, tengo a bien nombrarle sustituto del Profesor de Literatura, asignándole la renta de veinte pesos mensuales que se le satisfará por el Colector del Seminario.

Dios qude. a Ud.,

Remigio, Obispo de Cuenca”.

Creo necesario transcribir la respuesta de Vázquez, a fin de que se aprecien cuáles eran sus sentimientos y su afán por servir a la juventud:

“Cuenca, Enero 26 de 1878.

Al Ilmo. y Remo. Sr. Obispo de la Diócesis.

En contestación a la apreciada nota de 21 de los corrientes, en que US. Ilma. se ha dignado nombrarme catedrático sustituto de la clase de Literatura del Seminario de esta ciudad; me es honroso manifestar a V. Señoría mis sentimientos de gratitud por los distinguidos términos con que he sido favorecido, y altamente satisfactorio aceptar el referido nombramiento, aun cuando mis débiles fuerzas, no guarden justa relación con los vivos deseos de mi alma tocante a la educación de la juventud.

XIV

*Con respeto besa los pies de V. Señoría vuestro
muy atento y obediente servidor.*

Honorato Vázquez "

En el año siguiente, se recomienda sobremadera porque, tomando en cuenta el desfavorable estado económico del Colegio Nacional, se ofreció a servir el cargo de Profesor interino sin percibir remuneración alguna, que bien la necesitaba el estudiante pobre y huérfano, a quien su desvalida madre no podía dar cuánto hubieran deseado su cariño y desvelo maternos. Véanse las comunicaciones al respeto:

"República del Ecuador.—Subdirección de Estudios del Azuay.—Cuenca, Mayo 11 de 1879.

Al Sr. Honorato Vázquez.

Siendo urgente la necesidad de separar las clases de Literatura y Filosofía racional del Colegio Nacional de esta ciudad, y contando con el patriótico ofrecimiento hecho por U. de servir gratuitamente la cátedra de Literatura; en uso de la atribución 2ª, art. 9º de la Ley Orgánica de Instrucción Pública, tengo a bien nombrar a Ud. para profesor interino de dicha clase.

*Dios y Libertad,
Juan Bta. Vázquez".*

"Sr. Subdirector de Estudios del Azuay.

Señor:

En contestación a la nota que US. se ha servi-

do dirigirme, nombrándome catedrático interino de Literatura, me cabe la honra de decir a US. que acepto gustoso dicho nombramiento; ya que cuando me ofrecí a servir este cargo, sin remuneración alguna, más no me propuse sino satisfacer el constante deseo que me ocupa de servir a la juventud estudiosa de mi país.

Acepte US. las consideraciones de su atento y SS.

"Honorato Vázquez.

Cuenca, Marzo 12 de 1879.

"República del Ecuador.—Rectorado del Colegio Nacional.—Cuenca, Mayo 2 de 1879.

Al Sr. Dn. Honorato Vázquez.

Tengo el honor de comunicar a Ud., que el Sr. Dr. Juan Bautista Vázquez, Subdirector de Estudios de esta Provincia, con fecha 25 del mes próximo pasado, ha transcrito a este Rectorado el siguiente oficio del Sr. Director General de Instrucción Pública: "Al Sr. Rector del Colegio Nacional:—En oficio de 19 de los corrientes me comunica el Sr. Director General de Instrucción Pública lo que en seguida copio:—"El Hble. Consejo General de Instrucción Pública, visto el apreciable oficio en el cual US. se sirvió pedir que se fijase el número de catedráticos que debían tener las enseñanzas de Filosofía y Literatura en el Colegio Nacional de Cuenca, ha tenido a bien acoger la indicación hecha por Ud., de acuerdo con el Sr. Subdirector de Estudios de la Provincia del Azuay. Por consiguiente, deben separarse las cátedras de Literatura y Filosofía Racional, rebajando a treinta pesos la dotación de los señores profesores, y a cuarenta la del Sr. Rector de aquel Colegio, a fin de que con es-

tas rebajas, se complete la renta del nuevo catedrático que se debe nombrar para la enseñanza de uno de los ramos mencionados. Sin embargo, esta disposición, según el H. Consejo se sirvió declarar, no regirá sino hasta que se apruebe el reglamento del expresado Colegio.—Lo que transcribo a Ud. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Dios gue. a Ud.—Pablo Herrera".—"Y yo lo hago a Ud. para los mismos fines.—Dios y Libertad.—Juan Bautista Vázquez".

Y de igual suerte lo hago yo a Ud., para los fines indicados y los que a Ud. convengan.

Dios y Libertad

Francisco Martínez Tamariz".

"Cuenca, Mayo 2 de 1879.—Al Sr. Vicerector del Colegio Nacional.—Señor:—Recibida su estimada nota de 2 de los corrientes, en la cual se digna transcribirme el contenido del oficio de 19 de Abril, dirigido por el Sr. Director General de Instrucción Pública al Sr. Subdirector de Estudios de esta Provincia, relativamente al señalamiento de sueldo para el Profesor de Literatura del Colegio Nacional; cábeme contestar a US.: que cuando acepté este cargo, por nombramiento del Sr. Subdirector de Estudios, la escasez de rentas de dicho Colegio no permitía señalar dotación alguna al profesor de la referida clase, y que así entré al desempeño de las funciones de catedrático de Literatura, impulsado sólo por el constante deseo que tengo de servir, en algún modo, a la juventud estudiosa de mi país, ofreciendo dirigir aquella clase hasta el término del presente año escolar, y sin remuneración alguna. Consecuente a lo a US. expuesto, renuncio el sueldo de treinta pesos mensuales, que, como a Profesor de Literatura en el Colegio Nacional, se me asigna, según los términos del citado oficio de 19 de Abril.

Lo que comunico a US. para los fines conve-

nientes.

*Dios que. a Ud.
Honorato Vázquez".*

Este proceder de quien tan desinteresadamente laboraba en favor de la juventud, no quedó sin el aplauso de las autoridades del Ramo y aun del Gobierno mismo:

"República del Ecuador.—Vicerectorado del Colegio Nacional.—Cuenca, Junio 2 de 1879.—Al Sr. D. Honorato Vázquez, Profesor de la clase de Literatura en el Colegio Nacional de esta Provincia.

"El Sr. Subdirector de Estudios, ha transcrito con fecha 30 del próximo mes pasado, el siguiente oficio del Sr. Director General de Instrucción Pública, cuyo tenor literal dice así:—"Al Sr. Rector del Colegio Nacional.—El Sr. Director General de Instrucción Pública, me dice con fecha 17 de los corrientes, lo que sigue:—"Por el estimable oficio de Ud., fecha 6 del presente mayo, quedo impuesto de que el Sr. Honorato Vázquez ha renunciado el sueldo que le corresponde como a Profesor de Literatura, y que Ud. lo ha destinado para concluir y mejorar los gabinetes de Química y Física. Altamente recomendable es la conducta de aquel joven que con tanto desinterés, desea servir a su país, y por lo mismo; esta Dirección, con verdadero agrado, aplaude los patrióticos sentimientos de que se manifiesta animado.....

Pablo Herrera.

Lo que me es sumamente satisfactorio transcribir a U., tanto para honra suya, como para los fines convenientes; permitiéndome felicitarle del modo más cordial y sincero, por los bien merecidos encomios con que la Dirección General de Instrucción Pública agradece a U. su desinterés y patriotismo".

XVIII

*Dios gue. a U.
Francisco Martínez Tamariz.*

"República del Ecuador.—Dirección General de Instrucción Pública.—Quito, a 7 de Junio de 1879.—Sr. Dn. Honorato Vázquez.

"Con fecha 5 del presente mes, me dice el H. Sr. Ministro de Estado en el Despacho de lo Interior lo que sigue:—“ Instruido el Supremo Gobierno de que, por acuerdo del Consejo General de Instrucción Pública se han separado en el Colegio de Cuenca las clases de Filosofía y Literatura, encargando la enseñanza de esta última al Sr. D. Honorato Vázquez, quien ha renunciado su sueldo en favor del mismo Colegio, S. E. el Presidente de la República me ha ordenado que, por conducto de US., se dé al expresado Profesor las más expresivas gracias por la abnegación de su procedimiento, con el que ha dado un testimonio de su desinterés y patriotismo, que le hacen digno de recomendación”.—Lo que tengo la satisfacción de transcribir a U. para su conocimiento.

Pablo Herrera".

*"República del Ecuador.—Sr. Dr. D. Pablo Herrera, Director General de Instrucción Pública.
Quito.*

Señor:

En contestación a su estimada nota de 7 de los corrientes, en que US. se digna transcribirme el oficio de 5 de los mismos, del H. Sr. Ministro de Estado en el Despacho de lo Interior, cábeme suplicar a US. represente a S. E. el Presidente de la República mi reconocimiento por el favor con que ha calificado un acto que no es acreedor a la estima con que S. E. lo ha honrado.

Además, honda gratitud me obliga a US. por el

interés que ha mostrado en el asunto que nos ocupa, y por los términos de distinción con que US. se ha dignado favorecerme.

*Dios gue. a US.
Honorato Vázquez".*

Cuenca, Junio 14 de 1879.

Si este desprendimiento de Vázquez le honra sobremanera, tal honra fue en aumento con el nuevo laudable paso que dió, al finalizar el curso escolar, queriendo que fuera un concurso el que llevase a la cátedra al triunfante en él: ¡qué hombres y qué tiempos!

"Cuenca, Octubre 3 de 1879.—Al Sr. Vicerrector del Colegio Nacional.—Señor:—Concluido el curso escolar pasado, terminó mi compromiso de dirigir la clase de Literatura en el Colegio Nacional; por consiguiente, hoy me dirijo a US. para indicarle que no puedo continuar en dicha clase, mientras no se abra el concurso de oposición a su asignatura.—Dios gue. a US.—Honorato Vázquez".

Noble actitud la del joven Profesor que así deseaba garantizar la enseñanza de la juventud, mediante una prueba que decidiera de la idoneidad del catedrático; prueba que no sé si llegaría a realizarse, pero Vázquez continuó al frente de su cátedra por exigencias de la Subdirección de Estudios, según oficio que conservo al respecto.

A su regreso del destierro—1882—volvió nuevamente a servir la misma cátedra, por renuncia del Sr. Julio Matovelle, hasta que en el año siguiente tuvo que concurrir como Diputado a la Convención de aquel por la Provincia de El Oro.

* * *

Vida de intensa labor científica y literaria la

que tuvo Vázquez desde su juventud, juventud que supo embeberla en cuanto debe atesorar el individuo para ser útil en los diversos planos de la vida pública. No contento con ser el encarrilador de las generaciones en la cátedra, quiso serlo también del pueblo, a cuyo fin fundó EL CORREO del AZUAY, en 1881, si de efímera vida, pero en el que puede apreciarse suficientemente cual era para Vázquez el concepto del verdadero periodismo, y cómo deben discutirse dentro de la nobleza de la prensa, aun las más agrias cuestiones políticas. Junto a la pluma de Vázquez están en aquella publicación las de Remigio Crespo Toral, de Julio Matovelle, de Rafael María Arizaga, de Miguel Moreno, de Alberto Muñoz Vernaza, de Luis Antonio Chacón, de Manuel Nicolás y de Francisco de Paula Arizaga, si he de nombrar sólo a los de casa.

En medio a esta nobilísima labor de prensa, no descendió los deleites de las bellas letras, y se le encuentra a Vázquez en el LICEO DE LA JUVENTUD, centro que dió a Cuenca y a la Patria cuanto de prestigioso ha ostentado la literatura ecuatoriana, prestigio que aún se mantiene en los últimos sobrevivientes de aquella época que pudiera llamarse de *ambición de saber*.

Fruto de aquellas intensas actividades fueron SÁBADOS DE MAYO, escritos en envidiable fraternidad con Miguel Moreno, el inseparable de Vázquez, ya por sus juveniles ilusiones, ya, sobre todo, por los dolores que les sobrevinieron después.... De este libro arranca para Cuenca una escuela literaria, de fisonomía tan local y de sentimiento tan morlaco, que nadie que no sea cuencano, dejará de encontrar en ella el corazón mismo del terruño. De esos dichosos tiempos son también LA LUCIÉRNAGA y LA AURORA, revistas de mucho mérito.

Estudios más serios ocupaban además al laborioso estudiante de entonces, y así dió a luz en 1876 sus CUESTIONES GRAMATICALES, primicias de una labor lingüística en que llegó a ser insuperable y maestro consumado, a la par de Cuervo, Caro y otros tan sabios como ellos. Entonces comenzaron sus primeras apuntes relativas a REPAROS SOBRE NUESTRO LENGUAJE USUAL, últimamente publicados en edición de escasos ejemplares, obra de imponderable valor, a la par que exponente de una erudición asombrosa en el conocimiento de la arquitectura de las lenguas, sus correlaciones y la verdadera acepción de los vocablos, cuyo uso correcto atestigua con la autoridad de los clásicos españoles con quienes se familiarizó Vázquez como pocos. CURSO DE ANÁLISIS LITERARIO, inédito aún, es otro monumental estudio escrito en plena juventud.

No sólo las letras seducían el espíritu de Vázquez, sino también los intereses de la Patria, en cuyo favor, como luchara en la prensa, quiso además hacerlo como soldado; y así se lo ve en 1876 salir en junta de un batallón que iba de Cuenca a contrarrestar la revolución de Veintemilla, en unión de Julio Matovelle y de Adolfo Corral, siquiera fuese con el honroso encargo de custodiar las 500 plazas que marchaban en defensa del orden constitucional.

Si se considera la vida social de Vázquez, difícilmente se encontrará otro que le hubiese sobrepasado en eso de ser fuente inagotable de cultura, ya en reuniones íntimas, ya en centros científicos, políticos o sociales. Casi siempre los individuos, aun los que pasan por cultos, agotan pronto ese como superficial acopio de maneras urbanas. Vázquez fue en esto algo como el prototipo del hombre sociable y amanerado: fácil para la respues-

ta oportuna; sagaz para vencer cualquier escollo; listo para la acometida caballerosa; inagotable para todo tema por arduo que fuese; en él había un acervo de delicadeza conquistadora y oportunidad envidiable para todo, dentro de una modestia nunca estudiada ni fingida. Ni las arduas polémicas patrióticas que fueron lo más saliente acaso de su acción, provocaron alguna vez un desliz de su pluma forjada en la convicción y retemplada en su cultura sin par; quizás el enemigo le tentaba al desvío en la serenidad, pero Vázquez no cedió nunca al indecoroso incentivo, y acalló al enemigo arrojándole flores allí donde éste esperaba un desahogo descomedido.

Digna de consideración, para probar las excepcionales prendas de este varón envidiable, es el acercamiento de recíproca simpatía con que supo vincularse con sus profesores y alumnos, hasta llegar a una fraternidad difícil a primera vista, por diferencias de edad. Como comprobación de esto, basta nombrar a dos eximios personajes que tan indisolublemente intimaron con Vázquez: González Suárez, su maestro, y Remigio Crespo Toral, su discípulo. Ambos encontraron en el joven estudiante el complemento para sus sentimientos y acción; y para apreciar cómo el ilustre Arzobispo defería al criterio de su discípulo, basta leer las cartas de aquel en que solicita el valioso y acaso definitivo concepto de Vázquez en difíciles y arduas situaciones del apostolado católico.

Lástima es que la modestia de ciertos hombres llegue al extremo de hacerles aparecer quizás inactivos en las mismas cosas en que tuvieron papel preponderante y destacado: así sucedía con Vázquez, cuya labor decisiva en muchos aspectos queda y quedará oculta, porque no quiso nunca presentarse como actor, y gustaba más de

que otro lo fuese.

* * *

Difícil será encontrar vida más laboriosa que la de Honorato Vázquez en su juventud, sobre todo en cuanto respecta al estricto cumplimiento de sus deberes y a su autoeducación que él supo hacerla, mediante las más severas y provechosas disciplinas. Aquellos esparcimientos de los primeros años, de los que nadie se libra en el gran mundo, no llegaron a turbar su espíritu sustrayéndole el tiempo ni menguando las sencillas prescripciones de su madre: desde niño se apegó a ella, a sus hermanas, a su casa—centro de todos sus afectos,—y de los suyos no le separó nadie sino su vehementemente patriotismo y al fin, la muerte.

El sabía, desde tan joven, que el hogar da al corazón cuanto él necesita para formarse en el bien, y allí buscaba el consejo y el ejemplo de sus íntimos allegados, empapando el alma en esa atmósfera de buenas y saludables costumbres, al calor del materno corazón y de ternuras fraternales. Sumiso y cariñoso, del hogar no salía sino para sus obligaciones de estudiante, y luego, por escaso tiempo, para recibir lecciones y consejos del inmortal González Suárez, quien, encontrando en Vázquez la promesa de un hombre superior, y conociendo la pobreza de su madre que no permitía proveer al hijo de cuanto necesitaba para su formación, hubo de franquearle su biblioteca para que tuviera libros de estudio y de consulta, a más de su enseñanza personal. El verdadero maestro, el cariñoso mentor de Vázquez fue el ilustre González Suárez.

Las únicas salidas de su casa eran para ir donde este varón bondadoso que ejercitaba cari-

XXIV

dad de ciencia y consejos con el desvalido estudiante. Si alguna vez—lo que era raro—Vázquez se extralimitaba de la hora señalada para el regreso al hogar, porque sus tareas le retuvieran donde el señor González,—su austera madre le reprendía por meras sospechas de que, a pretexto de estudio, hubiese habido otros motivos para la demora. Y Vázquez, sumiso a su madre, jamás anticipaba justificaciones, y escuchaba sin proferir palabra alguna, cuanto la buena señora creía conveniente reprender al hijo o inculcar en su corazón. Muchas veces, viendo sus hermanas que la reprensión era sobrada, y sobre todo innecesaria por hijo tan ejemplar, salían del aposento para ver si así terminaba la lección maternal, la que no daba fin sino cuando la austera madre juzgaba que debía hacerlo. Entonces sí hablaba el hijo, pero sólo para explicar el motivo de su tardanza, que no había sido otro que sus mismos estudios prolongados algunas ocasiones. Y cuando las hermanas le reprochaban por no haberse justificado oportunamente, él las contestaba que no era justo obstar el derecho de la madre ante sus naturales temores; y que para él eran necesarios esos desahogos, porque eran brote de la solicitud maternal, y porque sus deberes de hijo le exigían el aprovechamiento de sus consejos. ¡Cómo educaban los padres y de qué manera correspondían a esa labor los hijos antaño!...

Después de la veneración a su madre, el cariño a sus hermanas: ejemplo ha sido el hogar de Vázquez de las vinculaciones del corazón con los suyos. Madre y hermanas han sido para él lo más santo y querido de su vida, lo más suyo, lo más inolvidable; dentro o lejos del hogar, jamás disminuyó el afecto para ellas, y, al contrario, se avivó más cada día. Desde su destierro al Perú, has-

ta la última prolongada ausencia a España en defensa de la Patria,—su correspondencia epistolar continuada, tenaz en venir a su casa, probando está la manera como Vázquez quiso a los suyos. Y juzgando que el complemento de este libro de tristezas deben ser sus cartas del destierro, las doy a luz en el Apéndice: así se completa esa época de la vida de Vázquez que tuvo tanta niebla y tanta sangre para ese corazón tan bueno, como preludio doloroso de venideros años, que tampoco habían de traerle mejores cosas, porque.... así lo quiso Dios!....

Entre estas páginas de dolor y amargas rememoraciones de hogar, también hallará el lector elevaciones del espíritu a lo Alto,—maravillosos paréntesis de oración,—en Salmos que bien pudieran estar entre los mejores del Rey Profeta.

Unción, delicadeza, ternura, todo ello dentro de un profundo amor a Dios,—tienen esos capítulos en los que el alma del proscrito supo hacer de su dolor cántico elevado a Dios, como halo del corazón que, antes que desfallecer al dolor, pudo vigorizarse en el mismo dolor, sobrellevado con resignación y trocado en hoguera inextinguible de ese como holocausto que hacía a Dios de su lacerada vida.

Leyendo esos soliloquios con lo Alto se siente la misma emoción piadosa que causa la lectura del Libro de los Salmos, ya por lo sencillo del motivo, ya por la mística dulzura para extasiarse con Dios, como por la intensa fe con que el proscrito evoca al Señor, y cree y espera confiado en su misericordia, y le bendice en el sangrar del corazón que no anduvo sino en perpetuo dialogar con El, rendido ante El, seguidor de El, buscador de El en las estrellas, en las flores del campo y hasta en las arenas del desierto que cruzó.

XXVI

Tenaz ocultador de sus dolores, por dondequiera que pasara, lejos de deshacerse en torrentes de llanto a sus solas, y mitigar algo al menos su dolor, iba más bien, en fraternal conversación con las cosas, pidiéndoles alabar a Dios con él, como él lo hacía a cada momento en obras y en espíritu.

Convertir el dolor en armonías para Dios, en flor de resignación para sus altares, en alegría de alma para ver en las cosas no lo que todos ven, sino lo que en ellas pregona el poder del Creador, y que al mismo tiempo es insensible alabanza a El;—todo esto es privilegio de espíritus empapados de fe, cuyas acciones encomiendan al Ser Supremo, en ese como florecimiento de reverencia y adoración que a todo momento asciende y llega a Dios en cualquier obra que le lleve una palabra de amor, una exhalación de ternura, o de recuerdo cuando menos.

Vázquez pudo decir como Job:—"Yo no he delinquido y con todo mis ojos no ven sino amarguras" [Lib. de Job.—Cap. XVII—2], pero él sin entregarse a éstas, que las tuvo tantas y toda su vida, —supo trocarlas en complacencia celestial de espíritu, al aceptarlas resignado como prueba enviada de lo Alto, a la que él correspondía en cánticos de adoración, sobreponiéndose al dolor y haciendo del dolor motivo para ensalzar al Todopoderoso.

Nadie que no sea hondamente cristiano como Vázquez, puede andar con el corazón desgarrado y presentar el semblante risueño ante los hombres!

Sufrió solo, lloró sólo sobre su corazón, a solas se desangró, porque ni al cariño de sus hermanas confiaba una queja, menos a los extraños, entre quienes pasaba cautivando con la exquisitez

de sus maneras y lo risueño de su cortesanía encantadora siempre. ¡Murmuración contra el dolor, culpa habría sido en él, como la divulgación de algo que solamente pertenece a Dios y debe estar patente sólo a los ojos de Dios!

Oigámosle cómo se expresa en una de sus cartas: "Entregarse a ansiedades y dolores es para ofender a Dios: serenar el semblante, dar lugar a la alegría cristiana, resignar todo en las manos de Nuestro Padre, esto hará que El mismo nos mire compadecido y nos bendiga misericordioso". ¡Espíritu dichoso que embebido en hiel pudo deshacerse en palabras de dulzura con el cielo y con los hombres!

Salmodia, De Profundis, Estaciones Intimas, son maravillosos poemas de fe de ese corazón admirable donde anduvieron juntos, sin separarse nunca, Dios y el dolor!....

* * *

Los hombres que quieren ser útiles a la Patria y servirla como verdaderos ciudadanos, dentro de esa honradez y entereza moral antiguas que apenas han quedado para recuerdo; saben desde sus primeros años, ceñir sus actos a las normas de la más escrupulosa dignidad, mantenida por el carácter que no sufre mengua, ni permite se atente contra la libertad ciudadana ni sus derechos.

Desde muy joven se le encuentra a Honorato Vázquez en esa escuela de hombría de bien, sin condescendencias con la inmoralidad administrativa que no es la escuela para la verdadera ciudadanía; y antes bien con la protesta, cuando ve que es necesario salir en defensa de las prerrogativas individuales. Así, universitario de veintitrés años, considerando abusiva cierta disposición del Gober-

XXVIII

nador de entonces, don Mariano Moreno, dió a luz la siguiente protesta que no puedo privarme de reproducirla, porque muchos no la conocerán, y para que sirva de ejemplo en casos análogos a la juventud:

“DESDE EL COLEGIO

I

“El temible ejército del Duque Carlos de Lorena, padeció cruel hambre, espacio de quince días, por cierta ocasión: como escasearan todos los comestibles aún los que sólo por extremo de necesidad habían sido consumidos; véase esta miserable gente muy cerca de muerte a la exigencia de tan imprescindible necesidad de sustento. Entonces fue cuando, llamado el cirujano del ejército para amputar el brazo enfermo de un oficial, acudió con presteza al lecho de éste: tomó la terrible cuchilla, e impávido, no hincó el horripilante filo, inmediatamente después de la parte comprometida, sino que, a vuelta de violentas y diestras cuchilladas, amputó el brazo del infeliz oficial hasta el omoplato correspondiente, para tener así, en pago de sus quirúrgicos oficios, un pedazo más de carne con que saciar, siquiera por entonces, el hambre que le atormentaba; por curar al enfermo, le privó también de una parte sana; en vez de destruir el miembro enfermo, aprovechó de la cuchilla para robar un pedazo incorrupto al cuitado oficial, dominado en el lecho por la ciencia del cirujano.

“La cirugía y el hambre conversaron delante del enfermo, asidas de las manos. La primera dijo:—Es necesario evitar que la corrupción se extienda a todo el brazo, y así, voy a cortar la par-

te corrompida hasta donde empiece la sanidad.—El hambre respondió: No puedo comer lo que tú quieres cortar; lleva la cuchilla más adelante, dame un pedazo de carne.—La Cirugía, rechazando tal proposición, tomó la cuchilla e iba a profundizarla, inmediaciones de la gangrena, pero el Hambre más lista, agarrada de lo sobrante del mango del instrumento fatal, con violencia sumió la punta hasta el omoplato. El enfermo gritó, cayó el brazo, la Cirugía quedó con la cuchilla, el hambre corrió con el brazo desprendido.

II

“El señor Gobernador de esta Provincia ordenó, hace muchos días, al señor Rector del Colegio Nacional, que no se admitiese grado alguno universitario sin que el graduando llevase junto con la documentación respectiva, certificados de conducta moral, social y política, conferidos por el mismo Gobernador, y además por el Jefe Político y por el Jefe General de Policía. La ley no autorizó a aquel empleado para semejante orden; mas las facultades *extraordinarias* por él alegadas le movieron la mano, y le hicieron firmar la nota portadora de la orden.

“No nos fijemos en las *facultades extraordinarias*, porque ellas no hacen a nuestro propósito; pero sí diremos lo que en ocasión algo análoga decía Catinat, cuando, en los días de la Fronda, se investía al Duque de Orleans de todos los poderes del Rey: “No se olvide el de curar las escrófulas”. Tales son las *facultades extraordinarias* distribuidas en estos tiempos entre los empleados subalternos del Poder Ejecutivo Ecuatoriano, y tanto son alardeadas, que no es extraño verlos disputando derechos propios de empleados, y puede

ser que amanezca día en que vayan a disputar con los médicos, haciendo uso del donaire de Catinat.....

“Uno de los motivos alegados por nuestro señor Gobernador para la dirección de la antedicha nota, ha sido el de *moralizar a la juventud*.

“Hóla, señor Gobernador! ¿habéis querido moralizarla? Plausible propósito, desinteresada y caballerosa mira son los vuestros; merecéis bien de la provincia por la hidalguía de vuestras intenciones, mas la manera de llevarlas a la práctica, hace que quien por vuestra orden se considere perjudicado os diga: —Señor, las facultades extraordinarias no se extienden a alterar leyes escritas. Señor, la Juventud no se moraliza con la alteración de las leyes a cuya protección hasta aquí ha prosperado.

“Además, esa orden no puede ser más violenta, puesta la consideración en la manera cómo se califica la conducta de los jóvenes cuencanos, y en el modo de ser de éstos.

“Los empleados que califican pertenecen a un partido político del cual se hallan muy lejos los jóvenes cuencanos; por consiguiente, cómo será calificada su conducta política? ... Estos jóvenes que en sociedad son respetuosos, sin bajeza, cuando no hinquen rodillas ante el sombrero de Gessler, ¿qué calificación llevarán de conducta social? ... Respeto de conducta moral, quiénes han sido siempre los jueces sino los mismos catedráticos y demás empleados de Colegio?

“La ciencia y la moral van siempre en razón directa: allí en donde la moral agoniza, generalmente la inteligencia hambrea, y en donde la moral vive vida robusta, la inteligencia paladea a placer la ciencia que la nutre. Según esto, jueces en el aprovechamiento literario de los alumnos, otros no pueden ser sino los que, a par de la perfección

intelectual de aquellos, contemplan el progreso moral correspondiente, en esa vida doméstica de Colegio, en la que por razón de ser jóvenes los que la viven, no hay sino efusión continua de sentimientos, circunstancia altamente favorable para que el profesorado pueda comprender la índole moral de sus educandos. Además, los empleados de Colegio no viven fuera de la sociedad, y así, conocimiento exacto tienen de la conducta que los alumnos observan en ella. Por todas estas razones, sólo estos empleados son los que han solido calificar la moral de los estudiantes, y ellos los únicos que tal derecho tienen:

“¿Por qué nuestro Gobernador se ha arrogado este derecho? Porque está investido de *facultades extraordinarias*, y porque ha querido *moralizar a la Juventud*.—El cirujano del Duque de Lorena, tenía también las *extraordinarias*, puesto que en campamento era el que en Cirugía entendía de las suyas. El cirujano del Duque de Lorena, también quiso curar el brazo gangrenado del oficial.

“Supongamos que alguna vez fuese necesario que las autoridades diesen los certificados de conducta: ahora bien ¿no debían limitarse a calificar la conducta moral? ¿A qué viene esa calificación de *conducta política*? ¿Por ventura, el pan de la idea ha de estar en manos de los miembros de un bando político, y a discreción de ellos el repartirlo sólo entre los de un mismo bando? Porque otra no es la conclusión; pues si un joven es *ultramontano*, el empleado *regenerador-liberal* ¿dirá que es bueno el *ultramontanismo*, al conceder a aquel certificados de buena conducta política? Imposible: el alumno irá con mal certificado, es decir llevará vejada su dignidad, resistirá presentarse con tal pieza, esperará, y mientras tanto, tropieza en su carrera.

A más de esta protesta, hubo también el siguiente oficio de fecha posterior, que Vázquez dirigió al Rector del Colegio, oficio del que seguramente tuvo conocimiento el acucioso Gobernador que andaba *sufocando revoluciones* en todas partes, al decir de un escritor de aquella época.

"Señor Rector:--En cumplimiento a lo dispuesto por U., certifico que observan buena conducta escolar los siguientes señores, alumnos de la clase de Literatura en el Colegio Nacional: Miguel Flor, Teófilo Espinosa, Elías Sigüenza, Luis Felipe Arteaga, Miguel Alvarez, Luis Ríos, Eloy Alvarez, Domingo Ochoa, César Espinosa y Manuel Barbano.

"Por lo demás, ya que el celo del señor Gobernador de la Provincia se propone moralizar a nuestros jóvenes, me permitirá usted indicarle se sirva representar al Sr. Gobernador: que esta moralización tendrá cumplido efecto si su señoría hace que la Policía vigile diariamente los billares, galleras y demás casas de juego, a fin de que no sea permitida en ellas la entrada de los estudiantes. Sr. Rector, existen escritas prohibiciones a ésta semejantes, y sin embargo no tienen cumplimiento y este punto requiere, pues, la vigilancia del Señor Gobernador.—Cuenca, 16 de Febrero de 1880".

Honorato Vázquez.

Estas transcripciones dan a conocer la entereza del estudiante herido en sus derechos, que no pudo callar ni ante los hombres del poder cuando querían pisotear leyes y poner trabas a la libertad de los centros de educación, por caprichosos abusos del poder; y esta misma entereza le llevó al destierro, a la edad de 26 años, y por decreto del Presidente don José Ignacio de Veintemilla, de triste recuerdo.

No viene a mi intención el recuento, someramente efectuado por el desterrado, de los motivos de su persecución, que fue tan acerba, cuanto el autor directo de ella, señor Gobernador Moreno, rehusó aun la generosa y noble fianza ofrecida para su salvoconducto por el caballeroso hombre público don Carlos Ordóñez Lazo. Empero, como la fotografía de otro excepcional rasgo moral, publico el siguiente, constante de los viejos papeles del edificante varón:

"Aparte de la protesta que motivó el destierro, (1) fue también calumniado de connivencia en un proyecto revolucionario en Cuenca, por la circunstancia de que, como miembro de la Conferencia de San Vicente de Paúl, tuvo a su cargo, en esa época, la visita a los presos de la cárcel, a donde iba casi todas las noches a leerles libros devotos que les consolasen. Se le había imputado que estaba tratando de sublevar a los presos, de acuerdo con los revolucionarios, para que a una señal dada, aquellos agujereasen la pared que intermedia entre la cárcel y el cuartel. Vázquez ignoró esta calumnia hasta que el oficial que le condujo preso a Loja, le informó de ella en el camino:

"—¿Quiere U. saber quién es el que llevó esta noticia al Gobernador Moreno? Es muy conocido de usted.—Al ir a nombrarle, Vázquez le interrumpió diciéndole: no quiero saber quién sea el temerario que ha inventado esto. Siga entre el grupo de mis conocidos y reciba las atenciones mías como si nada hubiera hecho contra mí". (2)

Una pincelada más: en sus relaciones del destierro no hace Vázquez una sola reconvencción ni un amargo recuerdo para el Capitán don Basilio Rodríguez, cuencano, Jefe de la escolta que le con-

[1] Se la publica en el texto.

(2) De un apunte de Vázquez

que él y que la justicia le deparaba, en unanimidad de afecto, homenajes que pocos hombres han recibido tan espontánea y decididamente.

* * *

Preso ya, circunstancia que a cualquier otra persona habría dado motivo para desahogos del corazón, el corazón de Vázquez no tuvo uno solo para quienes le privaban de su libertad y le arrancaban de su casa y de los suyos; y más bien, perdonó a los que le causaban tanto mal, y pedía a sus hermanas los perdonaran también. En carta desde su prisión les dice: "Por lo demás, estoy tranquilo confiando en Dios, en Quien no puedo menos de confiar. Recuerden además que ha sido sábado, día de la Virgen, el día en que he sido tomado, y en estas cosas creo yo con el corazón, como ustedes mismas me han enseñado a creer en ellas.

¡Santa creencia!
La madre que la infunde
Bendita sea!....

diré con el cristiano poeta Trueba.

"Si sé que ustedes están tranquilas yo iré tranquilo también. Si sé que ustedes no lo están, entonces mi viaje, hora por hora, no será sino un tormento continuado. De ustedes depende pues, que mi marcha sea menos amarga. Por Dios les ruego que dulcifiquen mi partida con el perdón a los que nos han hecho mal, y con la resignación de ustedes. ¡Feliz viaje el que empieza con un "te perdono" a aquel que nos ha puesto en el camino.

"Sepan que ahora es llegada la oportunidad de coger flores para la corona con que hemos de entrar al cielo, Dios mediante. Ustedes ¡bendito sea

Dios! son piadosas, y entienden, por lo mismo, que el más ligero dolor ofrecido al Señor, es ante sus amorosos ojos un don precioso. ¿Le rehusarán algo a Aquel que cargó tantos dolores por nosotros miserables?

"Oh!, nó, hijas mías. No me hagan ir con el dolor de verlas impacientes, rencorosas, sin resignación, es decir sin fé. Más me consolara, créanme lo, con verlas muertas en gracia de Dios, que vivas sin la fé, sin la dulzura, sin la paciencia, sin la resignación cristiana.

"Pidan a Panchita mil perdones para mí, que mucho la he ofendido; perdónenme ustedes; y después bendíganme con el alma, pero con el alma resignada.

Honorato".

Envidiable bondad de ese corazón que, en el instante mismo de tan profunda herida, no tuvo en lo agudo del dolor, una sola queja, una expresión de venganza para los que le hacían tanto daño, y más bien les perdonaba en lo íntimo de su alma.

Como compensación a las amarguras del ostracismo, no le faltaron a Vázquez, desde que dejó Cuenca hasta su regreso, atenciones afectuosas de amigos y aun de extraños, tanto más dignas de agradecimiento, cuanto llegaban en tan desfavorable situación. "En Zozoranga, refiere un amigo en carta de aquella época,—había simpatías por Honorato desde antes que su desgracia le llevara por esas tierras; mis amigos de allá sabían que yo me honraba recordando cada vez sus méritos. Sucedió pues, que dos de aquel lugar se acercaron una noche a la casa donde dormíamos él, yo y esas acémilas del Gobierno que se llaman militares. Aquellos amigos nos daban serenata de vítores a Ho-

norato, con sus muertas convenientes a la escolta. Al primer grito desperté el guardián Capitán Rodríguez, buscó su revólver y se puso en pie; colocó centinela en la entrada de nuestro cuarto y mandó apuntar hacia el sitio de donde vitoreaban a Honorato. Si no ordenó disparar fue porque el peligro le enredó la voz en la garganta. Temblaba el Capitán a tal punto que, y no es broma, se le cayó el revólver de la mano y no podía recogerlo".... Milagro fue que no hubiese disparado contra el pacífico prisionero, al suponer que se lo arrancaban de las manos; prisionero que tantos insomnios ocasionó al nervioso militar que no andaba en sus cabales habiéndosele encargado un cometido tan peligroso.....

Aquella escena en Utuana con esa indiecilla que tuvo tanto corazón para compadecer ¡de qué manera! al que tan mal recibiera su marido, y aquella otra del caballeroso y noble Tambolán, quien fue toda una misericordia para el desfallecido viajero; manifiestan cómo el favor del cielo estaba con quien, confiado en él, prendía entre las brumas de su desolación la antorcha de la fe.

Fuera ya del Ecuador, en Piura se le ofreció colocación en un establecimiento de enseñanza que, con el nombre de "Liceo de la Juventud", pretendía fundar el presbítero cuencano doctor Agustín Carrión; el personal docente, estaba formado así: Director, señor doctor don Agustín Carrión; Profesores, señores don Honorato Vázquez, Germán Leguía y Martínez [1] y Miguel Piedra. Vázquez no aceptó la propuesta, por el propósito que le animaba hasta entonces, de trasladarse a Lambayeque, de donde le llamaban sus amigos Miguel

[1] Primo hermano del célebre Presidente del Perú; autor del más bello discurso que se ha escrito en honor de Bolívar y amigo cordial de Honorato Vázquez.—N. del E.

Moreno y Angel Polivio Chávez, para darle ocupación en el Colegio "Angel de la Guarda" que dirigía este último. Desistió de ir allá, por temor de ser molesto a sus camaradas.

Leer las cartas de Moreno que exigía fuese a él, sería conocer otra alma excepcional, que insistente, tenaz y solícita, rogaba al expatriado viniese a reanudar confidencias interrumpidas por la ausencia; pero Vázquez se le resistía porque se daba cuenta de que al complacer, obligaría a Moreno a gastos que él quería ahorrarle aun a costa de sus anargas estrecheces. Y así tuvo que conformarse ¡envidiable conformidad! con ser peregrino en suelo desconocido, necesitado acaso todos los días, pero todos los días sereno y tranquilo en su abandono.

Y el desterrado resolvió más bien trasladarse a Lima, a donde llegó el 9 de Diciembre de 1881.

Las torturas de su alma muy apenas da a comprender, porque nunca le gustó revelarlas a nadie: pero hay para adivinarlas sabiendo que salió de su casa sin lo indispensable para una peregrinación como la suya, porque su madre era tan desvalida. Sólo en relatos a pocos amigos pudo alguna vez narrar situaciones que no ha querido darlas al público sino muy apeuas, quién sabe por qué. El pasó días de hambre, y sin embargo, no aceptó préstamos de dinero que le ofrecieran el doctor Francisco Moscoso, don Fidel Vintimilla, el doctor Miguel Castillo, lojano, y aun varias personas del Perú. Hijo excepcional como fue, bien sabía él que, aceptar ofertas pecuniarias significaba obligación a cargo de su viuda madre, y se abstuvo de recibirlas y prefirió sufrir amargas estrecheces antes que comprometer las exiguas entradas de ella, que bien estaban destinadas a la atención suya y de

sus hijas. [1]

Mas, la Providencia que no abandona a los que esperan en ella, debió ya venir, como en efecto vino, en ayuda de quien era tan confiado en su favor. El Doctor José Granda, Director del Instituto Científico en Lima, se le presentó cordialmente, a poco de llegado a esa ciudad, y le propuso sirviera en su establecimiento como Profesor, donde, a más de la renta, tendría habitación y comida: a Vázquez se le abrió entonces un horizonte no previsto, y no pudo por menos que aceptar la propuesta, consagrándose a las labores del magisterio, desde el 1º de Marzo de 1882, después de prepararse en la Biblioteca del Instituto desde el 13 de Febrero, en que ingresó a él.

Para conocer lo improbable del trabajo del nuevo Profesor, basta saber que tenía a su cargo las cátedras de Religión, Literatura, Geografía, Historia Antigua, dos clases de Latin, Lectura explicada, Dibujo, y además lecciones familiares de Literatura a dos niñas del Director.

Como es natural, varió entonces la situación del proscrito, atenuándose, siquiera en lo económico, los dolores de ese corazón que de sobra tenía para romperse al sólo recuerdo de su madre viuda y sus hermanas huérfanas como él.

Pasado algún tiempo, pidió permiso al Direc-

[1] Entre los solícitos amigos de Cuenca que ayudaron al desterrado de manera eficaz, merecen ser recordados de preferencia, el doctor González Suárez que le obsequió la suma de cien sures y el doctor Nicolás Sojos que le proporcionó prendas de vestir. Almas caritativas que lo generoso de su corazón exteriorizaron en dádivas que de tanto alivio servirían al proscrito en su ostracismo, tanto más amargo, cuanto en las lágrimas de los suyos encontraba el dolor de la separación y la amargura de no poder prestarle cuanto necesitaba para una expatriación. Quede para los deudos de Vázquez la obligación de expresar públicamente su gratitud, no por tardía menos sincera, para cuantas bondadosas personas aliviaron dolores del desterrado con muestras de afecto y compasiva generosidad.—N. del E.

tor del Instituto para dictar una conferencia sobre Estética en el plantel, petición a la que definió benévolamente el jefe, ya que era una solicitada prueba para aquilatar mejor la capacidad del Profesor. La conferencia tuvo un éxito no previsto, pudiéndose admirar de cuánto era capaz el modesto Profesor, en quien se encontró un acervo de ciencia y de ilustración que le daban derecho a mejores puestos por su indiscutible saber, que tanto ascendiente le conquistó, no sólo en el Instituto sino en la sociedad de Lima, donde hombreaba con los mejores literatos y hombres públicos de la época.

Al frente de sus cátedras continuó hasta que motivos de delicadeza propia sólo de Vázquez, le obligaron a dejar ese cariñoso hogar en el que mereciera, más que atenciones que le eran sobradas, exquisita ternura de sus huéspedes. La perspicacia del lector podrá descubrir entre lo que relata Vázquez, aquella escena que hubo de obligarle a nuevo voluntario destierro, porque, ante todo estaban los deberes del caballero que debía prestarlos como tal a quien, protector suyo, le vinculaban, noblemente y a toda prueba.

Proceder de esta manera y en época en que el corazón tiene necesidad de expansiones y vive del ensueño, y más aún en situación tan dolorosa y desolada como la de Vázquez, es propio sólo de espíritus en los que la nobleza se aúna a la verdadera educación que pospone todo otro sentimiento. Encontradas luchas las que tendría entre su corazón ausente de madre, de hermanas y ... de algo más que también echaba de menos; corazón que bien necesitaba de otro para dulces confidencias,—y la generosidad con que debía reprimir cualquier pasión, para retribuir, quizás a costa de un sacrificio, cuánto se hiciera por él en ese hogar que abrió cariñosamente sus puertas al desterrado.

Y obedeciendo a estos generosos impulsos, abandonó esa bondadosa casa, el 7 de Abril de 1882, lo que lo efectuaría entre lágrimas, porque el corazón y la desventura así lo exigían.

Nueva desolación, renovada amargura para quien, renunciado en fuerza de un deber de nobleza el pequeño sueldo de que gozaba, se resolvió a buscar cualquier clase de trabajo para poder vivir. Los primeros días le hospedó un generoso patriota suyo que le proporcionó habitación y alimento, pues en la marmolería de un señor Tenderini, donde ganaba seis reales diarios, y en la que trabajaba las horas que le quedaban libres de la enseñanza, no pudo continuar, a caso por lo exiguo de la ganancia. Adusto el escultor, amenazaba al pobre aprendiz, con que si llegaba a estallar el bloque de mármol, en resarcimiento trabajaría de balde; amenaza que a Vázquez le obligaba a ir delicadamente, y así la obra avanzaba con lentitud, y el Director, en consecuencia, disminuía proporcionalmente el pago al oficial. (1)

Aquí me detengo: las relaciones tiernas y detalladas del autor, se producen más naturales y conmovedoras a este respecto.

* * *

En el mes de Junio del 82 mediante la intervención de sus amigos, doctor Juan Ignacio Alvear y Agustín Coronel, se consiguió que el General José Sánchez Rubio, desde Guayaquil, abogara en favor de Vázquez ante el Presidente Veintemilla. La solicitud de dicho General fue tanto más interesada, cuanto se cercioró de que, en gran parte, el destierro de Vázquez era obra del Gobernador

(1) Se conservan algunos instrumentos del aprendizaje de Vázquez.

Moreno. Y este buen Gobernador procedió ladina-mente: pues cuando el General Sánchez Rubio le pidió un informe respecto al desterrado, no tuvo dificultad en enviarle uno muy favorable, y manifestando su deseo de que regresara Vázquez, contra quien decía no sentir venganza alguna.

Mas, conseguido el salvoconducto, éste fue revocado por el Presidente, en vista de dos cartas del proscrito, una a su madre y otra al amigo don Mariano Estrella, que no ofendían al Gobierno,—cartas violadas por el Gobernador de ambigua y ruin política. ¡Cuán manifiesta y tenaz su prevención contra su paisano Vázquez!

Influyó también en el retiro del salvoconducto, cierta publicación de la que se le creía autor. Oigamos a este respecto al mismo sindicado, en carta a su madre:—"Las causas que se han alegado para ello, (para impedir su regreso) son: 1º las felicitaciones al amigo Estrella por no haber firmado el acta de pronunciamiento de Cuenca, y la recomendación que hice a usted de que lo felicitase de mi parte; y, 2º, la imputación que se me ha hecho de ser yo autor de una hoja que, con el título "A mis Compatriotas", ha publicado el señor Melitón Vera.—En cuanto a lo primero, creo que no es un delito felicitar a un amigo por no haberse mezclado en cosas que a uno no le gustan. El mismo derecho de que gozan los señores que han firmado, para felicitarse entre ellos, tengo yo para hacerlo con amigos que en este asunto no han tomado parte.—En cuanto a lo segundo, debía quien me ha imputado esa publicación, tomar en cuenta que, al querer yo publicar por la imprenta algún artículo, lo haría con mi seudónimo RAMIRO; porque, como suelo escribir dentro de los límites de la educación y sin descender al lenguaje de verduleras, no hay por-

que ocultarme, teniendo, además, como consta, cuidado de escribir lo que no me deshonre como a autor. Fuera de esto, sólo una prevención hostil puede suponerme autor de mis propios elogios, ya que el señor Vera se ha dignado de dedicarme un rasgo en su artículo, con términos que no los merezco. ¿Se me ha supuesto tan indigno que escriba yo mismo un rasgo en mi propia alabanza?

“¿Qué causas las que se alegan contra mí.— Que continúen mis enemigos su obra, y esto nada me importaría por lo que a mí se relaciona, a no ser porque estos acontecimientos van a herir el corazón de usted y de mis hermanas. Pero, en cambio ustedes que hasta aquí han sabido mostrarse cristianas resignadas, continuarán sufriendo silenciosas el dolor de una ausencia que, si bien los hombres prolongan todavía, será, no lo dudo, bendecida por esa Providencia en la que creemos y que hasta hoy no nos ha negado sus favores.

Yo estoy tranquilo. Como recibí los primeros golpes, he vuelto a recibir los últimos:—resignado. Perdonemos otra vez a nuestros enemigos”. [1]

Desde Abril de 1882 hasta Agosto del mismo año, se redoblaron las torturas del proscrito, que saboreaba las desbordantes amarguras del ostracismo, hasta que resolvió regresar clandestinamente a la Patria, al rincón en que le esperaban los suyos de su alma.

Y así lo hizo, porque ya era excesiva la cruel-

[1] En un apunte de cartera dice: “Junio 10, sábado. Noticia de habérseme negado la vuelta a la Patria. ¡Perdone Dios a los que trabajan por mi mal! Los perdono también.... No he tenido cartas de mi familia. El dolor de mi destierro es mayor para mí, porque se halla reconcentrado todo en el corazón de mi madre y de mis hermanas.— Fui al templo de Santo Domingo. Allí hice lo que debía haber hecho: ofrecer al cielo esta nueva pena y conformarme. Así convendría: haga Dios su voluntad, consuele a los míos, y sea conamigo esa Providencia que jamás nos abandona”.—N. del E.

dad del terco Presidente, que con tanto rigor castigara al dignísimo estudiante. Ya era preciso rebelarse contra quien tan inhumanamente arrancaba tantas lágrimas a un hogar de donde nació un hijo honrado a la Patria.

Lima estaba entonces ocupada por los chilenos: tomó de ellos pasaporte con el nombre de Francisco de Paula Andrade, aquel nombre suyo también, y apellido de su abuela materna: el pasaporte lo tomó para Panamá; precauciones necesarias, pues el Consulado del Ecuador en Lima vigilaba en cada vapor las salidas de los desterrados y las comunicaba a Guayaquil, tomando datos de la oficina de pasaportes. Antes de llegar a este puerto, se afeitó la barba, y cambió su traje por el de un oficial de taller, contando con la ventaja de no ser conocido en Guayaquil. Presentó su pasaporte de viajero en tránsito para Panamá, y libre ya de estas formalidades, y con la feliz casualidad de que esa misma noche partía un vapor para Naranjal, tomó pasaje en él, y pudo así alcanzar a esa estación de donde, a marchas forzadas, llegó a Cuenca.

A poco de su arribo en la quinta del involvible Miguel Moreno, el Gobernador don Mariano,—¡siempre el mismo! despachó escoltas en busca del desterrado, que apenas tuvo tiempo para abrazar a su madre y a sus hermanas, y en seguida tomó camino a la hacienda Tarqui de Miguel Moreno. Allí permaneció algún tiempo, tornando después, oculto, al convento de Santo Domingo, alternando con temporadas que las pasaba en su casa, hasta que fue derrocado el Gobierno de Veintemilla.

* * *

Tales son los datos que puedo consignar so

bre la juventud de Honorato Vázquez; juventud modelo por lo sana, cristiana y llena de merecimientos.

La historia de su destierro, las amarguras de su alma, en época en que debía ser feliz ¡quiera entonces! que él mismo las cuente, y que el lector admire en cada línea de su libro, los sentimientos de un corazón nacido para mártir y para santo, como lo fue.

He compaginado apuntes dispersos los más, del desangrado peregrino en el siguiente LIBRO DE TOBIAS, que es libro de familia, donde palpitan corazones que se aman, devocados por la misma pena. Que al leer los íntimos de Vázquez, ¡cuán pocos quedan ya! capítulos tan domésticos, entre lágrimas del recuerdo por sus muertos, recompongan aquel grupo casero, en quien perduran el cariño a los fenecidos y el dolor de días aciagos como los que más.

¡LIBRO DE TOBIAS! He querido darlo a luz, sobre todo, para ofrecer a mis hijos algo que les sirva de ejemplo, de guía para la formación de su vida dentro de las creencias cristianas y el amor a sus padres; y qué mejor para mi intento como este pequeño volumen, en el que alienta un espíritu sublime, sumiso y temeroso a la Majestad de Dios, víctima de su gran patriotismo, y entregado cual ninguno al amor profundo de un grupo de corazones, que constituyeron toda su familia en el mundo....

Qué así se formen mis hijos en las creencias del Dios de Vázquez, en su delicadeza para sentir, y en esa envidiable condición suya de modelo en virtudes públicas y privadas.

No sé si habrá corazón sensible que no se estremezca dolorosamente a la lectura de LIBRO DE TOBIAS, ni ojos que no empapen en lágrimas

XLIX

las páginas de este libro, como un corazón abierto, ni otra peregrinación ni otros días serán tan dolorosos como los de nuestro poeta y filósofo. Libro de dolor ignoto del desterrado sin pan muchas veces o quizá siempre, pero libro de fe, de costumbres y sentimientos que causan envidia; libro desbordante en lágrimas de un huérfano que no sabe a dónde va, pero cuyas lágrimas se truecan, sin tocar el suelo, en oración a Dios y en bruma de insistente afecto para llegar a su casa y consolar a los suyos.

Leedlo, hijos míos, para que aprendáis a ser creyentes y buenos como anhela veros vuestro padre, y como fué ese viejecito que os quiso tanto.

J. R. Burbano V.

Memorial de mi destierro

Desde que fui nombrado Concejero Municipal, empezaron las sospechas que la Gobernación de Cuenca abrigaba acerca de mi carácter de opositor al Gobierno del General Veintemilla. Este carácter tampoco curé yo de ocultarlo, porque no había razón para que yo ahogase mis ideas, que ya en conversaciones particulares, en comunicaciones privadas, en discursos pronunciados en tales o cuales solemnidades, y en ciertos rasgos de artículos escritos en periódicos; no dejaban de poner muy claro que no era yo de los partidarios y aduladores de un Gobierno que, desde su aparición, hizo blanco de sus tiros al Clero y a la Juventud, desterrando y aprisionando sacerdotes, pisoteando la Instrucción Pública, cerrando la Universidad de Quito y flagelando estudiantes.

En los primeros días del mes de Julio (1881), se hizo en Cuenca una representación al Gobierno en solicitud de fondos para el mejoramiento del Colegio Nacional. Confié en que no pasarian los conceptos de tal representación de aquello que la educación exige, mas no supuse que habían de verse términos lisonjeros a un Gobierno que, como el del General Veintemilla, no merecía sino acres reconvenciones por su egoísmo y su nulidad respecto de la Instrucción Pública.

Firmé en mala hora. En hora mejor lei la representación a cuyo pie hubé puesto mi nombre. Un rayo me pasó por la cabeza cuando noté que mi firma estaba al pie de un testimonio de servilismo. ¿Qué hacer? Bajo la fe pública de un Escribano expresé que:— No eran mis ideas aquellas a las cuales había suscrito; que obré indiscreto cuando firmé sin leer; que prefería el calificativo de tal y de poco cauto, al de inconsecuente con mis principios; que no hacía uso de la im-

prenta para mi justificación, porque respetaba a las demás honorables personas que habían firmado; que yo tenía formadas ideas muy distintas acerca del actual Gobierno en sus relaciones con la Instrucción Pública y demás intereses del Estado; y, por último, que me reservaba hacer uso de esa escritura pública, cuando fuese menester.

Por lo pronto causó extrañeza en la población mi manejo. Allí empezó la tempestad, con lluvia de denuestos por una parte, por otra con expresiones de compasión por mi pequeñez ante el Gobierno contra quien protestaba, y por algún lado vinieron también frases de mal reprimido coraje y de infecundo despecho, al ver qué yo protestaba, y al encontrarse las personas que las proferían, con iguales ideas a las mías, por haber sido tal vez víctimas de confianza igual a la mía al firmar, y no tener el valor suficiente de rezar su credo político por temor del General Veintemilla.

Bien veía yo que por mi protesta no me debían de venir flores; pero la fidelidad a mis ideas hacia que yo me sobrepusiese a cuanto desfavorable había de sobrevenirme por un paso de honradez que era necesario darlo. Caí como un niño cuando firmé: era necesario levantarse como hombre.

Dos compañeros tuve que comprendieron sus deberes en circunstancias iguales a las mías: mi querido Remigio Crespo y el doctor José Peralta. El primero, apenas supo mi resolución, se puso a mi lado para seguir suerte común. Con él me encaminé a la escribanía. Sucedió entonces que en la Plaza mayor de la ciudad nos encontramos con el doctor Peralta, quien fue también con nosotros. Los tres habíamos firmado la representación confiados en que ella iría de un modo digno: echamos de ver nuestro error, y nuestros tres nombres están al pie de la protesta (1).

(1) En la ciudad de Cuenca, a primero de Julio de mil ochocientos ochenta y uno, ante mí José Crespo Arévalo, Escribano Público de este Cantón, y testigos, comparecieron los señores doctores Ho-

La protesta fue enviada por el señor Mariano Moreno, Gobernador de Cuenca, al General Veintemilla.

La noche del día en que protesté, regresé a mi casa después de una visita. Encontré a mis hermanas solas, y silenciosas conmigo: pregunté por mi madre y me dijeron que había salido a la calle con una ocupación. Recostado sobre las almohadas de mi lecho, me ocupaba en pensar sobre la causa de la tristeza de la familia: los pasos de mi madre que entraba me sacaron de mis conjeturas, porque apenas se vió conmigo

norato Vázquez, José Peralta, abogados de los Tribunales y Juzgados de la República, y el señor Remigio Crespo Toral, solteros, hábiles por derecho, de este vecindario, a quienes conozco, y después de haber cumplido el que habla, con lo que preceptúa el artículo trescientos cuarenta y cinco del Código de Enjuiciamientos en materia civil, dijeron: que convenía a sus intereses expresar que habiendo sido invitados a firmar una representación dirigida al Supremo Gobierno en demanda de dinero para gastos que debían hacerse en el Colegio Nacional de esta Provincia, tuvieron, en mala hora, la ligereza de firmar dicha representación, sin hacerse cargo de los términos en que estaba concebida. Como ésta contiene conceptos a los cuales no pueden asentir jamás, sin contraír a sus convicciones; optan más bien, por ser calificados como indiscretos en un acto tan trascendental, como el de dar una firma, antes que a ser sospechados, en cualquier día, como inconsecuentes al concepto que tienen formado del Gobierno actual en sus relaciones con la instrucción pública y demás intereses del Estado. Que, por lo mismo, el hecho de haber firmado dicha representación, sin conocimiento de sus términos, no es un acto de adhesión, como pudiera entenderse, al actual Gobierno. Expresan, además, que este testimonio que aquí dan los comparecientes, lo habrían hecho público por la imprenta al no haber en contra razones al respecto para con muchos de los señores que han suscrito a la mencionada solicitud; y que, por lo mismo, hacen la presente declaración, con el intento de hacerla saber, en caso necesario. Agregan: que la representación de que se trata, fue elevada al despacho del Supremo Gobierno, el día veintinueve de Junio próximo pasado. Así lo dicen, otorgan y firman con los señores Luis Vélez, doctor Antonio Salcedo y doctor Juan José Ramos, testigos idóneos, de este vecindario y conocidos, y conmigo el Escribano, de lo que doy fe. En este estado se aclara que el primero de los comparecientes, no es todavía abogado como por error aparece. También doy fe. Honorato Vázquez; J. Peralta; Remigio Crespo T.—Testigo, Juan José Ramos.—Testigo, Antonio Salcedo.—Testigo, Luis Vélez.—José Crespo Arévalo, Escribano Público".

se puso a sollozar. Nieve corrió por mis venas al oír el llanto de mi madre y de mis hermanas. Habían sabido ya la protesta que hicimos por la mañana, y vinieron luego los temores por mi suerte, temores que crecían por la imprudencia de algunas personas que iban a dar proporciones inmensas a meras contingencias. Entre sollozo y sollozo me habló mi madre de la suerte que me esperaba cuando menos en un cuartel, o si no en tierra extraña. Todo lo había previsto yo: así que las palabras de mi madre me impresionaron dolorosamente, no por temor a los males de que me hablaba, sino por la angustia que atormentaba su corazón al pensar en lo que hubiese de acontecerme.

Pedi perdón a mi madre por la pena que había dado a su corazón y pasé luego a explicarle el paso que había dado. Algo se aminoró su dolor al ver que era un motivo de dignidad y honor el que me había impulsado a la franca y leal manifestación de mis ideas.

Los días siguientes los empleé en acrecentar valor a mi madre y hermanas, y como esperara de un día para otro que la autoridad me *castigase*, empecé a arreglar mis papeles, separando aquellos que debían entregarse a otras personas y los que habían de ir conmigo, cualquiera que fuese la suerte que hubiera de tocarme.

Seguí en la obra de preparar la resignación de mi familia para el día no lejano en que hubiese de venir una orden del Gobierno contra mí. La fé en la Providencia, esta fé que es mi tesoro del cual no quiera el cielo privarme jamás, ponía en mis labios palabras de consolación a mi familia, cuando ella se entristecía con la idea de que fuese yo a tierra extraña con los escasos recursos pecuniarios que nuestra modesta fortuna lo permitía. Yo hubiera podido salir de Cuenca sin un centavo a los bolsillos, confiado en que la Misericordia infinita había de proveerme medios de subsistencia, proporcionándome el trabajo con que los hubiese a las manos. Esto no me afligia sino los sobre-

saltos del corazón de mi madre. Al fin, unas veces con la risa en los labios, otras en tono serio, cuantas palabras dirigia a mi familia durante esos días, eran encaminadas a preparar los ánimos para cuando estallase la tempestad.

El correo que debía haber traído la contestación del General Veintemilla al Gobernador de Cuenca, no vino, en lo ostensible, con orden ninguna contra mí.

HONORATO VÁZQUEZ.

DIEZ Y SEIS DE JULIO

Sábado.

Lejos me hallaba de pensar que este día fuese el reservado para el comienzo de mi peregrinación, si bien algunos amigos no dejaban de advertirme que me guardase.

Tranquilo almorcé en el seno de mi familia, sin saber que esa era la última vez que vería esos rostros queridos y escucharía esas voces caras a mi alma. ¡Quién me hubiera dicho que a la comida de la tarde, esos semblantes estarían bañados de lágrimas y esos labios darían paso a lamentos de dolor!

Como el día anterior hubiese sido invitado a asistir a la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, antes de ocuparme en otros quehaceres fui a la iglesia de este Convento, en compañía de mi amigo Francisco Farfán. Terminado el sermón iba a salir de la iglesia, puesto que ya había oído misa por la mañana, mas este amigo insistió varias veces para que me quedase, sin que yo lo hiciera en virtud de ocupaciones que debía despachar. Estampo aquí esta particularidad porque creo la tendrá muy presente mi amigo, y como una manifestación en él de eso que el pueblo llama *lealtad del corazón*, es decir, ese sentir anticipado pero vago de lo que dolorosamente ha de acontecer, ese estremecimiento del alma, semejante al sacudirse tenue de las hojas de los árboles antes de la tempestad, sin que se sienta viento alguno que las mueva.

Sali de la iglesia sin saber que tenía, a mis es-

paldas no más, a mi enemigo.—El cuerpo de empleados asistía a los mismos oficios sagrados que yo. Entre ellos, el Gobernador de la Provincia, quien, apenas salí a la calle, envió tras mí a dos oficiales que formaban parte del séquito. Casi siempre he tenido por costumbre invariable no revolver la cabeza a mirar hacia atrás, sobre todo cuando hay concurso de gente en las calles: fiel a este hábito, no volví la vista, que a hacerlo, hubiera notado fácilmente que era yo el requerido por los dos oficiales que tras mí venían. Encontréme en la calle con dos señoras amigas mías y nos detuvimos a conversar. Cruzadas pocas palabras, fui rodeado por los señores N. Landázuri (Capitán) y Manuel Pacheco (Subteniente).—No necesité preguntarles a dónde iban, porque ya me lo sabía; así que, despidiéndome de mis amigas me puse al medio de ellos. No era posible que caminásemos en silencio por calles a las que acudía gente al verme preso, ni mucho menos que fuesen mis dos compañeros quienes me dirigiesen la palabra, por lo cual empecé yo por hacerles ver, en tono humorístico, lo honrado como iba, al medio de dos oficiales que se constituían edecanes míos, cómo sabía a donde me encaminaba, quién ordenaba mi prisión, y el resultado de élla, etc., etc.—Todo no tenía más objeto que divertir de algún modo esos instantes molestos de todo preso, cuando es blanco de las miradas, ya afectuosas de los amigos, ya indiferentes de los extraños, hipócritas de los enemigos, pero al fin: curiosas de todos. No sin haber visto en el tránsito caras amigas que daban signos de pesar, fui introducido en la Comisaria de Policía, hasta que llegase el Gobernador. A su llegada fui trasladado al despacho de la Gobernación: entré y quedé sólo con el señor Moreno.

—Oh!, mi querido Honorato, me dijo. ¿Quién le ha puesto a usted en el caso que ha motivado este paso que me veo obligado a dar?

—Nadie, señor Gobernador, le contesté. Yo soy el origen de esa profeta, y luego adhirióse a ella mis

dos amigos. Cometida la indiscreción con ellos, con ellos he juzgado necesaria esa protesta para nuestro buen nombre, ya que de no hacerla apareceríamos infieles a nuestras ideas formadas sobre el actual Gobierno. No hemos querido aparecer inconsecuentes con lo que otras veces hemos dicho, no hemos querido adular; en suma, hemos juzgado necesario hacer lo que hemos hecho.

—Pues esto le va a acarrear una desgracia que la siento.

—Gracias, señor Gobernador: de antemano me he sometido a las consecuencias que pudiese acarrear la resolución que he llevado a cabo, en pro de las ideas sobre el orden político actual.

—Pues el Supremo Gobierno me ordena que salga Ud. de Cuenca dentro de veinte y cuatro horas, y con dirección a Quito a donde irá a entenderse con el Presidente de la República. Mientras tanto Ud. estará incomunicado en su prisión. ¿Necesita más tiempo que el prefijado, para el arreglo de su marcha?

—No, señor Gobernador. Lo que necesito es que haya alguna persona a quien se permita comunicar conmigo, y con quien pueda yo entenderme para que se me prepare en mi casa lo menester para mi viaje.

—No quiero que vaya Ud. a guardar su prisión ni en el cuartel ni en la cárcel: se le ha preparado al efecto la oficina de la Colecturía de rentas. Su tío el Dr. Juan Bautista Vázquez comunicará con Ud.

Y levantándose para indicarme que la entrevista había terminado, agregó:

—No depende de mí todo lo que está ocurriendo: sabe Ud. que el General Mata ha venido con facultades extraordinarias (1)... Amigo mío, Ud. ocupará al-

(1) El General Mata llegó visperas de mi prisión. Fue enviado de Quito con misión que todavía no se pudo saber cuál fuese. Pero es lo cierto que el General Mata no sólo no trajo orden alguna contra mí, sino que aún ignoraba lo que conmigo ocurría. Esto se lo dijo él mismo a algunas personas.

gún día este puesto que hoy ocupo yo, y entonces comprenderá lo duro que es cumplir disposiciones como esta que he recibido del Supremo Gobierno.

—Cúmplalas, señor Gobernador, le contesté, encaminándome a mi prisión, con la seguridad de que no conservo resentimiento alguno por el cumplimiento a órdenes venidas de la autoridad superior. Y sali acompañado del Capitán Francisco Tamariz a mi prisión.

Allí encontré la escolta encargada de mi custodia, al mando del Subteniente Manuel Pacheco.

Estricta fue la vigilancia que conmigo se desplegó. Con todo, como viese a mi amigo el Dr. Benjamin Lozano, quien me preguntó si necesitaba algún recado para mi casa, le dije que fuese a ella inmediatamente, y cuidase que no viniera mi madre a mi prisión, y que luego llamase al Dr. Juan Bautista Vázquez.

Quedé solo y todo mi pensamiento estaba clavado en mi madre y en mis hermanas, cuyos sollozos me parecía oír, cuyas lágrimas veía, cuyas quejas escuchaba. Mi imaginación me representó tan al vivo la escena de dolor que se desenvolvía en el seno de mi familia, que parecía sobrevenirme un desfallecimiento producido por ese caos de tristeza y desesperación que yo imaginaba traía revuelto mi, en otros días, pacífico y risueño hogar. Entré a cuentas conmigo mismo y llegué a reconvenerme ásperamente por ser yo la causa de tanta pena. Pero luego, pedía perdón a mi madre por haberla originado tantos dolores y veía que no era un motivo deshonesto el que me tenía preso y con intimación de destierro; antes bien era un punto de honor y dignidad el que exigió de mí los actos por los que se me perseguía. Esta idea dió fuerzas a mi alma: el dolor de mi madre, de mis hermanas, amigas y amigos, bien me lo sentía; pero a este estremecimiento del corazón, la idea grata de un deber cumplido templó las fuerzas de mi espíritu y acrecentó bríos a mis resoluciones, y empezó mi imaginación a vagar por otros caminos.

Comencé luego a hacer el itinerario de mi viaje a la Capital. Empecé por ver el Chimborazo con cuya mole de plata ha soñado mi fantasía; el Cotopaxi coronado de humo, y después, Quito con mis colegas literatos y poetas. Allí pensé conocer a *Julia*, *Arturo* y a *Dn. Sinforoso*, con quienes entablamos correspondencia en "La Revista Literaria", y en "El Correo del Azuay", desgraciado hijo mío que vivió vida tan corta, y que en sus pocos días de vida fue tan odiado por el Gobernador de Cuenca y por los favoritos del General Veintemilla.

Después mi imaginación se detuvo en lo sombrío del cuadro, en aquello que el General Veintemilla haría conmigo, y empecé por suponer la entrevista, y luego las órdenes que contra mí diese. Supuse que me enviaba a las filas de sus ejércitos: en esto me hubiera disgustado la circunstancia sola de servirle a él, porque por lo demás, la milicia ha sido carrera querida por mí y que si no la he adoptado, ha sido sólo porque mi madre y mis hermanas no han querido resignarse con que las dejase, exponiéndome a los riesgos de los campamentos. Después pensé en que de allí me desterraría: ya con esta idea estuve familiarizado días antes. En seguida.... A todo dije ¡paciencia! y el deber estaba cumplido.

Paseábame a lo largo de la prisión con estas ideas, y de vez en cuando las interrumpía para hablar desde lejos con algunos amigos que desde los corredores me dirigían la palabra. Por lo pronto aun de este consuelo fui privado, pues cierto hombre impuso ásperamente al oficial de guardia que me impidiese aun la comunicación desde lejos.

En esto llegó mi tío y al ver su semblante comprendía la pena que le abrumaba el corazón: el abrazo que me dió, a par de estrecho, fue una manifestación de dolor. Le rogué que antes de nada fuese a casa de mi madre a procurarles consuelo y, sobre todo, a advertirle y suplicarle a mi nombre que no hiciese em-

peño alguno para mi libertad. ¿Ni para qué? Mi madre hubiera talvez suplicado por mí, y esas súplicas habrían tenido una repulsa, y no era yo quien pudiera conformarse con ver a una madre desatendida y acaso escarnecida en su dolor. Además, ¿para qué pedir mi libertad? Se me hubiera concedido como gracia, no como un derecho que en rigor tenía yo. Y esta gracia ¿qué viene a significar? Perdón por algún delito, favor por alguna falta cuando menos; ¿y qué falta ni delito había en decir lo que uno piensa acerca de un Gobierno? Falta ni delito no se me hubiera encontrado por mis perseguidores, si les hubiera incensado: esto habríame acarreado más bien algún empleo.... Pero como no quise incensarlos, como hablé verdad que no será desmentida por la historia del Gobierno revolucionario de Setiembre; se consideró esa verdad como sedición, como el grito primero de alguna revolución que se estuviese fraguando.

Ni aun en la intimidad de la confianza que con mi tío reinaba, ni aun allí se abrieron mis labios para hacerle la menor indicación de que solicitase mi libertad.

Como no pudiese pasar las horas que me restaban, entregado a mis propias ideas, ocurri a un amigo a que se me enviase un libro. Me trajeron los *Panegíricos* escogidos de Bossuet. Encontré el de San Francisco de Paula, y como fuese éste el patrono de mi familia, lo leí de preferencia. Mucho bien me hizo en esos momentos el piadoso discurso del Obispo de Meaux sobre la resignación y la humildad cristianas.

Llegó la noche: la primera hora la pasé desvelado; pero pronto vino el sueño que no fue interrumpido sino por el toque de dianas en el cuartel inmediato. La escolta que me custodiaba usó de tino para no turbar mi sueño.

Al día siguiente, Domingo 17, a las diez de la mañana, quise que se me hiciese salir de Cuenca, ya que estaban cumpliéndose las horas del plazo prefijado por el señor Moreno, mas el señor Comandante General doc-

tor don Vicente Salazar, no quiso que apresurase mi marcha que quedó aplazada para el día siguiente.

Mientras tanto, llegué a saber que mi marcha no era ya para Quito, como me lo intimó el señor Gobernador; pues éste le dijo al doctor Vázquez, que había orden para que se me desterrase por la vía del Macará, orden venida por la posta desde Quito, la mañana del día diez y seis.

Por la tarde, lo mismo que durante todo el día, acudieron personas respetables y tantos otros compañeros y amigos míos a los corredores inmediatos a cruzar conmigo las últimas afectuosas palabras de despedida. Entre día pude lograr, lo mismo que, por la noche tanto del diez y siete como del diez y seis, tener entrevista con personas caras a mi corazón.

Por la tarde vino el señor Moreno a entregarme una carta de recomendación para el señor doctor Aguirre, Gobernador de la Provincia de Loja. Le agradeci como debía y luego entramos a tan pacífica conversación, cual si no estuviésemos uno en presencia de otro, el desterrador y el desterrado. Hizome cumplidos ofrecimientos, por los cuales le di las gracias, y nos separamos amigablemente.

Hubo durante este día una particularidad que me impresionó gravemente. Tras uno de los pilares de la Casa de Gobierno se estuvo un discípulo mío, con los ojos clavados en la prisión. Ya había conversado con él, pero insistía en ocultarse detrás del pilar, volver a mirarme y volver a ocultarse, secándose las lágrimas que le bañaban las mejillas. Tuve necesidad de esforzarme para no derramar una lágrima, porque el cariño que he tenido a mis discípulos ha sido entrañable, a la misma medida que el que de ellos he merecido.

Por la noche vino mi tío. Conversamos largo rato, y al fin llegó el instante temido. Con voz ahogada me tendió los brazos, y enlazados estuvimos sin hablarnos hasta que al fin me dijo desprendiéndose:—Adiós!, hijo mío, tal vez esta sea la última vez que yo te vea,

ya estoy viejo... quién sabe si a tu regreso!....

—Nó, le contesté con insegura voz, esperemos en Dios, y El haga que volvamos a vernos presto.... Y nos separamos interrumpiendo una escena de dolor que no convenia prolongar.

Come mi salida debía tener lugar por la madrugada del diez y ocho, pedi que se me trajesen los arreos para cabalgar. Con ellos vinieron mis criados, para quienes he tenido no los rigores del amo sino el cariño de un compañero: se pusieron a llorar a mi alrededor, les di un abrazo y me separè.

Luégo fueron llegándome prendas de despedida de mis hermanas y amigos, prendas que no me hablaban de otra cosa que de un afecto sincero que me daba una prueba en cada recuerdo. Ellas están conmigo y cada vez que las he recontando una por una, he ido repasando y entretejiendo historias de mi hogar y de mis amistades. En el último presente que se nos da el día de una despedida, está vivo el último latido afectuoso de un corazón que palpita por el nuestro, como el de nuestros deudos; que palpita con el nuestro, como el de nuestros amigos.—«No te olvidaremos», nos dicen con estos últimos obsequios: los que quedan nos guardan en la memoria; los que nos vamos llevamos esa prenda de que no seremos olvidados. Sólo quien haya partido del seno de los suyos, a largas distancias, y con la incertidumbre del día de la vuelta, puede saber la ternura con que se miran y se guardan estas postreras manifestaciones de cariño. Mi querido amigo el Presbítero doctor don Adolfo Corral, cambió su reloj con el mio. Nada me era tan agradable como este cambio, pero subió de punto mi gratitud cuando me dijo:

—Tu reloj lo llevo a tu mamá, para que ella conserve esta prenda tuya.

—Gracias, generoso Adolfo, le contesté. Gracias, y dile a mi madre que le dé cuerda todos los días, a fin de que no pare este movimiento que ahora tiene, y que fue ayer impulsado por mi mano.

Quería yo que mi reloj que medía mi trabajo y mis tareas, mis instantes de solaz y de dolor, continuase midiendo los días de mi ausencia; y que en cada sonido de la máquina, oyese mi madre una palpitación del corazón del hijo desterrado. Yo no sé si mi madre ha satisfecho mi deseo, o ha dejado el reloj en reposo allí en la hora en que se acabó su fuerza, como simbolizando que no quería contar como días de vida aquellos siguientes a mi separación. Madre mía, ni yo quisiera contarlos como tales, porque sé bien que después de la muerte de mi padre y tu esposo, ni para mí ni para ti nos ha sobrevenido dolor tan grave como el de nuestra ausencia.

Escribí una carta a mi hermana Jesusita, y otra a mi madre: esta última encargué fuese entregada después de mi partida. Copio a continuación algunos párrafos de la carta que mi buena hermana me contestó:

“Ojalá tu tranquilidad sea completa y no tengas cuidado por nosotras que haremos lo posible por tranquilizar igualmente a nuestra santa madre... Dios lo ha permitido: postrémonos en su presencia y adoremos su santa voluntad... La Virgen lo ha querido. En sábado, día consagrado a Ella, has sido tomado preso: Ella sabrá conservarte puro, creyente, honrado, digno... ante Dios y tu familia. Si mis bendiciones pudieran serte de alguna utilidad, las tendrás con más frecuencia que hasta aquí, pues cumpliendo las palabras de nuestro moribundo padre, que al dejarnos me encomendó el cuidado de mis hermanos, todos los días los bendigo, y en particular a ti, mi Honorato....

“No creas que nuestros labios se desaten contra los que han herido nuestro corazón y el tuyo: que el Cielo recompense con bendiciones las amarguras que han derramado a manos llenas sobre ti, mi querido hermano. Tal vez, y no lo dudo, tu misma resignación ha derramado sobre nosotras el santo consuelo que parecía no podíamos haberlo tenido. Convéncete, estamos tranquilas y resignadas. Gracias a Dios, no has cometido un

crimen, que entonces si lo sintiéramos en el alma. Panchita te bendice sin cesar, y esas bendiciones no son de la tierra, hijo mío, sino del Cielo para tu bien: confía en ellas y sé feliz. Si hasta aquí encontraba consuelo derramando sus plegarias en el altar del Señor por sus hijos, ahora, no lo dudes, centuplicará sus súplicas para ti".....

Estas y otras ternuras me trajo el pliego enviado por mi hermana. Tales ideas y sentimientos no hacían sino darme consuelo y fortificar mi ánimo combatido por la imaginación del dolor de mi familia. La veía resignada en las palabras que, escritas o de viva voz, me enviaba a mi prisión, y esto bastaba para mi tranquilidad, ladeando lo que a la pena de nuestra separación correspondía.

No fue sola la familia, si que también la amistad la que me enviaba tan caritativos sentimientos en tan afectuosas palabras. Una amiga mía muy querida, a quien he respetado como a hermana, me escribió: (1)

«Todos los días, en reunión de mis hijos, rezaré por Ud. las dos oracioncitas que le incluyo para que Ud. también las rece».

He aquí este vínculo entre ausentes que sólo al Cristianismo es dado prestarnos: —la comunión entre ausentes por medio de la oración, lazo invisible para los hombres sin fe pero lazo fuerte y vigoroso para los que tenemos la dicha de creer. Bien sé yo que todos los días será pronunciado mi nombre ante los altares de mi Dios, por aquellos a quienes vínculos de sangre y vínculos de afecto me unen: en los lugares por donde voy peregrinando sigo también pronunciando nombres queridos entre mis oraciones. Dios ve y oye a los que allá quedaron, y el mismo Dios ve y oye al que por acá arrastra su vida de destierro. No está, pues, separada sino la materia: el espíritu, todos los días y a cada instante del día, se da cita en el seno de Dios.... ¡San-

(1) Doña Micaela Arévalo, esposa de don David Serrano. Nota del E.

tas creencias aprendidas en mi cristiano hogar, no me abandonéis jamás!....

Dentro de la carta me venía una imagen de Nuestra Señora al pie de la cruz, acompañada de esta piadosa reflexión:—«¡Oh, tú que en medio de tus dolores no levantas los ojos al cielo sino para acusarle de tus males, hiere tu pecho! El mismo Dios que quiso probar a Job, un día castigó a David. Comprende mejor los designios que sobre ti tenga. Si el principio es duro, el fin puede ser dulce».

¡Bendito seas, Señor, por lo que has hecho conmigo! yo no tengo derecho a reputarlo como una prueba, porque no soy justo como Job; sí como un castigo, porque soy más reo que David. Todos mis padecimientos te los ofrezco, así los que me has enviado, como los que en adelante te dignes de darme. Lo que te pido es que la resignación no me falte, y que a precio de mis dolores des consolación a mi madre y a mis hermanas y a todos los que me lloran: sea yo el madero que se consuma en el fuego; y esas prendas de mi alma el acero que se abriga....

Al lado de otras preciadas muestras de afecto, recibí por la noche unas carteras de bolsillo de amigos, en las que debía dejarles algún recuerdo. Les atestigué mi cariño, que esto era lo único que podía dejarles estampado en una hoja de papel. ¡Gracias, amigos solícitos por el desterrado!....

Arreglado mi equipaje, me dormí pronto para hallarme expedito a la madrugada. Antes de las cuatro de la mañana del día 18, ya había movimiento entre los soldados que me escoltaban y con este ruido y el relincho de los caballos, comprendí que era tiempo de aparejarme a la marcha. Lo hice, y cuando esta agitación de preparativos en mi escolta hubo cesado, me puse a órdenes del capitán Basilio Rodríguez. Di abrazos al oficial y a los soldados que me custodiaban en la prisión y bajé al pátio. Pregunté por mi cabalgadura, y cuando me la mostraron, no pude dejar de

reirme al ver una especie de perro faldero a quien para ser tal no le faltaba sino lana larga y le sobraba un par de orejas delgadas como tiesas, señales por las que vine a entender que el cuadrúpedo ensillado no era perro sino un mulo blanco, medio escondido el diminuto animalejo bajo la silla y el pellón. Sin acordarme de que estaba desterrado, y cual si cabalgase sobre mis violentos y altos trotones, di el acostumbrado ímpetu a mi cuerpo, al cabalgar, y, por dicha no fui a extenderme de largo a largo al lado opuesto al de que cabalgué. La silla vaciló sobre el enflaquecido dorso de mi mulo, como silla presidencial asentada sobre pueblo humillado y minado por el descontento.

Cuando me arrenallé en la silla eché a ver el desengaño de mi ímpetu para cabalgar; con impulso para hacerlo en un elefante, hábíame quedado a pocos palmos sobre la tierra, con la cual querían besarse los estribos y reñir las espaldas, que refunfuñaron enojadas al hallarse tan cerca del suelo, degradadas de la alta dignidad de ir cerca de los hijares, como verdugo hombreado con la víctima.—Mi poncho rojo estaba tendido sobre las ancas de mi mulo, con lo que venía a desaparecer mi malaventurado vehículo de destierro.

En tan peregrina apariencia me puse al centro de la escolta, y salí por entre la guardia de prevención formada en el zaguán de la Casa de Gobierno. En la plaza mayor me encontré con mis amigos David Serrano, Rafael Cuesta, Juan Ramos, José M. Pacheco y Francisco Javier Coronel, algunos de quienes, temerosos de que se me hiciese salir a deshora, habían pasado la noche en las inmediaciones del cuartel. Luché para contener mis lágrimas, las que estuvieron al desbordarse cuando el grupo de criados míos y de mis amigos, rodearon mi mulo y se disputaban el abrazarse con mis rodillas.

Urgía terminar escenas semejantes, y despidiéndome de todos con voz temblorosa, seguí hacia adelante. En la puerta del cuartel tocaban dianas ese mo-

mento. Al doblar la esquina hacia la cárcel volví la vista por última vez a la plaza, bañada por ese tinte suave del crepúsculo matutino. Grupos dispersos de amigos me miraban y al hacerles señas con mi sombrero, muchos sombreros alzados al aire en distintos lugares, fueron la última demostración de cariño que de mis amigos recibí. Cuando recuerdo la plaza mayor de Cuenca, mi imaginación me la presenta teñida con el tinte azulado de una aurora que acababa, ocupada en la parte cercana a la Casa de Gobierno por una multitud querida, a la cual hasta ahora creo ver con la pena en el semblante y las manos movidas con la señal de un postrar a los.

Al pasar por delante de la cárcel la hallé cerrada, cuando tanto deseo tuve de despedirme de los presos, cuyo cuidado se dignó confiarme la Conferencia de San Vicente de Paul. Mas, al llegar a la otra esquina, la carcelera de las mujeres salió a mi encuentro sollozando, y al abrazarse con mis rodillas me dijo: «vengo en nombre de las presas a darle este abrazo». Pobre gente! en la sinceridad de cuyo cariño me es dado creer!

Otra escena que vino a coronar la pena que mal podía contenerse, me esperaba todavía. Me fue concedido pasar por la calle de mi amigo David Serrano. Al acercarme a la puerta de la casa, divisé allí a mi excelente amiga Micaela y a su niña (1). Esta familia ha sido para mí, después de la propia, aquella en que, lo sincero y afectuoso de la amistad me ha favorecido sobremanera. Un abrazo y un adiós que me arrancó lágrimas hasta entonces represas, terminó la dolorosa despedida. A cada paso encontraba en las demás calles a personas que, informadas del derrotero que yo seguía, se encaminaban a despedirse de mí.

Un músico desembocó por una de las calles transversales y a pasos precipitados se me acercó y me di-

(1) Mercedes Victoria Serrano, que fué después esposa de Miguel Moreno. Nota del E.

jo:—«Perdóneme, señor, que de este modo siquiera le manifieste mi cariño»... y me puso en la mano un paquete de cigarros. Este humilde regalo me valía más que oro, porque me hablaba de un cariño tierno a par de humilde.

Al llegar a la loma del Vado, la idea de que no volvería a ver esos campos en donde discurría por las tardes, en compañía de mis compañeros, o en la de un libro; hizo que mirase con toda la intensidad de mi cariño, esa inmensa arboleda que se extiende al pie de la cordillera de Gülag, y que no semeja a primera vista sino una montaña impenetrable. La luz de la mañana iluminaba suavemente ese mar de verdura, que a mis pies se extendía bordeado por las aguas de ese Matadero (1) de cuyas aguas no debería beber, sabe Dios hasta cuándo, y cuyos rumores no debía escuchar ni ver sus olas espumosas, como en días mejores solía hacerlo tendido en los gramales de sus orillas.

Cerca del puente fui sorprendido por mi amigo el doctor Francisco J. Coronel, que no contento con la despedida en la plaza mayor, vino otra vez apresurado a darme la última despedida a orillas de ese río a donde solíamos acudir los miembros del «Liceo de la Juventud», a pedir inspiración a los campos y traducir en una hoja de papel nuestras impresiones, cuando una vez por la semana nos reuníamos en sesión, sesiones inolvidables para una gran porción de la juventud azuaya.

En el puente me aguardaba parte de mi servidumbre, que había adelantado a esperarme en ese lugar para recibir allí mi postrer abrazo. Acongojado estaba ya por demás con tanta pena, y parti después de dárselo, y cuando ya me hallaba próximo a trasponer el puente, un amigo de mi madre y amigo mío, acudió el último, a abrazarme. Nos separamos, cambiando

(1) Río que él mismo bautizó de *Temebumba*, conformándose a la Arqueología de estas comarcas. Nota del E.

nuestras postreras palabras con insegura voz: el último de los que en la ciudad se dignaron de acudir a la última entrevista fue pues, mi amigo don Manuel Maldonado Quintanilla.

Desde entonces pudimos acelerar algún tanto la marcha por la nueva carretera de San Roque. Allí me sorprendieron mis amigos Manuel Burbano y mi criado José (1) que debían acompañarme en la primera jornada.

Convenía pues animar la conversación de los que en silencio me acompañaban: así que, ahogando los sentimientos que en cada uno de nosotros rebosaban, conversábamos de muchas cosas, no porque de ellas necesitásemos hablar, sino porque eran menester para evitar el encontrarnos con nuestros recuerdos; como el navegante que se pone a pasear la vista de estrella por estrella, para no fijarlo en las olas espantables que hacen crujir el buque.

Al desembocar en la carretera de San Roque, a derecha e izquierda iba mirando sitios que me traían recuerdos más o menos gratos. Allí el árbol a cuya sombra se estaba en mis paseos, más allá el gramal bordado de plata, con el caudal de agua en que tantas veces apagué mi sed; por aquí las quintas de personas conocidas, por allá, y ya a mis espaldas, el templo de la parroquia, en donde he orado con mis hermanas, y en donde en esos mismos instantes se iba a ofrecer el Santo Sacrificio, como me lo indicaban sus campanas con lánguidos sonidos, que a mis oídos llegaban como una voz amada que me gritase el adiós de una despedida.....

Al término de la carretera coloreaba el tejado de la quinta de Yanuncay del Ilustrísimo Sr. Ordóñez, antiguo Obispo de Riobamba. ¡Cuántas tardes, a la luz del espléndido sol cuencano, había ido con el Sr. Dr.

(1) José Méndez, cuyo nombre y apellido sirvieron de pseudónimo al afamado escritor. Nota del E.

Dn. Federico González Suárez, en animado y sabroso dialogar, recorriendo esos lugares de camino a casa del Sr. Obispo! Qué de discusiones oyeron esos árboles!—No quise pasar sin despedirme del Ilustrísimo Sr. Ordóñez, y pedí al capitán Rodríguez ordenase a sus soldados desviar hacia la quinta.

Apenas llegamos al patio, salió a recibirme el Sr. Obispo. Eché pie a tierra y fui a sus brazos.

—Vamos a la sala un momento, me dijo.

—Gracias, Ilustrísimo Señor, le contesté. Tenemos que cumplir el servicio de nuestras jornadas al tenor del pasaporte. Me basta ya la despedida como una atención que a Usia debiera.

—Ya sabe usted que todos estos accidentes son necesarios en la vida, para templar el carácter. Siga usted conforme. Aviseme cuánto necesite: se lo exijo, amigo mío.

—Quedo reconocido a su Señoría Ilustrísima. Necesito sus oraciones, que son monedas con las que se compran muchas cosas, hasta el Cielo.

Y vuelto otra vez a sus brazos, me arrodillé. En ese instante los soldados descabalgaron, y asidos de las riendas de sus caballerías, doblaron también una rodilla. Hubo un instante de silencio en el que no se oía sino la fatigosa respiración de los caballos, el rumor del vecino río, el canto de las aves, y el solemne acento con que el Obispo, con la mano trémula a lo alto, nos bendecía.

Cuando salimos del patio torné a ver hacia atrás y me encontré todavía con las miradas del impresionado Obispo, de pie aún en la azotea de su quinta.

Desde allí para adelante cada caserío, la revuelta del sendero, tal árbol, aquel huerto, no iban sino despertándome memorias que acaso yacían dormidas, como si la naturaleza se hubiese empeñado en aglomerar ante mi espíritu capítulos de historias gratas de mis primeros años; no de otro modo que una esposa al dar el abrazo de despedida a su compañero, agrupa en su

torno a todos los pequeñuelos, lazos de indisoluble amor con que en la postrera hora quiere como estrechar y arraigar más y más el corazón del esposo a las dulzuras del hogar del que se aleja.

El 6 de Enero, mi amiga Micaela, su esposo David, su niña Mercedes Victoria y yo, discurriamos a caballo por uno de aquellos lugares, y cuando dimos en una pradera, un grito de admiración se nos escapó a todos, en presencia de un verde gramal profusamente matizado de color púrpura. No quisimos creer que la naturaleza hubiese sido tan pródiga de flores en ese lugar, y a primera vista supusimos que en aquel sitio hubiese habido fiesta religiosa y que, en humilde ofrenda a alguna efigie sagrada, conducida por aquel lugar, hubieran regado flores las gentes del vecindario. Sólo cuando salté de mi caballo y palpé la llanura, pude convencer a mis amigas de que era la naturaleza misma la que se había engalanado con tanta magnificencia. Allí descansamos tendidos entre las flores, allí recordamos al amigo Miguel Moreno, ausente entonces, y en sabrosa conversación habríamos continuado horas enteras, si la luz del día no hubiera empezado a desmayar en occidente.

Hoy, cercado de soldados, pasé por la misma llanura. El gramal estaba amarillo con los calores de Julio, y ni una flor asomaba en ese sitio querido. Anduve algún trecho más y cuando llegué al lugar desde donde se ve por postrera vez a Cuenca, al caminar hacia el Sur; me detuve para contemplar con última y turbia mirada la ciudad natal, dorada por los primeros rayos del sol, medio escondida en la arboleda copiosa de los alrededores. Mi alma estaba en los ojos. Padece mucho en ese momento. Clavé una intensa, hondísima mirada en el lugar de la ciudad en donde coloreaba el techo de mi casa, me quité el sombrero y di a mi patria un adiós tan sentido, ay! tan sentido como el único que hasta hoy he dado en mi doliente vida.....



Dominé mis dolorosas emociones, y entramos a conversar entre los dos amigos y los soldados, de cosas ajenas a las que nos habían sobrevenido.

Momentos después, nos detuvimos a aguardar a un ginefe que a galope venía tras nosotros. Era mi queridísimo primo José Javier Vázquez, quien llegaba a acompañarme en la primera jornada.

En Zhucay salió a darme el abrazo de despedida el doctor Tomás Rendón.

Cada vuelta de camino, cada casa, cada árbol, me merecían una mirada que equivalía a un adiós.

Las verdes llanuras del Tarqui se abrieron ante mí, lugares por donde tantos amigos habíamos alegrado nuestras vacaciones y que, sobre todo, en la hacienda de Miguel Moreno guardaban una nidada de recuerdos imperecederos.

Resolvimos acelerar la marcha en las verdes pampas. Los soldados espolearon a sus trotones, y yo tras ellos requerí los hijares de mi mulo con un suave apretón de espuelas; mas el pacífico animal no se daba por citado; insistí en espolearlo, pero era como si sus hijares tuviesen el blindaje de un buque de guerra. Empecé con azotar a mi pasicorto, y de ello no me vino más ganancia que saber le eran más sensibles las ancas que los hijares, pero sensibilidad que se mostraba no en un deseable trotecillo, sino en un levantar airada cola, tirar las ancas a lo alto y dar de coces al viento; con todo lo cual hube de resolver, en mi desengaño, y para comodidad de mis compañeros de viaje, no hostilizar otra vez las sensibles ancas de mi mulo; y así, paso ante paso, cruzamos el Tarqui, y entramos al callejón sombreado de sauces y retamales que conduce al pueblo de Cumbe.

Dos años antes había seguido aquel camino un día festivo, en numerosa cabalgata entre mis hermanas,

con quienes y algunos amigos, veníamos de oír misa en el pueblo, y nos dirigíamos de regreso a Totorillas (1). De los que formábamos aquella comitiva, no volvíamos por esos sitios sino mi amigo Manuel Burbano y mi fiel criado José.

El Sr. Cura A. (2) nos ofreció su hacienda para que allí cumpliésemos nuestra primera jornada. El obsequioso trato de que allí fui objeto, era digno de la fineza que acostumbra este señor con sus amigos. Allí encontré algunos que, sabedores de mi llegada, habían acudido generosos a esperarme en esa hacienda.

No podía yo salir un paso fuera de la habitación en que me hallaba, sin que el Capitán Rodríguez no se apresurase a hacerme el honor de ir a mi lado. Como saliese yo a dar un paseo por la arboleda inmediata, vino mi celoso edecán a guardarme; pues, desde ahora es necesario dejar aquí estampado, que este caballero temía fugase yo del centro de la escolta.

Salimos, pues, los dos, y cuando ya nos habíamos alejado un tanto de la casa, en donde quedaron los amigos, me recosté al pie de un sauce, y mi Capitán hizo lo propio.

—Tengo un gran revólver, me dijo; mirelo usted— y lo sacó de la funda en que lo llevaba al cinto.

—Cierto, le contesté, hermoso revólver.

—Sí, señor, y tiene un alcancé....

—Hola!

—Ah! y una fuerza...

—Me alegro.

—Para que usted se convenza ¿quiere que tiremos un blanco?

—¿Cómo no? ¿En dónde lo haremos?

—En el tronco de ese sauce de abajo.

—Bueno. Pero veamos antes si nadie anda por

[1] Hacienda del autor.

[2] José Antonio Ambrosi, dueño del fundo que hoy pertenece al apreciable caballero Sr. Juan Manuel Vintimilla.

allá.... Cuando de esto nos cercioramos, nos pusimos en el sitio conveniente, y después de disputar el Capitán sobre que yo primero debía disparar, y yo sobre que él debía hacerlo antes, resultó lo segundo. Amartilló el revólver, apuntó y ¡fuego! Fuimos hacia el tronco, y estaba ileso.—Regresamos a nuestro antiguo puesto, tomé el revólver, lo dirigí al blanco y disparé. Acudimos a ver el resultado y el tronco no tenía la menor hendidura. ¡Se conocía que éramos diestros!.... Interrumpiendo los comentarios acerca de nuestra poca fortuna en los disparos, devolví el revólver al Capitán, y creí necesario decirle como se lo dije:

—Capitán Rodríguez, no desconfíe usted de mí. Usted parece que sospecha que yo trate de fugar. Si esto ha creído, desengañese usted. No voy desterrado por ningún delito, y por esto, inocente como soy, en dondequiera que fuera del Ecuador vaya a fijar mi residencia, tendré el gran consuelo de que, gracias a Dios, no es un crimen la causa por la cual se me aleja de mi Patria. Todavía nos quedan muchos días de viaje hasta la frontera: marche usted con la seguridad de que, aun cuando quedase yo solo en el camino, seguiría el derrotero señalado. Usted me verá vadear el Macará y pisar en territorio peruano. En prenda de esta seguridad, vaya un apretón de manos....

Quiso vindicarse de mis sospechas, mas no se lo consentí; variamos de conversación y regresamos a la casa.

* * *

Cuando desperté al siguiente día, sentí la molestia de un bulto sobre mis piernas. Eché a ver, y era mi Capitán quien dormía aún sobre ellas. Parecía que ni aun mis palabras habían bastado a tranquilizarlo.

DIEZ Y NUEVE DE JULIO

Mi primer cuidado, luego que comenzaron los preparativos de marcha, fue decirle al Capitán que se me diese caballo y no mulo para cada una de las jornadas posteriores. Merced a los amigos que estaban en la hacienda, se me señaló un pequeño, pero ligero *moro*.

A las nueve de la mañana, después de un opiparo almuerzo, me despedí de la cariñosa familia que con tanta generosidad me hospedó. El Sr. Cura Ambrosi, después del abrazo de despedida, me dió su bendición que la recibimos el Capitán y yo, descubiertos la cabeza.

Cerca ya de la plaza de Cumbe, echamos pie a tierra, porque el Capitán necesitaba tomar del Teniente Político del pueblo, un recibo de las caballerías que nos sirvieron en la primera jornada. Entramos en la misma casa en donde, en aquel paseo de hace dos años, descansé con mis hermanas. Este era el último lugar que me guardaba recuerdos de mi familia. Desde aquí para adelante, la naturaleza no había de asociar a sus encantos recuerdos queridos.

El amigo C. quiso que desviásemos del camino real y descansásemos en su hacienda. Accedió el Capitán, y en breve llegamos a ella, donde fuimos obsequiados cariñosamente por mi amigo.

Ocupaba yo una silla puesta frente a la puerta de

la sala en que estábamos, y desde allí contemplaba un rosal en flor que adornaba el patio de la hacienda. Como lo notase el Sargento de la escolta, apellidado Rodríguez como el Capitán, me dijo:

—Señor, ¿qué mira usted con tanta atención?

—El rosal, le contesté.

De un salto fué del corredor al patio el cariñoso Sargento, e inclinando las floridas ramas de la hermosa planta, se puso a escoger de entre las rosas la mejor. Cuando la halló, le quitó las espinas, y me la trajo.

—Gracias, Sargento, le dije. Esta rosa se secará en mi cartera, en recuerdo de su cariño.

Más del medio día era cuando partimos de la hacienda del amigo C., quien, con los demás, me acompañó todavía hasta la cresta de un cerro, en donde echamos pie a tierra a darnos el abrazo postrero. Mi querido Manuel Burbano fue el último que, con lágrimas en los ojos, se echó en mis brazos. Cabalgamos y seguimos adelante la escolta y yo. Donde el camino volteaba a ocultarse tras la frondosidad de la montaña, torné mis miradas hacia atrás, y hallé a mis amigos que, a caballo ya, pero fijos en el lugar de la despedida, levantaron los sombreros en contestación al adiós que les envié con el mío.

Habíamos caminado un cuarto de legua, y estábamos ya fuera de lugar poblado, cuando el Capitán mandó parar y descabalar la escolta. Como él también desmontara, lo hice igualmente, para tranquilizarlo, una vez que, ellos a pie y yo a caballo, hubieran tenido temor de que espolease a mi *moro*, que no era tan reposado que dejase de saltar sobre ellos si le hubiese hostigado.

Hizo formar la escolta y mandó correr cápsulas a los rifles. Se colocó al frente y después de mandar ¡apunten! y cuando los soldados apuntaron sobre él, sacó su revólver y amartillándolo, les gritó: «¡Cobardes! infames! hagan fuego sobre mí... mátenme». Me interpusé, disuadí al Capitán de su propósito de mortifi-

car a esos inofensivos soldados, y seguimos la marcha. Creía el Capitán que éstos tenían miras a él ofensivas, cosa que jamás les había pasado a ellos por la imaginación.

Como de detenernos en la hacienda del amigo C. habíamos perdido algunas horas, llegamos a las cuatro de la tarde en el Tambo de Mariviña. Quise yo que continuásemos hasta que cerrase la noche, pero no lo consintió el Sr. Rodríguez, y hubimos de quedarnos en el Tambo.

Sali de la casa, acompañado del Capitán, y me recosté en un gramal vecino, y eché a mirar hacia los lugares de donde venia alejándome. Ya de sitios queridos no divisaban mis ojos más que las azules montañas a cuyo centro quedaba mi hacienda de Totorillas. Dos peones míos que conducían mi equipaje, se me acercaron. Al seguir la dirección de mis miradas, debieron comprender que buscaba los sitios en que ondeaban al viento mieses que ellos sembraron para mí, y que yo no debía cosechar. Mi madre y mis hermanas discurrirían desde entonces solas por esas verdes llanuras, visitarían los sitios frecuentados por mí, regarían los árboles que planté; acariciarían a mis perros que en vano saldrían a esperarme por la tarde en el callejón de floridos rosales; y llorarían al ver que la naturaleza de los alrededores, rica ya de frutos en sazón, reclamaba a su amigo y a su dueño, que entonces iba alejándose de la patria, pero alzando los ojos al Cielo en demanda de consolación para los que le lloraban ausente.

Largo rato me estuve contemplando esas montañas. Entregado a mis recuerdos guardaba silencio. Entonces el Capitán se retiró de mi lado, tomó un rifle de la escolta y se alejó.

El sol doró por última vez la cresta de las montañas. No dejé de mirarlas hasta que desapareció el último rayo de luz que las coronaba. Silbaba el viento en los matorrales vecinos a mí, y traía el eco de los re-

baños que acudían al encierro, cuando la explosión de un tiro retumbó no lejos de la casa del Tambo.

Pregunté a un soldado qué significaba aquello, y me contestó: «El Capitán mató un borrego». En efecto, a poco vino el Sr. Rodríguez, y me ponderó el alcance de los rifles (sistema de Remington) y lo certero de la puntería, aun a largas distancias, aduciendo como prueba la instantánea muerte del pacífico animalito, cuyo cadáver traía un soldado arrastrándolo por esos mismos gramales donde solía pacer el rebaño. Me causó repugnancia lo que acababa de hacer el Capitán y así se lo manifesté.

Poco después oí llorar en la cocina del Tambo, y eran sollozos de la indiecita dueña del pobre animal que yacía tendido cerca de la casa. Cuando lo notó el Capitán, llamó a la indiecita, e informado del precio de la res matada, se lo pagó en el instante.

Me enternecieron las lágrimas de esa infeliz mujer, y me dió pena de la ovejuela, que aún tenía entre los dientes el último bocado de grama, y conservaba levantados los ojos, como si al cielo se hubiese quejado en su agonía, y en su inocencia hubiera levantado a mirar hacia lo alto, último camino que siguen las miradas de una víctima que sucumbe.

Desde lejos, y por temor a los soldados, los *cholitos* hijos de los tamberos, contemplaban consternados el cadáver de la oveja que por la mañana llevaron a pacer, que la guiaron en las llanuras, y con la que tal vez triscarían juntos pocos momentos antes de que nosotros llegásemos.

Todas estas cosas me imaginaba, y padecía en mi interior lo imaginable por quienes tengan el mismo amor y compasión que yo por los animales inofensivos.

Ordenó el Capitán que los soldados se dividiesen de la carne. Mientras lo hacían, los perros del Tambo estaban lamiendo la sangre de la víctima a quien ayer no más guardaban vigilantes en el corral. Me parecía ver en ellos a soldados que ayer también guardaban fe

al orden y a la ley, y ahora viven de cebarse en las ruínas de la inocencia caída.

Era ya de noche y me acosté. Pronto quedé dormido y habría continuado mi tranquilo sueño, si el Capitán no me hubiese despertado, a fin de hacerme tomar caldo:

—Tal vez se enferme usted, me dijo; es necesario que tome usted alguna cosa.

—Gracias, le contesté, no tengo hambre.

Y como insistiese con finas instancias, accedí a su petición.

Entraron algunos soldados al cuarto en que estábamos, y otros quedaron en el corredor. El Capitán vino a acostarse a mi lado; así que, dormimos esa noche, tres en la misma cama, a saber:—el Capitán, su revólver y yo. La espada, pudorosa, al fin como de sexo femenino, quedó a alguna distancia de nosotros, pero no tanta que el brazo de mi Capitán no la alcanzase si hubiese sido menester llamarla en su auxilio.

Confieso que, despierto el Capitán, yo no le tenía miedo aunque se le hubiesen convertido en revólveres todas las hebras de sus cabellos, porque es de suyo hombre inofensivo; pero lo que es dormido, y a mi lado, bien me temía que él soñase con mi fuga, y echando mano al revólver hiciese conmigo lo que con el pobre borrego.

Al fin clareó la luz del día, sin que a mi Capitán se le hubiesen venido esos espantables sueños, e inmediatamente nos pusimos en marcha.

VEINTE DE JULIO.

Atravesamos el páramo de Silbán a paso ligero. Viento frío que desde los valles arrastraba inmensos jirones de niebla, venia a enredarlos confusamente en las cimas de la cordillera. Silbaban las hebras de la paja silvestre, casi exclusiva pompa vegetal de esas regiones, al vuelo del viento: ligerísima lluvia humedecía el camino, ocasionando resbalos a nuestros caballos en cuyas narices, enrojecidas a resoplidos, se revelaba en azulados y vaporosos penachos la agitación que los llevaba al galope.

Este camino hasta Nabón no ofrece encanto alguno a la vista, excepto el horizonte que se domina desde Silbán.

Cuando llegamos a la orilla del río, hicimos alto junto a una casa situada a sus márgenes, para abreviar a nuestras cabalgaduras.

Dos jóvenes se acercaron a nosotros, y cuando me divisaron vinieron a estrecharme la mano. Eran dos estudiantes, apellidados Quezada, cuyos exámenes, hacia pocos días, había presidido yo en el Colegio Nacional de Cuenca.

—Señor ¿a dónde va usted? me dijo el mayor, y echando a ver a los soldados, con mirada inquieta, parecía decirme: y estos son sus compañeros o custodios?

—Me voy desterrado, les contesté. Voy al Perú.

—Este año debíamos estudiar Literatura en su clase. ¿Con quién nos deja?

—Ignoro quién me sustituya. Antes de que se me tomase preso, me llegó de Quito la aceptación de la renuncia que hice de aquella clase, que no se ha provisto todavía hasta mi salida. Quien quiera que sea el profesor, les recomiendo, como último encargo con el que me despido, sean como hasta aquí, estudiosos, honrados y atentos con los superiores del Colegio. Espero, pues, que a mi regreso los he de encontrar a ustedes más buenos de lo que han sido, y dueños de un puesto honroso entre sus compañeros. A Dios!

Les abracé y seguimos adelante.

Dentro de mí me decía: gozad, gozad, amigos míos, de estos días de plácida quietud y de indefinibles encantos; gozad de vuestras vacaciones. Algún día echaréis de menos como yo, la vida del Colegio, y el anual esparcimiento del espíritu en los campos después de las tareas escolares.

Volví a ver a mis estudiantes que, tomados del brazo, atravesaban en ese instante por entre hacinadas gavillas de maíz segado, hacia la casa coronada por un penacho de humo que coqueteaba con el viento.

* * *

Ingrata la perspectiva del camino que conduce a Nabón, una vez dejadas las márgenes del río. Al fin, llegamos al pueblo, y fuimos a la casa que el Teniente político nos señaló.

Encontré de Cura interino de esta Parroquia, a mi amigo y antiguo compañero el presbítero Sr. D. Belisario Ordóñez, quien me llevó a su convento, con mi consabido compañero el vigilante Capitán y dos soldados.

La señora doña Rosa Romero de Ullauri, hermana de mi amigo el Sr. D. Remigio Romero, me in-

vitó fina y exigentemente fuese a almorzar a su casa, en donde fui cariñosamente atendido. Allí me encontré con el Sr. D. Agustín Crespo, y un joven Carrión estudiante del Colegio Nacional, recién llegado de la ciudad. Este joven se sirvió acompañarme media legua afuera de la población.

Tomadas otras caballerías, nos pusimos en marcha inmediatamente.

En Cochapata nos detuvimos un instante junto a una casa, en una de cuyas soleras dejé apuntada la fecha de mi tránsito por allí.

En donde el camino lo permitía, poníamos al galope a nuestros caballos; en donde nó, paso entre paso, íbamos conversando con el Capitán. Excité a los soldados a que cantasen aires patrios. Lo hicieron con el peculiar gusto y suave melancolía que son característicos al pueblo cuencano en sus yaravies. El más diestro era un soldado apellidado Rodas, y el que más listo se hallaba a cumplir mis deseos. De los cantares populares cuencanos que entonaba, apunté los siguientes en mi cartera:

¿Qué dice ese pajarito
que canta sobre el limón?
Anda, y dile que no cante,
se me parte el corazón.

Voy a cumplir mi destino,
y de tí me alejo ya:
no olvides al peregrino
que por tí llorando va.

A las seis de la tarde llegamos en Oña, pueblo de mejor aspecto que Nabón. Fuimos a casa del Cura Dr. Daniel Céleri, mi antiguo compañero de Colegio, de quien recibimos el trato afectuoso que era de esperarse. Allí encontré a los amigos Sres. José María y Carlos Dávila, con quienes, dos amigos colombianos y un

joven Monsalve, pasamos hasta terminada prima noche.

Esa noche el Capitán no durmió a mi lado. Se acostó frente a mi cama, siempre en indisoluble matrimonio con el revólver, e hizo entrar a dos soldados a que durmiesen en la misma alcoba.

VEINTIUNO DE JULIO.

A la mañana siguiente, el Cura Céleri me hizo la fineza de ofrecirme una misa antes de mi marcha. Acompañado de mi Capitán y un Sargento, fui a la iglesia. En los sencillos adornos del altar se veía que el joven Cura era celoso por el culto divino. Todo estaba limpio y ordenado, y profusión de floreros cargados de rosas y claveles embalsamaban suavemente el ámbito del templo. Hizo prender muchas luces en el altar, e interpretando mis deseos, ordenó que para la misa se descorriese el vélo que en el altar mayor cubría una imagen de María.

Hermosa misa fue aquella, a par de devota. Hacía coro a la voz del sacerdote el melancólico sonido del órgano. El olor de las flores, el humo del incienso y nuestras oraciones se elevaban juntos al cielo, como triple perfume de los jardines, de las montañas y del alma.

¡Quién nos hubiera dicho al Dr. Céleri y a mí, cuando niños estábamos en los bancos del Colegio, que llegaría un día en el cual, aquel había de decir una misa ofrecida por mí que iría desterrado!...

Después del almuerzo montamos a caballo. La escolta abría la marcha, y luego seguía yo entre el Cura, el Dr. Dávila, el Sr. Monsalve y otros amigos que se dignaron salir en mi compañía. Cuando avisté el río que divide mi Provincia de la de Loja, ya empecé a sentir la separación de mi suelo natal. Los compañeros no quisieron quedarse en la orilla, sino que con-

migo atravesaron el puente. Antes de atravesarlo, arranqué de un matorral una hoja, último recuerdo del territorio cuencano.

Una vez subida la áspera pendiente del otro lado del río y coronada la altura, echamos pie a tierra. Allí nos dimos el abrazo de despedida. El Dr. Dávila, como una última fineza de amigo, cambió su pellón con el mío. En pie todavía ellos, la escolta y yo echamos a andar rápidamente. Ya de Cuenca no era dado a mis ojos divisar más que los últimos cuadros de montañas. Iba ya a perderlas de vista, y les volví una última amorosa mirada. Ah! los que no han sido desterrados, no saben con cuánto amor volvemos a recomponer en nuestra soledad los últimos paisajes en que, con un ¡adiós! en los labios, clavamos nuestros lacrimosos ojos, que más tarde, aunque sorprendidos por magníficos cuadros de la naturaleza, no se contentarán con ninguno, porque no tendrán verdor en los campos, matiz y perfume en las flores y azul en el cielo, como el azul, como el matiz, como la verdura de los paisajes de la Patria!

Pronto cayó sobre nosotros una menuda llovizna que se extendió gran trecho a nuestro alrededor. Volví otra vez mis ojos hacia atrás, mas nada pude distinguir, porque la llovizna arreciada oscurecía el horizonte. Ya Cuenca me parecía un muerto, cuyo sudario me fingía la imaginación en la bruma de la naciente tempestad.

Por la noche nos hallábamos en Zaraguro, en donde el amigo Fidel Vintimilla nos había preparado un muy buen alojamiento. Las autoridades del lugar fueron solícitas para atenderme, y me hallaba en animada conversación de sobremesa, cuando de repente entró un hombre agitado, portador de la fatal noticia de que un hijo de uno de los señores que en ese momento me visitaban, había sido asesinado en un pueblo inmediato. Enmudecimos todos, y el atribulado padre, al salir desalentado de la habitación, aun tuvo cariño en su

corazón para condolerse de mí y apretarme la mano al despedirse para montar a caballo y trasladarse a recoger el cadáver de su hijo. Mi imaginación le siguió entre las sombras de la noche, y me hacía verlo precipitándose por las quiebras del camino, para ir a abrazarse con el cadáver sangriento del hijo. Oh! Dios mío! qué pequeño era el dolor que me atribulaba, comparado a aquel, y sin embargo, cuán miserable fui cuando adulaba mi pena frente a frente a ese inmenso dolor.

VEINTIDOS DE JULIO.

A la mañana siguiente, después de la misa que celebró otro compañero de Colegio a quien encontré en este pueblo, el Dr. Agustín Mogrovejo, con mi inseparable Capitán al lado, fuimos a la plaza a escoger las caballerías que debían servirnos. Para mi, uno de los amigos había preparado un hermoso caballo overo, cuya corpulencia y viveza parece que arrancaron un suspiro que se lo tragó el Capitán, y de cierto que no era de pena de pensar en la fatiga del hermoso animal, ni de envidia de que fuese ajeno, sino de temor, no tampoco de que yo viniera al suelo, mal ginete en brioso bruto, sino de que no pudiese domarlo, y de que tal vez nuevo hipogrifo, me llevase por los aires a donde no alcanzasen la tizona del ya por demás atribulado Capitán; ni las balas de su nunca por él bastantemente celebrado revólver. Desde ese momento mi Capitán no se las tenía todas consigo: sospechó de mi, temió de los amigos, se abatió al contemplar el caballo, y esto tomó creces al ver los rosinantes que, renqueando venían, o los malintencionados mulos que bufaban ante los soldados. Hecha la elección, el cuartago del Capitán, el mejor para la campaña en que iba a disputar mi fuga, no era sino un alto pero desmedrado animal, desherrado, y que en la traza mostraba no ser de los más listos a los estímulos del acicate.

Después de pruebas mil, no se satisficieron las exigencias de los soldados: uno protestó que no montaría; el Capitán dijo que sí; el soldado que nó; y sa-

liéndose éste con la suya, se resolvió que debíamos ir a paso del soldado antojadizo. ¡Excelente plan! Así se evitaria acaso que, colocado yo al centro, y codeándome con los soldados, pudiese hincar espuelas a mi caballo y huir temerariamente dejando con grandes narices a la escolta.

Después de almuerzo, y dado el abrazo de despedida a mis buenos amigos, montamos. El Capitán quedó espantado, cuando vió que se me trajo otro caballo retinto, no menos sospechoso que el overo, en eso de poner cascos en polvorosa, y que se destinó para que yo lo cabalgara cuando el primero se hubiese cansado. ¡Luégo el malvado intenta correr tanto, tanto (debió haberse dicho) que en su fuga piensa con reventar ese caballo que monta; luégo estoy perdido; luégo, Capitán, ¡aquí de tus ojos!

Paso entre paso seguimos del pueblo hacia Loja, no sin que mi guardián bufase más que mi caballo, que se impacientaba de la sujeción a que le obligaba mi mano.

Los dos sacerdotes, hermanos Mogrovejo, y los demás amigos de la comitiva, se despidieron de mi al principiar la montaña que domina al pueblo de Zaráguro. Allí dejé mi hipogrifo y cabalgué el retinto que debía llevarme hasta Loja.

Ameno es el camino en todo este trayecto, enverdecido por una vegetación constantemente fresca y vigorosa. (1)

(1) Hasta aquí el Diario prolijamente llevado por el proscrito, sin que me explique el motivo por qué no lo continuó hasta el término de su peregrinación. Lo que sigue es compaginación que la he realizado con no pocas dificultades, porque, apuntes sueltos casi todos,—quién sabe si están en el lugar correspondiente, ni con la exactitud cronológica, menos con la intención espiritual del autor.

Acaso anden trasapelados o hayan desaparecido los borradores relativos a la permanencia del proscrito en Loja, noble tierra donde mereció atenciones que sólo se prodigan en la propia o donde palpitan corazones hidalgos. Por esto Vázquez encontró en Loja cuánto de generoso y noble hay en el corazón; y así decía él que su segun-

da patria era Loja, porque allí endulzaron ¡con qué atenciones! las amarguras de su ostracismo. Hasta sus últimos años vivió ansiando volver a esa hermosa tierra, para manifestar, de alguna manera, la gratitud de su alma que experimentó tanto lenitivo al tocar allí en su doliente peregrinación.

Quédeme a mí ser vocero de los sentimientos de ese corazón agradecido que ya no late, para decir en público cuánto amó él a aquella tierra hospitalaria que le recibió como madre, cuando iba llorando por su madre y sus hermanas y su patria; y para manifestar también el imperecedero reconocimiento de sus deudos, hacia quienes ejercitaron imponderable caridad con el expatriado.

J. R. B. V.

Melior est pauper et sufficiens sibi, quam vir gloriosus et indigens pane.—Proverbios XII.

El pobre se sacia acomodándose a su desvalidez.—El envanecido por fuera, no tiene a sus solas, tantas veces pñ que a solas le mate el hambre.

In die tribulationis meae Deum exquisivi, manibus meis nocte contra eum, et non sum deceptus.—Salmo 76.

Nunca en las noches de mi pena fui desatendido, cuando suplicante extendí la ansiedad de mis manos al Señor.

LA NOCHE EN UTUANA

Provincia de Loja.

Pestañeaban mis ojos insomnes, con cuyo temblor se hacían gemelos los titileos de las estrellas, como si de la tierra y el cielo se cambiaran mensajes.

Por más que pretendía ahogar agua del corazón para que no se me escapase por los ojos, escurriánseles gotillas que, para enjugarlas, ya antes, entre mi parpadeo, cambiaron sutil, fugaz reflejo, devuelto allá, a lo alto, lo inmenso, lo insondable, lo convocador.

Tendido ahí en el patio, única hospitalidad que me dió el indio dueño de esa finca, junto a la carga de *chacra* que traje a mis espaldas desde el fondo de la quebrada, oyendo el crujido con que mi caballo trituraba saboreándose las cañas y hojas frescas, crujir aquel, arrullo que en otras noches más felices, hacía-me música adormecedora cuando dormía en las casas propias, o iba de camino tranquilo;—asi desvelado y con hambre, mis ojos sumíanse en la inmensidad del cielo estrellado, por donde iban mis tristezas en la vaga contemplación en que me sumía.

Un viento frío me estremecía, mientras a pocos pasos, ahí en la casa del indio, incendiaba con tremulenta llamarada la pared de la cocina el fuego del hogar, al que no me fue permitido ir a calentarme.

—Allí tienes el patio; para tu caballo hay maíz en la quebrada. Si quieres vete a cortarlo y traerlo: vale (tanto) la carga que traigas. Para tí no tengo comida ni habitación»..... Así sentenció mi desvalidez aquel duro hacendado, más compasivo con mi caballo, pues ya comía.....

Coelo tegitur qui non habet urna: esta reminiscencia de Lucano, erudición de mis recientes Humanidades, me hacía verme no como los muertos insepultos a quienes se refería el poeta, considerando cómo el cielo les era más amplia y hermosa urna funeraria, sino como despertador de otra más dulce poesía, de la aprendida de mis padres, de la enseñada por Jesucristo:—*Padre Nuestro, que estás en los cielos!*....

Consolándome, contando las constelaciones que iban desapareciendo tras la colina fronteriza, me quedé dormido, sería a la una de la mañana.

Una voz remisa y un ligero empujón me despertaron al amanecer. Al sentarme sobresaltado:

—*Calla!* me dijo una mujer, la del indio.—Te traigo comida porque me da pena que duermas con hambre. Mi marido es malo cuando está borracho como ahora, y por eso te ha dejado en el patio. Come tranquilamente porque él está dormido.

Sentóse a mi lado, y un plato de choclos y otro enorme de caldo, todo calentito y bien aderezado, pero más que por sus manos, por la ternura de su buen corazón, saciaron mi hambre y me oscurecieron de lágrimas los ojos, cuando terminado mi banquete, me dió los buenos días, me deseó feliz viaje, y se marchó a la cocina en cuya puerta, marco negro al rededor de la rojiza lumbre del hogar, se dibujó un momento la silueta de esa mujer caritativa, y se desvaneció todo al cerrarla, después de haber dado de comer al hambriento y aposentado al peregrino, aunque fuera en el desierto patio que supo convertir en hospitalaria sala, con el *¡Calla!* con que me despertó, con los *¡buenos días!* con que me despidió, pobre peregrino que no vol-

veré a verla.

Al amanecer, después de un compasivo sueño, el sol de Dios, el despertarse de las auras vespertinas, el sendero iluminado para que lo siga, atrás los caminos por entre los cuales voy alejándome, ellos mismos bañados de luz y dando sombra hacia allá de donde vengo.....

«La madre de Tobías, porque se tardó su hijo más de lo que había de estar, tanto lloraba, que salía al camino por do fue, y decía:—Por aquí fué la lumbre de mis ojos, por aquí fué mi descanso y báculo de mi vejez».—FR FRANCISCO ORTIZ LUCIO, *Jardín de amores santos* (1592) tratado IX, cap. 2.

CARTAS DE MI MADRE

recibidas en mi prisión y destierro.

(Fragmentos)

«Como un rayo me ha venido la noticia de tu prisión y he perdido toda esperanza, hijo mío, de poder librarte. Para la viuda se han hecho todos los imposibles. Nada puedo lograr hasta ahora y sé que se ha negado el Sr. Gobernador Moreno a la garantía de diez mil pesos que ha ofrecido por tu libertad el Sr. Carlos Ordóñez, (1) a quien Dios premiará esta bondad que él espontáneamente ha tenido, sin que yo me hubiera adelantado a pedirle. Si la garantía con una suma tan crecida ofrecida por este señor no se acepta, ¿para qué pensar en tu libertad? No se conmoverán ni con mi pena ni con la tuya. Ten ánimo, hijo mío: yo estoy serena en medio de mis lágrimas».....

[1] Con lo más íntimo de mi gratitud y como un homenaje de ella a la memoria del Sr. D. Carlos Ordóñez, consigno aquí esta generosidad de su buen corazón para conmigo que, entonces pobre escolar, no tenía ni siquiera el título de la amistad para merecer esta compasiva solicitud.—NOTA DEL AUTOR.

«....Te mando el escaso equipaje que tienes y que debo disminuir todavía, porque dices que te será molesto llevar más de un baúl.

«Va la Virgencita de tu mesa que me pides. Bañada en mis lágrimas la he despedido para que te acompañe. Que Ella te traiga pronto, hijo de mi alma, y que sea tu compañía en tu destierro como ha sido en tu mesa de estudio. Ahora tu devoción será mayor porque vas a estar más solo y desamparado.

«Me pides que te perdone la pena que me has dado. ¿De qué te he de perdonar? Creiste hacer un deber con el acta que hiciste, y has hecho bien. Los que han querido adulaciones, te creen rebelde y te castigan. Estate tranquilo porque las penas no me las das tú sino ellos. Perdonémosles el tormento que nos dan. Muésstrate hombre y cristiano perdonándoles, esto te pido. ¿Para qué nos sirve el rencor sino para alejarnos de Dios? y ahora es cuando tú y yo debemos estar más cerca de El.

«No te aprensiones por mí y tus hermanas. Llorar, si lloramos y mucho, pero no creas que tenemos desesperación. Piensa en ti, en los días de amargura que te esperan y en el valor que necesitas. Pobrecito, que no has sufrido en la vida, cuánto sufrirás si no te serenarás y si no dejas de atormentarte más pensando en lo que sufriremos. Yo ya tengo ofrecida a Dios esta desgracia y Dios me fortifica: no estés, pues, atormentándote más.

«*Al Arcángel San Rafael te he encomendado como a Tobías. Te colmo de mis bendiciones, hijo mío.*»

«De las dos cartas, una es del Macará y otra de La Tina, (1) y en ellas has puesto unas hojitas que to-

[1] La Tina, hacienda de la familia Valdivieso, situada en territorio peruano, dividida del pueblo del Macará por el río de este nombre. N. del A.

davía llegaron olorosas. En la una has escrito «Patria» y en la otra «Tierra extranjera». Estás, pues, fuera de la Patria, hijo mío. Entiendo bien lo que ha sentido tu corazón al arrancar de una y otra orilla del Macará esas hojas, y mandármelas. Te agradezco tu delicadeza, pero como creo que con todas estas cosas se aflige tu corazón, me angustio pensando que desmayes en tu valor, y esto yo no quiero porque se aumentarán tus penas y te amilantarás. Quiero siempre tu valor. Para mi corazón eres siempre el niño que he tenido en mis brazos, pero tú debes considerarte como hombre que empieza a cumplir su tarea de trabajos y de penas y que tiene que llenar la tarea. Déjame a mí mis tristezas, serénate y piensa en que Dios estará contigo si le invocas como a Padre».

«... Como es madre la señora que te ha atendido tanto, (1) comprenderá que he leído con lágrimas de gratitud la primera carta de Loja, en que me avisas que te ha tratado con tanto cariño. Agradécele por mí su bondad y que el Señor le libre de tener algún día que pensar en la amargura de sus hijos arrastrados de su lado. No te aprensiones por nosotros. Aunque estamos tristes y llorándote, confiamos en Dios. Sigue con serenidad tu destierro y no pienses tanto en mí si esto te puede doblar el ánimo».

«Qué placer habrás tenido al verte con tu ami-

[1] La Sra. Dña. Adela Jaramillo, esposa del Gobernador de Loja, Sr. Dr. Dn. Manuel J. Aguirre. De entrambos recibí la acogida más cariñosa. No consintió el Sr. Aguirre que fuese a guardar mi prisión de tránsito en un cuartel. Me llevó a su casa, retiró la escolta y me dejó en absoluta libertad de señalar el día de seguir hacia la frontera.

go Dario (1) después de tantos años de ausencia. Estoy segura de que se habrán compensado tus penas pasando con él esos pocos días. Salúdale en nuestro nombre y agradéceles a él y a su familia, por mí y tus hermanas, el cariño con que te han recibido. Agradece también por mí a todos los que te hagan un bien; sabiendo que es una madre quien les agradece por los beneficios que hacen a su hijo, no importa que sea una desconocida la que les manda su gratitud».

Habia entre tres o cuatro míos, otros libros antiguos heredados de mis abuelos, dos de los que recuerdo mucho y que he vuelto a leer en mi edad madura, rehaciendo con ellos la lectura que de niño oí hacerla a mis padres: *Luz de Verdades Católicas*, del Jesuita P. Juan Martínez de la Parra y *Libro de la huida de Egipto de la Virgen Nuestra Señora*, del cisterciense Fr. Lorenzo de Zamora.

En una de sus cartas decíame mi madre: "Te copiaré aquí, para tu consuelo, lo que está en uno de esos libros viejos que te leíamos cuando niño. Hoy, hombrécito ya, quiero que comprendas lo que tus padres no creíamos que te fuese aplicable, porque ¿quién hubiera creído que el chiquito nuestro había de estar un día desterrado? No estás solo, hijo mío, porque como dice uno de esos libritos viejos: «¿Piensas que un hombre en quien Dios vive está desterrado de su Patria a la ajena? El que vive en Cristo en ninguna parte está desterrado, pero en la carne, en todas partes está peregrino». Vive en Jesucristo, hijo mío».

[1] Dario Palacios con quien estuve en su hacienda de Senegal, y de quien recibí la cariñosa acogida correspondiente a nuestra estrecha amistad y a nuestras tareas literarias. Gocé entonces de la admirable fidelidad con que en una novela que en Cuenca escribía, había sabido retratar el hermoso paisaje del encantador valle de Saviango.

Releyendo esta recomendación digna de Santa Mónica, no pude hallar esta cita en el P. Martínez de la Parra, y al fin buscando por la analogía del título con mi situación, di con el texto en la parte 3ª, capítulo 9º del libro del P. Zamora. Poniendo mis ojos en esa página, imaginando que en ella leerían enturbiados de lágrimas los ojos de mi madre, las mías han caído sobre páginas confortadoras para ella, como hasta ahora me son en la tarde de la vida. Así a través de los años, mis ojos que aún sobreviven a los suyos, mis lágrimas menos amargas que las suyas, mi corazón discípulo desaprovechado del suyo, se vuelven a juntar, a través del sepulcro, en esas amarillentas hojas de un libro piadoso. (1)

[1] La edición del libro del P. Zamora es de Alcalá—1614.— El pensamiento transcrito es traducción que el mismo P. Zamora hace de este pasaje de San Agustín: *De patria sua in alienam se arbitraris excludere hominem Dei, in Christo nusquam exulem, in carne ubique peregrinum*".

*"Y cuando nos apartamos
del lugar do bien quisimos,
cuanto más nos acordamos,
tanto más y más lloramos
la soledad que sentimos".*

CRISTOBAL DE CASTILLEJO,
Siglo XVI, Cajón de Sastre, Madrid, 1781, p. 86.

MACARA

2 de Agosto de 1881

En fin llegó el momento de dejar este pueblo, este rincón querido de la Patria, el último, el fronterizo con el extranjero.

Una misa por la mañana, obsequio del Sr. Cura Arias; un almuerzo de despedida, agasajo del Sr. Mora, son las últimas muestras de cariño que se me dan en este asilo de pocos días. El sacrificio divino y el pan de la hospitalidad, ambos me son hoy manifestaciones de un solo sentimiento, la caridad, caridad que encomienda al cielo la suerte del viajero, caridad que le reserva del pan de la mesa, aunque sea los que sobren, para el camino.

"Certificado del paso de la frontera.—Quiterio Ramirez, Juez Civil 2º de Macará,—certifico a petición del Capitán Sr. D. Basilio Rodríguez: que ha conducido al Sr. Dr. D. Honorato Vázquez hasta la orilla del río de la frontera con el Perú. El Sr. Dr. Vázquez ha pasado la frontera en esta fecha; lo que me consta, y para los efectos convenientes y a falta de las autoridades políticas del lugar, lo certifico.—Macará, Agosto 2 de 1881.—Quiterio Ramirez». (1)

[1] Este certificado ha sido elevado al Ministerio por la Gobernación, con la nota N.º 94, de 13 de Agosto de 1881, en que se transcribe otra del Comandante General del Distrito, sobre el cumplimiento de la comisión del Capitán Rodríguez.—N. del A.

Este documento de simple entrega de un semoviente, se escribió a orillas del Macará el día de la fecha, a la una de la tarde, a la sombra de un grupo de guásimos, en un escenario del cual éramos personajes los expresados en el anterior documento, ocho soldados y mis buenos amigos los doctores Daniel B. Mora, y Darío E. Palacios, que me dieron fraternal hospitalidad en su hacienda de Hornillos y Senegal, Francisco Muñoz con quien me encontré en Jorupe, desde donde me acompañó hasta Macará y el Sr. Arias, Cura de esta parroquia, quien me dedicó la misa matinal de este día, encomendando a Dios mi suerte de desterrado, como para mi hambre, el buen anciano don Mariano Mora, después del almuerzo, proveyó mis alforjas de viaje con paternal solicitud.

Llenada la formalidad de extender el acta anterior, formó la pequeña guardia después del abrazo que di al Capitán y sus soldados y a los amigos que, como yo, mal ocultaban la emoción de la despedida.

Antes de vadear el río fronterizo entre el Ecuador y el Perú, arranco de las orillas ecuatorianas un manojo de yerbas y flores. Las del otro lado son ya extranjeras. Las de la margen ecuatoriana del Macará, irán a mi almohada. En mis insomnios, esos olores de hojas moribundas me darán la ilusión de aspirar todavía olores de la Patria.

A Dios! Vadeo el río, desde cuya orilla peruana, saludando por última vez a los que en la ecuatoriana quedan, confirmando lo que en el acta dice el Teniente Ramirez—«me consta que pasó el río de la frontera»,—sequedad de testimonio oficial, dentro del que sólo el que es lanzado de su tierra puede comprender la amargura que se retuerce,—aventuro solitario al galope de mi caballo por camino que no conozco, orientándome solamente por el tejado de unas casas, donde se me anunció recibiría hospitalidad el pobre extranjero que iría a mendigarla, sin más título que el de la desgracia.

Por entre un claro de overales, guásimos y alga-

robos, al volver mis ojos, aparece el tejado de la iglesia del Macará. Llorosos han guardado la última mirada para ella, donde por la mañana oré, y desde donde Jesús me ve partir y me bendice.

* * *

Levo manum mean ad Dominum excelsum possessorem coeli et terrae.

Génesis, cap. 14.

¡Excelsior!.... ¿Y a dónde la angustia de la vida? De entre lo efímero que he gozado en ella,— de entre cenizas de incendios de mis pasiones,—por sobre lo fugitivo de este teatro de ellas en la tierra, bajo el sol, y de noche a la lumbré de las estrellas que parpadean llorándome pecador,—en esta desolación mía, ¿a dónde el sollozo mío?

A Ti, Señor de los cielos que me brindas, a Ti, Señor de esta tierra en que pecador la domino y me dejas la tenga para mí ¿para qué?—sino para que te clame;—he aquí que a Ti recurro de ella, a la misericordia de la gloria tuya.

* * *

¿Para qué subir por los astros?

El ramaje aquel, aquel que se recorta entre las brumas del cielo, y en la adustez de sus líneas parece reventar en botones de luz en las estrellas que nacen,—ése, abajo de la masa de su sombra, está como sangrando una herida en la luz mortecina de la lámpara del Sagrario en esa la mi iglesia lejana, que allá se quedó la última, la de la tierra mía, la de la iglesia del Macará.....

¿Quién me dirá que no pueda en este sobresalto de ensueño levantarme, alzar por sobre mis cansadas rodillas la amplitud de mi alma, y lanzarla, como abeja sobre la más fresca flor, sobre esa luz rojiza,

trémula, agonizante, del templo último de la tierra mía?...

Flores que allí pusimos, no tanto yo cuanto los que, dueños de esas florestas las amojaron por mí; luces encendidas por su generosidad, nó por la pobreza de quien ibase sin pan para mañana;—todo eso está allá, tan lejos.

Pero, algo de lo lejano de allá está muy cercano de mí, conmigo está. En la luna llena que me baña de luz, que seca mis lágrimas, como las secará hasta el último mirar de mis ojos,—pongo la desolación devota de mi alma para contemplar la Hostia Santa que allá, tan lejos está con la lámpara de su lejano Sagrario, chispeando entre la enramada aquella, tan lejana, que ya no es mía....

CARIAMANGA

(Agosto—Media noche)

Miguel Castillo y yo

Escenario: un claro de monte.

A escondidas, cuando ya la escolta que me condujo estaría de regreso de Loja a Cuenca,—vuelto yo, repasado el Macará,—vinome el generoso amigo Miguel Castillo a brindarme seguridad de regreso y escondite.

Todo lo tenía él listo para llevarme, como yo para seguir en mi destierro,—pero nó.

Yo no debía ser un huidizo, yo que no pedigracia al enemigo que me lanzó y que podía sorprenderme en mi rincón de huido... ¡Cara le hubiera puesto yo ¿cuál? sino de vergüenza doblada a su maldad....

Nó.—Gracias doy al escondite que se me brinda, y—¡adiós!—Esclavo de nadie en mi desventura, sino de Dios en su favor y de mí en mi voluntad.....

PERU

(La Tina, 5 de Agosto.)

Cariñosa acogida del Sr. Vicente Valdivieso, dueño de la hacienda.

A prima noche de ayer me dejó en el cuarto que me había señalado.

—Hasta mañana, me dijo; descansen usted. Está fatigado, más por las emociones que por el viaje. Buenas noches.

Descansar no era posible. Las emociones, como lo adivinaba el buen anciano, me tenían muy agitado el corazón.

Descansar! El río blanqueaba entre la arboleda de la playa: el río era ya la barrera para la Patria; el río iba lamentando quejas que interpretaba, oía, entendía el desterrado; cantaban triste dúo las olas de cada orilla.

Las del Ecuador:

—Al mar! al mar! le llevamos los perfumes de las selvas ecuatorianas, el oro de sus rocas, el deshielo de sus cordilleras, las lágrimas de las madres que a nuestra orilla vienen a llorar a los hijos muertos, a los hijos ausentes.

Las del Perú:

—Al mar! al mar!

Pero yo no podía entender lo demás, no me importaba saber qué llevaban a la mar esas olas que ve-

nian por orilla extranjera. Lo único que yo sabía era como las olas de esa orilla se llevaban mis lágrimas, y como ni más abajo, ni en el mar, había nadie quien pensase que había alguien que al río había dado lo más amargo, lo más virginal de sus lágrimas, al llorar el alejamiento de la tierra natal donde quedaba llorándole la madre.

Arriba, arriba, lejos, casi confundidas en la bruma de la noche, están las crestas de las cordilleras ecuatorianas. Tras de ellas, tras de otras en un valle, estará una casa cerrada. Adentro, en torno a un altar, mi madre y mis hermanas rezando por mí, por mi sollozando al entrecortar con lágrimas las oraciones.

—En dónde estará?—este será su pensamiento.

—Me lloran como a muerto!—este es el mío.

—Al mar! al mar! siguen diciendo las aguas del Macará: las de las orillas ecuatorianas, las de las orillas extranjeras.

Abajo, en un remanso del río, donde ya no murmuran las aguas, parece que confundidas las de entrambas márgenes, las del lado en donde lloro, dicen a las que finjo traen por el opuesto las lágrimas de mi madre:

—Hermanas de viaje ¿qué traéis?

—Lágrimas de una madre.

—Nosotros llevamos lágrimas del hijo que la llora.

El remanso está callado, se han confundido esas lágrimas. En las olas dormidas, tiembla la plateada luz de las estrellas, y de vez en cuando una luz rojiza.

Es la que se escurre por las ventanas de la iglesia del Macará.

Entonces escribí el romance «A orillas peruanas del Macará».

Terminada esta oración, me acurrugué en el suelo. En la almohada puse las hojas arrancadas al otro lado del río: aspirándolas me dormí triste, abandonado a mi suerte, sin la tutela visible de nadie en la tierra.

Al siguiente día, pobre, humilde, dolorido del al-

ma, pero confiado en Dios y resignado a su voluntad, y agradecido al bondadoso dueño de la Tina, emprendí mi primera mañana de peregrinación en tierra extranjera. (1)

(1) AÑOS DESPUES.—Singulares decretos de la Providencia! Catorce años después, el que así salía de esa casa hospitalaria, después de esa velada dolorosa, a las orillas del Macará, en aquella noche de Agosto,—era recibido en la Academia de Caracas por la amable y generosa cortesía de los poetas y literatos del Avila, en una sesión especial que le dedicaron como a Individuo Correspondiente de la Real Academia Española y como a Ministro del Ecuador. El distinguido Sr. D. Manuel Fombona y Palacio, sorprendió al autor de este Diario, leyendo, ante la docta concurrencia de ese día, este mismo romance "A Orillas Peruanas del Macará". Sentí ese día una angustia de corazón que palpitaba entre los dolores del 81 y las bonanzas del 95! Así tenía que ser para esta tabla, resto de tantos naufragios!.....

N. del A.

RIO DE QUIROS

6 de Agosto.

A las ocho de la noche, el amigo Eloy Álamo, (1) un criado, el arriero y yo, acampamos a orillas del Quirós. No pudimos vadearlo por haber crecido esa tarde.

Como esas comarcas empiezan a ser sospechosas por los asaltos de ladrones, nos retiramos un poco del camino a la espesura, desde la que se veía el vado del río.

A las once de la noche, mientras dormían mis compañeros, oí tropel de caballos a galope. Seis ginetes asomaron al vado por el mismo camino que habíamos traído. Llevaban armas de fuego, según se notaba por el brillo de los cañones, con la luz de la luna.

Hablaban en voz alta. Uno de ellos dijo:

—El río está crecido. No podían haberlo pasado. Registremos la orilla.

No me quedaba duda. Se nos había seguido y nos buscaban. Desperté a mis compañeros.

Nuestros caballos relincharon entre el bosque al oír el galope del grupo de ginetes, y éstos fueron a dar al sitio en que acampábamos.

—Aquí hay gente, repitió la misma voz que había, ordenado el registro de la orilla. ¡Quién vive, gritó!

(1) Joven peruano que iba a Piura, llamado por el Prefecto de ese Departamento, Coronel Negrón.

Estábamos descubiertos y no había para qué callar. Contesté.

Felizmente, los que temíamos fuesen ladrones, eran soldados en comisión de policía despachados del pueblo de Suyo, en ayuda de otros que habían salido al mediodía, en la misma dirección que llevábamos.

LAS LOMAS

7 de Agosto

Por la mañana hasta las diez, no hemos encontrado huella de vivientes. A esta hora } dimos en una cabrería, situada al comienzo del desierto de Piura.

La cabrería nos ofreció leche recién ordeñada, obsequio apreciableísimo por la espontaneidad, pero detestable a mi sabor.

A las doce, rendidos, sedientos, con hambre y fatigados con el malestar de la travesía a orillas del Quirós, llegamos a las Lomas, último pequeño caserio en el trayecto de la frontera hacia Piura.

Álamo nos guió a una casa. Su dueño, de apellido Tambolán, un negro alto, grueso, con pañuelo rojo al cuello, sombrero amarillo echado a la nuca y vestido de blanco, nos salió al encuentro.

—Blancos, adentro! nos gritó, con una voz que no era de invitación sino de orden, y mirándonos con unos ojos que a no ser por la tranquilidad y fijeza leal de la mirada, hubieran infundido recelo al que los viese como fatigados y luchando por salirse de la prisión, en que parecía querer encerrarles dos gruesas cejas hendidas en su división por unos cuantos nerviosos pliegues de la frente.

—Vaya! lo principal es lo primero. Ustedes a sombrear y las bestias a comer.

—Es decir que las bestias serán más felices que

nosotros? pregunté a Tambolán al estrecharle la manaza que me tendió. ¿Para nosotros sólo sombra, y para las bestias sombra y algarrobo?

—No, hijo, lo primero es atender a los de cuatro patas que les llevan cargados a los de dos. Los de dos patas, tienen palabra para pedir en esta casa, y Tambolán tiene buena voluntad para buscar y para dar lo que haya en ella. Se conoce que el blanco tiene hambre.

—Y muy buena.

—Pues, dormir un poco, y estarse aquí en casa propia.

Y Tambolán se lanzó fuera de la casa.

Por tras de ella oí retumbar el golpe de sus pisadas de carrera, y a poco un grito medio ahogado de una gallina a la que parecía se la estrangulaba.

Nos echamos por el suelo los huéspedes, y ¡a dormir!

Cinco minutos habría yo dormido. Al despertar, me encontré con mis compañeros que dormían, y con tres negritos que apenas me vieron despierto, vinieron a saludarme.

—El compadre Tambolán nos ha avisado que tenía huéspedes, y estamos aquí por lo que ustedes pueden necesitarnos.

—Gracias, señores, les dije desperezándome y considerando que el Sr. Tambolán era persona que venía obligándonos con sus finezas.

Álamo me ayudó a sostener la conversación con los recién llegados y con seis u ocho que vinieron después, todos ellos convocados por el bondadoso negro que nos daba hospitalidad.

La hacía más esmerada, más culta, más caritativa con que sus vecinos vinieran a acompañarnos en el desayuno, a nosotros cuatro viajeros que no llevábamos más recomendación, que la de no tener ninguna, fuera de la de las obras de misericordia: «dar posada al peregrino».

Fue y vino la conversación graduada en interés

entre los que caminábamos de viaje urgente y los que nos recibían de posada tranquila, precipitándola nosotros, retardándola ellos. Cada bando hacíalo todo bien hecho. Nosotros por irnos, ellos por detenernos.

En esta lucha, sólo Tambolán podía decir la palabra decisiva.

Apareció, al fin, el piadoso Tambolán, con sendos colmados platos a las manos.

Lo que nos sirvió, y después siguió sirviendo, era para confortar a otros más exánimes que nosotros.

La gallina estrangulada estaba allí en el sabrosísimo *sancochado* peruano, competidora en blancura y suavidad de adobo con la yuca, y esmaltada graciosamente con el perejil y el ají, cuyos matices de verde oscuro al amarillento, y del rojo ennegrecido al rubí, hacían del colmado plato, un conjunto que por los ojos se fuera al alma, si ya el olfato no hubiese dado el aviso de antesala, y el hambreado estómago no se hallase ansioso de una recepción esperada y tan *espléndidamente* anunciada. Ojos y sabor se quedaron saciados ¿Y el alma? Ah! el alma agradecida ...

Terminado el almuerzo, Tambolán apareció jofaina en mano y toalla en brazo.

—A ver, blanco, pronto esas manos! me dijo.

Las extendí maquinalmente. No sabía que el momento extremase la hospitalidad lavándome las manos.

Era aquella una escena patriarcal.

Mientras chorreaba agua de mis manos, mis ojos agradecidos vertían en lágrimas la ternura de mi gratitud.

El negrito me miró enternecido a su vez, y echándome uno de sus brazos al cuello me dijo:—Pobre blanco, se ve que sufres!

No sé si vive Tambolán. Si él o alguno de los suyos lee estas líneas, reciba en ellas un testimonio de mi agradecimiento. Qué Dios colme de bendiciones a ese patriarca del desierto!.....

Reverberaba el sol, y ¡a caballo!

* * *

Engolfado ya en pleno desierto, iba yo cuidando de revolver a mirar cuándo desaparecía la casa de Tambolán en la inmensa circunferencia que se extiende, perfectamente geométrica, al rededor del viajero en el desierto.

La gratitud me ligaba a esa casa.

A Dios! ... apenas se la divisa.

A Dios! ... desapareció ya.

No hay para mis ojos, por donde quiera miren, más que la rígida línea de circunferencia del desierto sobre la esplendidez del cielo, esfumado en los últimos términos del horizonte.

Y se caminan leguas, y parece que uno siguiera en el centro del interminable círculo caldeado por el sol.

Ni un pájaro cruza por el aire.

Sólo mis recuerdos van volando en torno de mi corazón, como cuervos al rededor de su presa.

* * *

Siesta a las dos de la tarde, porque el sol nos calcina. El despertar es, o el tormento reduplicado, o el goce paladeado, según sea triste o feliz el que despierta.

Parece que, antes del sueño, el alma que es la que lleva todo el peso de la cruz, dice a su Cireneo: descansa, pobre compañero; yo te despertaré!

El cuerpo se rinde, los músculos se aquietan, la sangre corre, y corre, y pasa por el corazón, y vuelve al corazón; y el corazón en el sueño no es el hervidero del sentimiento, sino la oficina de pasaporte de la sangre.

Ah!, no digáis *corazón* (padecer, gozar), de la viscera aquella. Llamadlo en ese sentido del paréntesis, sólo cuando el hombre está despierto, porque sólo entonces parece que el alma fuera a buscar esa oficina para recibir sangre desgastada afuera, y enviar sangre

fecundizada adentro por el esfuerzo espiritual de ella, de ti, alma mia, que me riges, que sabes amanecer para recibir rocío de gracia del Señor, para dármela en lo que siento cuando vivimos juntos en la vigilia.

"En esta tierra desierta e intransitable y sin agua, me pongo en tu presencia como en un santuario para contemplar tu poder y la gloria tuya".

Salmo 62.

AL PIE DEL EREO.

Como labios juntos angustiosamente erguidos al cielo en plegaria, demanda,—hambre, sed,—en la plenitud del desierto levántase el Ereo, montículo aislado, único en la solitaria, con uniformidad de desconsuelo, inmensa extensión de los arenales que vengo recorriendo y aún me quedan por recorrer.

Ereo, solitario montículo en el desierto, escándalo de su interminable desconsoladora planicie,—tú, el que tal vez te has formado de pedrezuelas, arrebatadas por el viento entre el polvo mojado por las tempestades; tú, *conglomerato* que todavía has dado vida a plantas rastreras que en ti se sacuden sus andrajos resecaos; oh, tú, ¡Ereo!... que me dejaste dormir a tus pies, que te arremolinaste sobre mí con las arenas arrastradas del desierto, que al amanecer, visitado tú de luz del sol, me dabas saludo de partida,—tú ¡bendito seas!

Ido ya de ti,—allá te imagino y te imaginaré:—señor del desierto, desafiador de sus torbellinos, protector de los que se te acogen, como me lo fuiste y yo evocador, ¡quizá el único! de tu favor en la desolación de mi desventura de alma, como en la de mi cuerpo peregrinante en destierro.

Resuelve la diminuta caravana pernoctar al pie, llegada allí a las nueve de la noche, hora deliciosamente fresquecita y precursora del frío, cuando horas después, a la madrugada, los vientos de la lejana cor-

dillera hayan apagado los fervores del sol en esos arenales calcinados.

Lecho delicioso aquel que entonces por allá se improvisa:—cavar el suave arenal como para enterrar un cadáver, meterse uno en el hoyo tibio, cubrirse con una manta ligera que le oculte resguardándole de las arenitas que vienen con los vientos de la noche, y quedarse allí con el sueño con que se premia la fatiga del viaje, quedarse dormido entre el arrullo, (si arrullo será esto) entre el mugir de un nocturno viento que viene, llega, pasa tronando....¿De dónde?... ¿a dónde?

Apagamos la fogata que prendimos para aderezar nuestra pobre cena de viajeros:—cecina que compré en Cariamanga.

Y a dormir, después de maniatar las cabalgaduras unas con otras, dejándoles el pienso de algarrobo.



En plenos arenales del desierto se me cansa el mulo en que cabalgaba. ¿Qué hacer? Echar pie a tierra y caminar y caminar..... y, cuando ya me desfallecían fuerzas, asirme del mulo e ir casi arrastrado por él. Entrambos cansados, sedientos ambos. Para mi sed, se había ya agotado el agua que llevaba en la calabaza de camino. Para él ¿qué? sino un echar ojos, sorber aires, por si por allá lejos, algún oasis....

Arre! Arre!.... Bueno y paciente mulo, ya llegaremos a Piura. ¡Arre, arre!

Y el mulo cansado, todavía tiene fuerzas para arrastrarme pasos. A veces vuelve la cabeza y se detiene, creyera yo para reconvenirme. Nó. Resoplando hacia la inmensidad del desierto que nos espera, al volverse esa cabeza fatigada, el morir del resoplido de su cansancio cae sobre mí, y sobre mí el clavarme los ojos cansados como diciendo:—Paciencia! Ya llegaremos....

Sí ¡llegaremos!

Entretanto, entrada la noche y paso entre paso, los así rendidos, diviso un lejano espectáculo. Vamos avanzando hacia un término de horizonte en el que veo murallas de ciudades, torreones. ¡Qué blanco todo lo que resalta entre una ciudad lejana esfumada en lo negro del horizonte!

Al compañero de viaje le pregunto:— ¿Ya, Piura?

—Ah, nó! ¿Qué se imagina Ud?

Le describo lo que me parece ver.

—Nó. ¡Está Ud. cansado!.....

Sentencia bien dada sobre la inexperiencia de mis viajes y de mis penas.....

* * *

Desde las dos de la tarde, a pie porque se me cansó la mula.

Al paso suyo sigue el mio rendido de fatiga.

Bendije a la noche que vino a refrescar este ambiente de fuego que respiraba, mientras al levantar mis ojos al cielo, allá se iban fugitivas, siquiera rápidas, algunas ascensiones de mi espíritu.

Recordé que estaba en la vispera de la Asunción de María. Allá en la lejana tierra mía estarían, a esas horas, mi madre y mis hermanas velando el cuadro de la Asunción y llorando por mí.

Aquí en el desierto sobre el que rutilan las estrellas, yo echando hacia el cielo con el recuento de mis penas, la devoción de imaginaciones que travesen arriba de la tierra.

¡Asunción de María, atracción de Ella al cielo, subida suya a la gloria!

Viéneseme a la imaginación el verla ida de la tierra para siempre, pensar que yo la hubiese visto subir y me hubiese puesto a llorar, y, tendiéndole mis brazos, pedirle haga caer sobre mis labios el último polvo que en sus pies iba de los caminos de la tierra.

Y al imaginar así, realmente se me nublaron

los ojos, en cuyas lágrimas temblaba la lejana luz de las estrellas a donde ellos se alzaron.

¡Nada! La soledad y el silencio de los espacios, y acá abajo el fatigado hundirse y levantarse de mis cansados pies en el arenal de mi peregrinación.

Por esos espacios subiría, los ángeles irían cantándole, y, acaso al sacudir las alas en torno de Ella, lanzaron a los espacios ese polvo que llevaba de los pasos en la tierra, y que, esparcido en la inmensidad de los espacios, se convirtió en la casi impalpable misteriosa muchedumbre de las nebulosas.

Lágrimas, benditas seáis las que entonces lloré.

15 de Agosto

Día de la Asunción de Nuestra Señora.

Inmortal debieras haber sido, pero no lo fuiste, Reina mía, porque tampoco quiso ser inmortal en la tierra tu Hijo Divino.

Tránsito a lo eterno, esta es la vida,—por el camino de la muerte a la que los hombres pecadores fuimos condenados. Pero la muerte de tu Hijo, pero la muerte tuya, no eran cumplimiento de sentencia para El y para Ti, sino voluntario sacrificio.

Sonriente dividirías tus últimas miradas entre los que te rodeaban y el cielo donde tu Hijo te esperaba. Cerrados así los virginales ojos, transitoria muerte en la tierra, luego los abrirías a inundarse en luz y ternura con los de tu Divino Hijo.

Por los que hoy agonizan en el mundo, y hoy han de morir, te ruego ¡no sé quienes sean, pero son mis hermanos! ...por ellos, para agonía y muerte en la misericordia de tu Divino Hijo y asistencia maternal tuya.

Gloria a Dios con María en las alturas y paz en la tierra de los que viven, esperan en Dios y aman a Dios!....

* * *

Los maizales se han segado, los trigos bordan las eras, las flores se agostan, y al morirse saludan al cielo con un suspiro en que envían sus últimos olores.

La tierra devuelve sus frutos. ¡Salve, gratitud de la tierra!

La mejor Flor de Judea dió el fruto de la Cruz. La flor de la Cruz se hizo la flor de los altares. Los altares estaban enflorados de Hostias.

Como los hombres vemos arriba tachonado el cielo de estrellas, los Angeles, desde el día de la Crucifixión, contemplan la tierra enflorada de flores blancas, las flores-Hostias de Jesús!

Se agosta la tierra, se agosta la mejor flor de Judea, la flor que dió el fruto de la Cruz, la flor de la simiente de las Hostias.

Los Angeles descienden de los Cielos en torbellino gigantesco de luz, en himno que no oyeron antes los Cielos del Señor.

El Señor les dijo:

—Id y traed a la mejor Flor de Judea que se agosta, traedla a mis jardines. Su aroma está en Jesús, pero venga Ella la que puso este aroma en el corazón de mi Hijo.

* * *

Bajo un algarrobo, allí un breve sueño, mediada la noche.

La arena caldeada por el calor del día, templada ya con los violentos huracanes de la noche, me da templado y suave lecho para volver a caminar de madrugada, adelantándonos a la salida del sol.

Refresca la brisa, nuncio de la aurora, y combatiendo a mis ojos que quisieran seguir cerrados, póngome a sondear con ellos el cielo a través de las ramas del algarrobo, por entre las que, temblando las estrellas, parecen flores que se moviesen entre el ramaje.

¿Acaso allá lejos, en la tierra de la que me han arrancado mis enemigos, velan a estas horas los ojos de mi madre desvelados en llorarme?.....

* * *

Monocromo, inerte el arenal, calcinado por el sol en una pesada quietud que me rinde en el anhelo de andar para llegar!

Llegaré, cuando mis fuerzas ya casi agotadas me lo den.

¡Vamos, corpecillo mío, tan infatigado en regocijos de ayer! ¡Adelante!...

Vayamos, cuerpo, ataúd del alma! ¡Alma! inmortalidad que cuanto se espera, es encogerse de alas de cóndor para hender, desplegándose, a lo inimaginable en el Señor.

Vamos, ojos míos, pero sin llorar.

Vayamos mirando al suelo de la peregrinación.

Aquí, cada paso delantero revuélveme olas de arena que ya me cansan.

No miro a mis pies. Vibraciones de entre el arenal quiébranse en mis ojos, en reflejos de sol que parece dijérame, mensajero del Señor:—Mira! esos reflejos de arenas que huellas, son mensaje de mis criaturas que te reclaman palabra. Pon en el reflejo de ellas el de tus lágrimas.

Y en ojos humedecidos con mis lágrimas centelleábanme gemelos los reflejos suyos, con los de las pedrezuelas del arenal lanzadas por mis pasos, delante de yo mismo no sabía hubiesen de descansar.

"Tanto menos sabemos cuanto menos sufrimos".

TANTO QUISQUE MINUS OSTENDITUR DOCTUS, CUANTO MINUS
INVENTUR PATIENS.—(SAN GREGORIO, *citado por Palafox y Mendoza—Trompeta de Ezequiel, pag. 20*).
Agrega Palafox:—"Salirse de nuestra casa la paciencia
es entrar por nuestras puertas la ignorancia".

Ante este atropello de yentes y vivientes, procuro ser portero de mi mismo para que se guarde ante-sala. ¡Cuán pocas veces lo consigo!.....

SALMODIA

Benedicid las arenas de este desierto, agrupadas aquí, ondulando reflejos de las estrellas esparcidas por los cielos,—benedicid al Señor!

Ellas, con luz de lo hondo de los cielos.

Vosotras, con reflejos de los astros desde lo profundo de los cielos, en hermandad incomprensible.

Benedicid al Señor, luces que así os repartis entre cielos y tierra, y sois unas, hasta en las lágrimas que me anublan mis ojos, y os devuelven reflejos en mis lágrimas.

Benedicid al Señor, reflejos que al cielo se devuelven de las lágrimas que allá, tan lejos, me lloran mi madre y mis hermanas.

Subid con bendiciones al cielo, vosotros los reflejos de todas las lágrimas que en el mundo se vierten santificadas por Jesús, Señor y Consolador nuestro: "Bienaventurados los que lloran, porque en su llorar serán consolados".

* * *

He aquí que tan de allá, desde los confines del desierto, se murmura un respirar sordo como de tormenta lejana, que quisiera reventar avanzando hacia acá.

He aquí que se acerca, he aquí que llega, y al encogerme pegado a las arenas y tan abatido de ánimo que todavía me confió a lo delezonado de ellas,

hé allá!.... El viento ha pasado, echándome arenillas refrescadas en sus alas en urdimbre sutilísima que se desteje sobre mis manos, abiertas ya, antes temerosamente crispadas ante la angustia de un desastre en calcinado arenal.

Y el viento pasa refrescándolo, y se va, y silencio aquí y sueño aquí, hasta mañana!....

¡Bendiga al Señor el viento—arrullo! el viento mensajero, el viento confidente desde lo inimaginable de donde nace, hasta lo ensoñadero por donde pasa, arrastra, se va....

La última nota recogida en la tierra, allá se recibirá, revuelta con el tembleteo de nuestros sollozos aspirados por el viento que vino, que llegó, que se fué... Bendecid al Señor, sollozos del alma, bendecidle con el viento que pasa, los recoge, se va..... y llega ante Dios !....

* * *

Ahora voy cantando con los Salmos el vigor y la esperanza de la juventud mía.

Mañana, Señor, si mis días son alargados por tu bondad, desde ahora y si para entonces ya sea vespertino mi olvidadizo pedir,—con el Rey Profeta digo-te, clámote hoy: "En mi vejez, nó, Señor, nó me rechaces: falto ya de vigor ¿abandonado de Ti, qué seré?" *Ne projicias me in tempore senectudinis: cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.*—Salmo 70.

Hoy que reveo mis manuscritos, encuentro esto en Paul Bourget, "*L'Étape*".—Habla de una familia desunida en alma, y dice:

«Le leur (de padres e hijos) manque cette cohésion secrète, cette pénétration si total qu'elle en est inconsciente, privilège inné des demeures profondément traditionnelles, où chaque génération n'est que une minute d'une même race, l'épisode de une même histoire».—*Revue des deux Mondes*, 15 de Abril de 1901, pág. 838.

... Entre padres e hijos, en esta familia falta aquella cohesión secreta, aquella compenetración íntegra como inconsciente, que fue privilegio innato en hogares profundamente tradicionales, en donde cada generación no es sino la minuta o apéndice de la misma raza, y el episodio de la misma historia.

* * *

Lejos, en las regiones del Norte, está desolada, Señor, la casa de tu siervo, como casa de donde han sacado un cadáver al cementerio.

En ella no hay de mí sino mi recuerdo, como del cadáver que se lleva al sepulcro queda vacilante en la enlutada estancia, la lámpara que le veló la última noche en la casa paterna.

El día que los hombres me extrañaron del suelo donde quisiste viera yo la primera luz, ese día que deseara fuese borrado de la serie de los que me has dado, mi madre y mis hermanas, rostro por tierra, y quebrantado el corazón, bañaron con lágrimas las últimas huellas que dejaron mis pies en el suelo de la casa paterna.

Pero bendita sea, Señor, la enseñanza de tu ley: esos labios que no acertaban a pronunciar mi nombre, sacudidos por sollozos, se plegaron cuando bullia en ellos la voz de la queja contra mis enemigos, y abriéronse con acento sonoro de alabanza, en acatamiento de tu voluntad soberana.

Cuando sali de la patria, pensaban mis deudos en la soledad de mi peregrinación; y ellos, los que hasta entonces vivieron confraternizando mi amor con el suyo, no lloraron tanto mi ausencia como la soledad de mi alma.

Harto sola se quedó; pero cuando los hombres se van, vienes Tú, Señor, amigo oficioso del desheredado en

el patrimonio de las pasajeras humanas consolaciones. Y como la pobrecilla alma no podría soportar la majestad de tu presencia, te haces invisible; y para compensar el dolor que le trae tu ocultación, le has dado un otro amigo con quien anda, así cuando lleva los pasos por tus caminos, como cuando anda tropezando por senderos de confusión.

Loado seas, Señor, en tus ángeles: en los que guardan las circunscripciones de la tierra con que el hombre ha limitado los pueblos; en los que alimentan la solitaria lámpara de tus templos desiertos; en los que discurren invisibles por nuestras casas, más constantes que las golondrinas que hospedan en el alar paterno; en los que velan en las casas silenciosas de los muertos, y apoyados en la cruz de sus sepulcros, hundidos los pies entre las flores del cementerio y altos los ojos hacia la luz de tu gloria, suplen con su oración la que no puede brotar de esos labios resueltos ya en polvo miserable. Loado seas, Señor Dios, en el ángel que acompañó la peregrinación de mi padre, y que hoy está allá en mis valles patrios, bajo el ciprés del cementerio de mis abuelos, amigo inseparable, continuando los loores que la muerte interrumpió en esos labios que me enseñaron a alabarte. Loado en los ángeles que consuelan a la viuda y a las huérfanas; y en el ángel que, inclinada su frente sobre la mía, está viendo correr mi pluma sobre esta hoja de papel.

¡Vamos, compañero! Cuando el dolor aglomere lágrimas en mis ojos, tú las enjugarás; cuando el cansancio me traiga a tierra, tú me avigorarás; cuando vacile incierto, tú me guiarás; tú me volverás a esa patria que se queda en las regiones del Norte, y si ya no han de verla más mis ojos, tú me abrirás las puertas de la Patria del espíritu, de esa Patria donde los hombres no pueden asalariar esbirros que cierren las entradas.

No llores, madre mía: No va solo tu hijo. Oye que desde el sepulcro te advierte tu esposo: «Harto

fiel es aquel hombre con quien le enviamos*....

* * *

Mi padre sembró los árboles de mi huerto: los he visto crecer a par de mis hermanas, enflorecerse como ellas, como ellas enfermar en frecuentes otoños de tristeza. Los árboles de mi huerto son mis compañeros, mis deudos, mis hermanos. Bendita la mano que los sembró, bendita la mano que los riega hoy, bendito el Señor que extiende su solicitud hasta empujar la gota de savia entre los laberintos de la corteza, y tornarla matiz y aromas en la flor, dulzura en el fruto, fruición ea la miel que empapa los labios de mi madre cuando acude a pedirlo al árbol que era mio.

* * *

Dondequiera que vaya, esparzo, Señor, mi corazón ante tu acatamiento; pero la oración de mi alma me es más grata cuando la elevo desde la tierra en que me hiciste nacer: ella es mi templo propio, y conmigo ha orado esa naturaleza a la que se ha asociado desde la infancia mi corazón. Falta allá mi voz para interpretar a mis solas, la voz de la naturaleza patria: ella te alaba solitaria sin mi, como yo lo hago solitario sin ella; pero mi alma traspone montañas y mares y va a asociarse al culto de tus criaturas, allá al pie de los Andes, donde está la casa en que nací, el templo en que oré, casa y templo donde agonizaré y recibiré los postreros sufragios si me concedes volver algún día.

Te alabo en el cielo de mi patria, con ese cielo por cuya vasta extensión estarán subiendo ahora el eco de mis ríos, la voz de los vientos de mis montañas, las risas y sollozos de mis hermanas y las melodías de mis campanas.

Te alabo con las nubes que en este instante es-

tarán hordando mi cielo, entreteniéndolo las miradas de los niños tendidos en el regazo materno, esperanzando a las mieses sedientas de mis campos y a las almas afligidas que inquietan tras esas nubes las puertas del Cielo.

Te alabo con las aves que cantan en mi huerto, con las que viven de las migajas de mi mesa, con las que anidan en los altares y árboles de mi casa paterna, con las que arrullan el nido, con las que lo lloran robado.

Te alabo con las aves que emigran de mis campos. ¡Oh! que me dieras, Señor, verlas pasar ahora por este cielo extraño! Nos saludaríamos, pasarían ellas y les seguirían hasta los confines del horizonte mis afligidos ojos.

Buenos días, aves de mi tierra. Aves de mis campos, miradlos por mí, cuando volváis a surcar los aires benditos de Dios que los circundan!



¿Quién es aquel que, taciturno, sube penosamente por esa cordillera, tras cuyas quiebras desciende el sol?

Anhelante, sofocado del cansancio, empolvado por los arenales del camino, manchadas las mejillas por el surco de una lágrima y encorvado bajo el peso de una inmensa carga, sube y sube, aunque ansioso de descanso se arrima a las rocas del camino, aunque apenado de dejar los valles les dirige una mirada en que brilla el deseo de volver a ellos, y en una gota de llanto la convicción de que eso es imposible.

—Detente, peregrino!

—Imposible. . . . El sol se va apagando, y antes que aparezcan las estrellas, debo haber traspuesto la montaña. Con el sol vine a los valles, pasé por las ciudades, y con el sol debo alejarme: viajo con el sol, y cuando él se apaga, descanso, y luego huyo de hallarme sorprendido por otra viajera que sigue mis huellas.

—¿A dónde vas?

—Voy hacia Dios. Cuando veas que una ya moribunda claridad brilla apenas en ocaso, piensa en mí: estoy caído a los pies del Señor, y el Señor escudriña la carga que hiere mis hombros, y Angeles y demonios en tropel se ciernen sobre mí y de mi carga se reparten unos y otros, aquéllos cantando cánticos de alabanza, éstos ahullando amenazadores. Y Dios vuelve al reposo de su gloria y apaga al sol y enciende las estrellas y hace callar a la naturaleza y me manda: «¡duerme!».....

—¿Quién eres?

—Soy el día que acaba y va al juicio del Señor, cargado de las virtudes y vicios de los hombres.

A Dios! Viene la noche! Plaza para mi enemiga. Véla! ya se asoma enlutada y silenciosa. En tanto que huyo a mi sueño, ella avanza. Enemigos irreconciliables, nos igualamos en una suerte,—el juicio de Dios. Ahí te dejo ¡oh noche! el imperio de este mundo, con cuya responsabilidad van gravados mis hombros. Mañana, al desvalido rayo de tu luna sorprendida por mi sol, huirás delante de mí, temblorosa, avergonzada, y mi aurora me prestará su sonrisa, y su voz mis aves despiertas para despedirte afeada por la vigilia, convulsa y enervada por la orgía, a ese tribunal a donde voy, reo también, también avergonzado, pero cansado por la labor, cubierto del polvo del trabajo, no demacrado como tú por la infecunda vigilia de la holganza. Pasa... ¡Hasta mañana!

* * *

Si mi corazón fuese capaz de venganza, si animado por ella pudiera hablarte, Dios mío, yo te pediría me dices poder para vengarme. Arrastraría a mis enemigos, en el silencio de la noche, y los diseminara uno a uno y dejara solitarios, a quien en la inmensidad del desierto, a quien en la de los mares; y llamara a los vientos y les enviara a gemir en sus oídos con los so-

llozos que les trajesen de la madre ausente; y avivara su imaginación para que la viesen llorando en torno del lecho vacío de ellos; asomándose a la ventana a inquirir enloquecida en el seno de las tinieblas un camino por el que lanzaría el corazón en pos del hijo ausente. Cuando estuviesen ellos al poder de estos recuerdos, revolcándose de dolor, me asomaría yo para mentir una carcajada y lanzar en ella disfrazado mi dolor, condensada mi venganza.... Oh!, nó, Ángel mio, sosiega estas tempestades de mi corazón. Háblame, mírame, lléname de lágrimas estos ojos encendidos por la ira, porque ellas vierten el veneno del corazón y limpian ese vaso, para que lo colme de bálsamo el amor. Hermanos míos, mis enemigos, dormid tranquilos. Desde aquí os abrazo. Allá os va mi perdón.... Hasta mañana!

* * *

Tantas vidas han brotado de tus manos ; Señor!... cuéntelas quien haya poder para hacerlo con las arenas de la mar y los desiertos.

Desde Adán, hasta el ternezuelo que en este instante respira la primer bocanada de aire de esta tierra; Tú, manantial inconmensurable de vida, la brotas en cada criatura; providencia paternal,—la sostienes; destinación gloriosa,—la esperas.

La vida, como el agua bajada de tus nubes, forma las gotas que adornan las flores y devuelven el reflejo de tu sol; las que se escurren a las raicillas de las plantas, para subir luego en savia y resolverse en aromas que vuelven hacia Ti elevados por el viento.

A nuestro lado hallamos al despestar a la vida, al padre, al hermano, al amigo; y cuando nuestro afecto se adhería a ellos como la yedra al apoyo circunvecino, desaparecieron y no vuelven..... y por más que vamos a llorarles y a llamarles en el cementerio, ¡oh Señor! misterioso silencio pesa como una montaña sobre nuestro corazón.

Los llamaste.... ¿En dónde están? ¿Quién podrá decirlo? Ah! si me fuese dado hablar con los Angeles que custodian su vida; que velaron junto a su lecho de muerte; que recogieron su última lágrima; que estuvieron extasiados, atentos de junto al cadáver, al Sacrificio que se ofrecía en el altar; que recogieron el último perfume del incienso de las aras y la voz del postrar "*requiescat in pace*" al borde del sepulcro!.....

¿En dónde están esas almas queridas? ¿Ante Ti, cantándote himnos de eternalalabanza? ¿Me han olvidado, acaso, absortas en tu gloria? ¿No recuerdan cómo las amé, cómo lloro junto al sepulcro en que dejaron cual única reliquia un puñado de polvo? ¿No se fijan desde allá en estos ojos lacrimosos, que en vano las buscan en los abismos del firmamento, sobre esas estrellas que pestañean como entristecidas y cansadas de mirarnos peregrinando en pos de nuestras almas queridas?

¿Están purificándose aún en la oscura, silenciosa y desolada piscina, en cuyas ondas agitadas por vertiginosa tempestad, bregan náufragas sin ribera? ¿Te llaman? Pero no es ya el tiempo en que acudías a su voz: tu voz, Juez Soberano, no vuelven a escucharla después de la entrevista suprema, después de la que las lanzaste a esa región espantable. Y tras esa voz enamoradora, cuyas últimas ondas vagan en su memoria, se lanzan desesperadas y.... silencio, no hay más que voz de gemidos y rumor de olas gigantescas!

Desoladas y sin socorro ¿se acuerdan tal vez de mí? ¿me llaman? ¿encomiendan a mi amor una plegaria? Ay! tal vez creen que las he olvidado, yô a quien ellas amaron, yo por quien alguna vez lloraron, yo que aún vivo con ellas en una comunión de amor y de tristeza aunque no las veo, ni les oigo, cuando las llamo y pongo oído atento a una respuesta vanamente esperada.

Venid, Angeles que guardásteis su vida mortal. Vosotros, más felices, podéis acercaros a esas almas afligidas y llevarles un recuerdo mio. Decidles que es-

toy como quien, desde lo alto de una roca solitaria, hunde los ojos en los confines del horizonte oscuro de la mar, por cuyas ondas se fue una nave desaparecida ya en la inmensidad. Nada ve, pero la mirada sigue registrando las lejanas brumas; nada espera, pero el corazón palpita con latidos que lo arrancan hacia la nave que se va. Mi corazón palpita hacia la eternidad, tras de mis muertos, tras de vosotros, hacia Dios.

* * *

San Pablo decia a los Romanos (VIII, v. 26):—"Y asimismo el Espíritu Santo ayuda también a nuestra flaqueza; porque no sabemos lo que habemos de pedir como conviene; mas el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables".

Han abismado siempre estas palabras a mi espíritu en una sima de temerosa oscuridad. ¿Cómo, Señor, pides por nosotros a Ti mismo? ¿Cómo! ¿las inmensidades de tu gloria consienten lágrimas en tus ojos? ¿Te acercas tanto a mi que te pones a hombrear conmigo, y, como mi lazarillo, no te excusas de pedir merced para tu ciego?

¿Y en dónde estás? Quiero oír la voz de tu gemido; dame escucharla antes de que la oiga cambiada en el espantable fallo del juez.

Estas ansias debió haber sentido Agustino, cuando preguntándose sobre el misterio de tales inenarrables gemidos, las calmaba por fin, hallando que esos gemidos no resonaban en los ámbitos del cielo, en medio al regocijo eternal de la gloria divina, ni a nuestro lado en los caminos que andamos peregrinando, sino adentro de nosotros mismos, en lo íntimo y arcano de nuestro corazón. "El Espíritu Santo, dice, no gime en la beatísima Trinidad; pero gime en nosotros porque nos enseña a gemir. Recordándonos, a los oídos de nuestro corazón, que somos viajeros en este valle de lágrimas, nos enseña a suspirar por nuestra Pa-

tria eternal, y estas ansias producen nuestros gemidos. El que vive contento, o lo cree a los menos, en esta región de destierro, el que se embriaga con el gozar de los sentidos, y que, nadando en la abundancia de los bienes temporales, se aduerme en una vana felicidad, el tal no deja oír sino la voz del cuervo; la voz del cuervo es graznante y no gemidora. Al contrario, el que siente pesada la vida como una carga, que se ve todavía apartado de Dios y privado de la beatitud infinita que nos está prometida, que posee en esperanza pero que no la poseerá en realidad sino el día en que el Señor, venido al mundo en humildad, venga ya en el esplendor de su gloria; quien esto conoce, gime, y bien gime en cuanto por esto exhala gemidos: es el Espíritu Santo quien le enseña a gemir y a imitar a la paloma.—Muchos gimen heridos por golpes adversos, o postrados por la enfermedad, o aherrajados en una prisión, o con las cadenas de la esclavitud, o amenazados por la vorágine de las olas, o asechados por enemigos: gimen, pero no son gemidos de paloma. No es el amor de Dios el que les hace gemir, ni es el Espíritu Santo quien en ellos gime. Libertados de sus males, les oiréis regocijarse en alta voz: son cuervos, no palomas." (1)

* * *

Mi corazón vaga a merced de las olas como el Arca de Noé: adentro van la paloma que gime y el cuervo que grazna. En tanto que la tempestad diluvia por fuera ¡Señor! bien sabes cuán pocas veces con remisa voz ha gemido aquella, cómo el cuervo ha ensordecido el aire revoloteando desatentado en su prisión! Francas sus puertas, se lanzó a la desolación de

(1) S. Agustín *In Joan.* Tract. VI, N.º. 2, opp. t. 39—1737—V. "Traité du Saint-Esprit", par Mr. Gaume, t. 19, p. 130.

los campos, y mientras la paloma volvía a gemir adentro, él vagaba graznando sobre la tierra sembrada de cadáveres!

Ven a gemir en mi corazón, ¡oh, Dios recóndito! Cuando, terminado el Sacrificio Matinal, y al ver morir y resolverse en humo las luces encendidas, secarse las flores de tu altar, huir al cielo las últimas fumaradas del incensario, mi espíritu entristecido se ponga a pensar en el vacío que deja lo que se va, y en la región por donde se desvanecé lo que sube;—tuya será y santa esa tristeza....

Tuya la que se asiente en mi corazón cuando se acuerde del ocaso de la vida, al ver morir el sol destinado a volver a lucir fúlgido por la mañana; al oír la campana de la oración como voz de dolor que cada día lanza la humanidad enferma de nostalgia; al hallar silenciosas y olvidadas las tumbas de nuestros hermanos, y compensar con una oración el olvido de sus deudos; al apenarse por la desgracia en cuya voz suena la tuya, por la inocencia perseguida, por el vicio que, sin jamás pensar en Tí, pasea ufano su carroza, lanzando el polvo de su carrera a los ojos de la virtud transeunte camino del Calvario.

Santos has hecho los afectos de familia y los de la amistad; como virtud nos mandas amar a la patria. El amor de Jesús a su Familia olvidada de Nazaret, el amor a su amigo Lázaro por quien lloró, el amor a Jerusalén cuyas ruínas lamentó,—santos afectos cuyo ejemplo nos impulsa a la imitación.—Así pues, estos dolores que ahincan en mi corazón cuando deploro verme vagando lanzado de mi hogar, del de mis amigos, de la frontera de la patria ¿por qué no han de santificarse si los pongo al pie de la Cruz de Jesucristo? En ese rumor de gemidos que entonces se levanta en las silenciosas cavernas de mi corazón ¿por qué no he de creer, pues, que gimes Tú, con doloridos arrullos de paloma?

No apacentaré mi mente en el recuerdo de mis

enemigos, cerraré las puertas al rencor, y a la venganza despediré de mí como Jesús despidió a los profanadores del templo. Cuando clame:—«¡perdónanos nuestras deudas!», te pediré perdón por las de mis enemigos, y, al par de deplorar mis males, deploraré la ceguedad de su injusticia, y así no graznará el cuervo en las oscurecidas cavernas de mi corazón.

¡Afuera de la patria! ¡Adelante por los bosques! ¡adelante, lanzado por el desierto! ¡adelante, a ponerme a merced de un leño sobre los mares! ...Se me hostiga al alejamiento: no hay voz que me llame a desandar mi camino y va prolongándose mi peregrinación. Allá ¡tan lejos!.... sólo una voz dolorida no cesa de oírse: no me llama, porque los hombres le han impedido llamarme, pero sollozando envía al cielo mi nombre en la instantánea recomendación de la plegaria. ¡Bendita sea la voz piadosa de mi madre! Bendito sea el camino del espíritu al Cielo, camino guardado por tus Angeles, camino donde el hombre no puede señalar fronteras ni apostar centinelas que enreden asechanzas! ¡Bendito seas Tú que con voz de paloma gimes en el corazón de mi madre!

Más rápidas que las jornadas a que me obligan, son las que llevo en la peregrinación de esta vida: estas no se miden por el sol que aparece en el horizonte. Vamos caminando a la Luz de otro Sol de perdurable luz, y cuanta es la infinidad de su reverberación, más cortos son los días de este penoso viajar a la eternidad.

Todo habla de ello a mi corazón:—la grama del prado que me ofreció lecho ayer, se ha marchitado por la mañana; el agua de las fuentes que refrescó mis labios, se lanza quejumbrosa a los ríos, y los ríos a la mar; el árbol del desierto que me cubrió con sus ramas en los ardores de la siesta, al paso del viento se ha desvestido de sus hojas amarillas, y al despertar las hallo diseminadas sobre mi cuerpo como un sudario; las huellas que dejan mis pasos sobre la arena se bo-

rran con los huracanes; las estrellas en las que fijo mis insomnes ojos, se hunden lentamente en los confines del horizonte;—y se seca hasta el caudal de mis lágrimas!

¡Adelante de esta vida! Adelante de las sombras del sepulcro! Falta ambiente que respirar a esta alma peregrina; este vacío la asfixia: ven, Señor; pasa ante tu angustiado siervo como ese vientecillo suave en que pasaste delante de Elías (1): llena de tu ambiente este corazón, que si no, se envenenará con la podredumbre de todo lo que muere junto a sí, y en ella banqueteará el cuervo al son de sus graznidos!



Las madres cuando se despiden de sus hijos, ay! no saben cómo regresarán en las historias del corazón. Si supieran cuántos dolores han de escribir allí páginas sangrientas, cuántos males han de desgarrar furiosos ese libro en blanco salido del hogar, ¡ay!, pobrecitas, se abrazarían con sus hijos y llorando a sus pies les impedirían la partida. Pero el Señor que puso en los ojos de la madre una ciencia especial para conocer el corazón de sus hijos cuando niños, pone en los ojos de los hijos cuando jóvenes, un velo tenaz que oculta las impresiones del corazón. Ay!, la vida de la madre sería imposible si no hubiese esta preservación en esa como astucia de nuestros ojos para ocultar los combates que se libran en las soledades de nuestra alma.

Los cisnes campestres de Hannover emigran en otoño hacia el Africa, y vuelven después del invierno de esas comarcas. Un día el profesor alemán Blumenbach encontró en el pecho de un cisne muerto un pedazo de flecha africana. Siempre que recuerdo este hecho insignificante, al parecer, pienso en mi madre, pien-

[1] Los Reyes, lib. 39, cap. XIX, V. 12.

so en la vuelta al hogar. Ojalá nadie pueda sorprender lo que guardo en el desgarrado corazón.....

¿Qué quieres? Déjame llorar.

Estos ojos aprendieron a ver bajo un cielo que hoy está tan lejos; estos labios aprendieron a rezar de labios cuya voz no escucho; este corazón, no quiso aprender nunca la ciencia del olvido. Que olvide! buen remedio!

Encendieron carbones en mi corazón: cuántas bocas se congregaron para avivar la llama! Ardió el infeliz como la rama seca que sirve en correteos, de diversión a los muchachos la noche de San Pedro, en las montañas de mi patria. Las bocas se cerraron y anduvo luego de mano en mano. Pasiones y afectos encendieron y se disputaron el prendido leño, y cuando se encenizaron las manos, lo arrojaron en el camino. Recogiólo mi madre; y antes que se apagase, derramó sobre la moribunda brasa un grano de incienso, que enredó velos de humo entre los brazos del Crucificado!

En el desierto del Ereo vi una mañana, antes que el viento se hubiese desatado por los arenales, la huella alternada de un pie de mujer, delicadamente calzado.

¿Quién había cruzado durante la noche esas soledades? ¿Cómo una niña se había atrevido a engolfarse en la inmensidad del desierto? ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? ¿Qué buscaba?

Y mientras me hacia etas preguntas, iba encontrando esas huellas recién estampadas, sin que al tender la vista por la amplitud del horizonte y al gritar

esperando respuesta, pudiese divisar ser alguno que me respondiese y se acompañara conmigo en tel peregrinación.

Despertó el viento y empezó a jugar con la arena del desierto: las pisadas disminuían en fijeza, hasta que a poco se perdieron cuando el viento comenzó a correr con violencia.

Para almas impresionables como la mia, esas huellas misteriosas bastaban a preocupar la imaginación que fantaseaba en la suposición de mil historias igualmente misteriosas.

Y cuando, como el prisionero que, cansado de mirar a través de las rejas de su prisión, entra a desplomarse en el hondo suelo del calabozo, mi alma se reconcentró sobre si misma, se halló en inmensos arenales, en los que ya habían desaparecido también de la vida ciertas huellas de una carrera veloz, como la de una ave que da impulso al vuelo en la carrera que, con las alas desplegadas ya y tendido el pecho hacia adelante, vacila entre la tierra donde descansó y las regiones del cielo a donde se lanza. Busqué, llamé..... y hubo en mi alma un silencio más hondo que el silencio del desierto.....

* * *

El último día del desierto de nuevo se cansó tanto la mula en que yo cabalgaba, que me fue preciso apearme y caminar al compás de su fatigado paso.

Eran las dos de la tarde. Caldeados atmósfera y arenal, concluida la provisión de agua que llevábamos en nuestras calabazas de camino, el andar érame penoso, y tanto, que mi buen compañero Eloy Álamo quiso desmontar y cederme la mula en que iba, oferta que no acepté, pues por un cansado, hubieran sido dos, ya que Álamo llevaba a la grupa a un criado.

Ocho horas de tal caminar transcurrieron hasta llegar a Piura, donde Eloy me alojó en su casa, en un

pequeño aposento contiguo a los que ocupaba su familia.

Al acostarme, cambiadas las sábanas de la cama con las que yo llevaba, tendi mi toalla sobre la almohada, y como no podia conciliar el sueño, tuve encendida la vela en el suelo, pues no habia en qué colocarla.

Habia quedado dormido, cuando de repente, desperté medio asfixiado y con el ardor de quemaduras en brazos y piernas, que daban al borde de la cama.

Probablemente al moverme hacia la pared y sacudirse la toalla, prenderia en ella la llama de la vela.

Salte aterrorizado entre las llamas de las sábanas, y no teniendo agua para apagarlas, me calcé las botas, y arrancando al suelo las telas que llameaban y estrujándolas, pude, por fin, apagarlas.

¡Qué noche aquella!..... El dolor de las quemaduras dominó al rendimiento de mi cansancio, y hasta las bendije, pues ellas me libraron de que con un incendio me hubiese cabido la desgracia de pagar el hospedaje que con tanta bondad se me habia dado.

¡Ay! cuán tristes son las horas
pasadas en vela,
junto a un candil que agoniza
y al cielo se eleva.

La flama agoniza y muere,
y a obscuras en vela,
persistente con mis lágrimas
mi alma se queda.

Pero alli el último fuego
muriendo en pavesa,
pero en mí, mis esperanzas
que al Cielo me elevan.

DE PROFUNDIS

Allá abajo las ilusiones mías, todo lo desperdiciado en el trabajo de la mañana.

No pudieron subir porque cortaste plumas a esas alas. Bendito seas ¡oh, Señor!

Allá abajo quedaron cortadas.

Después, crecieron las alas y a volar por tus cielos, y, al volar, tu providencia siempre generosa e infinita.

He aquí, que ya vuelvo por la tarde, y en mi temblor y en mi palidez, ya saben tus ojos que han de ser misericordia mía!

Llénese ella dadivosa en el ya rompedizo barro de mi vida, que colmaste como yo no pensé, pero que por tu generosidad infinita quedó colmado.

Y roto quede a tus pies, ¡Hijo de David!, de real stirpe en la tierra, de infinito poder en el mundo por tu Sangre Preciosa.

¡Salve, Hijo de David! Salve, Crucificado! Salve, Juez!.....

¿Quid sum miser tunc dicturus?

* * *

Madrugaré al Señor, dije en el desvelo de mis noches, y al clarear la mañana, su consolación descendió rocío de mi pecadora vida, y en las gotas de rocío mi esperanza reflejada en mi reconciliación en los ojos de

Jesús!

Saliendo el sol, en él salía la esperanza en Jesucristo, sol para esta tierra, sol para esos mundos eternos.

Amanece tu recuerdo conmigo, y mi infinita esperanza en Ti.

Avecita de mi tejado es tu recuerdo. Cuando he olvidado tu ley, cántame ella a mis puertas, ya de madrugada, en el despertar de mi arrepentimiento!

Y, despierto, en adorarte, rogarte y encomendarme a tu inagotable misericordia.

He aquí que la avecita vuelve por la noche, a cantar a mis alares, y yo acongojado a decirte Señor, las desolaciones de mi alma.

Anocheciendo, amaneciendo, siempre soy el hijo tuyo, el de tus entrañas de tu misericordioso amor!

* * *

Flaco soy, como Tú me conoces, y no hay viento que no diga haber sido yo abajado a la tierra y a su polvo.

Y los que conmigo vivieron han palpado mi miseria; y yo, confesándome pecador, y humillado ante Ti, misericordia te he de pedir, y lloroso te la pido.

Y tu perdón no se deja esperar, cuando el ánima se sale a los ojos en lágrimas; cuando a los labios, en afligido ruego.

Yo sé que hablo a tu corazón, y es perdurable mi esperanza.

* * *

¿Por qué? Por qué esta mi tristeza, sino porque estoy lejos de Ti, Bien Supremo mío?

Entro a mi corazón, y en la ruina de tu palacio, me veo arrinconado de dolor y vergüenza, como el último de los siervos, como perrillo que les lamiera las llagas.

Calladito, y llorando, en un rincón espero tu voz que me llame.

A Lázaro llamaste y, llorando, le hiciste resurgir del sepulcro.

Llámame y volveré de la podre mía a la vida tuya!

* * *

Haz otra vez decir allá a tus Angeles: "Gloria a Dios en las alturas, y paz a los de buen corazón."

Buen corazón será para Ti el dolorido corazón mío, será corazón de paz desde que lloroso se aduerma en tu Corazón perdonador, Cristo mío, cuanto soy confesado pecador ante Ti!

¡Y Cristo perdonador, y alma perdonada!

* * *

La estrella primera que brota en el cielo por la mañana, mirada tuya es, desvelada para despertarme.

Mis lágrimas reflejarán esa tu luz y Tú te me comunicarás, si encuentras, oh, Luz infinita, las lágrimas mías rendidas, para reflejarte el amor tuyo que de tan lejos viene, pero que tan íntima es al alma mía que te revierte!

Mis lágrimas pecadoras ¿pueden todavía devolvete las luces tuyas?

Habla, Señor, y seré consolado cuando yo lllore en tu seno!....

* * *

Y los días del hombre se van! y los míos, navecita a tus playas!.....

Déjala llegar a tu infinito perdón.

Clarea la mañana. Las riberas eternas.....

Y Cristo, Tú, allá, amador, perdonador.

Y la nave en que predicaba—*Duc in altum*

Lleva más arriba esa nave!....

"Los desterrados.... es fuerza que su hambre fie y se sustente de esperanzas, miren de leros sus deseadas patrias—Con ojos tiernos estarán de fuera, tanteando los sitios donde caen las casas de los deudos y amigos".

FR. PEDRO DE LA VEGA—*Declar. de los Psalmos penitenciales*, 1607, VI, 5 y 6 disc. 4 (P. 64).

PAITA

Diciembre, 1881.

No hay para el desayuno, ni para el almorzar ni el cenar, sino en mengua de lo que necesito para embarcarme hacia Lima.

Felizmente, queda de la provisión de Catacaos algo en la bolsa que canjeé con el arriero:—maíz tostado. ¡Cómo cruje en mi boca, cual diciéndome:—¿No te recuerda el *tostado* de allá de tu lejana tierra? —Si, le contesto; pero ese no era tasado como tú eres, pero ese era más dulce de lo que eres tú; pero, tú que matas mi hambre, bendito seas porque me sacias.

Entre tanto, al salir hacia la amplia tranquila bahía, me parece abrazarme, y, arrullándome, decirme que de tempestades de allá lejos de los mares, se ha hecho aquí casi un lago tranquilo cercado de arenas que los refrenan.

Saciada mi hambre, échome a la orilla a contemplar el horizonte por donde se esfumará la nave que mañana me aleje más de la tierra mía!

* * *

No me preguntes por qué me quedo entristecido cuando oigo las campanas que tocan a oración: siento mucho, el corazón se me vuelca en el pecho, el pensamiento se levanta a regiones desconocidas, pero la

lengua es impotente para expresar lo que siento.

Me parece que esos sonidos postreros que se levantan de las torres del templo católico, son la voz última, el último sollozo de un agonizante. El día muere: ¡ay! qué espera tras de la tumba al que cierra los ojos a la luz de la vida? ¡Misterios de la tumba, arcanos de la eternidad! ¿Y qué esperaremos tras la muerte de cada uno de nuestros días? Días que discurrieron en el olvido de Dios, son días perdidos. Parece que a cada crepúsculo de la tarde, se presenta el día como un reo ante la Eterna Justicia: allá va, vélo, cabizbajo, cargado de nuestros crímenes, y, por ciento que le abrumen, alguna levisima virtud entre las manos empolvadas por el tráfico de nuestras quiméricas faenas cotidianas.

Día que te mueres, ¿qué he puesto en tus espaldas, qué he depositado en tus manos?

Las flores al cerrar el cáliz elevan sus perfumes; las aves el canto último antes del silencio del reposo; el sol los rayos del ocaso; el incensario perfumes, hasta que vuelvan a ser encendidas sus brasas en el sacrificio matinal, la campana el último tañido. Hay un viaje misterioso de la oración que eleva la naturaleza. Sube, sube ante el Señor, plegaria del universo, y lleva mis suspiros y esta tristeza que desborda de mi corazón, como un amargo tributo que le envío en estas horas de misteriosa melancolía. Día viajero a la eternidad ¡adiós!.....

* * *

Se me agolpan a la memoria, la mañana aquella en que por última vez hablé con mi madre, las ternuras que me escribió a mi prisión, los últimos consejos que me trajeron labios extraños; los recuerdos que en una flor, en un pañuelo, en una cartera, habían puesto mis hermanas al fondo de mi baúl; los lamentos que sabía estaban ensordeciendo mi casa; la crueldad de aquellos que asesinaban el corazón de mi

madre, ¡ay! y me saltan no sé qué furias dentro de mi pecho. Recuerdos amargos, hacedme llorar como queráis, pero no me hagáis odiar a quienes causaron mi mal!

* * *

¡Qué! ¿No se me consentirá en que, por última vez, me abrace con mi madre y al juntar mi corazón al suyo, lleve conmigo en recuerdo el último latido que le oí, la expresión de la última mirada suya enturbiada por el llanto, al desasirme de sus brazos?

—Nó ¡adelante!

Dejadme entrar al templo donde mi madre y mis hermanas oraron esta mañana: me postraré donde ellas se postraron, y ya que no puedo hallarlas allí, se juntará mi espíritu con el suyo en la comunidad de la plegaria ante unos mismos altares. Dejadme decir ¡a Dios!

* * *

No necesitarás tú, Clotilde Reina de Cerdeña, que en la vida de comunión de los santos suban oraciones para el descanso de tu alma.

Gozando estarás de ese puesto celestial con que en vida soñabas, con sueño que a sólo un corazón como el tuyo era dable recrearse, imaginándolo como el más apetecible ante el divino acatamiento, cuando delicada, ferviente, espiritual decías:—«El más hermoso lugar para una cristiana en el Paraíso, será aquel en que tenga junto a si a un enemigo por quien haya rogado».....

Cuando esto decías, en tu memoria tendrías al enemigo tuyo; apaciguando tu resentimiento lo enaltecerías en tu oración y deseo, lo acercarías a Dios, anticiparíasle la asniada gloria, prepararíasle trono a tu lado para cuando muerta, como Jesús—después de lavar los pies al discípulo traidor,—fuera a ocupar en el Cielo, como preciado galardón, un trono contiguo al de quien

te hizo llorar, y a quien redimiste con perdón y entronizaste en vida con las ansiedades y delicadezas de tu alma generosa.

El Señor a ti, caridad extraordinaria, y a tu enemigo, rescate de ella, os tendrá juntos, sumidos en el piélago de su eterna caridad.

Inspiranos, alma delicada, piadosa, de mujer, esta virtud que para ser más ejemplar, ha tenido en ti hasta el prestigio de un trono de la tierra, desde donde es más fácil la venganza que el perdón, donde el engolfarse en fugitivas bienandanzas es olvidarse de las eternas advenideras, desde donde al vasallo se ve como a siervo y nó como a suspirado compañero de gloria, desde donde no se urge a Dios, dé, como gozo supremo, el ir a su presencia llevando al que amargó los días de quien así tan soberanamente ha sabido orar.

A BORDO DEL BOLIVIA

Tomo pasaje de infima clase, porque a más no alcanza mi pobreza.

El baulito en que llevo el vestido con que reemplazaré el roto en el camino, y que, yendo conmigo para remendarlo, está inesperadamente reemplazado por la generosidad de Mr. Pitters; (1)—ese baulito será mi asiento de día, mi cabecera de noche.

«Ese que da se calle,
y el que recibe hable»
Refrán.

Ayer un pan me diste
para mi hambre,
e hilos para en andrajos
tal remendarme,

[1] En el borrador relativo a esta escena, dice el autor existir otro apunte sobre lo mismo, el que, desgraciadamente, no ha venido a mis manos. Sensible es que, en este acto nobilísimo de Mr. Pitters hacia el pobre desterrado, falten detalles que den a conocer circunstancias que hubieran completado la narración de esta obra de imponderable caridad.—¿Quién fue esa alma buena? ¿cómo conoció a Vázquez? ¿qué motivos hubo para su entrevista?—Todo esto y acaso más estaría relatado en el respectivo apunte que anda perdido, restando delicados toques a este diario del desterrado. La misma generosidad de Mr. Pitters está delatando cómo sería de angustiosa y manifiesta la situación del proscrito. El Cielo pagaría tanta caridad; y las lágrimas de gratitud del huérfano se habrían tornado en plegaria ante Dios!

que los que se rieron
viendo mi carne,
viéndola hoy tapadita,
ya ellos no saben
cuál para entretejerla
hubo un estambre
Si tú que diste, callas,
el que recibe, hable ...

Los arreos de cabalgar, en cuyos estribos todavía queda adherido algo de mi tierra, de la tierra de donde me arrancan, ¿para qué son embarcados?

Un día regresaré, y esos arreos me servirán para, llegado a tierra ecuatoriana, tenerlos listos a cabalgar e internarme a ella cautelosamente para poder acelerar mi carrera.

El atado ceñido de una cuerda me servirá para llevármelo a un lado, cuando el balanceo del barco me ponga en peligro de rodar. ¿Manta de cama? Mi poncho.

Bien aderezado queda el sitio que se me señala.

A poco, un pasajero a mi lado, don *Giuseppe*, (cuyo apellido he olvidado) emigrante italiano.

—¿Me permite? ... pregúntame.

—¿Qué, señor?

—Ir a su lado.

—Con todo gusto.

La común pobreza de entrambos hizonos repentinos amigos, a dos que no nos habíamos conocido.

—¿Y Ud. viaja por comercio, por viajar?, me preguntó a poco de esta forzada presentación.

—Por nada, sino porque me obligan a viajar (y le conté lo de mi suerte)—¿Y usted?

—En busca de mejor suerte que la que tenía en Italia.

—¿Emigrante?.....

—Sí!.....

Bajó los ojos que parpadeaban queriendo sorber-

se lágrimas, y me contó que en Italia le quedaban esposa y un hijo.

¿A qué compadecerme yo a mis solas, ante ese don *Giuseppe* más desgraciado que yo? Paréceme verlo todavía:—pequeñuelo de estatura, rubio, de ojos azules que perdían el azul cuando lo descomponían, agolpándosele, las cautas, neutrales, incoloras, temblorosas gotas de sus lágrimas.

Como si no fuese una misma la ración de desperdicios con que se nos alimentaba, alternábamos en obsequiarnosla recíprocamente de un plato a otro, cuando creíamos que algo de los medrugos que nos habían tocado, fuese mejor para el otro de los así improvisados amigos.

Un día, echando a ver un grupo de los dichosos pasajeros de primera clase, que campaban donde nosotros no teníamos derecho a subir,—alcancé a ver a un hombrecito pequeñuelo de cuerpo, desmedrado de carnes, vivísimo en mirar, rápido en movimientos intérpretes de lo que hablaba.... Me parecía conocerlo y ya se me iban impulsos de espetármele de este modo:—¿No es usted Felipe Serrano?

Había sido él mismo.... Lo había yo dejado en Cuenca, seglar él, sospechadito de todo cuanto fuese favorecedor de lo contrario a clerecia.

Pues, este mismo Felipe.... había estado navegando, él hacia un convento ...y don *Giuseppe* y yo a jornal de pura tierra.

Cuánto hablamos Felipe y yo en ese inesperado encuentro!.... El, que por sobre el mar, viajaba a las playas definitivas, deshacíame en sus palabras la piedad de su alma en viaje hacia ellas:—yo, envidiábale!.... Solitario y a merced de lo que la vida me diese, quedábame todavía dos veces en tierra.... El, nó! Iba en viaje para aislarse de lo terreno de la vida .

Por la noche, un paje de salón de los dichosos pasajeros, trájonos dos copas de vino, diciéndonos que nos las enviaba Felipe. Bien hubiéramos querido *Giu-*

seppe y yo echamos un brindis, pero el adusto paje, sin decirnoslo, hostigábanos a que le devolviésemos las copas vacías. Las vaciamos y echándonos ojos *Giuseppe* y yo por sobre el borde de ellas, al escanciarlas, ya nos cambiamos un mudo pero elocuente brindis.

* * *

CALLAO!.... Puerto de desembarque para mí. *Giuseppe* seguiría navegando. ¿Habrá vuelto a esa Italia donde le lloraban mujer e hijo?

Al tomar un bote de tantos como se disputaban desembarcar pasajeros, el dueño del que me atrapó, casi no me acepta, pues por ese baulillo y ese atado de la silla de montar, notó que era yo hombre echadizo al agua, por lo que pudiese pagarle por tan misérrimo equipaje.

—¿No tiene Ud. más? me preguntó de mal talante.

—Nada más.

Iba a saltar al bote cuando Felipe, disfrazando buen humor, vino precipitadamente y diciéndome:— ¡Conque! así te vas sin darme un abrazo!.—Me lo dió estrecho y mudo, mudo y estrecho como el que yo le devolví! Mutismo el suyo, menos para al irse prevenirme que no pagase nada al botero, porque él iba a hacerlo. Hizolo (y caridad me hizo) y alguna buena propina le daría al botero, cuando ya me puso rostro alegre al recibirme y mover remos.

—¡A Dios!

—¡A Dios!

— — —

SALMO

Señor! Desde las orillas del mar extranjero te saludo en tu cielo y en mis campos.

Aunque en todas partes resplandeces, mi corazón te ama con más ternura en mis campos.

Sembrados estarán con la simiente que Tú les diste. Benditos sean en la simiente que te devolverán!

De ella comerán mi madre y mis hermanas: de ella los mendigos que comparten con mi mesa! Bendito seas!

Las aves del cielo, los comensales de mi heredad, compartirán de tu dón, y mientras los míos me lloren, pensando en que carezco de pan para matar mi hambre, mis hermanas las aves, cantarán de placer. Bendito seas en el coro alternado de los sollozos de mi madre y de los cantos de las aves de mis campos!

Allá, al pie de la colina, junto al sauce gemidor, está naciendo el trigo sembrado por mi madre. Tú, Señor Jesús, ¿por qué estás mirando con amor esas espigas? Bendito seas, Señor, en esos trigos que serán Hostias de tu altar.

Trigales de mis campos, creced; aves de mis campos, cantad; lluvias y luz del cielo, fecundad esa tierra criadora de las hostias del sacrificio! Lágrimas mías, id en alas de estos vientos y caed como rocío sobre las espigas de las hostias!

Jesús, Señor y Padre mío, si quieres la sangre de mi corazón para que broten esas espigas, muera yo,

y viértase el torrente de mi sangre al pie de ellas, y crezcan y broten y Te espere en la Hostia, a Ti, Señor, hermano mio, para la gloria de mi sér.

Mis cenizas se reanimarian en silencio y a ocultas el día en que esas espigas brotadas de mi corazón, Te recibieran en el altar. Bendito seas, Señor y Criador de las espigas de mis campos, Señor y Criador del corazón del pobre peregrino!

Con lágrimas del alma Te ofrezco mis esperanzas y mi devoción y los delirios de mi pobre fantasía. ¡Están tan lejos esos trigales!

Pero, bendito seas, estás tan cerca Tú. Apega tu oído a mis labios y oye lo que mis labios no pueden decirte. Como agua sobre los arenales encendidos, así mi alma se vierte en Ti!

Astros del cielo, armonías de la tierra, tronidos de la mar, seguid, seguid: mi alma no os escucha, está derramándose absorta en el Corazón de mi Hermano Jesús-Cristo!

* * *

Quisiera, Señor, unir mi voz al coro de las criaturas que te alaban en mi Patria. Las que me rodean son también obra tuya, son mis hermanas; pero, perdona al desterrado que suspire por las de su Patria, y ansie estar entre ellas, y con ellas cantarte himnos de alabanza.

Si esto no me es dado, te pido que recibas por mí el concierto que te elevan mis ríos, mis campos, mis vientos, en este instante en que la ciudad calla adormecida por el sueño.

Alámente, Señor, las estrellas que en este momento están levantándose tras la colina, a cuyo pie blanquea entre el gramal la casa de mis padres.

Alámente las lágrimas en que una vigilia dolorosa arrasa los ojos de mi madre.

Alámete el ruido de mi reloj que desde mi prisión

le envié, y que ella guarda los días en su seno, las noches en la cabecera de su lecho.

* * *

Tanta misericordia de mi Dios para conmigo que, hasta llega a que mi conmiseración con mis enemigos sea, nó aislada obra mía, sino gracia de su inspiración divina, presente, perseguidora mía para abrazarme a El

¡Buen Pastor tras la oveja perdida! Va arrastrando yerbecitas del camino, guíala con el olor de ellas, y luego de saboreadas, échala a sus hombros.

Después ¡hasta en la eternidad! En la eternidad pensaba David cuando cantaba lo inexhausto de la divina misericordia: *Misericordiase, Domini in aeternum cantabo!*

EN LIMA

Desde que vi blanquear entre la arboleda esta casa de santidad que me ha franqueado sus puertas, se conmovió mi corazón con secreto gozo. A través de las blancas paredes del templo pasó mi corazón y se arrojó a los pies de Jesús, como el perro que tras largos días de correr perdido, encuentra a su señor.

Tengo delante de mi puerta un jardín de violetas: como han crecido a la sombra, han medrado prodigiosamente. Ambiente delicioso, prólogo de ambiente de altar.

Hazme digno de respirarlo, Padre mío.

Quiero quedarme a solas contigo: lo más querido que llevo en mi memoria quiero dejarlo en la tuya.

Yo ahuyentaré todo recuerdo que venga a aletear ante mi alma, y le diré: Ave vagabunda, ve a tu nido.

Tú acogerás esos recuerdos que te confío aquí a las puertas de tu casa. ¡Cuánto ganarán ellos acogidos por tu amor, santificados por tu bendición!

Cuando al salir me cerquen ellos, cantarán a mis oídos canciones aprendidas en la primavera de tu Cielo.

Hasta mañana, recuerdos dados por Dios, blancas palomas que El me ha permitido criar, hasta mañana!



El Señor me dió el ser cuando yo no existía, me infundió su mismo espíritu. Obra de su amor, cada día

mi propia existencia debe recordarme a Dios. En mí está la manifestación de su poder; la determinación de su amor, la prenda de su generosidad.

El hace nacer en mi inteligencia estas ideas, El mueve mi mano para que las deje en el papel, El atrae en este momento mi alma hacia Sí. El me ha traído para que aquí en la soledad piense en El, en la breve tregua que estos días ponen en el olvido de mi vida.

Volveré al camino que debo llevar hasta que a Ti sea llamado, pero no te olvidaré, Señor Dios mío.

Te alabaré en cada latido de mi corazón; cada respiración de mi pecho quiero que sea un anhelo hacia Ti, un sollozo con que acuse el dolor de mi ingratitud.

Cada átomo de aire lo recibiré como un suspiro brotado de Ti, olvidado Padre mío, como una nueva dádiva de tu infinita liberalidad. Así quiero orar en todo momento.

La naturaleza te alaba incesantemente. En este momento, el sol está difundiendo en tu palacio la luz que le diste. Las plantas están germinando; corren las aguas; las aves cantan la canción que les enseñaste, y sólo yo enmudezco transformado por mi ingratitud.

La inteligencia que me diste no ha servido para subir a Ti, sino para bajar más abajo de mí mismo, orgullosa de un poder que no es suyo, humillada en inquirir bajezas para las cuales no es su gentil linaje.

He caminado bajo tu cielo, sin alzar a verte. He hallado a los hombres en mi camino, y no les he visto como hermanos. Me ha espantado el poder de tu justicia en los acontecimientos humanos, y no he temblado. Llevo a mi corazón como a un niño adulado. Cuando será tuyo, esencialmente tuyo, Dios mío?

Levántalo sobre la diaria confusión de mis afectos. Pónlo delante de Ti como la nieve de las altas cumbres delante del sol: vida serena, vida de luz entre Ti y mi corazón, en las alturas de tu amistad, allí donde no estampan su huella las pasiones, donde se res-

piran los vientos olorosos de la inmortalidad.

Para Ti he nacido: tuyo he de ser. Mi vida te está consagrada: mi alma, mi cuerpo, mi tiempo contribuirán, purificados por Ti, a darte gloria: sea eficaz mi deseo, Padre mío.

Cuanto hago quiero ejecutarlo por tu gloria. Supla así desde hoy mi memoria agradecida el olvido de mis días.

Cuantos afectos pongas en mi corazón quiero guardarlos como ofrenda para Ti. Haz de mi corazón una ara perpetuamente encendida en holocausto ante tu gloria.

Padre mío ¿cuándo me recibirá tu misericordia?

* * *

Tengo que regresar a la Patria, y buscaré los caminos que a ella me lleven. Sea tu recuerdo, Padre mío, el ángel que guíe los pasos del peregrino a tu morada.

Cantaré tus alabanzas, y te volverá mi voz en bendiciones la bondad de tus favores.

Santificaré mis afectos y así en ellos estará tu memoria, aleteando y cantando como la paloma en su propio nido.

Si has de amargar mi vida con el dolor, lo recibiré como un justo castigo de mis iniquidades.

Si la ajena felicidad, si el bien de mis hermanos, ha de lograrse a costa de mi sacrificio, dame valor, Dios mío, confórtame, y me sacrificaré. Tú estarás a mi lado, Tú me mirarás, me hablarás esas consolaciones que sabes, y, aun ahogada en sollozos, se regocijará con tu paz el alma mía.

A Ti te veré en el sol que bañe mis ojos, y en la belleza que conmueva mi corazón.

A Ti en el enemigo que me ofenda, en la ingratitud que me hiera y me desgare el corazón.—He de acudir a Ti cuando el resentimiento me sacuda, y he

de ser pacificado: cuando la soberbia me encienda, y he de quedar apaciguado a tus plantas.

No buscaré mi gloria sino la tuya.

Trataré al desgraciado como Tú me tratas a mí, Misericordia mía.

Veré en la tierra por donde lleve mis pasos, no al teatro de mi soberbia, sino al lugar que me prepara el sepulcro en que he de dormir el sueño que remate esta peregrinación.

Miraré en mis hermanos la mansión de tu Espiritu. Hazte presente a mi alma desde esos tus templos, cuando esté en medio de mis hermanos; así la sociedad de los hombres será bendición para tu hijo.

* * *

Depárame, Señor, lo que quieras: con todo me resigno, con tal que no sea con la ofensa que contra Ti hagamos.

Sé que eres mi Padre y el Criador de las cosas que por Ti me han sido puestas en mi camino. Tú sabrás discernirmelas como plazca a tu voluntad desde hoy acatada.

No me niegues tu amor: esta es mi herencia.

Tu querer, como el viento que gime en mi ventana, viene desde regiones que desconozco, avanza a donde no imagino; pero pasa vivificándonos, llevando ayes, aromas, voces de alegría que se van a la eternidad. Lleva siempre de mí los cánticos de mi agradecimiento. Quiero ser como el amplio desierto, como el firmamento por donde pasees, Señor, tus designios soberanos.

* * *

Soberano de mi soberbia y de mi vergüenza sálvame de tu lado. La menor de mis ofensas ha sido la ingratitude, y Tú has perseverado junto a mí, sin que te alejara la crueldad de mi corazón para contigo.

En los peligros ahí estabas protegiéndome.

Cuando has llamado a tu juicio a mis amigos, apagándoles su vida en medio día, has mantenido mis días a pesar de que cada una de mis noches traía mi alma más oscura que las tinieblas.

No he podido mirar a las estrellas de tus noches, sin temor de que su luz fuese el brillar de unas lágrimas que estuviesen llorando por mí.

He paseado por en medio de las maravillas de tus campos, y he discurrido entre ellas silencioso y avergonzado de llevar conmigo un palacio en ruinas, huérfano de su Señor.

Me han encendido de rubor y empujado lágrimas a mis ojos, las atenciones con que me han favorecido los hombres, ignorando que yo te menospreciaba.

Bendito seas! así te me hacías presente en el remordimiento y buscabas este disfraz que te ocultase para entrarte silencioso en mi corazón, ofendido Padre y Señor y Dios mío!

Y Tú callaste, y me seguiste cuando huía y te adelantabas a hacérteme encontradizo en mis caminos.

Oh, Amor, y no morí a tus plantas....

De hierro me había cubierto el helado corazón mi pecado!

Hoy vuelve a latir con el latido con que Tú le despertaste a la vida. Ven, Amor mío, ven, mi Perdón, ven, Gloria perdurable mía, ven para siempre!

* * *

Criaste mi alma, soplo de tu propia vida y la juntaste a mi cuerpo. Se han amado desde que les asociaste, y ha tanto tiempo que viven juntos.

Nunca la ausencia ha venido a turbar la intimidad de su estrecho abrazo. No saben lo que es la separación, pobres amantes apasionados.

Mi alma se asoma en este momento mismo a mis ojos: aquí está besándose con la lágrima que los en-

turbia y viendo con cariño las líneas que va trazando mi mano.

Pobres amantes que no saben lo que es separarse!

Pero vendrá el día en que se aparten el uno del otro, arrancados, alejados con indecible amargura.

Alma, cuando mi cuerpo desfallezca con la última agonía, alma, que dices ser soberana y de real linaje, alma, que te hostigas de las humillaciones de mi cuerpo, alma mía, no sabes el dolor que ha de herirte cuando salgás de mi cuerpo.

Con él viviste. El te hizo con sus ojos soñar en las inmensidades de los espacios, embriagarte en la belleza, llorar entre los delirios de tu soñadora poesía, conocer y amar a tus hermanos, velar sobre las páginas de un libro, sobre la hoja de papel en que ibas vertiendo tus afectos y creaciones.

Te irás, atormentada por el dolor, atormentada por el temor de irte sola y espantada a manos de tu Juez.

Y tú, pobre cuerpo mío, tras el partir del alma, quedarás inerte, silencioso, breve objeto de unas lágrimas que se secarán un poquito más tarde de la última que hubieres llorado en las angustias de tu agonía.

Te llevarán a la tierra que hollabas desvanecido cuando la paseabas con tu alma, sin cuidar de que esa unión era el fugitivo solaz de unas nupcias que acabarían en el sepulcro.

Tendido en el sepulcro, ya no oirás los ecos de la naturaleza que te absorbían, no verás el cielo por donde el alma te arrastraba los ojos. Si alguien, compasivo, cubre de flores tu sepulcro, no percibirás su aroma, ni podrás abrir los labios para el agradecimiento. Estos labios que bullían con las confidencias del alma, serán roídos por gusanos revueltos entre la tierra de la última palada.

Cuerpo de tierra, la tierra te aguarda.

Paréceme que asisto a un nuevo consejo de las tres divinas personas de la augusta Trinidad.

No dice: «Hagamos al hombre». Abajo, abajo en la corteza del globo de la tierra, hace siglos está bullendo la humanidad, como un enjambre de gusanos que se disputan la podredumbre de un cadáver.

«Salvemos al hombre, compadezcamos al hombre, reciba ya el hombre la Salvación prometida».

Abajo, abajo bulle la humanidad como gusanos sobre la podredumbre. Sobre ella, como cuervos hambrientos, revuelan bandadas de demonios. Sobre ellos baña los espacios la dulce, suavísima luz de la compasión divina que va a salvar a la humanidad.

La augusta Trinidad mira a la tierra a través de las bandadas de demonios.

Sólo Ella podía sondear esa profundidad.

Serénase apacible el Padre; conmuevese el Hijo; el Espíritu Santo inclina la frente entre la del Hijo y la del Padre y se conmueven los cielos, y los Angeles tornan la vista a la tierra e inclinan la frente con respeto y enmudecen arrobados.

Allá abajo donde hombres y demonios se disputan el dominio, está Nazareth. Al través de una ventana se ve la cabeza pensativa de una Virgen judía, tornada en éxtasis al cielo. Esos ojos tienen la humedad de una lágrima perenne, porque tras ella mira la esperanza; la fresca de la mirada de un niño que despierta. *Maria!*.....de los ojos de Eva, tu madre, no has heredado sino la vaga melancolia de esos ojos insomnes, que en vano espiaban hasta que la aurora asomase en el horizonte la luz de la promesa.

La Trinidad ha encontrado esos ojos de María, y tras ellos esa alma en perpetua adoración desde que vino a la vida.

¿Será menester que la humanidad reclamase, instase por la Redención, no con las meras lágrimas y

ansiedades del pecador, sino con el éxtasis de la pureza?

Para la Luz del Cielo era menester hubiera quien la recibiese. Hacia siglos que esa Luz desde el pecado de Adán, se habia recogido al Cielo rechazada ya por la culpa.

Nació Maria, y la Luz volvió a bajar a la tierra. Desde la augusta Trinidad al alma de Maria se extendió una escala de Luz, más esplendorosa y magnífica que la que en sueños vió el Profeta.

Los Angeles subían y bajaban por ella, arrobados con mayor dulzura que la que probaban cuando bajaban al Paraíso en la mañana de la vida.

Entonces la criatura recibía a Dios, no le impedía la venida, era un espejo que devolvía y duplicaba la imagen.

Pero Maria, llamaba, urgía a Dios: era la llorosa nostalgia de la humanidad.

Día y noche clamaba a Dios. Cada latido de ese Corazón de Virgen era una ascensión a la Divinidad. Corazón alguno de criatura palpitó con ansiedad tal, ni resonó con armonía tan inefable para Dios y los Angeles.

Cuánta armonía enmudeció en la naturaleza el día de la tentación de Eva y del pecado de Adán; toda esa profusa difusión de belleza palpitante con que se adornaron los mundos para recibirlos, todo eso, cuando la sala del festín fue teatro de muerte y se convirtió en paréntesis de la gracia, enmudeció, se apagó, fue recogido no sé a qué regiones por los Angeles del Señor.

Pasados los tiempos, hubo un día en que se conmovieron los Cielos, y devolvieron el guardado y represso torrente de armonías y vida hacia la tierra. Esa tempestad de belleza diluvió en un segundo y más magnífico Paraíso,—en Maria que acababa de ser concebida.

¿A dónde sino a Ella habia de buscar naturaleza humana el Verbo?

La herencia de su gloria estaba guardada por Ma-

ría.

Ese sér inmaculado era el único que podía recibir a la Divinidad.

Ese éxtasis, la sola plegaria digna que apresurara la Redención, y ella va a cumplirse.

Dios respeta a su criatura. Aun al prodigarle su favor, lo hace presupuesto su beneplácito.

Maria, criatura privilegiada, habíale de serlo también en el acatamiento a su libertad, única libertad que en el orden de lo criado se mantuvo en la pura esencia de su origen.

El Príncipe de las milicias angélicas ha partido a la tierra, llevando a la humilde Virgen de Judea el mensaje de la Divinidad.

Mayor que la luz que derramó con su presencia el celeste mensajero en la pobre estancia de María, fue la luz que inundó su espíritu, espíritu que, si no hubiese sido creado con prodigio de poder divino, habría sucumbido anonadado ante la majestad del misterio.

«Hágase, Dios mío, conforme a tu querer», antitesis soberana del «seamos como Dioses» del Paraíso.

La voluntad humana cerró sus puertas en el Paraíso. La libertad humana, pura como la crió Dios, abre las puertas del Cielo en Nazareth.

Maria, sin Ti no se habría ostentado cuan magnífico es el poder de Dios.

Maria, Maria, déjale a mi pobre espíritu te contemple inebriado de amor y gratitud y tembloroso de espanto. Déjame verte postrada de hinojos en tu silenciosa estancia sumida en éxtasis, y si no puedo hablaste, déjame llorar!.....

* * *

Nazareth, Nazareth, humilde aldea sin historia, tu silencio abrumba a mi infeliz espíritu.

El va a ti como el buzo al fondo de los mares: y el pobre espíritu mío torna vacío de noticias, pero

mudo con un silencio de adoración.

Una Virgen, un Niño, un Patriarca. Miradas apacibles que entre ellos se cruzan, en las treguas que les dan la atención al trabajo y la contemplación del Cielo.

Afuera, el ruido inconstante del viento, las voces de los que pasan arriba, aves y nubes que caminan por los espacios. Todo lo común, lo ordinario de la vida.

Y con todo, Nazareth, tú eres lo más excelso de los mundos creados. Si Dios no hubiese velado sus misterios, la naturaleza toda estaría ante ti, turbando tu quietud y silencio con huracanes y torbellinos de sobrecogimiento, amor y cantares. Vagarías como un astro por la inmensidad, iluminado, arrastrado por los demás astros ebrios de gozo, y por los Angeles sumidos en admiración y amor, cuna misteriosa a donde se ha recogido la Divinidad a dormir el sueño de la humildad y la abnegación.

Pero nó. Todo está en quietud y silencio en la casa de María.

Mas, tras de esos sus ojos virginales cuyas pestañas se inclinan sobre las mejillas, en ese su corazón que parece latir dejándose escuchar sólo hacia adentro, como canción de un arrullo que no debiera escuchar ni aun el Angel de su Guarda, allí en ese recogimiento y abstracción, hay mayores tempestades de gloria que las que pudieran agitar a los mundos y a los Angeles.

Pero todo esto Ella y Dios sólo lo saben. Mas Dios sigue ocultando su gloria y Ella sigue tras de esa ocultación, guardándola en silencio, reprimiendo sus lágrimas para que no sean delatorias de esa eclipsada gloria, reprimiendo sus labios para que no estalle el cántico de la adoración al Verbo Encarnado.

Nazareth, teatro de tanta gloria, lo eres también de dolores como ella ocultos.

No pudo después ver María a su Niño, sin recordar la profecía de Simeón. Acaso tomando a Jesús en sus brazos, lacrimosos y clavados los ojos en los

del Niño, entre el fervor de la adoración, trataba de leer al través de ellos la historia desconocida de esos dolores, cuya expectativa torturábale el corazón.

Silenciosa casa de Nazareth, escuela del sacrificio, templo de tres almas que justificaban a la humanidad; (1)

[1] Desgraciadamente este capítulo ha quedado trunco.

* * *

Bien necesitado de recursos estaba un día, cuando un amigo, entregándome cinco soles, me dijo:—Tengo orden de dártelos.

—¿Por qué?

—Porque se cree que te hacen falta.

—Y mucha!... Pero ¿quién es el que me favorece?

—Estoy prohibido de decírtelo. Ya supondrás que no soy el de la dádiva, porque ando tan escaso como tú.

—Dímelo para agradecerse la.

—No puedo.

Dividí con mi amigo esa oculta caridad. Mis cavilaciones sobre quién podía habérmela hecho, no dieron resultado a mi curiosidad agradecida.

Alguien que me conoce y que me compadece y se oculta! Mejor, repartiré mi gratitud disfrazada en forma de benevolencia para cuantos son mis conocidos; quizá alguno de ellos sea el mi benefactor que se goce en el silencio de mi agradecimiento.

* * *

Me fatigo entre el bullicio de la muchedumbre que ondula en las calles: quiero más aire, más espacio, sin saber si es mi pecho el que apetece aire, o mi corazón un vuelo por lo infinito.

La adusta cima de San Cristóbal, hundida entre jirones de niebla, me convida. Vamos, el viento disipará sus sombras, la luz del sol alumbrará el horizonte, y espaciará mi vista ansiosa de lo inmenso. Si no, me envolveré en la niebla y reposaré en el silencio de la cumbre.

¿Tan pronto me fatigo? Oh!, que fuesen así como esta las fatigas del corazón en las jornadas de la vida: haríamos el viaje a la tumba con la risa en los labios, y nuestra frente reposaría en los mármoles del sepulcro sin una arruga arada por el dolor.

Avanza, cuerpo mío, hasta la cima! Avanza, corazón, hasta la tumba!

Ya gané la cumbre, pero estoy rodeado por la niebla de la mañana, y mis ojos en vano quieren sondear tras su espeso velo, sin que alcance—contemplar más que los despeñaderos de los contornos.

Aquí se preparó el último valiente contra la agresión chilena. Aquí están esos reductos que no fueron disputados, aquí sus cañones que no tronaron, y que ahora, inutilizados, tienen abierta al vacío esa negra boca que ya no vomitará metralla, hoy escondite en donde duermen las golondrinas.

Un viento impetuoso desgarró las nieblas, que ante mis ojos, van como cortinas descorridas, dejándome descubiertos los cuadros de la hermosa campiña en que se asienta la ciudad de los Reyes.

Qué verdura de valles, qué profusión de quintas dispersas alrededor de la suntuosa capital; qué graciosas redes blancas las que tejen en el valle las aguas divididas del Rimac.—Allí, la amarillenta parra ha tejido doseles sobre ese jardín; más acá, el plátano abanica con sus grandes hojas el ambiente. Cómo gallardean los elevados pinos; cómo en largas hileras la simétrica acacia sombra y engalana los caminos; cómo el lánguido sauce desmaya su pompa requerido por el viento.

Y allá por marco de este ameno cuadro, el mar! el mar, el eterno enemigo de la vegetación en las cos-

tas peruanas, pero que no ha podido cubrir con su arena la soberbia planicie verde, lecho magnífico en cuyo centro descansa su reina.

Allá a orillas del mar se levanta una columna de humo fugitivo, que se acerca, aligera, que corre, oh! que vuela hacia acá, y otra que de la ciudad parte al mar, enredándose entre la espesura de acacias. Qué hermoso es ver desde esta altura la carrera de los trenes entre huertas y arboledas.

Lima, 30 de Diciembre de 1881.

AYER, ULTIMO DIA DEL AÑO

Saludémonos con el salutar de la Iglesia, con el misterio de sus oraciones, con la belleza de su liturgia, que, siendo obra de humana piedad, sabe en lo piadoso encerrar, como si fuesen a ser sacramentados,—los recursos que en un profundo simbolismo encierra para atraernos al Cielo.

Acostúmbrase velar la última noche del año, y saludar al nuevo con regocijo y esperanzas.

En este natural sentimiento, falta lo que la Iglesia insinúa como deseo de madre que no se impone, sino que delicadamente sugiere.

En el oficio del último día del año rézase:—*Moderaos en aquello a que mal tendéis,—encended vuestra lámpara.*

De la noche con que se apaga el último día del año, al apagarse éste....tener prendida, fulgurante la lámpara que alumbre el amanecer del año nuevo del alma, con luz de sobrenatural iluminarse con el Señor en el camino que nos depare.

Su luz espiritual no nos falta, pero El quiere que encendamos la nuestra nosotros mismos, en el encaminar de nuestras obras paralelas al oculto andar del Señor.

Viene la noche, ciérrase obscura, acaso menos que nuestra conciencia. Allá por entre los muertos días del año que se acaba, un día prendimos nuestra lámpara, otro la apagamos, después, exhausta de aceite.....

Y la Iglesia, a decirnos a los que así desfallecimos:—«Encended vuestra lámpara para el camino de mañana».

Y la apagaremos, y caeremos en sombra y a tropiezo.

«¡Encended vuestra lámpara!».... Y el otro año, el mismo clamar, hasta que tal vez quede por ahí un cadáver,—lámpara sin aceite y rota ya para la noche de las eternas soledades, sin aurora de mañana.....

HOY, DIA PRIMERO DE AÑO.

«Tú, resplandor del Padre,—Tú, luz nuestra», canta de Cristo la Iglesia Santa.

Lámparas encendidas, prestas a alumbrarnos la noche de nuestro sucesivo vivir, alimentadas por nosotros, no se apaguen, alientense en luz; en luz y calor afervórense, dupliquen en lo pobre de nuestra vigilia, la inmensa luz de Cristo resplandor del Padre, que por nosotros brilla con luz sangrienta del Calvario, cuando la lámpara nuestra se apague rota por las copas de nuestro festín.

«Tú, resplandor del Padre, Tú, luz nuestra!... brilla, Tú, misericordiosamente si dejamos se apague nuestra lámpara.

Tú, sazona la oliva que siquiera se reconcentre en amargor de remordimiento, y estrujada en contrición, luego se encienda en óleo de la lámpara con que, temblorosos de dolor y rendidos de amor, vayamos tras de Ti, resplandor del Padre y luz indeficiente y misericordiosa nuestra, en la desolación de las tinieblas nuestras.

* * *

Surge la estrella de la mañana, deshojando, rompiendo los pétalos de su luz, antes que los marchite el sol.

Tú, Estrella de la mañana, Tú, Maria, Tú, el refugio de los que no hemos encendido o hemos quebrado la lámpara del camino, Tú, séenos intercesión misericordiosa, Tú, la que madrugas para despertarnos, Tú, la que eres suavidad de aurora antes que se encienda el Sol de justicia.....

«Encended vuestras lámparas.....»

Amanece, Tú, Estrella matutina; inunda, Tú, de luz un camino, obscuro porque no encendimos nuestras lámparas, porque nuestras lámparas se quebraron y el óleo suyo, al ir a ser sorbido por la tierra, todavía como pestañeando en el morir de la última gota reflectadora de luz del cielo, agonizó para el cielo.

ENTRE DOS AÑOS.

A Dios! y bendito seas, año que te vas!

Encorvado con mis culpas y mis dolores, véte allá a la misericordia del Señor. Le pediste consolación y como ella sobreabundó, enjutos de lágrimas traes los ojos: paz le rogaste, y apaciguado tu corazón, bendice a quienes allá lejos en vano cavilan en tu rencor; cansado vienes, reposa, duérmete. ¡Muerto mio, descansa en paz!.....

¡Bienvenido seas, año que naces! Misericordia y merced de vida eres, eres esperanza si no de terrenos bienes, siempre de que seremos oídos amorosamente cuando clamemos: ¡Padre! a nuestro Padre Celestial.

1

"Es muy poderosa causa, para mover a misericordia del corazón del hombre, haber sido miserable algún día. A cada paso recomienda Dios en su Escritura el buen tratamiento de los extraños; y la razón con que pretende persuadir al pueblo que se señale en esta obra de piedad, es el ejemplo de lo que ellos padecieron en tierras ajenas".—P. JUAN MARQUEZ (V. Teatro Crítico de Capmany, t. 4, pág. 190.)

la fiesta lo entendía el Director, era, con todo, para tenerme de lacayo según la pobreza de mi traje.

Había terminado un baile cuando yo entré, y todavía retrayéndome hacia la puerta. Vióme el Director, y tomándome de su mano, se adelantó dando mi humilde nombre, con el agregado de:—Uno de los más distinguidos maestros del Instituto Científico.

Una sonrisa hospitalaria de la dignísima reina del salón,—doña Teresa Terry, esposa del Director, abrumó de dicha al pobrezuelo maestro tan inesperadamente enaltecido.

El reloj del salón iba echando la sobresaltadora aguja hacia las doce de la noche. Por fin, sonó esa hora final de un año.

El Director y su esposa, repartieron abrazos de bienvenida de año nuevo entre los concurrentes.

Retrajeme hacia la puerta, mientras se enredaba ese remolino de abrazos entre quienes se conocían.

Tal vez un criado de la casa merecería más que yo, el desconocido, esa efusión de afecto.

Había dado el Director un abrazo a dos de sus primeros hijos, y vacilantes de caridad sus abrazos, antes de buscar a los dos hijos que les seguían en edad, me los dió a mí, hallándome a la puerta por donde entré llamado por él, y de donde quería huir menesteroso.

Esto era ya mucho para mí. Al tomar la copa de champaña que bautizaba al recién nacido año 1882, se me atragantó con la aspiración, al sorberla, un sollozo que se me quería escapar.

Allá, al través de mares, acaso en esa misma hora, velaban bañados de lágrimas los ojos de mi madre.....

Regocijo luego en el salón, mientras el reloj echaba a caminar por nueva vida.

La primera cuadrilla se concertaba ya. Entre tanto, el que debía darles ritmo y armonías al piano,—Rebagliati,(no lo olvido)—se me acercó, alto, rebosante

en vida, lozano, dominador de voz, señor del salón que le abría paso,—y me estrechó la mano y me la volvió a estrechar cuando al despedirse hacia el piano que le reclamaba, me dijo no más que:—*Il mio figlio!*.....

El maestro italiano Rebagliati me encomendaba a un hijo suyo, entre los alumnos del Instituto, entre esos que contra mí conspiraban infantilmente en el dormitorio, creyendo que yo no les velaría el sueño.

¡Quién viniera a velarme en mis dolorosos insomnios!

* * *

Aquí en el dormitorio de mi vigilancia a donde vuelvo:—luz que parece ya quisiera dormir, parpadeando de desvelo, respiraciones alternas de los niños vencidos de sueño con que luchaban,—lejos, el regocijo de la fiesta; y en vela yo.

¿Para qué?... Para en un sollozo por nadie oído sino por Dios, decirle como le dije:—¡Señor! perdona a los que me tienen como estoy.... Padre, consuela a quienes me lloran. Padre mio, séme Padre misericordioso.

Una ráfaga de viento se cuela por entre mi ventana y se sacude por entre la candela que me ilumina.... Viento fresco, nuncio de aurora, intérprete de dolores que se desvelan y de consolaciones que los aduermen. ¿Buenas noches?—Nó! es ya de mañana—¡Buenos días! ¡Buenos!.... como nos los depare Dios a los que llorando alejados, no podemos imaginar cómo gozaremos al volvernos a abrazar!....

* * *

Qué magnífico es tu sol, oh! Señor Dios mio! Quisiera ojos para embeberlos en su luz; pero mis ojos se cierran al contemplarlo, y lloran más que por la fuerza con que me hieren, por la conciencia de mi debilidad moral de corazón ante tus portentos.

Gracias, Señor, por el sol que alumbra mi camino, y despierta a las flores y las besa y las fecundiza de aromas; y despierta a las aves y les urge a que pueblen de armonías el espacio; y despierta a los hombres y les estimula a la oración; gracias por esa luz, aunque ineficaz para que los hombres te adoren, pero luz perseverante en el aviso, luz que ya ella misma es oración silenciosa cuando se derrama en los espacios, y es oración de queja cuando viene a jugar entre el temblor de nuestros ojos estremecidos por la pasión, entre las gotas de lágrimas que velan nuestras pupilas, se enredan entre nuestras pestañas y se desbordan por nuestras mejillas. En la luz que se deshace en nuestras lágrimas inconscientes o criminales, ahí está, Señor, tu sol, adorándote por nosotros.

Como el consonante de los versos liga melodías,—asi las consonancias de la vida en pensar y en sentir en la espiritual música de la vida, Rota una cuerda, la que le fue gemela, quédase en un solitario sonar de gemido, sin respuesta.

CANCION OLVIDADA



Esta mañana cantó alguien a mi oído cuando apenas asomaba el día. Desperté con los ecos de un canto que sonó adentro, en las profundidades de mi alma; cuando desperté cantaba yo también, como si de la voz que oí entre sueños, hubiese pasado a mis labios esa canción olvidada hacía quince años, como una a otra se cambian las palomas en un beso el trigo recogido en los campos.

¿Quién cantó? No lo sé. ¿Quién me hizo cantar? Es cosa que me abisma.

Han pasado quince años desde que oí a mi hermana Jesús esa canción bajo los sauces del río de Yanuncay, a cuya orilla se eleva una casa que se corona de humo, no levantado de un hogar atizado por la mano de mi madre y mis hermanas, sino por manos extrañas. Murió mi padre y la heredad pasó a otras manos. (1) No acabábamos de llorar al muerto a quien fui a dejarle en el cementerio, yo el único que podía salir a llorar libremente tras las andas que se iban cargadas por mis criados; cuando tuvimos que llorar a otro muerto,—el recuerdo de nuestros más risueños días a las

(1) Alude a la hacienda que sus padres poseían a las faldas de la colina de Turi, de esta ciudad, lugar de tantas memorias queridas para el autor, y que hoy pertenece al Sr. Dr. Miguel Peña J.

orillas del Yanuncay. Yo vi cerrar el sepulcro de mi padre: pero las vegas del Yanuncay, sepulcro de nuestros goces, son un sepulcro que está abierto todavía..... Me da miedo de pasar por esas riberas, pasear esos caminos, entrar en esa casa; temo volver los ojos por allá y encontrarme con el cadáver ¡ay Dios mío! de dichas que sólo Tú sabes cuales eran.

Murió mi padre y enmudeció la voz de mi hermana. Dicen en mi tierra que la torcaz no vuelve a cantar cuando encuentra deshecho su nido.—Las canciones de las orillas del Yanuncay se fueron para siempre, pues no he querido pedir las cantase mi hermana, porque ella habría sollozado al complacerme y yo habría caído en sus brazos, presa de una mortal congoja. Cada vez que a mis solas las he cantado, he enmudecido con espanto, porque en el acto, por no sé qué correspondencia simpática, se han suscitado a mis oídos el canto de los funerales de mi padre y el ruido de las aguas del Yanuncay, en las piedras de esas orillas inolvidadas.

¿Quién cantó a mis oídos? Quién puso en mis labios esas notas olvidadas que tantas veces quise en vano recordar? Me lancé del lecho con los ojos arrasados de lágrimas y canté. Oh! qué doloroso placer! Al son de mis notas me parecía ver a mi padre surgir de la tumba; a mi madre y mis hermanas desgarrar alborozadas el traje negro de perenne duelo, y cambiarlo con otro de florecitas azules con que solían andar por las orillas del Yanuncay. El río murmuraba con la voz de ayer; los perros de la casa corrían jugueteando a nuestro lado; los amigos ausentes y los amigos muertos estaban con nosotros, y el aire corría empapado en olor del trébol amarillo en que se enredaba mi cometa.... ¡Oh, Dios mío! gracias por este recuerdo, por este venticillo del pasado, oloroso a los rastros de la hoy perdida heredad paterna!.....

Es de noche. Acabo de volver de las faenas con que busco cada día el pan del desayuno: me encierro

en mi pobre vivienda, ensayo el recuerdo de mi canción, y la he olvidado. Señor, dámela. Tan poco es lo que te pido! Una nota me basta y volverá a surgir del fondo de esta contristada memoria.

En vano!... y tan triste, tan triste está este pobre corazón, que me hace mojar con lágrimas el pan de mi cena, comprado a costa de mi trabajo y en cambio de haber olvidado la canción de mi hermana ...

Como hormiguea en los prados un rebaño, talando yerbas que nacen confundidas con yerbas que se secan, así andan por mi corazón mis afectos y pasiones. Cuando el hielo de la muerte cubra este campo fecundo y mate el último germen de vida ¡bendito Dios! el rebaño habrá huido, ¡bendito Dios! que entonces en la soledad del campo no habrá sino el viento que pase gemebundo y los rayos del sol sobre la nieve, como una amante mirada tenazmente clavada sobre un sepulcro.

* * *

Viduam ejus benedicens benedicam; pauperes eius saturabo panibus. Salmo 131. A su viuda bendeciré y a sus pobres saciaré de pan.

* * *

Un día se me anuncia así en la casa en que yo vivía:

—Busca a usted un señor que dice viene de Cuenca, su tierra.

Era el doctor Belisario Piedra que, al verme y sin ninguna presentación que hubiera sido necesaria, me reconoció Hacia años, los de mi adolescencia y juventud que no había vuelto a verlo, por haberse él establecido en el Perú, en una ciudad de Lambayeque de donde, mientras mi destierro, había regresado a Cuenca a visitar a su familia.

Su presentación fue la de un súbito abrazo, con el que otra vez me volvió a estrechar diciéndome:—Este abrazo que traigo de Cuenca, es de su señora madre y de sus hermanas.

Un tanto conmovida la voz y humedillos los ojos, púsose a preguntarme sobre mi suerte por acá, y habiéndole informado de que tenía trabajo y remuneración, aunque escasa para quien deseara holgura, bastante para mí que no pedía sino el pan cotidiano y algún ahorrito para el vestido,—me dijo:

—Si Ud. quisiera ir a Lambayequetendría eso mis-

mo, y algo más que yo podría procurarle, buscándole campo para su condición de catedrático que Ud. ha conseguido aquí.

—Acudiré a Ud.,—le contesté, agradeciéndole,—si se interrumpe esta medianía con que estoy conforme.

Al despedirse, puso en mis manos cuarenta soles y un paquetito cubierto de liencillo y esmeradamente cosido, diciéndome:

—Esto le envía su señora madre.

Y se fue, porque acaso al sorprender alguna conmoción en mi semblante, quiso dejarme a solas con mis impresiones.

Cuarenta soles que, al recibirlos, me sonaban a ahorro y lágrimas y privaciones allá en mi casa, desde donde me llegaban tentados, recontados por los dedos de una madre viuda que los eliminaria para mi de lo que le pudiera ser necesario en casa de huérfanos, y me los enviaba en una bolsita nemada para mi.

¿El paquetito aquel?... Era de cigarrillos envueltos por sus manos, como así me los daba y yo saboreábalos allá en la tierra mía. Entre ellos venían otros no envueltos en papel sino en *pucón*, en esas hojillas sutiles que recubren la mazorca del nacédero maíz.

Súbitamente se me agolparon ternuras y recuerdos, y no fui dueño de reprimir lágrimas, cuando, besando los cigarrillos de *pucón*, casi los inutilicé para fumarlos, al empezar a hacerlo, paladeando más que el humo del *pucón* de la casita pobre del *Valle*, (1) el mensaje que mi madre habíame estado poniendo, al escoger hojas y al envolver en ellas, con las hebras del tabaco, los pensamientos y dolores suyos allá en esa humilde casa, desde donde el amor asociaba así tan delicadamente, el de la madre y el del nativo campo donde el desterrado hijo correteó.

[1] Finca que aún pertenece a la familia, en la hoy parroquia Huaynacápac, antes El Valle.

VIERNES DE DOLORES.

Aquí en medio de la soledad de mi alma y entre el caos de mis dolorosos recuerdos, permíteme, María, velar contigo en esta noche en que conmemoramos tu soledad dolorosa.

Solo estoy yo, como sola estás Tú. Pero ¡ay! cómo difieren estas soledades. Tú lloras a tu Dios, pero eres tan santa, que cada lágrima tuya es una oración; yo lloro una ausencia, pero soy tan débil, que mis lágrimas, a fuerza de sentidas, pueden tal vez serme acusación en el tribunal supremo. Tus lágrimas son del cielo, las mías de la tierra. Pero, pues ambos lloramos, permíteme lloremos juntos en el silencio del amor.

Yo te llamaré *Madre*, porque hace pocas horas tu divino Hijo me ha entregado a Ti. Ay! bien sé que no merezco llamarme hijo tuyo, santa Virgen de Israel! Pero tolera que así te llame, en amor y recuerdo de las postreras palabras de Jesús.—Recién cerrado está su sepulcro, y podré ir a golpearlo y demandar de El me purifique para acercarme a tu lado. Pero ¿no ves, Madre mía, que estoy teñido con la sangre del Cordero? Miserable criaturilla soy, pero por mí también murió mi Salvador; manchéme en los cenagales del mal, pero ya he sido purificado en la Piscina; las espaldas volví a mi Criador, pero ya torno lloroso por el Calvario, y al no hallar a mi Redentor, vengo a buscarte a Ti y a pedirte la herencia de amor que me ha legado mi Padre.

Perrillo fiel que vuelve del cementerio atrás de la viuda, así quiero seguirte, Madre mía. No me desprecies, que si no, tornaré a llorar sobre el sepulcro, y mi dolor asordará el silencio de la noche, y lloraré a la aurora, y al medio día y otra vez a la noche, hasta que mi Padre resucite, o Tú, compadecida, me llames a tu lado.

Tan solo estoy, y te busco y te llamo. Tan triste me encuentro, y quiero llorar junto a Ti y enjugar mis

lágrimas con la orla de tu vestido. Lloro por aquello mismo que Tú lloras, y por esas otras prendas de mi alma de las que me han arrancado.

Tú, Madre de Dios, recibirás mis lágrimas por Jesús. Tú, Madre del pecador, secarás las que vierto por mi ausencia. El mismo caudal de agua lleva bruñidos pedazos de oro y menudas arenas a la mar. Vayan, pues, al cielo tus dolores y los míos.....

Lima, 7 de Abril de 1882

I

—Ven, hijo mio, que no por pecador te despreciaré. Para ti nací, aunque inmaculada, para adoptarte como madre. Madre de Dios fui hecha, para llamarme Madre del pecador.—Ven, pequeñuelo hijo de mis dolores: ya que tu Padre duerme en el sepulcro, viva está todavía tu Madre, y abiertos te están sus brazos. Ven a dormir tu dolor, mientras yo velo mi dolor. (1)

ESTACIONES INTIMAS

En los olvidos nuestros, alguna vez el pensar en Jesu-Cristo, y al tornarnos a El, el olvidado, y echar ojos de imaginarle en olvidados Sagrarios, y corazón que le siga por otros tiempos y lejas tierras a los venerandos pies, por caminos de su humana mortal peregrinación,—puede ser que sea devoto orar y llorosa plegaria.

Y de esos breves pensamientos, inspiraciones con que nos visita la bondad del cielo, puede surgir fecundidad de posterior virtud.

«De un cabello tomó el ángel al profeta Abacuc y le llevó desde Judea a Babilonia, para que diese de

[1] Otro capítulo que también ha quedado trunco.

comer al profeta Daniel (Dan. XIV, 35) que estaba en el lago de los leones; y de un pensamiento santo nos arrebató cada día el ángel que nos guarda, y nos lleva y sube por todos los cielos a donde contemplamos la majestad y grandeza de Nuestro Criador y Redentor Jesu-Cristo. Bendito sea el que tal virtud y fuerza dió a cada un deseo santo». (1)

¿Qué lo sabemos? Allá, el infinito perdonar y recibir;—de acá, el pecador lloro del que espera, porque cree y ama,—y apacienta espíritu por los pasos de Jesús. Benditas las arenas que El holló. ¿En qué profundidad de mares estarán sumidas? ¿Para qué pensar en ello? Si no son sus huellas, sino El mismo quien está aquí conmigo, y se me va guiándome, tembloroso al mirar de mis ojos que le persiguen mojados de lágrimas.

NICODEMUS

Dialogaron ellos, Jesús y el nocturno doctor que le buscó; y ese hablar fue sabio, lección de vida, de vidas para mañana, de oculta lección, sabia por quien se la dió. fecunda después por quienes en la noche del pensar y resolver ¡dichosos ellos! saben todavía ir a buscar fecundidad de vida. ¿Cómo?... Dios y el hombre lo saben: los dos lo conciertan, amigos en el silencio de la gracia divina y la posterior actividad de la libertad humana que se humilla y sigue... La noche entre Jesu-Cristo y Nicodemus!

Festejádla... Fiesta callada de nuestra conversión, cuyos ápices sabemos en diálogo de Quien nos recibió y nos escuchó.

LA CRUZ DEL CALVARIO

No hay por qué desfallecer en la vida del dolor. Cristo, Bien Nuestro, dejó que Simeón Cireneo se la

(1) Fray Alonso de Orozco—Epistolario, V.

de mi corazón te haga arrullo..... Duerme, y no oirás en sueños el rodar de los dineros de Judas en el templo, ni el crujir de la cuerda bajo esa lengua que recibió el Sacramento que te aduerme. Escribirás tú la inefable generación del Verbo y la encarnación suya y su pasión y su muerte....y luego lo que sobrevendrá en lo último de los tiempos.

Duerme, hijo de mi corazón, y no oirás.... llorar a Pedro cuando amanezca el día y el gallo cante.... Después de mañana, te levantarás, espiritual mío, y seguirán los demás cantares del gallo, cantándome alabanzas a mí el que mañana moriré.

Duerme. ¿Por qué sollozas? Ambiente del vino en el cáliz de sangre que he consagrado, ese espira de ti a Mí, y, concentrado más si lo pudiese, se te transfirió a tu dormir. Duerme, que mañana te necesito para que perseveres con mi Madre... Duerme, que te resucitaré en Patmos y en mi gloria.

SAN MATEO

—¿Os debo?

—¿Me debéis? Idos a los jueces, que ante ellos voy. (Turba llorosa ibase lanzada de la banca).

Por entre esa turba, *Alguien* callado, ojos que sondeaban tierra, si a ella se inclinaban, que traspasaban los cielos cuando alzaba el misterio de sus párpados, esas pupilas que lloraron con niños, se recrearon con flores, clavaron misericordioso reconvenir en Pedro, después de que, queriendo entrarse por las pupilas de Judas, tropezó con ellas que anunciaban cerrarse con la postrer angustia de la horca suicida.

Ojos, esos ojos, espejo de las lumbres celestiales, claváronse en el *telonio* de Mateo, y se fueron convirtiendo a ellos a pecadores, a desgraciados arrastrados tras El....Mateo dejó allí sobre el *telonio* haberes y deudas, lo que tuvo, lo que debía tener.... ¿Qué le

importaba? Obligóse a ser testigo y decir, lo que el Cautivador, sin decirselo, le enseñó a hablar a este privilegiado maestro de la vocación de Cristo, vencido dócil al silencioso pasar de Cristo.

Nicodemus de noche,—Mateo en la luz del día, en la plenitud de su negociar, entre turbas.

Aquel (arcanos de Cristo) para los que no se le declaran;—*Este*, San Mateo, a cuantos atropellan lo mundano de sus pasos sobre el sonoro rodar de monedas, y el abandono de las abiertas páginas de sus cuentas.

Los que estéis abrumados,—descansaréis.

Los que sin sentido por entre la turba de vuestros quehaceres,—pagad a Dios ley de amor,—y al prójimo vuestro lo que le debéis, y satisfaceréis.

Los que os sintáis cargados,—idos por allá, por donde cruz es glorificación camino del Calvario.

Negociadores de ilusión ...dejad el libro de los desengaños, rota la página postrera,—cerrad el *telonio* de Mateo y podréis escribir algo como lo que él escribió.

MAGDALENA

—¿Quién golpea las piedras del sepulcro? (dijeron los Angeles).

—Yo, Señor, la que tanto te amó.

—*Maria!*

(Revolaron por el sepulcro los olores de Betania, esos que, contra Judas el economista, fueron ofrenda a Dios;—y los olores del embalsamamiento de José y Nicodemus).

—Yo, *Maria*, siguió la santa mujer despeñándose contra la piedra del sepulcro.

—Olores tuyos, los de José y Nicodemus... contestó un coro de ángeles.

—Nó! nó! gritó ella.—Quiero esa cabeza, quiero esos pies del Maestro mio, que mis cabellos, aunque rompí el ánfora de mi ofrenda, como enjugaron esos pies que yo bañé, olor tienen de esos piesecitos....No me ne-

guéis ¿quién robó a ese Dueño mío? Decidle que si no me conoce, me reconocerá en los olores que puse para El en Betania.... y si no me conoce todavía porque duerme en el sepulcro,—os ruego, llamadle y decidle que oiga mi voz.... El la conocerá,—*María!*

LAS FLORES DE MI MESA

Cada sábado acudían mis hermanas a renovar las flores que, en un vaso, simbolizaban ante una imagen de María, la ternura de mis hermanas para mí, y mi ternura y la de ellas ofrecidas en un tesoro común ante los pies de la Reina del Cielo.

Hoy, cada vez que me siento a mi escritorio, aunque tengo también un vaso de flores por delante, que perfuman mi habitación y recrean mis sentidos; ay! no me llegan a mi alma como las flores de mi jardín, enlazadas por mis hermanas, coronadas de la lluvia de mi cielo, olorosas a los perfumes de mis campos, despertadoras de recuerdos del hogar.

—Gracias, ternecica niña, gracias porque cada vez que vas a tu jardín, enlazas para el desterrado, hojas, flores y botones, que bien sabes han hecho ya algo como una necesidad de su vida: gracias! páguete el cielo enfloriendo los fecundos campos de tu alma virginal.

—¿Le gustan mucho las flores?

—Como si fueran mis hermanas.

—¿Y en su país hay flores tan hermosas como las de nuestro jardín?

—Mucho más; y más fragantes, y más queridas, y tanto que, al contemplar las tuyas, aunque las encuentro tan bellas, mi alma siente un vago tesón de llorar, porque esas flores, esos perfumes, esos matices, no me conmueven como lo hace aun el simple recuerdo de los retamales en flor de mis campos patrios.

—Entonces, no le traeré flores otra vez: no quiero que llóre por un regalo con el que creía complacerle.

—Entonces me harías un grave daño; porque sabe que me son dulces, dulcísimas esas horas de melancolía a la vista de tus flores y al recuerdo de las mías. Esta misma conversación, no sabes cuánto bien hace a tu amigo, quien, al verte, recuerda a sus hermanas y las ternuras que, con ellas cambiaba, al recibirles las flores cada sábado.

—Pero, si no le gustan flores tan lindas, mucho menos le gustará que sea yo quien las traiga: yo también le haré llorar porque pensará en sus hermanas.

—¿Has comprendido tanto? Pues si me es grata la tristeza a vista de tus flores, me es inmensamente grata la lágrima que ahora se esparce sobre mis ojos y que hace vea ofuscado y tembloroso en este momento tu semblante; y quebrados en hacecillos los rayos de luz de tus inocentes ojos... Tus palabras hacen caridad a esta alma hambrienta de delicadas impresiones, de ternuras inocentes, de aquellas que tendrían los ángeles si viviesen en el suelo y entre las flores y arboledas, y a la margen de los arroyos y al lado del hogar coronado de humo, y en dondequiera que nuestro corazón tiene prendidas sus afecciones.—Pero ¿tú también lloras? ¿Por qué, tierna e inocente criatura?

—Comprendo que usted padecerá mucho cuando así se le asoman las lágrimas a los ojos, y me habla de esas cosas... y no sé por qué, pero, es lo cierto que me ha venido a mí también muchas ganas de llorar, y lloro.....

—¿De quién te acuerdas, qué ideas se te vienen cuando me ves, y cuando me oyes y me dejas esas flores?

—Me acuerdo de mamá y de mis hermanos; pienso en que también les gustan las flores, y en que algún día pudiéramos hallarnos separados, y en la ausencia nos recordáramos mutuamente, echáramos también de menos las flores de nuestro jardín. Pienso, por

ejemplo, en que yo estuviera desterrada en su país y usted me llevara flores todos los sábados.... Muy fácil es ser una desterrada ¿no es cierto?.... Pero, me voy, he aquí sus flores.

—Hasta luégo?

—¡Hasta..... nunca!

No creí que esta palabra fuera pronunciada con tal acento por una niña tan tierna como M.... Al despedirse, vió las flores, quedóse mirándome un instante, secó sus húmedos ojuelos y desapareció por la escalera contigua a mi habitación.

No sabía lo que aquello significaba: quedéme algo como sobrecogido, mientras iba apagándose el ligero paso de mi tierna amiga que casi a saltos salvaba los tramos de la escalera. Salí, púseme de pechos a la baranda del corredor: en ese momento acababa de cerrar M. tras de sí la puerta de la sala en donde estaba el piano de la familia. Luégo llegaron a mis oídos «Los últimos pensamientos de Webber», melodías tristes como mi alma, solemnes como el «¡Hasta nunca!» de mi inocente amiga.

Me pongo a cavilar sobre si será mejor obsequiar flores a María, cortadas para morir en floreros, o dejarlas que vivan, agonicen y mueran en el tallo con el último aliento de vida.

Esto último es lo que decididamente prefiero, si echo allá al brotar, al florecer de las plantas, la anticipada ofrenda de consagrarlas en nacer, brotar y enflorecerse allí sobre la tierra, para allá a los cielos exhalar el no robado tesoro de la vegetación.

* * *

Tú, delicadisima y casi infantil, pero ya compasiva amiga de mis penas,—véte allá a tu jardín, y tú, preciada flor, inmortal entre las de él vividoras de pocos días, arrúllalas, conságralas con la ofrenda tuya a Dios que las crió para su gloria.

No las cortes, no me las traigas....

Tú misma, hermana de ellas, vive allá entre ellas.

¡A Dios! Sé flor para el Cielo!.... ¡A Dios!

Habrás día en que lo comprendas!....

•••

Todas las noches hacia yo mi tertulia con la familia de la casa. Mi asiento, un amplio sillón forrado de azul, solía estar entonces ocupado por cuatro: yo al centro, dos hermanitos de M. a horcajadas en los brazos del sillón y otro sobre mis piernas. M. cerraba el círculo, sentada frente a mí y tan cerca, que los pliegues de su pequeño vestido se rozaban con mis rodillas.

—Señor, hoy A..., no ha ido a la escuela.

—Señor, ahora mintió C... ¿no le contaron los ángeles a usted?. C... dice que es falso que los ángeles cuenten estas cosas a usted y a mamá.

—Señor, mamá me dijo que fumar era pecado, y no peca usted cuando fuma?

Tales eran las preguntas y dialogar de los chiquitines que querían mucho al *Señor* como me llamaban, y que cada noche solían esperarme con nuevos enredos y candorosos chismecillos.

La noche de este sábado del "¡Hasta nunca!", uno de ellos me dijo:

—Señor, M... ha estado triste hoy día. Dijo que estaba enferma, pero es falso, porque los enfermos no comen ni se ponen flores en la cabeza, ni se van al jardín como lo hizo M.... Ha sido una mentirosa ¿No le contaron a usted los ángeles que M... mintió ahora?

—¿Qué contesto, M...? le pregunté.

Alzó a verme, y después de un instante de silencio, dijo:

—Adivine qué le dirían los ángeles, si le hablasen.

—Que no dijiste verdad.

Se calló, y poniéndose a jugar con una de sus largas trenzas, se obstinó en no mirarme, aunque yo le

hablaba de diversos modos para ver si lograba alzarse a verme.

—Yo no miento, me dijo al fin, y fue al piano y volvió a tocar la melodía tristísima de Webber.

Terminada la tertulia, fuíme a mi cuarto. Al abrir sus puertas, aspiró mi pecho oloroso el ambiente de mi habitación perfumada por las flores que por la mañana dejó M... en el florero de mi mesa; parecíame que era el aliento de una persona querida, pero invisible, que entre la oscuridad de la noche se llegaba a hablarme en secreto, mas, tan de cerca, que el aliento de su boca era el que mi ansioso pecho respiraba.

Prendí luz, y sentéme delante de la mesa. Ahí estaba colmado mi florero, por multitud de flores apiñadas, como un grupo de graciosas niñas que hablasen al oído unas, se besasen otras ruborizadas, durmiesen estas apoyadas entre sí, meditasen melancólicas aquellas con la cabeza inclinada hacia adelante. Cada una de ellas parecía que guardaba un secreto, pero que me era relativo. Clavada mi vista en ellas, la imaginación me llevaba al jardín de la casa, y allí me hacía ver a M... recorriendo de uno en otro de sus cuadros, arrancando flores, armonizándolas en vistoso ramillete, y luego pensando en mí.... Pensar en mí! idea peregrina por cierto.

¿Quién me daba derecho para juzgarme objeto de un pensamiento cariñoso y a la par angelical, de M...? Cuando pensé en esto después de las gratas divagaciones de mi fantasía, parecióme que yo acababa de caer en un fango, del cual quería levantarme y tendía ansioso mis manos en demanda de auxilio, y ¡ay! otra vez, parecía que ninguna podía auxiliarme sino la de mi tierna amiga.

Entré a cuentas con mi propio corazón, y aquella inolvidable noche hubo combate desigual entre el

corazón y la cabeza. "Aquí, me decía el primero, aquí en esta casa se han endulzado tus amargos días; aquí hay corazones que suplen al de tu madre y de tus hermanas. ¿A dónde irás para encontrar igual cariño? ¿Quién vendrá a la cabecera de tu lecho cuando estés enfermo; quién colmará de flores el florero de tu mesa? Aquí, aquí está tu felicidad: quédate...."

Esta palabra me alegraba poderosamente, como el acento de voz con que nos habla una persona querida; y seguía resonando en mi alma como el timbre de una cuerda herida en el silencio de la noche.

¡Oh! A qué dudarlo? ¿quién me despide? No es así que cada día voy entrando más y más al cariño doméstico de esta familia adoptiva? ¿Quién lo duda? Aquí aguardaré el día en que se me abran las puertas de la Patria; desde aquí consolaré la ausencia de mi madre, diciéndole:—«No como tú me quieres, no como me quieren mis hermanas; pero muy poco menos, soy querido aquí, madre mía: vive tranquila porque tu hijo tiene algo de las solitudes tuyas para él en el destierro».

Sobre este hablar del corazón, hablaba severa voz la cabeza, diciéndome: «¿A qué quedarte aquí tú, esclavo de mi hermano el corazón? Véte, te vas a cautivar con cadena de flores. Después ¿quién eres tú? Un proscrito, un pobre, un nada. Ella es ídolo de su casa, tú un leño echado por el mar a costas hospitalarias. Véte, véte, sé hombre, sé leal. Gustas de la poesía: sé poeta en el deber, aunque te mate la nostalgia de un amor que nace».

En este luchar ¿a dónde acudir?—A Dios.

Primero a la vecina iglesia de Santa Rosa, después a la mía, a la de *Desamparados*; por ahí peregriné mi corazón que iba pareciéndome cadáver para entierro.

Y LO ENTERRÉ....

* * *

Dejé esa casa, generoso hogar mío, me privé de la retribución que se daba a mi trabajo y aventurado al azar, confiado en Dios, sali a buscar ocupación que me diese habitación y pan, aunque no alcanzase para mi vestido cuyos andrajos iría remendando.

Alguna vez me lancé confiado al favor de un amigo. Me oyó, se excusó de servirme, sin entender que el manto real de su favor íbase por la orla agarrado, y en vano desgarrado por la súplica de mis menesterosas manos, que no pedían favor sino justicia..... para otros y para mí.....

Me quedé con un andrajo en las manos, empolvado en la desolación mía.....

* * *

Quasi viator declinans ad manendum—Jeremías,
XIV. 3.—Como viajero, peregrino buscando asilo.

* * *

Un paisano mío me dió generosa protección de vivienda y alimento en los primeros días de este destierro voluntario que me hice, segunda vez desterrado.

Sali a buscar trabajo y no lo hallé.

Al otro día, este aviso, en un periódico: «Se necesita un joven de buenas referencias, para servicio de oficina en la hacienda.....»

—Señor, por si pudiese ser yo ocupado, vengo a ofrecer mis servicios. Anticipo a usted que no quiero sino lo que baste a mi vivienda y alimentación, por pobre que sea, algo para cambiar mi vestido, y enviar mis cartas a mi madre.

—Es usted extranjero?

—Sí, señor. Soy ecuatoriano. Referencias no puedo darlas aquí. Anticipo a usted que estoy desterrado por una política cruel, nó por la justicia.

Noté que mi interlocutor, desencogiendo el ceño con que generalmente se recibe a los solicitantes de trabajo, me miraba con interés.

Me invitó a tomar asiento, y me dijo:

—En qué puede usted servir en la hacienda....?

—En cualquier trabajo.

—Nó, eso es muy absoluto. ¿Sabe usted contabilidad?

—Nó, señor.

—Necesitamos un oficial de contabilidad.

—La ignoro.

—Siento, joven, no poder utilizar sus servicios.

—¿No hay trabajo en el campo, en el servicio doméstico?.....

—Para usted, nó. Lo úno, no es usted para esas rudas faenas. Lo otro, no me parece que a usted se le rebaje como a un criado.

Y ese señor que me recibió con frialdad, me puso su brazo en mis hombros, y, mirándome con ternura, me despidió con amabilidad compasiva. Salí con los ojos anublados de un especial dolor: ¡A buscar trabajo!

* * *

Calle de Santa Teresa. Casa en construcción.

—¿Trabajo?

—Sí, me contestaron; subir materiales de fábrica por esas escaleras.

Eran muy altas, y mi pobre cabeza no resistiría a subir cargado de materiales para derrumbarse en pocos peldaños. (1)

Nuevo desengaño... ¿A quién acudir?—A Dios y a mi resignación.

Trabajo copiando música, dibujando y hasta bordando (así era ella) con un paisano A. V. M., y esto me da comida, vivienda y sellos de correo. Lo demás, unos andrajos que yo mismo me los remiendo.

[1] Veinte y tantos años después, en esa casa que allá se construía, entré de paso para España, recibido por la magnífica acogida del dueño de ella. Era yo Ministro dos veces en el hospitalario Perú, e iba de Ministro a España.

Al pasar por la puerta de la calle, recordé mi mendicidad de trabajo de antaño, mi entrada de honor de ogaño.

¡Dios mío! en ese paréntesis de miseria y mejor suerte, no te ha olvidado mi agradecimiento.....

"Oh Fabio, hierbezuela humilde, usa de tu desgracia en el retiro".—FRAY PEDRO DE SANTA TERESA, El Intimo amigo del hombre—la Prudencia—1685, Consejo III.

¡Si! sorbe jugo de la buena tierra que te sea propicia para que crezcas, y, creciendo, no te marchites: ahinca raíces en el trabajo, y de sus penalidades desjuga para tu espíritu, sanidad de savia que te robustezca, y tú, hierbezuela humilde!, no quedes rastrera para secarte. No te cures del lujo de florecer,—cúrate de no secarte por no querer sorber jugos de la tierra porque te los finges amargos. ¿Qué sabes tú de la horticultura paternal del Señor?.....

* * *

Algunas horas libres que me quedaban de la enseñanza, me las llevaba a un taller de Marmolería.

Inclinado sobre un banco, la mano izquierda empuñada de un cincel, y la diestra de un pesado martillo, cuadraba una tabla de mármol en los primeros días de Julio de 1882, en la marmolería de Tenderini, en Lima.

Al compás del golpe saltaban, a uno y otro lado, fragmentos de la piedra al modelarse, y un menudo polvillo que me blanqueaba la barba, y, penetrándome en los ojos, enturbiaba mi vista con ardoroso lagrimeo. La mano izquierda se tentaba a veces a dejar el cincel, dolorida con el esfuerzo para sostenerlo al golpe de la derecha: ellas que en otros días tan buenas amigas habían sido, enlazadas sobre mis rodillas o, cuando más, separadas para sostener la una el papel y la otra dirigir la pluma; sobre el mármol estaban entonces, aquella de víctima y ésta de verdugo. Dolor a las manos, ardor a los ojos y el ruido monótono del martilleo haciéndome música infernal a los oídos, no impedían que mi imaginación se estuviese discurriendo y marchándose tan lejos y arrebatándose a veces tan tras de sí que, sólo por un martillazo en falso o un desvío del cincel, echaba de ver que mi espíritu no presidía a la obra de mis manos.

A mis discípulos les había dicho que:—aparte de instruirse en ciencias, había que cultivar el trabajo ma-

nual.

—¿Y usted lo hace? se me preguntó cierta ocasión, por uno de ellos.

—Sí!.....

Aquel día de Julio de 1882, yo, gorro de papel la cabeza, tallaba un bloque en el taller de Tenderini, cuando al descansar de mi faena, y echar a mirar a a la calle, vi que me sonreía uno de mis discípulos de ayer....

Nos habíamos encontrado leales.....



Por la calle a donde yo subía, noté se arremolinaban los transeuntes, mientras al centro de ellos chillaba, gritaba rabioso un chicuelo, (a lo sumo de siete años de edad) mal asido de las manos de un ciego, de cuyos dedos se arrancaba esa manezuela, y se arrancó tanto, hasta dejar al ciego blandiendo brazos, no para rogar socorro en la tierra, sino para en lo vacío de su desolación, alzarlos al cielo,—ya que el lazarillo, hijo suyo, gruñía, se alejaba, dejándolo arrimado a una pared.

Los pasajeros gritaban, amenazaban al rapaz que, aunque el caído, solitario brazo del ciego lo esperaba, no llegó para sostenerlo y gruñía.... ese malaventurado.

Le tomé por el pescuezo y lo puse a los pies de su padre ciego, padre ciego silencioso, amargado en esa soledad.

—¿Por qué grita, por qué se aleja este muchacho? le pregunté.

Vacilando, enmudeció. Víctima de algo íntimo que le hacía sollozar y derramar lágrimas de esos ojos claros si los veían los hombres, y más claros, aumentados por la lente de las lágrimas; oscuros si el alma de él iba a querer romperlos en vano, pidiendo se abriesen a la luz ambiente entre los dichosos que con ella veían, y los desventurados que como él llorosos la imaginan.

Gritaba ese lobeño hijo porque estaba cansado de guiar al padre ciego....

Si Adán hubiera cegado, después de la muerte de Abel, la fraticida mano de Cain,—tal vez allí y aunque ensangrentada, hubiera sobrecoigida, temblorosa guiado siquiera momentáneamente la peregrinación de su padre.

Ven, pobre ciego. ¡Así! así! apriétame la mano hasta que te pase a la otra acera!....

Entre tanto, un grupo de mujeres ¡ellas siempre compasivas! venían tras de mí, después de que, pisoteándolo en la carrera, dejaban allá al gruñidor lobeño....

¡Señor y Dios mío! gracias te doy porque permitiste que guíe a ese desolado ciego.

Señor misericordioso, allá, allá tu misericordia para el lobeño, allí, allí tu consolación para el desolado padre que en tan mala hora lo engendró!....



El General Sánchez Rubio había bondadosamente intervenido con el General Veintemilla a mi favor, y pedido que se me permitiese volver al Ecuador; permitió que se ofreció a condición de que yo rogara, o mi madre por mí, esta merced.

Mi madre, tragándose al corazón las lágrimas, se negó a hacerlo, diciendo al que traía el resultado de la intervención del General Sánchez Rubio: «—Agradézcale al General como yo le agradezco con toda el alma. Pero, yo no puedo rogar como se me impone, sino pedir como un derecho de la inocencia la vuelta de mi hijo, y no como una merced que yo suplique. Prefiero mi pena a esta condición y al disgusto que causaría a mi hijo este ruego que estaría bien para los culpables».

Mi madre me escribió a Lima:—«No sabes la violencia que me he hecho, y cómo he llorado estos días; pero creo que he procedido como debo. Si fueras cul-

pable, de rodillas, hubiera pedido perdón para ti; pero quieren humillarte».

Le contesté agradeciéndole tiernamente esta resolución que interpretaba lo que yo sentía, y le escribí: «—Dios nos juntará pronto, o porque los hombres sin tales condiciones me restituyan mi libertad, o porque yo me la tome contra ellos».

Bien pude repetir entonces lo que Lamoricière en caso análogo: «La puerta que se me abre en la frontera es tan baja, que sería preciso arrodillarme para pasarla»....

No quisieron que la solicitud de mi madre fuera el reclamo de un derecho, y se me negó el salvoconducto.

VIENTOS DE VACACIONES

Yo los he gozado, con ellos suspiré, lloré....y estoy por acá, donde el viento no canta como allá.

Abril y Mayo, ellos los meses de echar frescura, ellos los lacayos de antesala para el regalo del verano.....

Solitario! pájaro huido en la mañana en que yo te oí la vez última, ¿cantas todavía esa canción que interpretábamos en decir que te vienes, que te vas, y no has de volver?

Solitario! pájaro madrugador en nuestras torres, tú, el estudiante de libros de los cielos, tú, a sobrecogernos sobre el libro de estudio de un año casi sin estudio; pájaro, conciencia para sobrecogernos, pájaro de caritativa providencia para aletear sobre nuestro libro, borrar remordimientos de estudio y luego irte allá a la torre y cantar con ese dúo tuyo inimitable de tu melodía madrugadora. (1)

(1) Durante un par de décadas, observóse que el pajarillo de nombre *Solitario*, tan sobriamente descrito por Honorato Vázquez, se posaba en el campanario de la Compañía, al muro de la cual iglesia daba el amplio patio de Tránsitos, donde estudiaban y preparaban sus clases los alumnos del Seminario. La estación de Julio, con el cambio del viento noroeste, traía al pajarillo, que anidaba quizás en un mechinal de la legendaria iglesia, destruida por el terremoto de 1886; y la aparición suya era el nuncio de vacaciones: los estudiantes le recibían con la alegría que en ellos produjera en ese tiempo, la cita a los campos y cosechas, donde iba la juventud a esparcir su mente y su corazón, durante los meses de Agosto y Septiembre. A este hermoso fenómeno alude exquisitamente el autor, haciendo de la del *Solitario* la más delicada de sus remembranzas.—N. del E.

Pardo eres de plumas, color de días desvanecidos, entre las cuales otras son blancas como el hielo de estos meses; revuelas allá por torres y tejados, y nunca bajas a nuestros patios escolares, y allá lejos de nosotros, sobre nosotros, cantas, conmueves, te vemos, te quisiéramos aprisionar....y te vas... pero te vas asae-teándonos en el alma virginal que sueña en vacaciones!

Ave misteriosa ¿para qué vienes, por qué te vas?

Sale el sol, y ya no cantas; te buscamos, y ya no estás.... ¿Eres ave funeraria?

Nó, nó sino la madrugadora!.... De tarde, de noche no vuelves, porque no quieres enfermarnos de nostalgia.

Ven, de noche cántanos para que, a tu arrullo, despertemos. Yo madrugo!....

* * *

Y cuando el *Solitario* canta, (si estará cantando allá en la tierra mía) y cuando el niño estudia, hojeando libros y el viento dobla sus hojas.... viento sonoro de vacaciones, oloroso a maíz que cae, enredado en olor de trébol, impetuoso en enredarse entre árboles que pierden hojas y maizales que revientan en el broche, ese viento sin igual en vigor y arrullo, ¡ay, si lo gozara!.... Ese viento que hacía volar cometas que alguna vez hice ¡infantil ignorante crueldad! de las cartas de mi padre a la madre mía!

Solitario!..... No poses en la tierra. Sube a llorar donde las campanas gimen!—Véte!.....

Sueños los míos! Gimen estas campanas de por acá, con voz que no es la maternal de las de allá, sino casi artificial arrullo de nodriza.

* * *

Vientos que estaréis pasando por esas lejanas tierras mías, sobre el escolar libro cerrado, que iréis im-

pregnados del olor de esos campos, llevándoos el suspiro suyo para ¡hasta un año! especie de ¡hasta mañana! . . . vientos míos, Dios me dé que, tras el *requiescat* piadoso de la fe, de la esperanza y del amor, me arrulléis en el sepulcro cavado en la tierra mía.

Si alguna mariposa vuéla desde mi cruz, llevadla en vuestras alas, como si fuese la cometa de mis vacaciones.

16 DE JULIO DE 1892

Hoy, hace un año, fui apresado, y al tercer día, echado fuera de Cuenca al centro de una escolta, hasta arrojarme a esta tierra extranjera, donde no tengo sino que agradecer a Dios por sus favores, y a los hombres por su bondad para conmigo.

Día aquel de la Virgen del Carmen, de cuya iglesia fui llevado a mi prisión,—día hoy también de ella en que, si estoy libre de mis enemigos, no lo estoy de las penas a las que me han lanzado,—día el de hoy para agradecer a María por su maternal protección y pedirle sea dulzura de mis amargos días.

Aquí endúlcense con el perdón que en sus aras dejo, rosa que abre sus pétalos, mejor por surgir de entre espinas que le resguardaron,—perdón que he reiterado, reitero y reiteraré para mis enemigos.

Ave, maris Stella. Navegando por mares que no conocí, desvelado por allá en sitio destinado a enseres del buque y merced para los pobres que no podían pagar mejor alojamiento,—a Ti, con tan bello nombre llamada—*Estrella del Mar*,—invocaba en mis desvelos, situándote con mi imaginación, ya en una estrella, ya en otra, por entre el versátil marco de visión del escondrijo que se me había concedido.—¡Estrella del Mar! Luz que no se niega, antes bien resplandece entre el romperse de la angustia de las olas.—¡Estrella del Mar! luz que persevera hasta que surja el sol,—misericordia.

de Madre hasta entregar a Dios las almas cuyas dolorosas nocturnas veladas se puso a iluminar....

En mi peregrinación por tierra, antes de llegar acá,—¡ay! cómo se extienden leguas y leguas inertes, amenazantes de fatiga para esos pasos que por ellas vinieron, si ahora estuviesen tentadoras para un regreso, nó como el del mar que los ahorra.

No sé si volveré a la tierra mía a devolverle la tierra mía de mi vida.

Entretanto, hoy quiero a tus pies, Madre Santa, con cuanto puede imaginar mi espíritu,—desgranar toda la tierra por donde he venido peregrinando, y, en cada arena, poner mi corazón a tus pies, para que de allí otra vez se compacte besándotelos.

Si he de volver por esa tierra de que se me desterró, otra vez convocaré esas arenas para cántico de gratitud, hasta dar en la que ¡bendita tierra nativa mía! me dé ambiente donde, entre los míos, suspire, bendiga al cielo, y con mi última boqueada entregue mi alma a la misericordia, y la tierra de mi cuerpo a la nativa tierra mía.....

Allá por donde se me arrastró, había árboles bajo cuya sombra pasé, yerbas que pacía el caballejo que por infeliz caballejo era garantía de que yo no me fugase,—allá brotaban flores silvestres en la rica flora de Loja, a la árida frontera peruana.

Todo ello, eso de ayer, todo se habrá secado!

Si todavía han quedado hojas, pétalos secos por allá, u otros, deshechos ya, se han sumido en la absorción maternal de la tierra,—para todo ello va, con mi amoroso recuerdo a esa anonimidad de lo peregrino de ayer,—este lejano mensaje de mi corazón a esos caminos, a esos paisajes yentes y vinientes en nostalgia de esta pobrecita imaginación...

¡Madrecita mía del Carmen! Allá ante tu imagen de Cuenca estarán llorándome madre y hermanas y criados:—inspirales que no lloren, y hazles entender en el corazón lo que mi corazón que llora, todo lo refie-

re al Corazón de Cristo por tu Corazón, Madre Virgen María.

* * *

Despidiéndome de la caritativa casa que me alojó en los últimos días, salí el 31 de Agosto de 1880 por la mañana para ir a embarcarme, encaminándome furtivamente hacia el Ecuador.

Entre el cariñoso grupo que me despedía se escurrió *Cazador*, perro de la casa, que se me había encariñado tanto, que por las noches, unas veces se quedaba puertas afuera de mi cuarto de huésped, y otras se había cautelado adentro, donde, al desvelarme, arrullábase con ronquidos que a sus dueños fueran molestos, y que para mí éranme afectuosa compañía.

Fue menester contuviesen a *Cazador* que, como si comprendiese mi despedida, se encabritó y ladró, puertas adentro de las que se cerraron tras de mí, no sin que a mi gratitud a quienes me hicieron caridad, se añadiesen entre mis lágrimas, algunas que me arrancó la fidelidad del perro.

Tobías! Haga Dios te reciba por allá, entre encrucijadas de tus montañas a donde vas fugitivo, otro perro, el tuyo, que tal vez te llora.....

* * *

«Bendito sea Dios! Estas fueron mis palabras cuando parti, estas mismas las que broten en mi regreso, pues no he cesado de repetirlas en tierra extraña. Los acontecimientos han cambiado, pero el grito con que el alma glorifica al Señor es el mismo.

«Le di gracias cuando se me desterró, gracias le doy cuando vuelvo. Si: los acontecimientos son diferentes, pero el invierno y el estío van a un mismo fin,— la fecundidad de la tierra. ¡Bendito sea Dios que permitió se me extrañase; bendito sea Dios que me restituye a vuestro seno; bendito sea Dios que desenca-

denó la tempestad; bendito sea Dios que la ha serenado!

«Si hablo así, es para enseñaros a bendecir incesantemente al Señor. ¿Sois felices? bendecidle, y poseeréis vuestra felicidad. ¿Desgraciados? bendecidle y cesará vuestro infortunio.

«Bendito sea pues Dios cuando me alejaron de vosotros y cuando a vosotros vuelvo. Todo es obra de su providencia. Entre tanto, si pudieron alejar mi cuerpo, jamás pudieron alejar el alma mía». (1)

(1) San Juan Crisóstomo—Homilía 1.^a—a la vuelta de su primer destierro.

EDUVIGIS

Allá está esa buena amiga mía, todavía en la ribera del puerto del Callao. Embrazada con su hermana, grupo inmóvil en tierra, con ojos a una nave que se lleva al amigo que va marchándose a merced de los enemigos que le esperan; pero que en sus momentos de desgracia, echará los ojos del alma agradecidos ¿a qué? sino a la merced de tus ojos llorosos por mi duelo, jamás respondedores a un afecto mío que, aunque de sólo amigo, podía ocultar pupilas mías de decirte *amor*. Jamás oíste esta palabra de mis labios. Te tenía en un pedestal muy alto sobre la grama de afectos mios en lejanos escenarios.

Eduvigis, fuiste lo más caritativo para mi corazón. Reinas hoy—¿reinarás viva aún?—en las caridades que se me han hecho en mis días de llorar, y aun me muestras tus ojos negros al pasar por el puente de... y en el grupo ese de la orilla, tus ojos que acaso no me llorarán como yo te he llorado.

Puesto a la borda, un saludo mío con mi pañuelo mojado de lágrimas, para allá, para esa ribera del grupo enlutado de las dos hermanas; y allá unos jirones blancos que se agitaban como alzarse de alas de paloma sobre un sepulcro,—el pañuelito mojado de lágrimas de Eduvigis. (1)

(1) Años después volví a ese puerto. No era yo el desgraciado de la época a que se refiere el apunte anterior, y a mucho ave-

A EDUVIGIS....

Callao, 1882.

De allá, de la playa
contemplas mi nave
que, cuanto se aleja,
tanto va llorándote.

¡Déjala se vaya! ...
inmensos los mares,
revueltos los vientos,
playas tan distantes!....

Pañuelito blanco
en tus manos bates,
blanco cual nos fueron
días tan fugaces.

Contestan las velas
que, al partir mi nave,
batidas del viento
te envían mensajes.

¿Seremos?—Recuerdo
¿La vida?—Una nave
¿Encuentro?—En el Cielo
¡Adiós! y buen viaje!....

riguar, sabiendo que Eduvigis vivía allá al extremo de la ciudad, le
envié una tarjeta escribiendo en ella a su hermana mayor: "Deseo
veros. Indicadme el día y la hora de daros un abrazo".—Contesta-
ción de la hermana:—"Le abrazamos con el cariño de tantos años
de ausencia. Eduvigis está tan enferma, que los médicos le han or-
denado salir a la Sierra. Saldremos esta tarde, y a nuestro regreso,
tendremos el placer de estrecharle en nuestros brazos".—Y hasta que
estuve por allá, no volvieron!



Yo he visto en tus ojos
profundos los mares,
sobre ellos tan quieta
la luz de la tarde.

Después, ellos mismos,
mar de tempestades,
no plácidos, negros,
centellas lanzáronme.

Benditos tus ojos,
tus ojos que aun antes
de su ira, supieron
decirme que calle,...

Ay! vieran tus ojos
cual se va una nave....
Mas, nó, no la mires,
solitaria parte.

Ciérrense tus ojos!
Atruenen los mares,
los rayos impidan
el vuelo a las aves.

Desciendan las sombras,
rujan tempestades,
¡ciérrame esos ojos
y al puerto la nave!....



Un día ese mismo
mi puerto te ampare;
que llegues, que arribes,
te quejes y llames.

Anclada en el puerto
estará mi nave,
y entonces tan sólo
sabrás que hasta el cielo
guiaba su blanco
deshecho velamen!....

"El peregrino, como nota San Bernardo, siempre va por camino real y derecho, sin torcer a una parte ni a otra, y si acaso ve cosas de entretenimiento..... de nada hace caso, sigue su camino anhelando por su patria, y, con llevar sus carnes cubiertas y un pedazo de pan que comer, va contento". FRAY JUAN DE LOS ANGELES.—*Triunfos del amor de Dios, (1590)—parte I, cap. 21.*

Así volví de mi destierro, no desnudo, pero si remendado de vestido, y con algo con que, después de saciada mi hambre de peregrino, pude dar en la primera mesa de los míos una menesterosa generosidad de mis misérrimos ahorros.

TELARAÑA

1881

Preso entre escolta,—consigna la de matarme si quería fugar,—asi avancé lindes afuera de los límites de la Patria, de donde se me arrojaba como a un criminal, como si no fuera yo el inocente de quien mi pasajero verdugo dijo después: *Non inveni causa* y antes me entregó a guardias que me arrastraron fuera de la Patria, a las amarguras de un cuasi niño desterrado, sin más fortuna que su fe y allá.... lo ilimitado de Dios caritativo, que supo llenarme de consolación.

Mi madre, desolada allí en la vivienda mía, donde encontró mis libros últimamente abiertos, pluma, lápiz.... Desde un vaso de flores, últimas que allí habían dejado mis hermanas, vieron esos ojos de la madre mía, sin iguales en mirarme, un hilillo de telaraña.... Siguiéndolo, siguiéndolo en la sutil obra de trabajar y de llegar y de vivir.... dieron los ojos de mi madre con el enloquecido trabajar de la doméstica bestezuela.

Y en recuerdo mío, como yo la alimentaba, ella la alimentó, en común maternal oficio de amor. Y la arañita vivía.... y salía a recibir lo que mi madre y mis hermanas ponían en la red, como yo lo hacía.

Volví de mi destierro, y allí muerto el animalito, entre el hilo último, tejido con las últimas flores de

ese vaso que me esperaba para llenarse de agua nueva y agrupar flores de primaveras de tantos días por mí sobrellevados en dolor, consoladísimos por mi Dios.

Al volver a mi cuarto, no recuerdo si reparé en cómo habían quedado mis libros y papeles sobre la mesa de mi último estudio, pero conjeturé no se los había movido sino para dar lugar a escribir, allí mismo, las cartas que de mi madre y hermanas me llegaban al destierro.

Pero lo que mudamente me revelaba el esmero de cultivar el recuerdo del ausente, de guardarlo con delicada ternura, fue que, ladeados por tintero y pluma nuevos, a un rincón estaban, boquiabierto y seco de tinta el tintero mío y al pie, mi pluma cubierta de orín.—Al pie de una estampa de Nuestra Señora, un florero con flores secas, las últimas que yo había puesto; y por fin, ahí la telaraña en que vivía la arañita su dueña, que con tenue tic tac se me hacía presente a veces, cuando a otras, haciéndolo con echarse sobre una mosca presa en la red, tenía que huirse al escondrijo, porque yo le salía al encuentro sacudiéndole la tela. La tela estaba allí empolvada, sepulcro de su señora de ayer.

Allí ha quedado turbio, lleno de polvo ese vaso, cementerio de flores tan secas, que con mis suspiros se deshacen.... Me trago esos anhelos, para que no se rompan esos pétalos viejos con retales de alas de mariposas muertas, que todavía en mensaje de mi madre, paréceme aletearán a los oídos de mi vejez. Y la araña muerta allá en un rincón, entre los hilos que se me estremecen cuando suspiro. Y tú, madre mía, alma que te fuiste y me parece vagas por estos domésticos rincones de tu enseñarme; después, de tu pensarme; luégo, en tu desolación, de llorarme lejos cuando ya te morías.... ahora, de arriba me llamas. ¡Llárame con esos ojos, sin iguales, en llamar para la inmensa consolación mía!....

Por compaginarse con este Memorial, se publican las cartas que van a continuación; la primera, de cordial contextura, que se conexiona con impresiones que prevalecen en este bellissimo libro; y las otras dos, epilogo de esas horas de dolor que se prolongaron al proscrito, blanco de una persecución propia de gobernantes que quieren librarse de los ciudadanos honrados, para no tener censores de su política. —N. del E.

Yo no quisiera ser llamada entre los hijos de los hombres sino con estas palabras: "aquella que cree, aquella que ora, aquella que ama".

MADAME SWETCHINE.

Sé que ^{no} necesitáis, mis queridas niñas, que una voz extraña os aconseje, porque el consejo lo tenéis en los labios de vuestros cristianos padres, y la virtud anida en vuestro corazón; pero en tanto quiero también unir, no mis consejos, pero sí mis deseos a los de quienes os dieron el ser, y se regocijan hoy hallándoos virtuosas cual cumple a la virgen cristiana.

Frecuentemente en mis días de proscripción nos hemos detenido alrededor de una mesa, y hemos hablado de poesía, de religión, de moral, sin que hubiésemos sentido el vuelo rápido del tiempo. Mientras mi palabra entorpecida traducía mis sentimientos, yo he visto asomada el alma a vuestros ojos bañados de frescura, y brillantes con esa luz misteriosa que sólo es dada a las miradas de la pureza. Me habéis honrado con vuestra atención, y al notarlo, me he avergonzado porque en vano he querido expresar lo que sentía, y tal vez la lengua no era capaz de traducir cuanto quería daros conocer del mundo de la belleza, por donde hemos hecho tantas excursiones en los gratos días que el proscrito ha tenido por hogar el hogar vuestro.

Pronto vuestro huésped os dará el abrazo de des-

pedida, porque en su patria, cuyas puertas le fueron cerradas, le esperan una madre cristiana como la vuestra y unas hermanas cristianas como vosotras, para quienes los días de ausencia son días de dolor que sólo vosotras podéis comprender.

Nuestras conversaciones han llegado a su término, no por haber completado su materia, sino porque el deber me llama. Materia no podía faltarnos, puesto que el libro en que estudiamos es—Dios en la naturaleza,—y ese libro estaba para mí abierto en cada una de vosotras.

Esta carta escrita vispera de mi partida, reputadla como la última conversación de vuestro amigo. Cuando queráis contestarle, no le hallaréis ya a vuestro lado, y entonces contestadle con una oración, y elevando vuestros ojos al Cielo, creed que allí se encontrarán nuestras inteligencias, porque la vuestra y la mía conocen ya el camino para ir a espaciarse en esos mundos de amor y de luz. Cuando vosotras sorprendáis la belleza en los cielos, en los campos y dentro de vosotras mismas, creed que no estáis solas, porque por allí andará también mi espíritu tras esa belleza soberana cuyo foco es Dios.

Recibid este recuerdo del que, proscrito y perseguido, halló en vuestra morada las dulzuras de un hogar que le faltaba.

H. V,

Lima, 1882.

“Querido amigo mío:

Aquí me tiene usted en este hospitalario convento desde la noche del.... Estoy como en casa propia porque ya antes, por los años de 1866, hasta el 68, he vivido en esta casa inolvidable para mí. Entonces niño aún, en compañía de otros niños, estaba de escolar del Colegio Nacional recién fundado, y caritativamente hospedado en los claustros de este Convento por

sus religiosos. (1)

Puede usted figurarse con qué impresiones atravesaría la puerta que a hurtadillas me abría uno de los padres aquella noche. Durante mi destierro, me contentaba con recorrer con la imaginación mis campos, mi casa, mi iglesia vecina, *mi* convento, sí, mi convento, amigo mío, mi segunda casa, *nuestro* nido, del cual hemos volado como aves de una misma nidada, tantos compañeros de Colegio, todos dispersos por los cuatro vientos, más que del horizonte físico, del horizonte moral.

Por aquellos felices años, el convento era una grande casa rodeada por un llano circuido de una muralla. Por allí retozábamos los estudiantes en las horas de descanso. Hoy me esperaba ese antiguo teatro de nuestros pasatiempos ¡cuán distinto del de otros días! La grama había desaparecido, y en su lugar se extendían simétricos cuadros de un jardín, y calles sombreadas de eucaliptus. ¿Cuál habrá cambiado más, el campo de los juegos del niño de aquellos años, o el corazón del joven de 1882? Mientras el campo ha perdido la raquitica grama y la ha cambiado por un manto de flores, el corazón del joven, perdida la inocente frescura de la niñez, hoy ha quedado árido. ¡Cuánto más feliz ha sido, amigo mío, cuánto más feliz la tierra que mi corazón!

Fuí aposentado en la celda que uno de los religiosos se dignó cedermé. Cuando quedé solo, me entregué a la emoción de mis recuerdos sobreexitada por otro más. Estaba en la misma celda en que vivía mi malogrado amigo, el joven religioso Fr. Antonio Giovannangelli. Esta celda era el punto de reunión de los niños, entre quienes hallaba regocijo el virginal corazón de este sacerdote. Aquí, pendiente de sus labios, oía yo la traducción que me hacía de Foscolo y Alfie-

(1) Los Padres Dominicos de Cuenca, a cuyo convento se acogió el autor, mientras obtener su libertad.

ri. Entonces tenía un piano en esta misma celda, en ese rincón hoy desocupado, vacío del nido del ave que voló a cantar en mejores espacios. Estábamos solos una tarde, y me hablaba de Roma, con ese entusiasmo sombrío con que hablamos de la patria, en tierra extranjera. De repente se levantó, y sentado ante el piano, tocó una canción romana, mientras con voz reposada iba cantando aquella tierna romanza tan popular en Italia: "Pellegrina rondinella, etc.." Aquella tarde me dijo, con aire de singular tristeza: Me da miedo cuando pienso que tal vez moriré fuera de Roma.... Oh! nó! aunque sea hermoso tu país, aunque lloren sobre mi sepulcro todos ustedes, aunque lo siembren de flores, no quiero sepulcro sino a orillas de mi Tiber!".... ¿Acaso la tristeza de su espíritu en aquel día, fue un presentimiento de lo que pronto habría de suceder? Dos o tres meses después, fué mandado a Guayaquil por el Superior. Cuando al día siguiente de la noche en que regresé a Cuenca, me preparaba a echarme en brazos de mi amigo, ya mi angelical amigo estaba en el Cielo. En esta celda vivimos, en esta celda murió, y en ella vengo a asilarme contra persecuciones de los hombres. La cortina que él colgó a la puerta de la alcoba, es la misma que roza mi frente cuando voy a dormir en el lugar en que agonizó, y acaso en el mismo lecho. ¡Bendita sea la memoria de mi amigo y glorificada su alma!

Cualquiera queja de resentimiento contra mis perseguidores, debe ser ahogada en este lugar que aun guarda para mí el perfume de las virtudes de mi amigo. Tal vez esta carta hubiera llevado a usted líneas dictadas por un espíritu revolucionario más ardiente que el que enciende a los pocos patriotas empeñados hoy en reconquistar la pisoteada honra nacional; (1) tal vez quejas contra mi familia y amigos que me han arrastrado a la celda de un con-

(1) Principiaba la lucha intestina: la Restauración contra Veintimilla,—N. del E.

vento, en vez de dejarme ir hombro a hombro con mis amigos a un campo de batalla contra el déspota. Confieso a usted que sólo el respeto debido a mi madre ha podido contenerme aquí. Si quisiera escribir a usted lo que ha pasado y pasa en mi corazón a este respecto, llenaría muchas líneas. Pero nada debo decirle desde esta celda en donde oró el religioso, en donde sufrió el cristiano, en donde lloró el extranjero, en donde murió el justo. No profanaré este lugar en donde mi alma percibe no sé qué fragancia, algo como el olor del incienso que después de una ceremonia religiosa, inunda aún las más retiradas naves de un templo solitario.

Voy recorriendo los nuevos jardines, leyendo en mi memoria páginas de mi vida estudiantil. En donde con mi amigo N. S. hicimos un horno diminuto para cocer tejas, no más grande que una cáscara de nuez, he hallado un cuadro de jardín sembrado de adormideras, pensamientos y lechugas, es decir, lo medicinal, lo bello, lo alimenticio, o, por otro aspecto, la gracia y el pudor cortejados por soporíferos y altivos pedantes, y por burdos campesinos.

En un ángulo del patio, las lluvias depositaban una pequeña cantidad de agua en un hueco ahondado por nosotros. Ese era nuestro mar, en donde teníamos una escuadrilla de cartones y palillos de fósforos. Allí, a su ribera, traducíamos a Virgilio, y representábamos al piadoso Eneas y demás troyanos cruzando peregrinos sobre las olas, sin que falte Eolo con sus vientos, ni Neptuno con su tridente. De este modo localizábamos el relato del poeta, y hacíamos del deber escolar cumplido, fuente de inocentes y hermosos juegos que, a par de solazarnos, grababan en nuestra imaginación con profundos caracteres las escenas del delicioso poema. Hoy nuestras antiguas costas de Sicilia «*Siculae telluris*» en donde «*laeti vela dabant*» nuestros héroes, no son sino un hueco en donde se está batiendo cal.

No me gusta el jardín por hermoso que sea. Es de nueva generación, no lo hubo en mis días de co-

legio: ningún vínculo me liga con este nuevo huésped, al que miro con ese como resentimiento que tenemos con el que ha comprado la heredad de nuestros padres. No existe mi grama, mi alfombra de esmeralda, lecho de mis fatigas y de mis infantiles sueños; ¿qué tengo que ver con las intrusas plantas de hoy?

No existe mi puesto de estudio al lado de un pilar. Allí se ha levantado una pared. El cuarto en donde teníamos la clase de latinidad, es hoy celda de un religioso. Nuestros nombres que escribimos en las paredes están sepultados tras una capa de yeso, como cadáveres cuya sepultura se cierra con una capa de cal. ¡Cómo pasaron tan halagüeñas esas horas de clase en esta celda! Uno al lado del otro, tantos compañeros, tan unidos que nos oímos palpar el corazón, tan inocentes, que aún reposaba en nuestros miradas la misteriosa calma de un cielo sin nubes, y en nuestras mejillas la frescura de una flor aún no arrancada; éramos reyes de un porvenir que mientras más lejano veíamos, acrecentaba con la distancia la inmensidad de nuestro dominio. Aquí diré, amigo mío, lo que Mgr. de la Bouillerie decía a los alumnos del colegio de Soréze: «Qué de alegrías dulces y puras en la vida del estudiante, tiempo bienhadado en que rico de los tesoros de la antigüedad, se tiene la imaginación llena de la poesía de Virgilio, y bullente en los labios toda la elocuencia de Cicerón! Qué de luchas, no de cuerpo a cuerpo... más de espíritu a espíritu, luchas en que el triunfo es menos bullicioso, pero, sobre todo, menos sangriento que los de la antigua Roma, puesto que el vencedor es coronado por su propia madre!... » Hoy esa celda no resuena con el eco de nuestros triunfos; pero ¿qué importa esto? En una pared de esa celda está un Crucifijo, y a sus pies un reclinatorio que espera llegue en el silencio de la noche un religioso que, ante la imagen del Cristo, se confesará delincuente y más vil que el polvo de la tierra; triunfo más humilde que los triunfos escolares, más grande que los capitolios de Roma,

pero más silencioso y recóndito que sus catacumbas.

Esos sueños de nuestra primera edad para lo porvenir, han sido verdaderos sueños. Hemos llegado a esa época que entonces mirábamos tan lejana, los palacios que forjó la imaginación ¿en donde están? ¿En dónde esa lozanía de alma y esa plenitud de corazón? Los que hemos sobrevivido no somos sino árboles batidos por encontrados vientos que, en cada vuelo, nos doblan y se llevan hojas y flores. Dé Dios a los muertos el descanso del Cielo! A nosotros dénos fortaleza. Antes soñábamos ser reyes. No ha habido coronas; pidamos la espada del soldado para la eterna lid de nuestra vida.

Me he levantado muy de madrugada para escribirle esta carta, antes de que los quehaceres de entre día, me lo estorben. Saldré esta noche del convento, a donde regresaré si hay amagos de nueva persecución y si mi madre me ordena tal medida. Es necesario que me acostumbre a su obediencia, porque a ello me obliga Dios, y eso mismo me lo prescribe la gratitud.

Este mismo convento me recuerda mis deberes de hijo. Mientras principiaba mis estudios, ella dividía con mi padre, cuántas privaciones! cuántos sacrificios por mí! ¡Qué Dios haya premiado a mi padre! No alcanzó ni a verme promediar mi carrera, cuya suerte quedó al cuidado de mi madre. Si el resultado de mi vida escolar no corresponde al celo materno, culpa será mía.

Clarea el día, y en la iglesia se va a decir la primera misa. Sabe usted que no puedo oírla desde hace tres meses por no ser tomado preso; aquí he querido ir a la iglesia, a un lugar oculto, pero los Padres temen que sea descubierto. Así pues, me contento con el deseo. Oigo el sonido de una nueva campana en la torre de esta iglesia, y ¿creerá que me produce el mismo mal efecto que el jardín en el antiguo llano? Hasta la campana que arrulló mi niñez ha desaparecido. En su lugar hay otra nueva cuyo sonido no tiene eco al-

guno en mi corazón, de esos ecos que despiertan recuerdos de un pasado que se liga hasta con los más insignificantes detalles de la naturaleza, como es el pasado de la infancia.

Una cosa no ha cambiado en esta *mi casa*. La entrada a la iglesia. Es la misma puerta vieja por la que entrábamos.

A orar juntos en el templo

Con los libros bajo el brazo

como lo recuerdo también en esa *Plegaria* publicada en "Los Sábados de Mayo". ¿Deberé ver en esta circunstancia sólo el hecho material de no haberse cambiado los maderos de la puerta? No, amigo mío. Esto no es sino un simbolo de otra cosa. Esto indica que, gracias a Dios, *en medio el común estrago* de tantos objetos de otros tiempos, la fe vive aún en mi alma, como entrada hacia Dios en medio de las tribulaciones. Pida usted al Cielo que no cierre yo mismo este camino del espíritu.

Me contento con ver desde esta celda, siquiera las luces de la iglesia al través de sus ventanas y entre las ramas de los árboles. Mi alma penetra al través de ellas, y rindo desde aquí un pobrisimo tributo de gratitud a Dios, recordando a mis deudos y mis amigos, ante El y ante Maria, la *Morenica* de este templo, en la que pensaba yo cuando en las playas del Perú escribía la "Salve del Proscrito", versos pobres de colorido, pero ricos de sinceridad y de amor. El día de la procesión en su fiesta, detrás de una puerta entornada vi pasar a la *Morenica*, y no pude contener mis lágrimas: no sé yo mismo por qué lloraba. Quisiera verla ahora otra vez, pero si mis ojos han de quedar enjutos, mas bien esperaré que se llene su fuente, para verterla cuando la vea por segunda ocasión.

Larguísima va esta carta, y aún nada me parece que le he dicho. Debía haberme limitado a saludarlo y a decirle que estoy bien, pero no he podido, cuando tantos recuerdos y otros que se me quedan aden-

tro, me han abrumado. La amistad tiene derecho a la confidencia: cumplo, pues, un deber respecto de usted. Estas mismas cosas le habria dicho en una conversacion: siendo ésta imposible a un *fugitivo* como yo, el papel ha venido en mi auxilio.

Salude a todos los de su casa, y a los amigos.

Suyo afmo.

Honorato.

Cuenca, Convento de Sto. Domingo, 25 de Noviembre de 1882. (1)

« 12 de Diciembre de 1882.

Mi muy querido amigo:

Anoche recibí una carta en que un amigo me decía, entre otras cosas:—«Acaba N. N. de comunicarme que J. M. Urbina ha traído orden de tomarnos, y conducirnos a Guayaquil, donde nos esperan 500 palos. La prevención es señalada contra ti, más que contra mí. El mismo señor N. N. me dice que se prepara una comisión para perseguirte. Los informes del Gobernador han sido terribles. Ponte en salvo....»

Como recibiese la carta delante mi familia, le conté que debía ser perseguido, y ocúlteles la carta. Quiso mi madre que saliese inmediatamente a otro lugar para prevenir una sorpresa. Me resistí porque se me dificultaba creer que tanto encono hubiese contra mí. Pero insistieron mi madre y mis hermanas, me rogaron y cedi.

Los patriotas no están sino en Nabón, o ya tal vez en Cumbe, ¿por qué no me dejan ir a juntarme con ellos? Sólo ellos, mis compañeros de destierro, han de soportar las fatigas de la campaña? Y yo ten-

(1) Cuando regresé del destierro, y una noche se me avisó que había peligro de que se me buscara en mi casa donde estaba oculto, —me trasladé al Convento de Santo Domingo.

dré que esperar su sacrificio para adquirir mi libertad? !A dónde va el egoísmo! Y mientras tanto yo encerrado aquí?... Oh! amigo mío, no puede usted calcular el peso de las horribles impresiones que me abruman. Delante de mí tengo a la Patria que me llama y tras de mí a mi madre que me llora. ¿A quién escucho a quién sigo? Ambas son madres con derecho a mi amor; mas la primera tiene muchos hijos que la servirán mejor que yo, y la segunda no tiene más que uno. He resuelto, pues, preferir a la madre que me llora. Entretanto, preterido un deber a otro, ¿cree usted que dejo de batallar conmigo mismo? Sabe usted muy bien, que en mi vida he tenido días de lucha conmigo mismo, pero ninguna de la magnitud que la de hoy. Me levanto, caigo, vuelvo a levantarme y a rodar y este pugilato silencioso me extenua el alma, y desfalleciera rendido si no me viniera auxilio de lo Alto.

Quisiera salir a juntarme con los patriotas, porque considero deber de todo ciudadano luchar contra el Gobierno de hoy. Venganza por mi destierro, por mi persecución, no la tengo, gracias a Dios, y si en mis manos estuviera la vida de mis enemigos, yo los pondría en salvo después de su derrota sin traicionar a la causa, porque ella no gana un ápice con su muerte, y aunque ganase, esta ganancia estaría ensangrentada. Pueden perseguirme más encarnizadamente: yo debo estar atesorándoles mi perdón en cambio de su zaña. Si ellos son como los Partos, y hieren a la retirada, que corran, sí, amigo mío, aunque sea yo el blanco de sus tiros, pero que corran y dejen franco el camino a los restauradores de la ley.

Mi inquietud, mi tristeza, no puedo explicárselas. Lo único que me consuela un tanto es que estoy cumpliendo un deber: la obediencia filial.—Por dura que sea, a ella estoy atado. Si esto siquiera se puede ofrecer a Dios, ofrezcámosle.

Esta Casa viene conspirando contra mí con una legión de recuerdos dolorosos de mi niñez. El libro

en que leo se me cae de las manos, y la imaginación se hunde en una mezcla informe de memorias y sentimientos.

En fin, amigo mio, ruegue por mí, y créame su siempre afectuoso.

Honorato.

APENDICE

Obligado remate de este libro, aparecen las cartas del desterrado que, en otro estilo, no son sino impresiones y sentimientos de los mismos días de dolor y resignada prueba que él sufrió.

Cartas de pesar intenso, tienen la dulzura que en ellas vierte aquel corazón, ánfora de delicadezas y sentimientos, historia viva de una existencia como pocas desventurada. (1)

¡Qué amor el de Vázquez a su excelente madre! qué veneración para sus tiernas hermanas! ¡cuánto cariño para su servidumbre, a quien recuerda en todas sus cartas!

Acaso en hombre alguno el concepto de madre ha sido como en Vázquez más completo y persistente. Comenzando por la fe, por la Virgen Maria, pocas veces se habrá encontrado espíritu más constantemente entregado a Ella, ni otro que haya comprendido mejor la soberana belleza del Ser Inmaculado, ni vivido en uno como éxtasis diario ante el encanto de esa Mujer divina. El amor de Vázquez a Maria, la ternura con que a cada momento departía con Ella, vincularon su nombre con una de las advocaciones con que en Cuenca se adora a la Reina de los Cielos;—la Virgen del Rosario, sustituida desde años atrás, desde cuando Váz-

[1] El epistolario íntimo, bastante dilatado, para el hecho de la publicación se ha restringido, procurando que aparezca lo más destacado para el efecto moral y el histórico.—N. del E.

quez la cantó,—por la MORENICA DEL ROSARIO.

Brote de intenso amor a la Señora fue este gracioso epíteto tan cariñoso y de confianza,—como de hijo a madre,—cuando allá en su destierro escribió esa poesía grito de nostalgia, de penas incomprensibles, al recuerdo de quienes le lloraban en su casa, y llegó con el corazón, antes que a ésta, al vecino templo de la Morenica, *Vecina* del dolorido hogar de Vázquez, templo y hogar que para toda la vida suya fueron el refugio de sus días. Y MORENICA DEL ROSARIO fue desde entonces que la lloró el proscrito, y será hasta cuando perdure el corazón cuencano tan creyente y tan de los aleros de ese templo, en el que nos extasiamos contemplando incansables, con ojos que se nublan no sé por qué, ese rostro tan divino y tan humano.

Después de la excelsa Madre,—la Patria, por la que Vázquez luchó con las primeras armas de su juventud hasta los postreros años de su vida. Nombrar al Ecuador, es nombrar a Honorato Vázquez; quien dice: territorio ecuatoriano, recuerda al esforzado centinela que no descuidó la vigilancia en su puesto de peligro, y hubiera sacrificado su sangre, porque un día, de uno a otro confin de la nación reintegrada, se entonaría de veras el himno que hoy parece incompleto: Salve, oh Patria, mil veces, oh Patria.

Luégo, la autora de su vida: en qué otra pluma puso el corazón mayor ternura para nombrarla, para venerarla presente o llorarla ausente. ¿Sería esto por qué la madre fue tan buena o por qué el hijo fue mejor?..... Qué corazones tan raros! qué quererse tan intenso y tan correspondido! No es de admirar tanto el cariño de ella, porque toda madre quiere a los suyos; pero si, y mucho, el del hijo que, desde que él nació hasta cuando ella murió, tuvo la tenacidad de la espina, ¡pero qué espina! para vivir prendido al corazón maternal. La madre suya fue luz; él gota de agua transparente para reflejarla siempre y llevarla en si mismo; la madre ternura; el hijo, a cada momento, flor

que se rompía entre sus brazos para perfumarla; si ella fue dolor en los dolores de la vida, él, viente-cillo acariciador para evaporar las maternales lágrimas y secar las mejillas a su aliento lisonjero. ¡Qué hijo fue Vázquez!

Este tríptico maternal puede ser el mejor distintivo de Vázquez, distintivo único, inimitable. Basta esto para su gloria no disputada de creyente, de patriota, de hijo ejemplar.

Quien lea esta correspondencia reflexionando en el profundo sentido de las palabras y las ingenuas delicadezas del hijo con la madre y las hermanas, tendrá para apenarse de no saber ser hijo y hermano y para sentir deseos de serlo. Pocos hombres más madreros que Vázquez, quien, si se separó de su madre, fue sólo porque Dios se interpuso en ese amor filial, no para acabar con él sino para intensificarlo, sabiendo que, ida la madre, quedaba el hijo bueno para vivir en perpetuo reclamo de la que se fuera, rompiendo una pasión que pudo pasar por pasión loca entre los que no se dan cuenta de lo que es la madre.

Como notará el lector, después de las líneas consagradas a su madre en cada carta, vienen otras para sus hermanas, sobre todo para Jesús, la mayor de ellas: veneración fraternal la de Vázquez!

Muerta la progenitora, quedó el prestigio del hogar en la familia bien formada, en la que preside aún la primogénita Jesús, depositaria y conservadora de las virtudes que constituyen el timbre de su bien constituido hogar. Señoril en su decoro, maestra en sus consejos, discreta en el gobierno de la vida y de la casa, ejemplarizadora por prendas de talento y por su vastísima ilustración,—ella ha quedado como reliquia de sus padres, que dejaron tesoros como ella al ausentarse de la vida.

Estas cartas encierran tantas lecciones que deben ser aprovechadas por aquellos corazones que anhelan su verdadera formación en el bien: patriotismo, cariño

para los que le pertenecen, sinceridad para los amigos, nobleza y generosidad para perdonar a los enemigos, sencillez para las expansiones del corazón, resignación para sobrellevar las contrariedades, todo esto dentro de una fe que se robustece mientras es mayor el sufrimiento; he ahí el perfume que guardan estas líneas del desterrado, que por felicidad, y gracias al cariño de sus hermanas, se han conservado hasta hoy para ser presentadas en público, censor y testigo de cómo vivió y sintió Vázquez desde niño. Cartas de joven, y no obstante ellas se producen en un acervo de enseñanzas para el sentimiento y la vida práctica, como si las hubiese escrito una persona aleccionada por los años y la experiencia.

Présteme Dios la vida y pueda yo ver editada tanta obra inédita de Vázquez, para riqueza de las letras americanas; obras entre las que aparecerá también su epistolario de varios géneros, con la abundante correspondencia que se conserva y que merece ser publicada.

De las cartas que van a continuación, apenas se han suprimido detalles cuya divulgación no tenía mayor objeto; y se han conservado otros que, nimios quizá, sirven no obstante para revelar mejor la índole moral del autor y hacer hincapié en sentimientos que causan envidia, sobre todo en estos tiempos en que no se cree en Dios, no se sirve a la Patria, ni se venera a los padres.

J. R. B. V.

Epistolario intimo del Dr.
Honorato Vázquez, desde
el 23 de Julio de 1881
hasta el 8 de Agosto
de 1882.

Loja, 23 de Julio de 1881.

Madre de mi corazón:

Las palabras de su cartita las he recibido en mi corazón, como en un vaso que debía llenarse con su amor. Su paz, su resignación me regocijan el corazón, porque me hablan de su virtud.—Panchita mía, su valor hace el mio: animeme con su resignación, y entonces Dios se dignara de bendecirme.—Las bendiciones que usted me envia no son merecidas por mí; pero al fin, su amor me las da, y me postro de rodillas para besar las manos que con bendiciones se alzan sobre mí. Pida a Dios para que yo sea bueno, aun a costa de los mayores sufrimientos. No le escribo más largo, porque hoy hemos llegado tarde y apenas alcanzo al correo.—Estoy en casa del señor doctor Aguirre, Go-

bernador de Loja: este señor, su estimabilísima esposa, sus hijos y el doctor Miguel Castillo, me llenan de atenciones que me confunden: estoy tratado como yo no lo merezco. Cuando usted ore ante Dios, pida por estas bondadosas personas que tanta caridad tienen para conmigo.

Me postro para abrazarla y ofrecerle el corazón como su cariñoso hijo

Honorato.

Jesusita:—¿Quién te ha dado fortaleza, a ti tan tierna? El Dios de fortaleza. Por consiguiente no ceses de pedirsela. Mucho te agradezco tus cariñosos conceptos, hija mía.—Yo tomaré muchas precauciones para atravesar el despoblado a fin de no ser sorprendido por ladrones. En fin, no creas que me expondré a peligros.—Véte siempre a Santo Domingo y ora por tu

Honorato.

Deifilita:

Me has derramado tu corazón en tu cartita. Hija mía, Dios te pague. Sé siempre buena como hasta aquí, y no hay duda de que el Cielo nos cobijará con luz de paz. Ruega a Dios por tu

Honorato.

Merceditas:

Te he considerado, hermana mía. Ten valor, sé esposa cristiana, y pide a Dios derrame favores sobre el hogar que has empezado a formar. Ora, hija mía, por tu

Honorato.

Panchita:

Vi tus letras y pensé que estaba a tu lado. Pron-

to querrá Dios que nos veamos, y mientras tanto no olvides a tu

Honorato.

Anita:

¿Tú también, mi última hermana, me dices tantas cosas? Gracias, hijita. Que te vean siempre rogando por tu

Honorato.

A mis criados.

Hijos míos:

Quieran mucho a las patronas y rueguen por mí. No los olvido.—

Honorato.

A Benigno Ochoa, que le escribiré en el otro correo porque hoy no me alcanza.—Mucho han hecho conmigo David Serrano, Micaela Arévalo, mi tío el doctor Vázquez, el doctor León Piedra, mi doctor Federico González Suárez, el doctor Juan Jaramillo, Fidel Vintimilla. Les recomiendo a la gratitud de ustedes.

Loja, 25 de Junio de 1881.

Sra. Da. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía:

Sigo bien, y si no fuera porque estoy lejos de ustedes y de Cuenca, no sintiera el destierro: pues mi salud está buena, y luego las atenciones y cariño de que Dios y el buen corazón de tantas excelentes

personas, me han hecho objeto, me tienen abrumado por una deuda de gratitud que yo no sé cuándo ni cómo me sea dado pagar. Al fin, Dios premiará a estas caritativas personas: ustedes ruegen por ellas y por mí. Nada me falta, antes si tengo sobra de todo y del modo más lisonjero para mi corazón. Nunca me he creído merecedor de lo que conmigo se dignan de hacer aquí, porque esto excede de lo que yo merezco. Tengo aquí como madre a mi señora doña Adela Jaramillo, esposa del señor doctor don Manuel José Aguirre, pareja digna de encomio y de cariño, y que, en cada uno de ellos, me parece ver a algún amigo y a alguna amiga de Cuenca. Los ratos que aquí en esta digna casa paso, son gratísimos, sin más sombra que la ausencia de ustedes. Yo no puedo encarecer debidamente la vida de regalo y de cariño que Dios se ha dignado de mandarme en el seno de este cristiano y poético hogar. Aquí hay afectos de madre, de padre, de hermanos, de criados; aquí hay flores, árboles, aves que cantan, quintas deliciosas, y todo esto ofrecido con el corazón en la mano, por esta casa querida, a su hijo de usted.—En medio de esto, los amigos vienen a aumentar satisfacción a estas horas de solaz.—El doctor Miguel Castillo es aquí un hermano mío, por el cariño que me muestra y por todo lo demás que con sincero afecto hace por mí: cuente esto a Miquita y al doctor Vázquez que me han recomendado a este señor, lo mismo que al doctor Jaramillo. La sociedad lojana es excelente, y hay necesidad de tratarla para conocer lo buena que ella es y el cariño que muestra a los de fuera.—Mis paisanos doctores Marchán y Pacheco Díaz me ven a menudo; cuénteselo con gratitud a su amiga María Antonia, respecto del último señor.—Agradézcale mucho a la señora doña Rosa Carrión los servicios que me ha hecho con sus finas cartas de recomendación para señoras distinguidísimas de este lugar.

El doctor Castillo ha puesto a mi disposición hasta la cantidad de *mil soles*. ¡Vea usted lo que es Dios!...

Me confundo, Panchita mía, al considerar los favores de Dios, y la generosidad de las personas de aquí. El señor Gobernador doctor Aguirre me hace ofrecimientos igualmente generosos. En fin, todo me sobra.

El doctor Miguel Castillo escribe al General Veintemilla pidiéndole que, bajo su garantía, me confine aquí en Loja solamente. En este caso, no podrá ser mejor mi suerte; pues me hallaré así más cerca de ustedes, y en medio de personas que tanto me estiman. En esta seguridad deben ustedes estarse, pues no hay duda ninguna de que logrará esto el doctor Castillo, que es íntimo y querido amigo del General Veintemilla. Por esto, yo no pasaré de la raya, para donde me recomiendan muchas personas de aquí. Me estaré en la hacienda de un respetable caballero, hasta que llegue la contestación del Presidente al doctor Castillo. Esto no lo cuenten indistintamente, pues ya saben ustedes que no quiero que de Cuenca envíen chismes a Quito contra mis amigos de Loja. En cuanto llegue la orden de confinamiento en Loja, el doctor Castillo mismo será quien vaya a la frontera y me conduzca a la ciudad: en esto se ha convenido, sin que haya habido medio alguno de disuadirle de tanta fineza. ¿Cómo pagar a este buen señor lo que hace por su Honorato?

La señora doña Adela Jaramillo, esposa del señor doctor Manuel José Aguirre, Gobernador de Loja, es, como ya le dije antes, mi madre. ¡Tánto cariño, tanta atención, tanta delicadeza, tanta solicitud, no son sino propias de un corazón maternal! De todo me ha provisto en una habitación destinada para mí. ¿Creerá usted que tengo hasta finas esencias para el pañuelo y las manos? Oh! no cesen de pedir a Dios por esta inmejorable familia que tanto me protege.

El paso hasta la frontera me será un paseo, y como tengo todo cuanto necesito, los regreso a los dos indiecitos.—Hagan una visita especial a Guadalupe Jaramillo, les ruego, porque Fidel ha hecho conmigo partidas muy generosas en el viaje:—apenas llegué en Za-

raguro tuve todo lo necesario, y hasta me esperó un recomendado por Fidel, con una buena suma de dinero que, después de agradecer, rehusé porque no había todavía necesidad, reservándome pedir ese dinero desde Loja cuando fuese menester. Fidel mismo había ordenado se me diese un caballo hasta Loja, y en efecto, desde Zaraguro vine en muy buen caballo. Todas estas y otras muchas cosas todavía, han hecho Fidel, lo mismo que el doctor Jaramillo. Les ruego que cumplan con una visita a la familia, pues siquiera de este modo conviene atestiguar la gratitud por los beneficios valiosos que he recibido en esta ocasión.

No tengan cuidado por lo demás: así que les pido tranquilidad y resignación. Que de sus labios, Panchita, ni de los de mis hermanas, se oiga jamás queja alguna. Es necesario que el dolor, como resignado, sea noble: la nobleza resplandece siempre sobre todas las desgracias, con luz que confunde los ojos de nuestros enemigos.—Sufran, pues, en silencio; y que la casa esté con la misma apacible tranquilidad que había cuando el hijo la habitaba. Den en mi nombre un abrazo a cuantos buenos amigos y buenas amigas se acuerden de mí.—Quieran lo que yo quise allá. ¿Podrán dejar de querer lo que ha querido el pobre desterrado? No es sino un recuerdo que les hago, porque bien sé que ustedes estarán cumpliendo lo que les pido ahora. Acuérdense de mí para perdonar a los enemigos y para considerar a los amigos.

Paz, Panchita mía, hermanas mías; la misma virtud de antes, más oración, más tranquilidad, más dulzura, más alegría. Sobre estas virtudes descienden los favores de Dios de un modo fecundo. No hagan del corazón rebelado e inconsolable un motivo de que Dios nos castigue más; no hagan que este corazón se convierta en roca, porque la roca no se ablanda con lluvias de agua, sino se parte con el rayo. Todavía Nuestro Señor no me castiga como merecen mis culpas: su misericordia está conmigo sin que yo lo merezca.

Acabo en este instante de venir del palacio del señor Obispo Massiá, quien se ha dignado de hacerme llamar. Conversé con él, y, postrado a sus pies, recibí su bendición. Es un santo el gran obispo, y uno se siente lleno del respeto que impone el apacible y sereno semblante del justo.

Julio, 27.

Hoy salgo, Panchita de mi alma, pero no tenga cuidado; todo va bien.

Yo tengo recelo de que las cartas sean tomadas; por esto no le digo algunas otras cosas; pero, el doctor Jaramillo debe enviar toda carta a Zaraguro con los peones de Fidel, y de ahí me las manda a Loja un amigo, de Zaraguro. El doctor Jaramillo sabe por el doctor Castillo todo lo que voy a hacer: hable con él, indispensablemente, porque no puedo decirle nada aquí, por miedo de que se extravíe la carta.—Por el correo escribame cosas muy pasajeras, aunque sean abiertas las cartas. Las cartas de confianza, tanto de ustedes como de los amigos, entrégueñselas al doctor Jaramillo, porque así no habrá temor de que sean tomadas.

Escriban agradeciéndole con el corazón, al señor Gobernador de Loja, doctor don Manuel J. Aguirre, y a su señora esposa doña Adela Jaramillo de Aguirre, por tantos beneficios como me han prodigado.

Viéndola con mi imaginación, venerándola rendido, me postro para pedirle me bendiga.

Un abrazo a cada una de mis hermanas, a toda la familia, a César y Manuel Burbano, Rafael Cuesta, Manuel Alvarado, Alipio Moutesinos, doctor González Suárez, etc., etc.

¡A Dios!

Honorato.

Macará, 1^o de Agosto de 1881.

Señora doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita de mi alma:

Sigue mi vida buena, gracias a Dios, sin que accidente alguno que me sea adverso, haya venido a turbar la paz de mi alma y la tranquilidad de mis días de destierro. Sólo la consideración de qué tal vez ustedes hayan perdido la paz que, en nombre de Dios les he pedido; sólo esta consideración me intranquiliza algunas veces, junto con la pena que la separación de ustedes me produce. Pero a esta pena hay un lenitivo que, créanmelo, es valiosísimo por demás, a saber:—Dios.—Con El hablo, y El me consuela—, y todo está ya muy bien.

Por lo demás, mil consideraciones, mil cariños, mil miramientos, tengo en dondequiera. ¡Bendito sea Dios! todavía no hay para mí amarguras del destierro, Panchita mía... No se angustie por mi suerte, porque todo me sobra, inclusive la salud que va muy bien, porque los sacudimientos del camino, y los sabrosos climas por los que cruzo, me han dado mucho vigor y han puesto mi constitución a prueba de todo accidente.—Todo, todo va muy bien, y ni crean que irá mal a Honorato, porque él tiene mucha fe en Dios, y esta fe le salvará indefectiblemente. Pidan a Dios que esta fe no desaparezca del desterrado, porque si no, entonces si será éste muy desgraciado; porque desterrado sin fe es como ciego sin lazarillo que lo guíe. Dios me guía, y cuando alguna vez me angustio, levanto los ojos al cielo, y al bajarlos siento muy consolado mi corazón, muy fortalecida mi alma. Con Dios en el cielo ¿cómo podemos llamarnos desterrados? Lo contrario, sería injuriar al mismo Dios, y no debemos atrevernos a ello. Además de esto, ¿por qué al que sale de un rinconcillo de tierra, llamado *Patria*, se le llama, con pena, *desterra-*

do, cuando todos somos desterrados de otra Patria llamada *Cielo*? ... Oh! nó, Panchita y hermanas mías, no degeneremos de nuestra fé, entregándonos a un consuelo que ningún efecto produce sino el de ponernos lejos de Dios, y el de atormentarnos sin fruto de ninguna especie. Los ojos al Cielo siempre, y entonces estamos bien, muy bien.....

No se empeñen por mandarme recursos, porque los tengo de sobra. No crean que en esto hay exageración para consolarlas; nó, todo, todo tengo, y el día que algo me falte les avisaré con la más grande confianza, porque si no acudo a ustedes ¿a quién acudirá el corazón de Honorato?—Por esto les ruego mil y mil veces que no se empeñen por socorros que quieran mandarme: vivan en la seguridad de que nada me hace falta.

Les pido, eso sí, que no cesen de orar por mí, porque aun cuando no dudo de que ustedes rogarán por mí, con todo, no quiero dejar de pedirles esto, para que vean que la fe me acompaña, y que en la fe finco yo todas mis esperanzas.

Les ruego que tengan resignación por la pena que nos aqueja, y que perdonen a los que hayan motivado mi mal con el destierro.... Perdón, mil veces, perdón, en nombre del desterrado.

A todas mis hermanas les ruego que se amen con ternura, con respeto, con verdadera fraternidad; que vivan como siempre dóciles, como siempre modestas, como siempre religiosas; que traten bien a las criadas, a los criados, a los peones, en fin, a todos los que cumplen el servicio de la casa. Todo esto lo han hecho siempre, y les pido que continúen del mismo modo. Para mis amigos, para mis amigas, para todos mis conocidos, les pido el mismo afecto que yo les he profesado. En todos ellos vean a Honorato.

Les encarezco que hagan un día de la novena de Nuestra Señora del Rosario, en nombre mío. Saluden a los PP. de Santo Domingo y recomiéndenles oren por mí.

Lo que es por el camino que he tenido, el Capitán señor Basilio Rodríguez, me ha traído tan bien, que, al lado de la disciplina militar, no me ha hecho sufrir en lo mínimo, antes si me ha ido tratando con las más exquisitas consideraciones. Todo, todo lo ha efectuado con la más buena voluntad, con el más decidido afecto.—Séanle reconocidas, y cualquier servicio que puedan prestarle, préstenselo con reconocimiento, por los buenos oficios que en mí ha empleado.

Digan mil cosas de cariño al doctor González, a Miquita, David, Rafael, Alipio, Manuel Alvarado, y demás amigos que se acuerden de mí.

Muchos cariños a mis tías, a Benigno, Pepe Beltrán, Javier Federico Vázquez y demás miembros de familia y que se acuerden de mí con sus oraciones.

Tranquilidad, resignación, paz, perdón; he aquí lo que les ruego mil y mil veces, en nombre de Dios. De rodillas les pido estas cosas y de rodillas espero conseguirlas.

Panchita mía, perdones para mí, perdones para su hijo. Si a mis enemigos han de perdonar ¿no me han de perdonar a mí? Yo necesito vivir en la seguridad de que usted y mis hermanas me han de perdonar con el alma. Envíenme sus bendiciones, que mucha necesidad tengo de ellas.—Cariños a Jesús, Deifilia, Mercedes, César, Panchita, Anita, Manuelito Burbano, los criados, José, Bartolo, etc., etc. Les envío el corazón encerrado en esta carta. ¡A Dios!

Honorato.

Perú—La Tina, 6 de Agosto de 1881.

Señora doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Panchita mía:

Estoy en la frontera peruana, a donde he llega-

do sin novedad alguna. La salud la tengo muy buena, y creo que los sacudimientos del camino han servido para robustecerme más.

No paso todavía adelante, porque las circunstancias políticas del Departamento de Piura, y las pestes recientes en el tránsito no me permiten avanzar. Yo le notificaré oportunamente de lo que ocurra.

No se olvide de encomendarme a Dios. Dé en nombre de su hijo un abrazo a mis hermanas.

Pronto le llegará otra cartita mía.

Bendígame, madre mía, y viva en el corazón de su hijo

Honorato.

P. S.—Denme aviso de si les han llegado mis cartas anteriores.

Si alguna carta me escriben por el correo, no la escriban con esas efusiones del alma que yo quisiera, pero que no me gustaría fuesen leídas por otros si se abriesen las cartas. En otras . . . , como ya les indiqué, en esas sí, con seguridad, podremos hablar de nuestras ternuras.—Las que me escriban por el correo se nemarán para—"La Tina, vía del Macará"—Adviertan a los amigos.

Perú—La Tina, 6 de Agosto de 1881.

Señora doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca,

Panchita mía:

Me tiene usted con perfecta salud y excelente comodidad, sin que sufra más privación que la de la vista de ustedes. Todo lo demás está a medida de mis deseos, y cada día reconozco más la misericordia de Dios para conmigo. Por esto, lejos de afligirse ustedes, den gracias a Dios y pidanle continúe conmigo las mercedes que hasta aquí me ha prodigado, y sobre todo, que

me haga conocer su voluntad, una vez que este destierro no es obra al acaso, como no lo es ninguna de Dios; pídadle, pues, que me permita entender lo que se ha propuesto conmigo, y luego, hagan por obtener fidelidad de mi parte a sus santos designios. "Que se haga en nosotros su santa voluntad"; he aquí lo que ustedes allá y yo aquí, debemos decir a cada instante. De este modo obraremos como cristianos. Si Dios ha querido humillarme, castigarme, probarme ¡mil veces sea bendecido su querer! Háysese propuesto lo que fuere, no importa; a nosotros no nos toca averiguarlo, sino únicamente bajar la cabeza y besar su santa mano.

Por lo que respecta a salud y comodidades, aun no recibo castigo de Dios. El se digna de conservarme con el bienestar apetecible.—Aun suponiendo que yo llegase a enfermar ¿no es El el médico que cura?; que viniese a necesidad ¿no es El quien cuida aun de las aves de los campos?... ¡Oh, qué dulce es, madre de mi vida, qué dulce es la fé!... Con la fé están mis días serenos y mi corazón tranquilo, y con la fe espero lo que el Señor se haya propuesto respecto de mí.

No paso de este lugar porque en el tránsito hay fiebre amarilla y viruelas, y porque además, el Departamento de Piura, está ahora hostilizado en extremo con las exigencias de su Prefecto el Coronel Negrón, quien con contribuciones y reclutamientos ha sembrado pánico en los habitantes, al extremo de que han tenido que emigrar a la frontera ecuatoriana muchos caballeros y muchísimos hombres del pueblo. Por esto, si yo siguiese mi marcha adelante, no encontraría para el viaje ni cabalgaduras, ni personas que, con seguridad, me acompañasen.

Vaya al lado un acontecimiento atroz. Hasta la fecha debían haber fusilado en el Despoblado a un negro Agustín Córdova, por sus criminales excesos. Este era un bandido como los hay pocos, y su ocupación era robar mujeres. Se las llevaba a los montes, y después de mil temeridades, comía de las carnes de

ellas, cortándoselas poco a poco: unas morían despedazadas por el bandido que metía cuchillo en donde le parecía haber mejor carne, y otras acababan a un golpe certero que les daba cuando estaba ya cansado de comer de la misma carne. En este oficio ha vivido el infeliz; pero hace pocos días, fue tomado antes de que pasase a la frontera ecuatoriana, y remitido a la autoridad debida, quien ha ordenado sea fusilado.

El Departamento de Piura está sufriendo tanto, no por los chilenos, pues éstos todavía no llegan allá, sino porque las autoridades peruanas echan mano de esas medidas violentas, en fuerza de la guerra, que parece no tiene cuándo terminar con Chile.

Se dilata a distancia de pocas cuadras la frontera ecuatoriana, y me complazco en mirar los campos del Ecuador, en oír del otro lado del río el canto de los tordos, que son aves que cantan sólo a ese lado, y en fin, el espectáculo de la naturaleza de en frente me es halagüeño por demás, al lado de las finezas con que soy atendido por el señor Vicente Valdivieso en cuya casa estoy.

Las cartas que ustedes deben haberme escrito las recibiré por el correo que mañana llegará del Macará; así que no echen de menos que no me haga cargo de ellas, por no recibirlas todavía hoy.

Saluden mucho al doctor González, a los Padres Dominicos, a doña Jesús Malo, a Pancho Farfán, Rafael, Manuelito B., Manuel Alvarado, doña Isabel Machuca, José María Heredia, José María Rodríguez, a doña Antonia, Alipio, doña Manuela León, a los doctores Cuestas, y en fin a cuántos de mí se acuerden. A Miquita le escribo por este mismo correo.

Vivan tranquilas, pues no hay motivo alguno para perder la tranquilidad, dote inestimable de nuestro corazón.

A Jesús, Deifilia, Mercedes, César, Panchita, Anita, mil cosas de cariño, mil agasajos, mil atenciones. Les recomiendo recuerdos para los criados todos y para José.

Esta les escribo en día *sábado*, día querido para mi corazón, por ser día de la Virgen. ¡Quiera Ella que sea un día *sábado* el de mi regreso, para abrazarlas contra mi corazón!

Avisenme en qué pára la campana de Santo Domingo; pues hasta acá me sigue el recuerdo aun de esas cosas que parece son indiferentes, pero no lo son para el corazón de Honorato. Yo me acuerdo hasta de mi viejo *Sultán*, y de la *Niña* y del *Negro*. Mándenme dentro de una carta una hojita de malva del jardín: quiero estas cosas que me recuerdan la casa y la Patria.

Pidan a Dios para que sea bueno, honrado: guárdenme en su corazón y envíenme perdón y bendiciones.

Quisiera que fuese en esta carta el alma de

Honorato.

Senegal, Agosto 22 de 1881.

Señora doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita de mi alma:

He vuelto a territorio ecuatoriano, muy cerca de Macará, y paso buenos ratos en compañía de mi amigo Daniel Mora en cuya hacienda estuve hace días, y de mi amigo Darío Palacios, en cuya casa estoy ahora.

He recibido dos cartitas de usted de fecha 2 y 10 de Agosto: no lamenten que no les lleguen mis cartas cada ocho días, porque de aquí a Loja no hay sino correo quincenal.

En cuanto a la cantidad que me ofreció Fidel en Zaraguro y a la letra del doctor Jaramillo, ya he agradecido a estos buenos amigos el servicio que me hacían; pero por lo demás no me permiti disponer de e-

sas cantidades, por razones de no ser molesto. El favor que me han hecho estos buenos amigos, lo reputo como recibido, ya que su intención ha sido favorecerme puesta la mira en lo que pudiera necesitar. Así pues, les agradezco, y ustedes también denles las gracias, asegurando que no he ocupado las cantidades ofrecidas porque todavía no las he necesitado.

Si llego a necesitar dinero, yo le he de avisar, Panchita mía, y puede aprovechar de una letra que me ofreció sobre Loja el doctor Francisco Moscoso, o bien entregar usted el dinero al joven amigo de la casa, Agenor Palacios, para recibir yo aquí al señor su padre la cantidad que usted hubiese dado a Agenor. De este modo o de cualquier otro que yo le indique, es fácil que me provea de dinero; pero no dé usted todavía ningún paso, hasta que yo mismo le avise lo conveniente.

¡Conque, estamos de parabienes en la casa, con un reciénvenido! Bendito sea Dios y bendito el huésped Manuel Jesús Honorato! ... (1) Oh! no puede usted imaginar lo que pasó por mi corazón cuando lei la noticia que me dan ustedes, Miquita y David, acerca de mi sobrinito... El alma se me fue quién sabe por dónde y una lágrima quiso asomarse a mis ojos: tal fue la ternura de que me senti poseído, y la indecible impresión que me produjo. El placer de ver la infancia en la casa que estuvo desierta de niños, esto sólo era suficiente para que el desterrado se alegrase desde lejos, con la idea de abrazar algún día al angelito de Dios. Denle un beso a nombre mío, y feliciten a mi comadre y hermana Mercedes.

Mi salud está buena, sin que desde mi salida de Loja haya tenido más enfermedad, que un dolor de cabeza en uno de los primeros tambos. Dios está conmigo y no puedo menos de ir con felicidad, una vez que no me faltan oraciones de mi casa, de casa de los

[1] Se refiere a su sobrino Ramón Burbano Vázquez.

amigos y amigas y de los templos de la ciudad. ¡Qué Dios pague cumplidamente a quienes hacen conmigo tan valiosas obras de misericordia!

Cada vez tengo más que admirar en los fértiles campos de estas regiones. La naturaleza de aquí es distinta con mucho, de lo que ustedes pueden concebir: aquí la riqueza de la vegetación en árboles y flores, la abundancia fabulosa de los frutos y simientes, la variedad y belleza de las aves, todo, todo no puede menos de admirar a uno que viene de fuera. Yo desearía que ustedes viesan y gozasen estas cosas, para que pudiesen darse cuenta de lo que es la naturaleza de pródiga en estas regiones.—Tengo ofrecidas dos *zurumbelas* cantoras, por un amigo mío, y dos *periquitos* macareños muy hábiles para hablar: en cuanto me los entreguen y haya posibilidad para el envío, mandaré a ustedes estas avecitas.

Respecto del salvoconducto, lo que ante todo le suplico, es que usted no lo ha de pedir. Nó, Panchita mía, no quiero que aparezca su nombre al pie de una súplica al General Veintemilla, súplica que, primero, no hay para qué elevarla, y que, después sería desatendida: no quiero que su ternura sea a precio de la nobleza que hay que guardar en la desgracia. Yo quiero verla a usted coronada de dignidad en medio de su dolor.—Si conviene que me llegue el salvoconducto, Dios me lo mandará. El sabe las cosas mejor que nosotros, y vivamos confiados en su Santa Providencia. Por lo mismo, ni yo doy paso alguno, confiado en que todo y lo más bueno nos ha de venir del Cielo que se vale de medios ocultos a nosotros. Yo le anuncié que iría allá a ocultas, aprovechando de los medios que usted ya sabrá; però he pensado mucho, y no me he resuelto a ello, por muchas y graves razones que se me han presentado, cuando me he puesto a meditar sobre este punto, fijando mi consideración en lo futuro y en la tranquilidad de su corazón y del mío. No conviene, no conviene mi marcha:

si se me niega el salvoconducto y tengo necesidad de regresar de incógnito, entonces, en fuerza de las circunstancias, escogitaré los medios conducentes a mi marcha. Digale a tío Juan Bantista esto mismo, para que vea porque no me he valido de los medios que yo tenia a mi disposición para mi regreso. Yo he agradecido con el alma al amigo que me ha facilitado mi vuelta y me ha prestado sus servicios; pero en la conferencia que con él tuvimos hace pocos dias en un lugar al que nos citamos, le opuse algunas razones y me puse a vencer su generosidad con los motivos que me asistian para no cumplir con su cariñoso empeño. Triunfé y no iré de incógnito. Día llegará en que pueda explicar a usted punto por punto, lo que ha motivado mi negativa a las finas exigencias de mis favorecedores. Viva en la seguridad de que por usted y por ciertos sentimientos de nobleza y dignidad de mi parte, no hago mi viaje a ocultas. Por usted, porque no quiero que sufra con el temor de que sea tomado, y por mí, porque tampoco quiero sufrir con su dolor, ni con la violencia que hubiera tenido que hacerme para saltar por sobre razones de honor que me han asistido para no resolverme a esta peregrinación. Nada tiene para mí el valor que hubiera tenido el abrazo en que nos hubiéramos estrechado a mi llegada, ni nada ambiciono yo tanto; pero Dios hará que nos veamos pronto, y mientras tanto queda salvada mi dignidad. ¿No le gustará más abrazar un poco más tarde a su Honorato con el honor salvado? ¿No hubiera sentido cierta tristeza al abrazarme pronto, pero encontrándome infiel a mis deberes?

A mi tío el doctor Vázquez díganle que le escribiré por el próximo correo.—A Dios!

Honorato.

Mi Jesusita:

Mucho te agradezco las ternuras de tu corazón, y no puedo corresponderte sino con el cariño que co-

noces te profeso.

La noticia que me das de mi sobrinito me impresionó vivamente. Siento grande e indecible contento de su nacimiento: un niño que viene de un matrimonio es una bendición de Dios. Bendice a Dios, y luego prodiga al niño tu ternura, como quiero que todas mis hermanitas se la prodiguen. Yo desde aquí también le mando mis cariños!

Mi vuelta de incógnito no la hago, como se lo digo a Panchita, por razones que para mí tienen mucha fuerza. Si hubiese mucha necesidad de hacerla, la realizaría al fin, tomando las medidas necesarias al efecto. Pero por lo pronto, no veo yo mucha urgencia en ello, así que me abstengo de prepararla. A no ser porque todavía no calman las agitaciones de Piura, yo ya habría marchado a Lambayeque a verme con mi Miguel; pues sabrás que de aquí en donde estoy, a Lambayeque, estoy a distancia muy menor que la que hay de aquí a Cuenca. Pero no me resuelvo a ir, por las razones que te digo; bien que los ladrones no aparecen al despoblado por temor de ser tomados por la tropa, según dicen los que vienen de Piura, y la peste va desapareciendo. Puesto yo en Lambayeque, ya es otra cosa, porque entonces tendré recursos de sobra para mi subsistencia, y si al estar allá me llegara el salvoconducto, el regreso me sería más fácil por agua que por tierra, por un camino que no deja de ser dilatado y algo penoso.

Con todo, yo no pasaré adelante sin asegurarme mucho, y sin tomar las precauciones necesarias: por este lado esténse tranquilas, pues no me expondré voluntariamente a ningún peligro. Para el caso de marcha a Lambayeque tengo compañeros ecuatorianos, y además un joven peruano, con quien me he relacionado desde que toqué en nuestra frontera. También llevo valiosas cartas de recomendación para los lugares del tránsito, por favor de mis amigos de Loja. No por esto voy a hacer inmediatamente mi marcha. Yo les es-

eribiré oportunamente, avisándoles.

Las cartas sigan dirigiéndolas a Macará, hasta que yo les dé nuevo aviso. Dí lo mismo a los amigos.

A mis hermanitas Deifilia, Panchita, Anita, dales un abrazo, y diles que ni un punto las borro de mi memoria y que las tengo en mi corazón junto con Panchita y contigo, hijita mía. Te abraza tu

Honorato.

Senegal, 30 de Agosto de 1881.

Señora doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Le escribo esta más para tranquilizarla acerca de mi suerte. Todo, todo va muy bien con su hijo, a quien Dios se ha propuesto favorecer con su misericordia. Personas con quienes jamás me he conocido, se disputan servirme, y poner a mi disposición el dinero que yo necesite, y me reconviene porque no he utilizado sus generosos ofrecimientos. Tranquilícense usted y toda la familia acerca de mí. Dios vela sobre mí, porque es Padre y porque le urgen las oraciones que por mí elevan ustedes: elévenlas todos los días y llegará el momento feliz en que, para bien de nuestra suerte, dé un abrazo a todas ustedes.

Por lo demás, ya usted conoce mi carácter:—confío mucho en Dios, y no hago caso de nada. Si estuviera yo a su lado ¿no es cierto que usted se enojaría conmigo si no tuviera confianza con usted? Ciertamente, y tendría razón. Pues, si estoy entre las manos de Dios y de Nuestra Señora ¿no he de tener confianza infinita en su protección? La fe vive en mi corazón, bendito sea Dios, y bendita usted que me la puso en este corazón que ahora mismo siente los efectos de aquella fe.

Hay muchos peruanos por aquí, y hasta de esos extranjeros he merecido muestras de afecto, y valiosas recomendaciones, así a personas particulares, como a los miembros del Tribunal de Piura, para mi incorporación en él.

Para el día de mi viaje hacia adelante, tengo muchas personas que están listas a acompañarme hasta Piura. Así es como Dios favorece a Honorato, sin que él lo merezca.

Por Dios, ni una palabra para pedir mi salvoconducto, ni una palabra. Que su dolor sea silencioso, con el silencio de la dignidad que no solicita y ruega a los grandes: Dios lo hace todo y El proveerá lo que más conveniente sea a su gloria y a nuestro bien.

En cuanto necesite recursos, yo le pediré a usted con la confianza que el hijo tiene en el corazón de la madre.

Recomienden con la gratitud debida, los nombres de todas las personas que las han visitado con motivo de mi destierro, y han dado la más ligera muestra de afecto para ustedes y por mí.

A cuantos me recuerden han de dar cariñosos saludos de mi parte.

Confiemos en Dios, Panchita mía, y en su seno juntémonos, en estrecho abrazo.—Honorato.

P. S. A mis hermanitas y a toda la familia, que les envío mi corazón.

Yo le he de avisar cuándo he de salir a Piura. Hasta tanto escribanme a Macará.

Senegal, 1º de Setiembre de 1881.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita de mi alma:

El día 5 de los corrientes debo salir para Piura.

El viaje no puede ser más conveniente que ahora, pues me acompaña un joven Alamo, peruano y muy amigo del Coronel Negrón, quien le llama a su lado. Así pues, por lo que mira a los disturbios políticos de ese Departamento, nada tengo que temer, por ser tan amigo del Prefecto el joven que me acompaña. En cuanto a la peste, ella ha desaparecido de esos lugares, y más bien está aquí en territorio ecuatoriano, pues avanza de Sur a Norte: me es, pues, necesario salir hacia Piura, en donde las circunstancias van siendo favorables, pues hasta los mismos peruanos que estaban asilados en Macará, han salido ya de regreso al Perú.

En Piura estaré cuando más unos ocho días, hasta que venga mi amigo Miguel, con quien partiré a Lambayeque, lugar en el que disfrutaré de mucha tranquilidad. Un señor peruano me ha dado cartas valiosas de recomendación para los miembros del Tribunal de Piura, a que me faciliten mi incorporación como abogado en el foro peruano. Yo entregaré estas cartas e iré a estudiar mis exámenes en Lambayeque, de donde volveré a incorporarme en Piura. Otro joven abogado de Piura ha encargado a sus amigos me proporcionen los libros necesarios. Tengo muchísimas más recomendaciones para las principales personas de Piura.—El temor de los ladrones ha desaparecido, porque los persiguen ahora. En cuanto a las *montoneras* tan afamadas, esas andan a los alrededores de Lima, mas no en los Departamentos del Norte a donde voy.

Por todas estas razones, mi viaje va bajo los mejores auspicios. Sobre todo, mi viaje principia entre las manos de Dios. Quien abre para la hormiga diminuta camino seguro entre las quiebras de la tierra, ¿no ha de abrir camino igual para el hombre para quien ha reservado tesoros de misericordia? Acudamos todos los días a nuestra fé, y seremos salvados. En medio de nuestros dolores, la fé es la piscina en cuyas aguas quedan las enfermedades, y de las que tornamos sanos y robustos. Nuestros temores y sobresaltos conti-

nos ofenden a Dios, Quien podrá reconvenirnos con esas palabras dirigidas al Apóstol:—«Hombre de poca fe, por qué dudaste?». Entregarse a ansiedades y dolores es para ofender a Dios: serenar el semblante, dar lugar a la alegría cristiana, resignar todo en las manos de Nuestro Padre, esto hará que El nos mire compadecido y nos bendiga misericordioso. Pero ¿para qué hablo a ustedes estas cosas, si las saben más que yo?.....

A Jesusita, mi Deifilia, Merceditas, Panchita y Anita, que las estrecho amorosamente contra mi pecho.

Con ellas reciba, Panchita de mi alma, el corazón de su hijo

Honorato.

Piura, 23 de Setiembre de 1882.

Señora Doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Como le ofrecí, no dejo pasar un solo correo sin escribir a usted, satisfaciendo así uno de mis más vehementes deseos y cumpliendo mis deberes respecto de usted y de mis hermanitas.

Piura me ha sentado admirablemente para la salud, pues me siento fuerte y robusto: es un clima en extremo sano.

Respecto del Colegio que pensamos fundar, estoy en la resolución de continuar en la empresa, siempre que se reuna el número suficiente de alumnos, porque de otro modo ni la enseñanza dejará de encontrar tropiezo, ni yo me ocuparé en un trabajo que, primero no está asentado en firmes bases, y que luego ocupe mi tiempo que pudiera emplearlo de un modo mejor y

más conveniente para mi. En este sentido escribí a mi amigo Moreno, a cuyo lado me trasladaré si las circunstancias no me son favorables aquí. Además, de un momento para otro espero encontrarme con Miguel aquí en Piura. Si el Colegio no se funda y no me traslado a Lambayeque, ya tendré otra ocupación aquí, según me propuso un amigo mío.

Estoy formando una colección de piezas musicales para mandar a mis hermanitas, o para llevarlas yo mismo, si Dios quiere permitirme el regreso pronto. Deseo mucho que continúen adiestrándose en el piano, para que me sorprendan con buena ejecución musical.

Mañana es día de Nuestra Señora de las Mercedes, y cumpleaños de mi hermana y comadre. Desde aquí le deseo lo que en felicidades no puedo menos de ambicionar para ella.

A Rafael le recomendé cobrara algunos sueldos que me debían en el Tesoro. Si el Tesorero opone alguna dificultad, recomiéndele al tío doctor Vázquez para que se facilite el cobro de esas cantidades, con las que deseo pague algunas deudas que usted habrá contraído con motivo de mi destierro.

Si pueden de algún modo comunicarse con mi Remigio, díganle que no lo olvido un punto: tanto es el cariño para este joven a quien le he llamado *hijo*.

Las cartas que me escriban después de recibir ésta, dirijanlas bajo el nombre del doctor don Agustín Carrión, a Piura, por la vía de Guayaquil. Para que nada supongan mis enemigos de allá, deseo que también de vez en cuando me escriban con mi propio nombre, acá, a Piura mismo. A los amigos y amigas que quieran favorecerme con sus cartas díganles lo mismo.

No se olviden de visitar a menudo a Miquita por ustedes y por mi. Es amiga a quien, como ustedes saben, quiero en alto grado, junto con mi inolvidable David y familia.

A los Padres Dominicos dénles siempre cariñosos saludos lo mismo que a los sacerdotes amigos

míos, y a cuantos hagan de mi memorias buenas.

A mis tios y tias y a toda la familia, recuerdos afectuosos, lo mismo que para las amigas y amigos que, siendo míos son también de ustedes.

Un abrazo a mi Jesusita, a mi Deifilia, a mi Panchita, a mi Anita, a mi Merceditas y a César con mi sobrino. A los criados, a José Méndez, al *cholito* y a los peones de la hacienda un recuerdo de cariño, así como a Bartolo.

Les saluda el doctor Carrión.

En este instante dan las doce, y al rezar el *Angelus* acabo de encomendarlas a usted y a mis hermanitas, a la Madre de Dios.

Bendígame siempre, Panchita de mi alma, y reciba el corazón de su hijo

Honorato.

Piura, 30 de Setiembre de 1881.

Señora Doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mia de mi corazón:

Sigo muy bien en mi suerte, así que, no se aprenhensionen por nada, puesto que usted me ha encargado a Dios Nuestro Señor y a la Virgen Maria. Ellos me tienen continuamente amparado como padres que aquí y en todas partes me asisten.

El día 28 vine de la ciudad de Catacaos, a donde fui invitado por un estimabilísimo joven paisano mio, Roberto Alvarado, hermano de Pepe Alvarado, marido de la señora Teresa Mora. Pasé allí dos días, colmado de atenciones y favores.

Los chilenos entraron ayer a las cinco menos un

cuarto de la tarde. Como la división que habia en la ciudad se retiró, no emplearon violencia ninguna en una población pacífica. El ejército chileno entró con loable moderación, sin que ni de palabra, mucho menos de hecho, hubiese patentizado la preponderancia del vencedor sobre el vencido. Así continúa hasta ahora. Yo y los demás extranjeros residentes en el lugar, nada tenemos que temer; pues que, el ser extraños a la contienda entre las dos naciones, es nuestra garantía. Todo está aquí en paz, como si no fuese el ejército enemigo el que ocupara a Piura.

Siento mucho la muerte del joven Miguel Díaz y compadezco a su familia por esta desgracia. Deseo que, cuando vean a la señora doña Natividad, le hagan presente mi sentimiento.

Nada tema por mi suerte, Panchita mía. Dios no se ha olvidado de mí hasta ahora, ni lo hará en adelante, porque su Providencia no tiene límites. Usted que me ha enseñado estas cosas, las sabe mejor que yo, y por esto creo que la resignación estará en usted. Espéremos en Dios, y El hará que un día vuelva a abrazar a usted contra este corazón que ni un momento deja de latir por usted y mis hermanitas.

Hasta el otro correo me despido de usted. Le besa los pies y le envía el corazón su hijo

Honorato.

Jesuita mía:

Ayer recibí tu cartita dirigida a la Tina, con fecha 17 de Agosto. La devoré y me llené de tranquilidad al saber que la familia está buena.

Me satisface el alma el ver que has quedado de madre de la casa y de Merceditas. Sigue cuidándola, que esos son los oficios propios de hermana que se constituye en madre, como tú lo haces, hija mía.

En cuanto a lo que ha dicho el Capitán Rodri-

guez a don Mariano Moreno, me admira que haya llegado al extremo de asegurar que le han salido a encontrar a mano armada: día llegará en que pueda explicar en Cuenca lo que hubo, y que está distante de ser igual a lo que el Capitán asegura contra mis amigos.

Te encargo que me escriban bajo noma para el doctor Agustín Carrión, a Piura. Yo he de continuar escribiéndoles en cada correo. Algunas cartas pueden dirigirme con mi propio nombre.

No dejes de escribirme cuantos pormenores ocurran que puedan serme interesantes, sobre todo, cuando digan relación con la suerte de mis amigos y amigas: quiero vivir vida de Cuenca, viviendo en las noticias de mi patria.

Da un abrazo a mis queridas hermanas, o más bien a mis hijas Deifilia, Mercedes, Panchita y Anita. Haz un cariño a mi sobrinito y salúdalo a César.

Recuerdos cariñosos a mis amigas Miquita, Borreiros, Jaramillos, Torales, Crespos Torales, a los Padres Dominicos, a los sacerdotes amigos, a mis parientes todos, y a Manuelito Burbano, Rafael Cuesta, Pancho Farfán, Manuel Alvarado, etc., etc.

Abraza a mis criados y haz un cariño a la *Niña* y al *Negro*.

Desde aquí te estrecha al corazón tu hermano
Honorato.

Piura, 14 de Octubre de 1881.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

Siga usted tranquila acerca de mi suerte, pues no me sobreviene aún accidente alguno desfavorable, ca-

paz de atormentarme y atormentar a usted. Los días que aquí pasamos con mi amigo Agustín, son pacíficos y tranquilos, y amenizados con las relaciones que hemos adquirido. Habiendo tranquilidad, poco nos queda ya que desear.

Por una cartita de Benigno que recibí por el correo de ayer, he sabido que Merceditas ha enfermado. Fue cosa que me ha dado pena al ver a mi hermana pagando ya dolorosos tributos a la maternidad. Pero, por lo demás, sé que usted y mis hermanas se encuentran con salud, según Benigno y el tío Vázquez me comunican.

Los chilenos desocuparon esta plaza el día 9 de Octubre. La población está, pues, tranquila de los temores que el enemigo hubiera podido infundirle.

Le suplico que si me han mandado impresos de alguna parte, me los envíe por el correo; pues tengo ansiedad de ver lo que por allá ocurre y se escribe.

Supongo que ya les habrá sobrevenido algún mal a mis paisanos Machuca y doctor Cordero que estaban en Cariamanga; pues un señor de Piura que ha llegado de ese lugar, ha dicho que se aseguraba en Cariamanga que iban a salir desterrados. Yo no sé si esto sea exacto, pero me tienen con temor de que lo sea.

Quiero que dé un abrazo a mis hermanitas en mi nombre, y agasaje a mis criados y peones. A don Ramón déle cariñosos saludos.

Siempre me tiene de rodillas para esperar sus bendiciones; bendígame, pues, Panchita mía, y abra los brazos a su hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Aprovecha de mis libros para ilustrarte, tú a quien tanto han gustado las tareas de la instrucción. Los libros que quieras, puedes pedirselos al doctor González Suárez. Lo que te encargo es que esos estudios los

hagas con todas mis otras hermanitas, cuyas letras quiero ver en las diversas cartas que yo reciba. Un Diccionario castellano hay entre mis libros, que por ser pequeño y manual, puede servirles más cómodamente, para el ejercicio y perfección del idioma.

Háblame algo de mi Remigio, a quien le harán decir que jamás le olvido.

¿Mis enemigos siguen hablando contra mi? No hagan ustedes caso alguno, como yo tampoco lo hago. Hablen ellos, no importa: mi conciencia está tranquila y mi honor salvado, y esto basta para que no nos conturben los que no me quieren, o aparentan no quererme, por temor. Perdonémosles una y mil veces, que esto es lo que en verdad importa.

Haz un cariño a mi sobrino y dale recuerdos a mi cuñado César. A mis hermanitas, un abrazo por tu hermano, y agasajos a mis criados, a José y Bartolo y a los hijos de ellos.

No te olvides de saludar a la familia Chica, al *viejo* Miguel y a Alipio. A los demás amigos y amigas mías, iguales recuerdos de cariño.

Aquí tengo buenas relaciones en algunas casas. Las señoras piuranas son muy dignas de encomio por su carácter.

Recibe, hija mía, un abrazo estrecho de tu

Honorato.

—

Piura, 21 de Octubre de 1881.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Creo que ya estará usted de regreso de Totori-

llas, y espero me comuniqué si no ha tenido alguna novedad desfavorable, mientras su separación de la demás familia que ha quedado en la ciudad.

Yo me encuentro bueno en este lugar, siempre en compañía de Agustín. Tengo buenas relaciones aquí, y lo que es por recursos, Dios hace que no me falten hasta ahora.

Ayer tuve la gloria de comulgar, y encomendarlas a Dios a usted y a mis buenas hermanas. Esto le escribo para exigirle que otro tanto hagan allá por mí.

Me hallo tranquilo en esta ciudad, y no apetezco sino paz para que me sea llevadero el discurso de mis días, deseando siempre que se acerque cuanto antes la fecha en que me sea dable ir a abrazarles.

Aviseme si alguna persona pregunta por libros u otras cosas que me hubiesen prestado. Yo no recuerdo, pero puede ser olvido mío, y conviene tener presentes las cosas ajenas que tal vez estén en mi poder.

Me han propuesto una marcha a Paita, pero no he querido irme. Quizás un poco después salga a conocer algunos lugares cercanos.

Aquí hay paz por ahora, y creo que en breve la paz será extensiva a toda la República peruana, según aparecen ya algunos asomos de que se efectúe.

¿Cómo está Merceditas? ¿Mi sobrino tiene buena salud?

Quiero que todas mis hermanitas me pongan si quiera una línea en las cartas que usted me escriba, porque deseo ver el cuidado que observen en la gramática.—A mis tíos y tías de ambas familias, a Pepe Beltrán, Agustín Coronel, Manuelito Burbano y demás amigos, recuerdos cariñosos, lo mismo que a las amigas.

Abraza a mis hermanitas a nombre mío, y a César, y bendígame con todo el corazón, que de rodillas recibirá sus bendiciones su hijo

Honorato.

P. S. Un agasajo a mis criados.

Piura, 3 de Noviembre de 1881.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

¿Conque el General Veintemilla me califica de *insolente* para negarme el salvoconducto solicitado por mis amigos? Bueno está, y paciencia. Si Dios quiere, ese salvoconducto me vendrá por los buenos oficios de las personas que usted me indica. Lo que es por usted, no se dirija al Gobierno solicitando mi entrada a la República.

Han bendecido ya el puente de Milchichic y lo han bautizado. Han hecho objeto de su palabra mi pobre nombre, en el convite de don Mariano: no importa que hablen cuanto quieran contra mí, no les hago caso ninguno y les perdono. ¿Los que así hacen me mostraron una amistad fingida?... Mejor es vivir creyendo que todos nos quieren y nos hacen bien, antes que sospechar que son enemigos que nos odian y buscan oportunidad para hacernos mal; porque en el primer caso les tenemos reconocimiento y estamos en oportunidad de hacerles favores, al paso que en el segundo, hay riesgo de guardarles rencor y procurarnos la venganza apetecida. Dejemos pues al Sr. C..... que hable más contra mí, si así lo quiere. Perdonémosle.— En cuanto a mi renta de los meses de Agosto y Setiembre, no tengo derecho a ellas, puesto que la aceptación de mi renuncia me llegó el 15 de Julio, y desde entonces cesaron mis funciones de profesor. M.... no me ha hecho ningún mal, así que no hay motivo de queja contra él, una vez que en nada ha influido para mi mal.

¿También han sobrevenido otras desgracias a la familia? Mi Merceditas sufre ya todas las dolencias de una madre; pero al lado tiene también sus satisfaccio-

nes. El ver en su regazo a su primogénito, compensará con creces todos sus dolores.

En cuanto al salvoconducto, esperemos que los amigos empleen sus gestiones, y si conviene, Dios hará que se me conceda.

Ustedes se han aprensionado con la idea de que estaré al centro de los penosos acontecimientos de la guerra. No hay nada. Todo está en paz. Los chilenos se fueron, y todo está tranquilo como antes: la entrada de ellos en nada nos ha hecho sufrir.

Recibí una carta de Miguel y otra del joven Chávez, quien generosamente pone a mi disposición su Colegio, llamándome con instancia a su lado, para que tenga parte en su trabajo y en sus ganancias. Miguel, como otra cosa no podía esperar, me abre sus brazos como hermano, y me exige marche allá inmediatamente, ofreciéndome los recursos necesarios para que haga mi viaje por Lima si acaso prefiero ir conociendo esos lugares. Para estas cosas, a más de su buen corazón, ha tenido por estímulo las recomendaciones del señor don Manuel, y Domingo Moreno, de Miquita y David, y el recuerdo de ustedes. Creo que a fines de este, cuando más, saldré para Lambayeque.

En cuanto a recursos, no me mande nada todavía, porque no tengo necesidad urgente; cuando esto ocurra, yo le avisaré para recibir su cariñoso obsequio, mi Panchita. La vida aquí no es tan cara como en otras partes: los víveres están baratos relativamente; así que, no hacemos mayores gastos en la casa, siendo el criado de Agustín quien cocina para nosotros y nos da de comer.

Están ya desterrados mis paisanos Ledesma, Cordero Machuca y R. Machuca. Creo que llegaron en Ayabaca, ciudad de las serranías de esta República. Han padecido este destierro sin motivo alguno de su parte.

El capitán Rodríguez ha visto visiones cuando ha informado de lo que no fue como él imaginaba. Este capitán no ha hecho nada contra mí. En cuanto vea a mi

paisano Alvarado le averiguaré por la señorita Mercedes Torres, de quien me hablan.—No teman por mis imprecaciones en materia de salud: me cuido mucho para evitar cualquier accidente.—No he podido acompañarles el día 29 en la novena de mi *Vecina, la Morenica*, porque no sabía fuera ése el día señalado para mí; pero en fin, todos los días estoy en misa por la mañana, y ese día estaba también en la iglesia orando a Dios y a la Virgen por nuestras comunes necesidades: dos días antes del 29, el día 27, comulgué también, así que nuestras oraciones irían casi juntas al Cielo. Les agradezco las oraciones que por mí elevan, y la misa que por mí han mandado a celebrar. Para que no dude, me han enviado uno como recibo, en donde veo la letra del más olvidadizo de los frailes, del *Padre* Mariano Abad Estrella, ese fraile exclaustrado que hasta ahora no me ha mandado saludos ni una vez: reconvénganle en mi nombre a su *reverencia*.—De mis amigos que estaban en Cariamanga y han sido desterrados y están en Ayabaca, el doctor Nicanor Ledesma no sentirá nada, porque cuando estaba en Cariamanga era llamado frecuentemente a Ayabaca, en donde le ha ido siempre bien: avisen así a la familia para que desaparezca cualquier duda acerca de su suerte.

Ya me supongo las fiestas que dedicarán a mi sobrinito, a quien desde aquí le hago mil cariños. César estará muy complacido con su retoñito, mi comadre estará enloquecida. Me supongo ya cómo será esa conversación del cholito, de la que me habla Jesús: ya los veo a los dos, el uno gorjeando en la cuna y el otro rompiéndose la lengua a su lado, y usted, mi Panchita, con mis hermanas alrededor, haciendo coro a esas ternuras de los chiquitines. Lo que conviene es que los cuiden esmeradamente, para que crezcan juntos, patrón y sirviente, a las mil maravillas.—Sigan escribiéndome a Piura, como hasta aquí, que yo les comunicaré anticipadamente cuándo deban dirigirse a Lambayeque. Cultivo acá buenas relaciones de amis-

tad. Mi salud no ha tenido más alteración que la de un catarro del que estoy ya sano. No crea, mi Panchita, que ningún día dejo de rogar a Dios por usted y mis hermanitas para que las escuche y las guarde con buena suerte en lo espiritual como en lo temporal. Ustedes, como hasta aquí, hagan lo mismo.—A los PP. Dominicos, a los sacerdotes y más amigos y amigas, cariñosos saludos. Reciba, mi Panchita, bendiciéndolo, el corazón de su hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

En cada una de las cartas de Panchita, me pones líneas afectuosas con las que me haces mucho bien. Veo la ternura de tu corazón, tu resignación y tu buen criterio.—Das gracias a Dios por saber escribir, y ciertamente debemos serle gratos por este beneficio, ya que por su medio podemos comunicarnos los ausentes, enviando en una hoja de papel nuestros corazones.—En esa cartita tuya que me ha enviado Darío, me hablas del proyecto que N. tuvo acerca de fuga de mi parte. Hiciste bien en agradecerle esta buena intención, y no aceptarla, para evitar compromisos por su bondad, evitarle los mismos al Capitán, y evitármelos a mí mismo. Tú no has hecho sino secundar mis deseos en este punto. No me hubiera sido satisfactoria mi libertad a costa del riesgo del que se proponía hacerme bien.—¿Esto te ha acarreado talvez algún disgusto, o acaso a la familia entera? Me parece que algo ha sobrevenido por esto, y te ruego por el cariño que me tienes, me cuentes todo lo que haya sobre el particular, porque necesito saberlo: no me ocultes nada, quiero que me comuniques aun los pormenores en este asunto: ¿me entiendes?.... Yo quiero la tranquilidad de mi madre y la de ustedes, porque mucho debo a ella y a ustedes.—Tú suponías que el día de San Miguel estaría en Lambayeque, y me exitabas a que me alegrase con Miguel: si hasta ahora ello no ocurre, pron-

to tendré la satisfacción de ir a darle un abrazo y allí cantaré y tocaré el piano, pero a cambio de que ustedes también canten acompañadas del piano. ¡Cuidado con que éste se halle mudo!; me resentiré si ustedes no siguen aprendiendo a tocar.

Recibe, hijita mía, un abrazo de tu

Honorato.

Piura, 11 de Noviembre de 1881.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

Acabo de recibir su querida cartita del 29 del pasado mes, junto con un número del "Diez de Agosto".

¿Han sorprendido nuestra comunicación enviada por la vía de Loja? Yo he estado ignorante de lo que por allá ha ocurrido, y en vista de ello perdóneme que no le haya escrito nada sobre el particular. ¿Qué fin se han propuesto allá para interceptar las cartas que ustedes me escriben? ¿Qué dicen, pues, para hacerles padecer a ustedes? Yo le pido que me comunique minuciosamente todo, para no ser yo engañado cuando juzgue las cosas que van ocurriendo. Yo, como le escribí a Miquita, ansio la paz de ustedes, y haré constantes esfuerzos porque usted, mi Panchita, y mis hermanas, sean el blanco de mi cariño y de cuanto para bien común de mi casa pueda hacer. Si un sacrificio es menester, ese lo haré ante el respeto y veneración que debo a mi madre, y el afecto amoroso a que son acreedoras mis hermanas. Lo que pido a Dios es que El haga todas las cosas mías en orden a su gloria y a la felicidad de nuestras almas.—Con el afecto de madre, no omita comunicarme todo lo que haya sobre es-

te punto, que yo le escucharé como hijo.

Yo estoy bueno en mi salud.—Ofrézcale a Dios, mi Panchita, los dolores con que día a día le regala el Cielo, perdóneme mis pasos con que la hubiese apesado sin pretenderlo, y pensando en que Dios lo permite todo para nuestro bien, descansenos en su santa Voluntad, y entre tanto, bendiga a su hijo que se arroja a sus brazos.

Honorato.

Jesusita mia:

Me ha conmovido profundamente la descripción que me haces de la fiesta hecha el día sábado 29 de Octubre, a nuestra Madre del Rosario. Me ha parecido ver a todas ustedes al pie de los altares, elevando oraciones por mi y a mis amigos concurriendo a esa misa por el ausente. Agradece a todos ellos y a José María y a Estrella, en particular. ¿Don Mariano Moreno asistió a la misa? Ojalá la Virgen le conceda sus bendiciones: se las deseo vivamente. En mi destierro no tiene más, sino el haber sido un instrumento de que Dios se ha valido.—En cuanto a mis estudios literarios tan favoritos, los hago a medida de los pocos libros que puedo conseguir. Cuando vaya a Lima o pase a Lambayeque, tendré ya mayor facilidad para estos queridos estudios.—Haz que mis hermanitas estudien y lean, y se ejerciten en Gramática.

Abraza a mis hermanitas todas, una por una, da un beso a mi sobrino, recuerdos cariñosos a César, a los PP. Dominicos, a los amigos sacerdotes, al doctor González, a Adolfo, Julio y Cornelio, a cuantas amigas y amigos me recuerden. Agasaja a todos mis criados y a mi viejecito José, como a Bartolo. Recibe el corazón de tu hermano

Honorato.

Piura, 18 de Noviembre de 1834.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su querida cartita del 5 del presente mes. Cualesquiera que fuesen mis trabajos, yo los daré por bien compensados, sólo con que usted me quiera como siempre, y como siempre me bendiga. No sabe usted cuanto bien me ha hecho la ternura con que me escribe usted: vi su letra, y mi corazón sabe cuan íntima satisfacción le inundó.—Quizá de hoy en adelante nadie nos quite el consuelo de leer nuestras cartas; pues las últimas que me han escrito han llegado sin interrupción alguna.—Cuando fui apresado y sali a cumplir la orden del destierro, bien comprendía que Dios Nuestro Señor se había propuesto algún fin; así que, me resolví a lo que su divina Voluntad quisiese hacer conmigo. Hoy, hago lo que en mis deberes de hijo estoy obligado a hacer con usted; obedezco en todo.

Bendito sea Dios ¿todavía otras desgracias más en la casa? Cuánto siento la muerte de Jacinto. Pobre indiecito que con tanto cariño me acompañó en las primeras jornadas de mi destierro. Al fin bendigamos a Dios todos los días y "hágase su santa Voluntad así en el Cielo como en la tierra".—Lo que yo quiero es que usted no se aprensione con nada, y no llore: llorar de temor de los males que puedan sobrevenirme, es ofender a Dios, porque es desconfiar de su Providencia. Yo estoy tan tranquilo y sereno, que podría hacer un viaje a la China sin temor alguno, porque creo que Dios me asiste y me asistirá misericordiosamente.

El 29 o 30 de este mes voy a Lambayeque por Lima: si en esta última ciudad hallo alguna colocación me quedaré allá, si no, paso a Lambayeque, a donde mi amigo me llama. Tengo para Lima muy buenas

recomendaciones. El doctor Ruiz Quevedo se digna de prestarme el dinero necesario: yo se lo devolveré por medio de una letra girada desde Lambayeque por medio de Miguel. Conque, ya ve usted que no hay razón para desasosegarse pensando en mi suerte.

Haga un cariño a todas mis hermanitas, y esperando los retratos de ustedes en la primera oportunidad, le pido me bendiga otra vez como a su hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Te agradezco las cariñosas y sentidas palabras que para mí te ha dictado el amor que me tienes. Dios permite todo lo que nos conviene; así que, en mis trabajos y en todo lo demás que me sobrevenga, no veo sino obras del querer divino, a las cuales debemos someternos con humildad y amor.

Dile a mi viejo José Méndez que le agradezco el pensamiento que me ha mandado; que, cuando lo recibí me pareció verlo a él componiendo el jardincito de la cuadra; que ponga en él bonitas flores, que plante sauces, que cuide de los alisos de la orilla, para que me reciba el día de mi vuelta.—A Panchita y Anita, que pongan flores en mi vaso, a mi Deifilia que siga siendo la madre en la casa, a Merceditas que le crie a maravilla al chiquito, a César que haga mis veces, a los criados que les recuerdo mucho, y a tí y a todos que pidan a Dios y a María por mí.

Lima, 14 de Diciembre de 1881.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

En Paita recibí cartas de ustedes, de lo que les

agradezco. Pensaba ir directamente a Lambayeque; pero no lo hice porque no había vapor caletero sino después de muchos días: por esto hice mi viaje al Callao; de aquí pasé a Lima, en donde estoy sin que ni habitación ni comida me cuesten un sólo centavo, porque Aurelio y Amadeo mis primos, no pueden por un instante concebir siquiera que yo gaste nada en comer ni en vivir en otra casa. Nada gasto pues; y mientras tanto un señor de aquí del lugar, me ha propuesto con instancia me haga cargo de algunas clases en su colegio, dándome además de una muy regular dotación, habitación y comida en el colegio.—Por esto y porque hay muchas cosas que aprender en esta ciudad, estoy inclinado a quedarme aquí, hasta que llegue el día del salvoconducto, en el cual precipitaré mi marcha para abrazarlas. Ojalá el P. Zoina y el doctor Miguel León lo consigan..

Aquí tengo muy buenas relaciones con los literatos de este lugar, y así mis días pasan agradablemente entre hermosas conferencias.—Así pues, nada me falta y todo lo tengo de sobra; por lo que, la plata que hasta acá traje, subsiste casi integra.—Tan bien me va aquí, que anoche no más tuve una reunión en casa de la señora doña Juana Anzoátegui viuda de Nash, quien me trató como me hubieran tratado las mejores amigas de Cuenca. Uno de los hijos de la señora, don Guillermo, me recomienda mil cariños para ustedes.

Todavía no resuelvo mi marcha a Lambayeque, y por esto les indico que me escriban a Lima, en donde queda recomendado para enviarme las cartas a Lambayeque un amigo mío. Escribanme pues, a Lima y no a Lambayeque.

Saluden al P. Galindo, y díganle que otra vez le escribiré, pues hoy no tengo lugar.

A Miquita, al tío doctor Vázquez y a mis hermanitas y a César, mil cariños.—A Miquita díganle que le escribiré por el correo próximo, porque hoy no me

queda tiempo, con motivo de visitas de algunos amigos.

Panchita mía, yo no la olvido; y al recordarla me postro de rodillas para recibirle sus bendiciones. Dios está conmigo, y todo va tan bien, que no tengo necesidad de ninguna clase. En el correo venidero les escribiré más largo. A mis hermanas mil cariños, y mientras tanto, no se olvide de bendecir a su hijo que le ama

Honorato.

Lima, 19 de Diciembre de 1881.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma.

Como le anuncié en mi anterior, que tan rápidamente le escribi, por estar con amigos cuando iba a cerrarse la administración de correos, me hallo por fin en esta Capital, gozando de buena salud, sin que ni aun la navegación me hubiese maltratado en mi viaje.

Se me han propuesto algunas colocaciones, como también le conté; pero creo que, por lo pronto, no admitiré ninguna de ellas hasta algunos días después, porque así me conviene, mientras ver cuál es la que debo preferir en vista de las circunstancias. Ante todo, debo asegurarle que, por ahora, no necesito recursos más de los que todavía tengo. En casa de Aurelio es en donde como, sin que hasta ahora me haya sido posible hacer por la comida gasto alguno, y vivo en una pieza que me ha señalado, pues tiene para sus negocios arrendada una casa muy cómoda. El primo se ha portado conmigo muy generosamente, y así es que me hallo muy reconocido de él.—Le saluda lo mismo que Amadeo.

Felizmente he recibido aquí las cartas que hacia

acá me han dirigido con fecha 2 de Noviembre, junto con la de mi Remigio.

Las misas que el día 30 de Noviembre y 2 de Diciembre ha mandado a decir por mí, han sido eficacísimas en gracias celestiales para su hijo Honorato. Todo mi viaje, mi conservación aquí, la perspectiva que para mis ocupaciones se me ofrece, todo, en fin, no es sino un continuo favor de Dios. Ahora, más que nunca, rueguen por mí, para que sea honrado y virtuoso.

He sido feliz en mis nuevas relaciones de amistad; pues me han visitado algunas personas notables, y me he visto con algunos literatos. Mis amistades son escogidas para que me honren, que es lo que ambiciono. Por esta parte, Dios hará que todo sea conveniente siempre con la dignidad.—La señora doña Juana Anzoátegui en cuya casa estuve, como les conté en mi anterior, es hija del General Anzoátegui y nacida en Cuenca; es una excelente señora que a cada paso recuerda de esa ciudad y mira con mucho cariño a los cuencanos.

Me encontré a bordo con el joven Felipe Serrano, que pasó a Chile: mucho consuela encontrar personas amigas en lugar extraño.

No iré todavía a Lambayeque, sino después de algún tiempo, mientras aprender aquí algunas cosas dignas de saberse, y que otra vez no podré hacerlo porque no se presentará la oportunidad. Por esto, las cartas dirijanme siempre a Lima, hasta nuevo aviso.—No tengan cuidado por mi seguridad, pues allá exageran mucho la situación en que está Lima: aquí todo está en orden, y no hay tampoco la escasez que pintan.

Haga un cariño a mis hermanitas, y bendígame siempre y no deje de orar un sólo momento por su hijo que se postra de rodillas para recibirle su bendición.

Honorato.

Mi Jesusita:

Tu cartita me ha llenado de consuelos y gratitud

por lo que me dices de tu vida análoga a la mía, en las circunstancias que tú sabes... Ciertamente hay necesidad de hacer lo que hemos hecho, porque así cumplimos un deber, y nada satisface más que cumplir aquello a que estamos obligados.

Ahora, por otra parte, si temen que yo escriba contra Veintemilla, no tengan cuidado: no es mio venir a gritar por la imprenta en estos mundos; eso es indigno, pues no indicaría sino mi venganza y mi rabia por mi destierro, venganza y rabia que no me honrarían jamás. Para no adular, no hay necesidad de venir a insultar: aun cuando escribiese yo aquí en algún periódico, escribiría cosas indiferentes, y *todo, todo* lo que escriba, lo haré con mi nombre, porque no tengo motivo por qué ocultarlo.—Por lo demás, aquí en Lima la vida no corre los peligros que allá suponen: hay seguridad, pues la policía chilena es muy activa y honrada.—No hay la carestía que suponen exageradamente.

La navegación no trajo consigo el mareo que me temía: el mar me gusta para verlo de lejos, pero le odio cuando estoy sobre él. Lima es una ciudad inmensa y llena de una gran población. Hay edificios y monumentos suntuosos. El cementerio es hermosísimo, con sus jardines y túmulos preciosos. Fui a visitar la tumba de nuestro compatriota don Vicente Rocafuerte. Te incluyo un pétalo de geranio triste que traje del cementerio.—De preferencia voy a Santo Domingo y a San Francisco a oír misa: el sábado último estuve en la primera iglesia, mientras los religiosos cantaban visperas.

Mi porte aquí, como me dices, debe ser mejor que el de allá: así lo haré, Dios mediante.—Saluda al doctor González Suárez y dile que le escribiré por el próximo correo. A mis hermanitas todas mil cariños, lo mismo que a César, los tíos y tías, Manuelito Burbano, las primas, a Pancho Farfán, Alvarado, Cuesta, a las señoras que me han saludado y a los Padres y sacerdotes amigos.—No ha tocado aquí el P. José.

A Dios, mi hijita, ruega mucho a Dios por mí,

agasaja a mi sobrinito y a mis criados y recibe un abrazo de tu ñato

Honorato.

Lima, 27 de Diciembre de 1881.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

Recibi su cartita de 10 del presente mes, y la lei con la ternura y amor con que leo las efusiones de su corazón. Esta vez más me colma usted de bendiciones: las recibo en mi alma y creo que me serán eficaces, ya que ellas parten de lo más íntimo de su corazón. No merezco que usted me hable con tanta ternura, y por esto mismo mi gratitud hacia usted es mayor cada día.

Que la paz de Dios habite entre nosotros, que nada la turbe, y que cada día que pase lo hayamos ido empleando en asegurar la posesión de esa paz codiciada. Los días pasarán pronto, y llegará el de la vuelta al seno de ustedes que es lo que vivo ansiando. Mientras tanto, téngame siempre presente en sus oraciones, porque las necesito mucho. En el Corazón de Jesús nos encontraremos, pidiendo usted por mí y yo por usted. A Dios!, mi Panchita, hasta el próximo correo! Bendiga a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

No puedo olvidar a Cuenca ni un sólo momento, y con la imaginación siquiera, me complazco en recorrer la ciudad, mis campos y mis caminos. Cosas muy hermosas se ven aquí; pero mi alma no puede gozar-

las porque ella está paladeando la miel de los recuerdos de la Patria, y al lado de este sabor exquisito todo lo demás desaparece.—Tengo libros que leer, así que por este lado me hallo tranquilo.

Fui a Santo Domingo: es un convento muy grande y tiene preciosidades en su construcción, entre las que sobresale el coro alto. Conozco la celda en donde San Martín guardaba la ropa de los enfermos: al alejarme de ella me revolví para verla por última vez. Al ver cerrada la puerta de la celda me figuraba que pronto aparecía en ella el negrito dominicano. Pasaba de un patio a otro pensando en estas cosas, y me encontré con un lego muy parecido al Santo, así es que al Padre que me acompañaba le dije: por ahí viene S. Martín.—Sí, me contestó, tiene el mismo color de nuestro Santo. Y en verdad es un lego flaco, negro y de alguna edad. Conoci también la calavera del Santo que la conservan en un altar de la capilla del convento.—De Santa Rosa no he visto, por lo pronto, nada más que el cofre que guarda sus reliquias depositadas en un altar de la nave derecha de la iglesia, y un altar elevado en uno de los sitios en que tuvo lugar uno de sus milagros. Alguno de estos días he de regresar al convento, para ver de más cerca estos lugares en donde han vivido los santos. El alma se humilla en estos sitios santificados por tanta virtud: me gustan tanto, que de buena gana viviera en este convento por algún tiempo.

Luego iré a San Francisco, ante las reliquias de San Francisco Solano. Yo les he de referir todo minuciosamente.—Fui al convento de San Pedro, en donde hay algunos jesuitas: tuve la buena suerte de encontrarme allí con mi antiguo profesor el P. Antonio Garcés.

Que no se aprensione Panchita por mi seguridad: aquello de que hay quienes corten las orejas, es una mentira: no hay nada, y todo está tranquilo, sobre todo desde que un cuerpo de tropa chilena hace

el servicio de policia; sin embargo, yo tomo mis precauciones y no me expongo a riesgo alguno.—Hay aquí flores preciosísimas, y en la Plaza del Mercado se encuentran de venta hermosos ramos de variadísimas flores, entremezcladas con singular armonia. A las inmediaciones de la ciudad me complazco de ver maizales en *señoritas*, y al verles allado de los sauces me parece que estoy en Cuenca, junto a ustedes.

Dejemos a Dn. Mariano Moreno y a cuantos me recuerden con odio, que cumplan su voluntad: que hablen mal si acaso quieren, que lo mejor que nosotros podemos hacer será callar, y no darnos por entendidos acerca de lo que ellos digan: el olvido de tales cosas es lo mejor, hija mía: con olvidar las ofensas se consigue el gran tesoro de la paz cristiana. A los que se acuerdan de nosotros con injurias, correspondámosles con olvidarles y hacerles bienes el día que podamos.

La carta del P. Miguel no la he recibido, pero si la del P. Galindo a quien escribo.—Cuando mi Danielito Mora vaya a Cuenca, háganle las demostraciones que puedan de gratitud por los servicios que tan generosamente me ha prestado.

No sabes qué impresión me produjeron las dos fotografías que me has mandado: se me revolió el corazón cuando conocí a mi sobrinito, vi a Merceditas y a César, padres de una nueva familia a quien Dios bendiga. Mucho les agradezco que me hayan hecho tanto bien con esos retratos, y de mi parte agradécele también al ñato, de quien espero que me vendrán los retratos de ustedes en cuanto le lleguen los útiles.—Aurelio cada día me tiene más agradecido: yo estoy complacido al haber encontrado a mis primos incansables en el trabajo e intachables por su honradez en sus negociaciones: me encargan saludos para toda la familia.

En uno de estos días ganaré el Jubileo del Año Santo, y entonces, al orar ante el sepulcro de los santos, me acordaré de todas ustedes. No se olviden de rogar a Dios para que yo sea bueno, aunque no sea afor-

tunado: esto debe importarnos poco. Rueguen todos los días a la Virgen para que nos veamos pronto y volvamos a reunirnos.—Saluda a todos los amigos y a todas las amigas que me recuerdan. Memorias a mis tios y tias, y abrazos para mis hermanitas y agasajos para mis criados. A Dios, negrita, hasta el próximo correo! Te abraza tu

Honorato.

Panchita:

Te agradezco tus cariñosos renglones que me has escrito, con tanto afecto y cordialidad. Ciertamente todo lo nuevo que veo casi puedo decirte que en lo más me es indiferente: todo lo que no es la Patria y la familia, va siéndome tal como si no tuviese fuerza para impresionarme. Pero en cambio, Dios me ha dado tranquilidad y buena salud.—Abraza a Deifilita, Merceditas, Anita y César. Saluda a mis criados, a José, y hazle un cariño a mi sobrinito. Tu

Honorato.

Lima, 4 de Enero de 1882.

Señora Doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita de mi alma:

Recibí su cartita del 17 de Diciembre. Ya ve que nuestra comunicación no está difícil desde Cuenca a Lima y no se interrumpe, gracias al medio que usted ha empleado. Me alegro de que hayan recibido carta de Miguel. Aunque pensé ir a pasar la Pascua con él, con todo, he decidido permanecer en Lima algún tiempo más. Deseo que le escriban por medio del Sr. Dr. Piedra, dándole las gracias. Si necesitara dinero, esta sería la oportunidad mejor para que me lo enviaran; pe

ro, como a Dios gracias, tengo lo necesario, no le indico que me mande nada.

¡Bendito sea el Señor que no ha permitido vengan nuevas desgracias a la casa! Así como ustedes oran por mí, lo hago yo también por ustedes: no nos olvidemos delante de Dios.—El día 31 de Diciembre comulgué para ganar el Jubileo del Año Santo. Por la tarde, en la Catedral recibí, también en nombre de ustedes, la solemne bendición dada por el Sr. Arzobispo en nombre del Papa.—Nos encontraremos siempre delante de Dios, que éste es nuestro único consuelo en la ausencia. El Año Nuevo me ha encontrado con muy buena salud: ls deseo, pues, mi Panchita, que este año derrame Dios sus gracias sobre usted.—A Dios! bendígame siempre y reciba el corazón de su hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Por hoy les escribo poco, para poder mandarles bajo la carta un regalo de aguinaldos: esas estampitas para ustedes. Yo deseaba escribirles más largo, pero lo haré por el próximo correo. Me has sorprendido agradablemente con esos versos míos al Niño Dios, y de los que no me acordaba: gracias, hijita; susúrrale al oído del Niño lo que comprendes me es necesario. Extraño mucho la Navidad de Cuenca; aquí no hay por ahora nada que indique estamos en estos hermosos días.—Distribuye esas estampitas, y aunque mando completas, por el próximo correo les enviaré otras. El S. José lo darás a mi viejo José Méndez en mi nombre.

El año que ha muerto ha sido de gracia para mí: haga Dios lo mismo en el presente, en que me será dado volver a verles.—A mis hermanitas, a César mil cariños, lo mismo que al chiquito y a los criados.—A Dios! hijita! Recibe el corazón de tu

Honorato.

Lima, 11 de Enero de 1882

Señora Doña Francisca Ochoa v. de Vázquez,

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

.....Tengo muy buenas relaciones de amistad, y éstas me favorecen con su afecto, siendo, desde mi salida de Cuenca hasta hoy, muy feliz en las amistades que he contraído.—No se aprensionen creyendo que me falten recursos; los tengo, y además, pronto me ocuparé en un colegio para el cual me han llamado.

La situación de Lima no es tan desfavorable como allá imaginan: los víveres son abundantes. Aquí nadie, a no ser el vago, puede morir de hambre. Por este lado estése tranquila sin temor alguno.—Yo, por otra parte, no me mezclaré aquí en asuntos de política así doméstica del lugar, mucho menos del Ecuador. Me falta tiempo para estudiar, y no estoy para desperdiciarlo en cosas que no me gustan.—Jamás dejen de orar por mí, porque necesito que Dios me ampare siempre, y no me deje entregado a mí mismo. Por esto pues, pida a Dios y bendígame, que de rodillas le recibe su bendición su hijo

Honorato.

Jesusita:

El 30 del mes pasado subí al cerro de San Cristóbal que domina la ciudad y los campos vecinos. Tenía a mis pies la populosa Lima dividida en dos partes por el río Rimac, y rodeada por los cuadros de verdura que ofrecen hermosos huertos tendidos a sus alrededores. Más allá veía el Callao extendido a la orilla del mar, cuyas aguas aparecían sombreadas a la ribera por los buques anclados en ellas. Si bien este espectáculo me era arrebatador, más me gustaba el que se me ofrecía al lado opuesto. Allí todo era verde, campiñas y sem-

brados, a cuyo centro el Rimaç viene dividido en un sinnúmero de brazos, que semejan una red de plata tendida sobre el tapete verde de una mesa. Al gozar de este panorama se me conmovió el corazón, porque hacía tanto tiempo que no veía campiñas y ríos. Paseé mi vista hasta que se ofuscase en las lejanas cordilleras, a las que, para serme gratas, no les faltaba sino ese azul hermoso que presentan nuestras montañas vistas desde lejos. Gran parte de la mañana me estuve en la cima del cerro, que no tiene en sí más belleza que la de ser un mirador, que en cuanto a sí mismo, el pobrecito es aridísimo.

Fui otra vez a Santo Domingo, y conocí la capilla que en el interior del convento han edificado en el lugar en que estaba la celda de San Martín. Pude, pues, ver de muy cerca los huesos del santo, y arrodillándome, acordarme de ustedes. En una caja que está en la misma capilla se guarda la madera del catre en que el Santo dormía. Del altar en que están sus restos he tomado de un florero esta hojita que te envío. Al lado de éste está otro altar en que se guardan los restos del beato Macías, de la misma orden de Predicadores. Luego fui a conocer la sala del Capitulo, donde en un altar está el Crucifijo, que según la tradición, es el que descolgó los brazos para abrazar a San Martín. Me dió miedo al ver este Cristo que tiene una fisonomía tristísima y mezclada con cierto aire de grave reconvencción.— Este convento, como el de San Francisco, tiene preciosidades artísticas en su edificio y una pila en medio del arbolado y jardín del patio.—La Virgen del Rosario del convento de aquí es muy inferior, como obra de arte, a la nuestra, y esto no es sólo un juicio parcial por amor a mi Vecina, sino que cuantos han visto la fotografía que de ella tengo, admiran el semblante de nuestra Morenica. No conozco todavía el Santuario de Sta. Rosa, edificado en el lugar donde ella vivía, pues cuantas veces he ido lo he encontrado con llave; pero me ofreció el sacristán abrirme la puerta uno

de estos días. Así, pues, luego te comunicaré lo que allí conozca.—Además de la hojita del altar en donde están los restos de San Martín, va otra (redonda) del altar del Beato Macías.—Van otras estampitas para que se distribuyan las que han quedado sin parte. Entre ellas, una de Santa Ana, para Anita, y otra de Santa Cecilia para mi compadre José María Rodríguez que, como buen artista y buen cristiano, es devoto de su patrona.—¿Cómo están ustedes en el piano?

Por casualidad he llegado a saber que el P. José estaba aquí en Lima en el convento de los Descalzos, y tuve el contento de pasar con él largo rato el día de ayer: al verlo me pareció que me encontraba con alguna persona de familia. Hoy mismo parte para Arequipa: hemos conversado largamente acerca de Cuenca. Cuando me encontré con él no me conoció sino después que le di mi nombre, pues me dice que estoy muy gordo. Ya ves, pues, que no te engañé cuando te aseguré que me hallaba muy repuesto de carnes. El Padre me dijo que les escribiría por este mismo correo, así es, que hagan pedir su carta.

A Dios! hijita mía, abraza a mis hermanas, a mi sobrino, a César, y agasaja a mis criados, y da recuerdos a cuantos de mí se acuerden y en primer lugar a los miembros de la familia. Hasta el otro correo. Encomiéndame a Dios, y recibe un abrazo de tu ñato.

Honorato.

P. S. Hace días que está enfermo el Sr. Dr. D. Ramón Borrero; acabo de verlo, y la enfermedad es de alguna gravedad.

Lima, 18 de Enero de 1882.

Señora Doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Panchita mía de mi alma:

Recibí su cartita del 31 de Diciembre, afectuosa como todas las que me escribe.—En cuanto a sus temores por mi seguridad personal en esta ciudad, le diré que todo lo que se dice por allá acerca de estas cosas, es exagerado. No hay peligros como los que allá suponen. Con todo, yo por mi parte, tomo las medidas necesarias para que mi conservación en este lugar sea pacífica y tranquila, sin exponerme al menor motivo que pudiese acarrearle alguna desazón. Por lo demás, Dios Nuestro Señor, me guarda con sus continuos favores, sin que hasta hoy tenga que deplorar mal alguno que en mi salud o bienestar me hubiese acontecido. La misma fe de usted en Dios y en María, es la que yo tengo, y esta misma fé nos consuela en nuestras tribulaciones, y ella ha de darnos la apetecida paz y ha de cumplir las esperanzas del cristiano.

En cuanto a la comodidad de la vida, le digo que aquí la paso mejor que la que tuve en Piura, sin embargo de que en esta última ciudad nada me faltaba. Por allá creen que todo está muy caro, porque oyen nombrar en soles el precio de una cosa. Se espantarán ustedes al oírme que un chaleco cuesta treinta soles; ¿más, cuánto es un sol de papel? menos que un real de los nuestros.

Ya pasaría a Lambayeque, de donde me llama Miguel; pero necesito estar algunos días más aquí, y luego marcharé a unirme con mis amigos que con tanta instancia y con tanto cariño me llaman. Los sesenta soles de plata que me prestó el Dr. Ruiz Quevedo en Piura están pagados ya por una letra que desde Lambayeque envió Miguel a este señor. Así pues, no debo nada, y todavía tengo recursos en mi poder hasta para comprar algunos libros. Por lo que veo, Dios se ha propuesto no olvidarme en su misericordia.

Delante de los lugares santificados por San Mar-

tin, Santa Rosa y el Beato Macías, no he olvidado de rezar de rodillas por ustedes, suponiendo siempre que ellos eran los encargados para mi custodia.

Abrace a cada una de mis hermanitas, agasaje a mis criados, visiten siempre a Miquita. A Dios! mi Panchita, y bendiga a su hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

No tengan cuidado por lo que pudiera acontecerme relativamente a mi carácter político en este lugar. A mí me cumple la más estricta neutralidad, tal como lo hago en mis palabras y en mis actos. En cuanto a política ecuatoriana, yo no me ocuparé en escribir cosa alguna sobre ella, porque no me cumple hacerlo, una vez que pudiera suponerse que desahogo las penas de mi destierro con invectivas contra quienes quieren ser enemigos míos, enemigos para quienes me es satisfactorio regalarles con el perdón de lo que me han hecho, y los deseos de una suerte próspera.

Me ha impresionado la noticia de la muerte de Adolfo Vega y de la señora Cobos. Yo averiguaré por la casa en donde vive la familia del señor Tizón para darte noticias de ella.

Les agradezco el envío que piensan hacerme por medio del señor doctor Belisario Piedra. Si esta carta les llega a tiempo, mándenme con este señor, algunos ejemplares de los «Sábados de Mayo», que están en la mesa grande; «La Luciérnaga» desde el N^o 2 hasta el 7, que están en un cajón en el suelo y una colección del «Correo del Azuay» hasta el último número. Sé que el señor doctor Piedra vendrá por Lima, y es probable que con él haga mi viaje a Lambayeque.

Agradécele a la *Galana* el recuerdo cristiano que ha hecho de mí y salúdala, lo mismo que a todos los criados, y al Pepé criado de mi sobrinito, a quien ya me figuro por la fisonomía simpática que me trae su

fotografía. A propósito de fotografía, tal vez por el otro correo les envíe un retrato mío, para que vean cómo estoy gordo y robusto.

El día 15, aniversario del matrimonio de Merceditas, estuve en el Santuario de Santa Rosa, que está edificándose en el lugar donde se hallaba la casa en que nació la Santa. De un jardincito existente al centro del templo que está fabricándose, les envío unas hojitas de un árbol de rosas. He de volver otra vez a este sitio venerable, y después de pasearlo diligentemente, te haré una descripción de lo que hubiese visto y sabido. Aquí a las golondrinas el pueblo las conoce con el simpático y poético nombre de *santa-rositas*, por la semejanza de su color con el de los hábitos de la bienaventurada dominicana.

Ayer fui a pasear el Palacio de la Exposición: me aseguran que hoy es sombra únicamente, de lo que era en tiempos mejores, y sin embargo, encontré sitios, jardines y edificios deliciosos por el arte y gusto que ha presidido al embellecimiento del lugar. A Miquita le hago una ligera descripción.

Abraza a mis hermanitas todas, da un beso a mi sobrino y haz cariños a mis criados. Saluda a los tíos y tías y primas de ambas familias. A Pancho Farfán, a Manuel Alvarado, al negro, a quien no quisiera ni aun contestarle la salutación por su ingrato silencio; a César y su familia, a Amalita y la suya, y en fin a cuantos se dignen de consagrarme un recuerdo afectuoso. A Dios, negrita, hasta el próximo correo. Tu ñato

Honorato.

Lima, 24 de Enero de 1882.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mia de mi alma:

Mi salud está sin novedad alguna, y por lo que hace a mi conservación, si bien de Lambayeque me insta generosamente mi hermano Miguel, quien sin embargo de haber pagado todos mis compromisos, me ha mandado una letra a mi favor; con todo, he resuelto conservarme en esta Capital en un Colegio.—El Director del «Instituto Científico» es el Sr. Dr. José Granda, quien me ha propuesto del modo más fino y cariñoso que tome algunas clases en su establecimiento. Yo he aceptado con gratitud esta oferta, y pronto pasaré a vivir en el establecimiento, en donde este señor, además de la renta que me dará por mi trabajo, me da también la habitación y la comida, franqueándome además de esto, una excelente biblioteca. El trato que hasta aquí me ha dado, sólo como amigo recién conocido, es para mí en extremo halagüeño. Una vez instalado en el Colegio, estaré contento con la vida retirada y silenciosa que siempre ha sido tan de mi gusto.

Paso a comunicarle una noticia muy penosa para los amigos y paisanos:—el doctor Ramón Borrero se halla tan gravemente enfermo, que creo que morirá. El 22 le dimos los últimos Sacramentos: hoy está mal. Algunos médicos creen que sanará, pero otros suponen irremediable la muerte. Las opiniones acerca de la enfermedad son varias; pero prevalece la que supone que es afección al hígado complicada con otra del estómago, sobre las cuales hay también la impresión moral que no deja de abatirle. Felizmente los paisanos y algunas amigas del lugar, nada dejan que desear por el celo y cuidado que despliegan en cuidar al pobre doctor. Hoy escribo a doña Dolores Galup de Borrero, noticiándole la enfermedad, pero no le hablo con tanta franqueza, para que el doctor Coronel, a quien le cuento lo que ocurre, busque el medio de hacerla sabedora de esta realidad alarmante. Por mi parte supongo que el doctor no sanará.

Yo tomo todas las precauciones necesarias para que mi salud no se altere.

En cuanto a lo que usted me dice del salvoconducto, hizo bien en no consentir que se me concediese a precio de la vileza que de mí exigían. Ahora se trata de que yo escriba al Presidente protestándole que no me mezclaré en política. Otros lo han hecho ciertamente, pero yo no puedo hacerlo, ¿y por qué?—A mi jamás me ha gustado la política, es decir, la bandería, la lucha de clubs, la locura de los periódicos aduladores, la compra de votos, en suma, ninguna de las escandalosas escenas en favor de una persona. Por esta parte y de este modo, pocos odiarán la política como yo. En esta política jamás me he mezclado, y pido a Dios, no mezclarme como hasta hoy no lo he hecho.—Ahora considere usted lo que estos señores exigen de mí. Ellos quieren que se les dé gusto en todo y si nó, lo reputan como enemigo. Cuanto ellos digan, ha de ser acatado; cuanto hagan, aplaudido; cuanto se propongan, secundado. Si no, como uno muchas veces por deberes de conciencia no puede cumplir con lo que ellos quieren, ya es reputado enemigo y como tal castigado.—Suponga usted que cualquier día mis deberes me prohiban darles gusto, siquiera en mi modo de pensar, ya dirían: «usted es nuestro enemigo político y sea castigado». Si ellos exigiesen de mí el respeto y obediencia a la autoridad en lo justo, la paz, el interés en favor del bien común, la observancia de la ley, etc.; no me exigirían sino lo mismo que yo pienso, lo mismo que constituye mi programa, y al cumplir con estos deberes, yo no haría sino cumplir con mi conciencia. Yo soy enemigo de las revoluciones porque mi religión me las prohíbe; y pido a Dios se digne hacer que jamás me mezcle en esos fatales acontecimientos que nunca hacen el menor bien a los pueblos sino a costa de males sin número.—Lo que a mí no me gusta es adular, mentir a la faz del público y dejar de cumplir con mis deberes sólo por miedo. Respetar a la au-

toridad no es sinónimo de adularla: yo he respetado la autoridad hasta de los Tenientes de pueblo, pero no he podido lisonjear al Poder, porque esas lisonjas no se avienen con la verdad.

La autoridad pública no tiene de qué quejarse de mí, tratándose de mi pluma: no la he mojado, a Dios gracias, en veneno ni podredumbre hasta ahora. Hoy mismo, después de mi destierro, tal vez esperaba que yo hiciese rebosar mi resentimiento en algún escrito; pero no tengo tal resentimiento, y aunque lo tuviera, lo ahogaría, porque más me gusta callar, que volver bravatas e insultos indignos por los males recibidos. Según todo esto, ni he tomado ni tomaré parte en la política tal como generalmente se entiende.

Pero, no es esto lo que se exige de mí: lo que se quiere es que yo haga protestas de amorosa adhesión, que me agregue a su bando y que todo yo, aunque escaso de méritos, contribuya a sus miras, si no directamente, a lo menos cumpliendo lo que de mí se pida, aunque sea a precio de la conciencia.—Además ¿cree usted que el Presidente exige de mí una carta en la que yo le diga que no me mezclaré en motines y revoluciones? Si esto me pidiese, lo diría porque mis ideas están conformes a esto; pero nó: en la carta exigirá que me humille yo, que abdique de mi dignidad, que me ofrezca como suyo, en suma, que rece un *Confiteor* ignominioso para darme una absolución comprada con mi honor, y usted jamás querrá guardarme a su lado perdida mi dignidad.

Mis enemigos tendrían motivo de fiesta si yo hiciese tal cosa. Cuando ahora se acuerdan de mí para continuar un odio para el que no he dado motivo, ¿qué no harían después de la carta que se me exige?—Más tarde puede ser que éntre en razón el General Veintemilla y me permita volver, sin exigencias como las de hoy, y si no, yo me iré a ocultas por Loja, para vivir perseguido y oculto aunque sea, pero al lado de usted. Mientras tanto, mis enemigos viven conten-

tos bajo la protección de su caudillo. Yo vivo tranquilo bajo la de un Señor que a sus súbditos gobierna con el amor, guiando y castigando con el amor. Este señor y dueño mío es *Dios*. El no me olvida hasta ahora, y espero en su misericordia. De Él vendrá lo que los hombres me niegan. Pidámosle que jamás me deje de sus santas manos, y que me sea siempre *camino, vida y verdad*.

Digale a Jesusita y a Panchita y a mi Deifilia que les escribiré por el próximo correo. Cariños a todas mis hermanitas, a César, a mi sobrino, y saludes a todos los amigos y amigas que me recuerden.—Ahí les mando mi retrato: por él verán que estoy robusto. Día llegará en que no sea una fotografía, sino yo mismo que vaya a estrecharles entre mis brazos. Agasajen a mis criados.

Ruegen a Dios por mí siempre. ¡A Dios, mi Panchita! Bendígame siempre como a su amante hijo

Honorato.

Lima, 1º de Febrero de 1882.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibí su cartita de 14 de Enero. ¡Gracias a Dios porque no ocurre ningún mal en el seno de la familia!—Jesusita me preguntó en una de sus cartas si era cierto que estaba yo con tercianas. Es completamente falso, pues hasta ahora no he tenido enfermedad alguna, y siempre uso de precauciones para evitar cualquier accidente desfavorable.

Ojalá se me consiga por el P. Zoina el salvoconducto, pero nó al precio que se exige de mí. En todo

caso, no olvide jamás de encomendarme a Dios, porque de El vendrá siempre lo conveniente. Le agradezco las oraciones que después de escrita su cartita iba a elevar en Santo Domingo, delante del Santísimo. Estas son las que me valdrán en todo tiempo.

Tal vez en esta misma semana iré a encerrarme en el *Instituto*: allí viviré contento y tranquilo, enseñando y estudiando.—No tenga pues cuidado de nada, mi Panchita, porque Dios no me olvida.

Me postro para recibir su bendición como su amante hijo

Honorato.

Hermana mía, mi Jesusita:

En el correo pasado no pude escribirte como deseaba, porque con motivo de la enfermedad del doctor Borrero no nos sobraba mucho tiempo. Considero que la familia de este señor habrá pasado una semana angustiosa con las cartas que les escribimos. Hoy tendré la satisfacción de anunciar a la señora el completo restablecimiento de su esposo. Estuvo tan mal, que los médicos le desahucieron, y ya estábamos tratando del entierro entre algunos paisanos. Hoy lleva ya cuatro días de estar en pie.

Me preguntas ¿por qué no me gusta el mar?: a Miquita le digo en la carta de hoy, porque ella me dice que yo hablo mal del mar, solamente por *miedo*: lee lo que le contesto.

Me angustia pensar que tal vez este año sea fatal para la agricultura, según la descripción que me haces de nuestros campos.—El día de mi vuelta quizás nos encontraremos en la cuadra para gozar del jardín del viejecito y de las faenas de mi Deifilia. Espero yo, como tú, que no se me cerrarán por mucho tiempo las puertas de la Patria. Lo que es, pedir mi salvoconducto al precio que se me exige, no lo haré. Dios facilitará cualquier otro medio que ponga a cubierto mi dignidad.

El Director del *Instituto*, a donde iré en breve, es un señor a quien le he sido simpático, y a quien debo, desde que acudi a su ofrecimiento, el trato más afectuoso y decidido en mi favor. Quiere que vaya a vivir con él. Así que, volveré a mi querida vida de silencio y de encierro.

Tengo en mi *cuarto* algunas macetas: de una de ellas te mando una hojita de malva. Gracias por el recuerdo continuo que de mi haces ante Nuestra Señora y Vecina. Yo hago lo mismo cada vez que voy a Santo Domingo, delante de la Imagen sagrada ante la cual solía orar Santa Rosa. De todas ustedes me acuerdo cuando oro ante los altares de las iglesias, o cuando conozco algunos de los lugares en que los santos han dejado recuerdos.

Saluda a todos los amigos y amigas que me recuerden. Especial recomendación para tios y tias y las primas. A Dios, mi negrita, hasta el próximo correo. Escribanme siempre a Lima. Recibe un abrazo de tu ñato

Honorato.

Mi Deifilita:

Te agradezco el parrafito que me dirigiste en la carta, fecha 7 de Enero. A todas ustedes las tengo tan presentes, que no las olvido un momento. Rueguen mucho a Dios por mí.—Saludes a Merceditas, Anita, César, Manuel, a los primos Vázquez y a la familia Chica. Los primos y el joven Morales les saludan a todas ustedes. Recibe el corazón de tu

Honorato.

Mi Panchita:

No te aprensiones porque me falte algo, pues todo lo tengo desde la buena salud. Ese mismo Dios en quien confías, es Quien me favorece continuamente. Saluda a las tias, a Benigno y Pepe y a sus fa-

milias, lo mismo que a la familia Beltrán. Haz cariños a mis pobres criados y agradéceles sus recuerdos. Da un beso a mi sobrinito y recibe el corazón de tu

Honorato.

— — —
Lima, 6 de Febrero de 1882.

.....
Mi Jesuita:

En la carta de 24 de Diciembre me vino un pensamiento de nuestro viejo José; agradécele mucho.— La Noche Buena de ustedes ha sido hermosa, pero amargada sólo por mi ausencia. Dios les pague las oraciones que por mí han elevado y la hermosa comunión que tan extraordinariamente se les ha permitido hacer por mí en la misa de la media noche.

Tus versos me han gustado mucho; están expresivos y bien medidos. No dejes de escribir jamás en prosa y en verso. Deja, pues, la timidez a un lado.

Me aflige el amenazador estado de nuestros campos: Dios se compadezca de nosotros.

Yo estoy muy bien en mi salud: ya de esto podrían juzgar por carta del P. José y por mi retrato. Recursos no me faltan. Dentro de dos días iré a vivir en el Instituto del Sr. Dr. José Granda, de quien cada vez me hallo más grato; lo mismo que de las amistades que con su afecto me han favorecido.—Aquí todo está tranquilo, así que no hay motivo para que se aprensionen por mi seguridad.—Escribanle a Miguel por sus nuevas muestras de generosidad.

Saluda a las amigas y amigos que me recuerden, a los PP. de Santo Domingo y a los sacerdotes que me envían recuerdos.—Cariños a mis tíos y tías y primos, y agasajos a todos mis criados y peones.—En

comiéndame a Dios, hijita, y recibe un abrazo de tu ñato

Honorato.

Mi Deifilia:

Te saludo cariñosamente, y te ofrezco llevar unas buenas semillas de hortalizas, para que te afañes en proporcionarnos los cuidados con que siempre te has mostrado solícita. Consérvate bien, mi hijita. Te abraza tu

Honorato.

Panchita:

Gracias por los recuerdos que has hecho de mi el día de mi santo. Quiera Dios que el 82 lo pasemos juntos, haciendo entonces recuerdos de estos días de ausencia. No sé si esta carta les llegue antes de carnaval: en todo caso, les deseo buenos carnavales y que jueguen en mi nombre.—Tu

Honorato.

Anita:

Las pascuas del año venidero creo que las pasaremos juntos. Mientras tanto Dios te bendiga, como yo también lo hago. Tu

Honorato.

Lima, Febrero 14 de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

Desde ayer estoy viviendo en el Instituto Científico: gozo aquí de paz, de silencio, de la afectuosidad de la cristiana y piadosa familia del Sr. Dr. Granda, y

hasta de un bellissimo jardín para mis paseos.

En cuanto al salvoconducto, si lo consiguen los amigos ¡bendito sea Dios!; si no lo consiguen ¡sea también mil veces bendito! Le ruego que no lo solicite. Dios Nuestro Señor me proporcionará medios de ir a abrazarla viaiendo a ocultas aunque sea para pasar escondido toda la vida, pero al lado de ustedes. Mi viaje por Loja no ofrece peligro alguno.— Yo confio en que las oraciones de usted, harán que el Cielo me bendiga. Tampoco dejo de encomendarla todos los días, a fin de que tenga usted paz, tranquilidad y consuelo durante mi ausencia que en verdad no será larga. Se postra para recibirle bendiciones su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Me tienes por fin gozando de la ansiada paz al centro de cuatro paredes. La única pena que he tenido ha sido la de separarme de mis primos, pero por algunos días más todavía puedo ir a verlos y comer con ellos algunas veces. Por lo demás, la casa en donde vivo, desde sus inmejorables moradores, hasta el jardín que edidan, es toda ella a propósito para cumplir mis ambiciones de vida retirada, tranquila y pacífica. El 1º. de Marzo empezarán mis tareas que completarán mis aspiraciones constantes de trabajo. No me he obligado con el Sr. Director para tiempo determinado, por lo mismo que mi conservación aquí es contingente.

Gracias por el deseo que me expresas de vestir del azul de nuestras montañas las áridas cordilleras que aquí rodean esta hermosa población: comprendo que así quisieras tú poner el cariño que me tienes, en el corazón de cuantos me traten, para que me quieran como tú me quieres. En cambio y ya que esto no es posible, Dios está en todas partes, y con El se puede conversar a toda bora. Para acercarnos a El no hay Presidentes que nos lo impidan, ni destierros que

nos aparten de nuestro Padre, a no ser nosotros mismos que nos apartemos de los campos del bien, y vamos a ponernos en prisión lejos de ellos. Por esto, pide siempre a mi Vecina que no deje de mirarme con esos ojos negros y compasivos que tiene para volverlos a sus hijos que la llaman con amor.— Yo con la fé puesta en Dios nada temo, y por esto miro con serenidad mi suerte que hasta ahora tampoco me da más motivo de queja, que el de la ausencia de ustedes. Si en vez de ser halagüeña como hasta ahora lo es, me fuese adversa, no me arredraria, porque al acordarme de que hay Dios en el Cielo, me rio de cualquier temor que pudiese asaltarme por mi mala suerte. Confiemos siempre en Dios, y nuestro corazón estará tranquilo.

Agradece mucho a mi comadre el grupo de cabellos que de su primogénito me envia: lo guardaré como un precioso obsequio y grato recuerdo de la infancia de mi sobrinito.

Antonio Morales les saluda. La novia es una excelente señorita por sus prendas. Si la Sra. mamá habla con ustedes diganle el juicio tan favorable como he formado de esta niña.— Les recomiendo que continúen sus lecciones de piano, pues de lo contrario yo me enojaré porque no me complacen en un deseo tan justo como el que siento.

No he podido entrar otra vez al santuario de Santa Rosa, y por esto no te describo algunos otros recuerdos que de la Santa existen aquí. En otra te hablaré del Hospital del Dos de Mayo y de algunas otras cosas que he conocido.— Saluda a Deifilita, Merceditas, César, Anita, los criados y a cuantos amigos y amigas me recuerden, especialmente a Remigio, Farfán y Mosquera.

A Dios, mi hijita, ruega siempre por tu ñato

Honorato.

Mi Panchita:

Me alegro de que te haya gustado la estampa que

te mandé. Sé pues, devota de ese Niño que tanto enseña a los niños y a las vírgenes con quienes le gusta más vivir.

Te abraza tu

Honorato.

Lima, Febrero 22 de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

El Sr. Dr. Piedra se ha servido entregarme las cartas que me han enviado ustedes, y además unas encomiendas. Yo siempre le había dicho a usted que no me enviase dinero, porque no lo necesitaba. ¿Creía usted que la engañada? Nó, y por esto, al recibir ahora la cantidad que se ha dignado de mandarme, la he recibido con pena, porque Dios sabrá los sacrificios que a usted habrá costado reunir aquella suma que hubiera estado mejor invertida en atender la necesidades de allá. Bendígale Dios, Panchita mía, y páguele El lo que yo no puedo. Siento en el alma, eso sí, que se me haya destinado una cantidad que yo hubiera querido fuera para ustedes y no para mí. Reciba pues, la expresión de mi ternura y gratitud filiales, y el deseo que, en cambio, tengo siempre de poder serles útil alguna vez.

Si bien hubiera podido pasar carnales con juego, me he abstenido, aún al extremo de no ir siquiera a comer ni una vez con mis primos. En cambio, en casa del Sr. Dr. Granda han discurrido estos tres días en la más agradable calma, y con el contento que inspira el trato exquisitamente culto y delicado de este Sr. y de toda su familia. Horas tranquilas, esto bastaba a mis deseos, pero la realidad ha excedido a ellos,

dándome esos encantos que tiene la vida de familia, vida a la que desde mi salida de Cuenca he sido extraño, y que desde hoy me presta esa animación que tanto he echado de menos. Aquí en esta casa he sido acogido cariñosamente desde la primera vez que fui conocido: ahora cuando vivo en ella, yo no tengo sino motivos de gratitud por el trato afectuoso que recibo.—Leo, estudio, y cuando me fatigo, voy a un hermoso jardín que hay en la casa, veo agua, contemplo árboles, tomo flores, juego con niños y regreso a mi cuarto a mis tareas.—Bendito sea, pues, Dios que siempre sigue favoreciéndome! Como si hubiera estado yo con usted, me prohibi yo mismo cualquiera distracción en este carnaval, y gracias a Dios he cumplido mi propósito. Yo necesitaba siempre tener alguna persona a quien respetar como a usted, porque a mi mismo se me hacía duro vivir entregado a mi propia voluntad; y ahora se ha cumplido mi constante deseo con la presencia del señor Director de este establecimiento, en quien quiero ver, no sólo a mi superior en la enseñanza, sino al representante de la autoridad que usted tiene sobre mí, autoridad a la que siempre me será consolador vivir sujeto.

A Dios, mi Panchita, hasta el próximo correo. Envíe sus bendiciones a su hijo que se arrodilla para recibirlas.

Honorato.

Mi Jesusita:

Ni tú ni Panchita me han escrito ahora, seguramente para huir el bulto cuando las reconvinga por el dinero que me han mandado. Les agradezco, hijita, este favor más que me han hecho, yo no sé con cuántos sacrificios. Saluda a los amigos que me recuerden y ora por tu fiato

Honorato.

Mi Deifilita:

Te agradezco tu afectuosa cartita que me ha entregado el señor doctor Piedra junto con unas encomiendas. De todo les agradezco con el corazón. El señor doctor Piedra me tiene muy reconocido por las ofertas que aquí se ha dignado de hacerme nuevamente para cuando pase yo a Lambayeque, a donde no iré sino después de algún tiempo.—Saluda a todas mis hermanitas y agradéceles también la parte que han tomado en el envío de la encomienda. Hazles un cariño, y a Merceditas con César y el chiquito. Recibe el corazón de tu

Honorato.

Mi Panchita:

Te quedo reconocido por tus frecuentes cartitas que me muestran tu cariño. Da un abrazo a Anita, saluda a quienes me mandan saludos. Agasaja a los criados y no olvides a tu

Honorato.

Lima, 1º de Marzo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Están en mi poder sus dos queridas cartitas de 4 y del 11 de Febrero. Págueme Dios, mi Panchita, lo que me ha mandado usted con el señor doctor Piedra: todo lo he recibido, sufriendo eso sí con la idea de que ese dinero le habrá costado algún sacrificio.

Al tercer día de ayuno tuve una ligera indispo-

sición: he dejado de ayunar porque así me lo ha aconsejado un médico. La familia del señor Director se dignó de atenderme, y mejoré muy pronto.

Me alegro mucho de que usted piense como yo en cuanto a negarme a escribir al Presidente. Esto no conviene por las razones que le expuse: así pues, esperemos en Dios, Quien se servirá hacer las cosas como convenga a su gloria y a nuestro bien. Yo no sufro, antes bien, estoy tranquilo y dando gracias a Dios por tantas cosas que ha permitido para mi bien. Mi espíritu está fuerte y mi ánimo sereno. Por esta parte quiero que usted esté tranquila sin recelo de ninguna clase.—En cuanto a mi retrato, creo que se han equivocado al suponerme que he encalvecido: los ojos del cariño les hacen ver que el pesar ha dejado allí sus huellas, pero no es así, mi Panchita, pues estoy lo mismo que antes, y si se ha caído algo del pelo será por el calor.—Por el próximo vapor escribiré al P. José y le incluiré su cartita. Siento que nuestro P. Miguel ya se nos haya ido. Aquí está el P. Garcés, mi antiguo profesor de Matemáticas.

A Dios, mi Panchita! Ore siempre por mi y bendiga a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Hoy comienzan mis tareas de Colegio, de lo que me hallo sumamente complacido.—Muy desazonado estaba con la extremada sequía que amenazaba nuestra agricultura; pero hoy felizmente “suena ya el Matadero”, como me dices, “y los corazones se tranquilizan con la esperanza de los frutos de la tierra”.—¿Dime qué fecundidad admirable ha tenido mi renta que, después de algunos otros gastos, todavía ha sobrado para incluirse en la cantidad que me han enviado? Aquí les cogí en la trampa, pues no pueden ocultarme que están ustedes haciendo sacrificios por mi: no los hagan, mi

hijita, te lo suplico.

La vida que aquí llevo es muy pacífica y por lo mismo halagüeña. El tío Juan Bautista me escribe también que el Presidente no le contesta claramente nada, por la muerte del Gral. Maldonado: si por medio de otras personas viene el salvoconducto, bendito sea Dios: lo que es por medio de una carta mía, no lo quiero, como ustedes han comprendido por lo que les dije.

Salúdale a José María Heredia y dile que me alegro de su restablecimiento.—Cada vez que me hablas de mi sobrinito es como si me bañases con perfumes: me parece verlo tan inquieto y travieso y robusto y vivo, gracioso como me lo pintan. Háblame siempre de él, de este consuelo de mi hermana, de mi Mercedesitas.

Da un abrazo a mis hermanitas, saluda a César y su familia: a toda la mía mil cariños, y recuerdos a los amigos y amigas que no me olviden; hazles un cariño a los criados y a mi viejo José.—Ojalá la nueva campana salga digna de nuestra Vecina, cuya fotografía la tengo en mi mesa de escribir. Mis primos las saludan cariñosamente. Ora mucho por mi, como hago yo por ustedes. A Dios, mi hijita, te abraza tu

Honorato.

Mi Anita:

Me alegro de que la estampa que te mandé te haya gustado. Consérvate bien, y recibe un cariño de tu papá

Honorato.

El Dr. Borrero sigue en su convalecencia: pronto irá al Callao a darse baños de mar. Saluda a mi compadre José María Rodríguez.

Lima, 3 de Marzo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita de mi alma:

Sigo bien, y ocupado en las tareas escolares que requieren mi atención. A la calle salgo ya raras veces, y esto sólo de día, pues no tengo necesidad de hacerlo, y mejor estoy aquí en el establecimiento, en donde el trato afectuoso del Sr. Director nada me deja que desear, y sí mucho que agradecer por las atenciones que se digna de prodigarme. Dios me ha ayudado siempre en esta parte, pues ha hecho que hasta aquí tenga yo la felicidad de ser bien tratado por cuantas personas me han conocido. El día que me separe del Dr. Granda, lo sentiré verdaderamente, y siempre guardaré gratos recuerdos del tiempo que con él viva.

Yo tomo muchas precauciones para no enfermarme: dado caso que ocurriese, la asistencia no me faltaría en el seno de esta cristiana y afectuosa familia.

Mientras tanto, oremos ustedes por mí y yo por ustedes, hasta que el Cielo ponga término a la ausencia; y usted no escasee las bendiciones que le pide su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Te recomiendo que el día de San José comulguen por mí, y den un saludo de cumpleaños a Chépita, a los Pepes Ochoa y Beltrán, a mi compadre José María y a nuestro viejo José Méndez, en nombre mío.— Te mando una estampita de la Virgen, para que la pongas en mi cuarto. La envío de guía, y para que, marchando por los caminos por donde he de ir, por favor de Dios, vaya a esperarme allá con esos sus brazos abiertos y con su lindo Niñito en el seno en ademán de lla-

mar y dar un abrazo disputándolo a su Santa Madre. Que los sábados no le falten flores, y siempre tenga en los labios de ustedes una oración por mí. Ella les ha de contar mi vida, Ella les ha de hacer compañía por mí. Cuando me recuerden vayan a conversar con Ella, cuando estén tristes vayan a ver su amoroso semblante y el de su Niñito que está convidando alegría, y besen a Madre y a Hijo, esos pies en que he puesto mis labios pensando en ustedes.—Tengo confianza en que las veré pronto: haga el Señor que la realidad se conforme a mis deseos.

¿Cómo está Merceditas? ¿César hace algo en su profesión? ¿Manuelito Burbano estudia? Indícame estas cosas, pues me interesa saberlas.

El día 5 falleció aquí la Sra. Dña. Tomasa Rendón, guayaquileña, esposa del General Salazar: esta es pérdida notable, por las virtudes y méritos de tan cristiana y estimable señora.

¿Sigue lloviendo allá? ¿No nos amenazan todavía fatales presagios de pérdida en nuestros campos? Yo estoy ansioso también de lluvia, porque no la he visto desde que dejé Cuenca.—Abraza a mis hermanitas todas, acaricia al chiquito, saluda a César y a toda nuestra familia, y a cuantos amigos y amigas me recuerden. A Dios, mi negrita, recibe un abrazo de tu

Honorato.

Lima, Marzo 15 de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca..

Panchita de mi corazón:

Hoy contesto a dos cartitas de usted del 18 y del 25 de Febrero que me han venido juntas, pues la primera se ha retardado en Guayaquil, por lo que en el

correo pasado no tuve comunicación.— Yo no dejo de escribirles en ningún correo; así pues, si no reciben mi carta cada jueves, será o porque ésta demora en Guayaquil, o porque se extravia.

Yo estoy bien en mi salud, pues no continué el ayuno como antes. Los paisanos y en especial el Dr. Borrero, me *raspearon* por el ayuno. Como un médico me lo hubiese prohibido, no lo hago como en los primeros días.

Tengo a mi cargo en el Instituto ocho clases. En otros tiempos esta ocupación me hubiera proporcionado una buena entrada, pero lo que es hoy lo veo difícil. Con todo, al fin del mes sabré cuánto se asigna a mi trabajo, y creo que será suficiente a cubrir todos mis gastos aquí. Por esta parte tranquilícese usted, y no vuelva a acordarse de mis necesidades que son pocas, y que se satisfarán con lo que mi trabajo me produzca.

El día de la Encarnación les encargo que comulguen allá, como yo lo haré aquí: ustedes por mí y yo por ustedes pediremos a Dios en ese día. Oremos separados hasta el día no lejano en que volvamos a vivir bajo el mismo techo. Reciba, mi Panchita, en sus brazos a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

En cuanto a tus temores sobre la fiebre amarilla, te diré que, en caso de que aparezca en Lima, yo no demoraré mi salida, pues no quiero tenerlas a ustedes con temor. Saldré de aquí, o bien a otro lugar de la República, o mejor iré fugitivo a Cuenca. Por esta parte esténse tranquilas, pues no seré tan temerario que me exponga a un grave peligro. La vía más segura parece la de Loja, en caso necesario.

Me alegro mucho, muchísimo de que siquiera el último día de carnaval hayan jugado. Hicieron bien de atender a esos jóvenes a quienes los he creído siempre

nobles en su porte. Yo no jugué porque no quise salir de la casa del Dr. Granda a ver a ninguno de mis amigos y amigas; pero en cambio esos tres días me fueron muy agradables en la tranquilidad de la familia del Sr. Director.

Abraza a todas mis hermanitas, devuelve el beso que de mi sobrino me envía Merceditas, saluda a toda la familia, agasaja a mis criados y recibe el estrecho abrazo que te envía tu ñato

Honorato.

El Dr. Borrero y Morales me encargan saludos para ustedes.

Lima 22 de Marzo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su cartita de 4 del presente. Gracias a Dios no hay novedad alguna en el seno de la familia. Con razón me dice usted que debemos dar continuas gracias a Dios Nuestro Señor por los beneficios que viene derramando sobre mí. Cuando yó, previendo el caso de mi destierro, le decia a usted que todo lo que suceda ha de ser lo conveniente, era porque tenia fe en ello. Hoy lo ha patentizado Dios, de un modo especial.....

Le saludan los primos Aurelio y Amadeo, el Dr. Borrero y Antonio Morales. Devuelva los saludos que me han enviado Herlinda y Dña Carmen Franco. A Dios, mi Panchita, bendigame siempre como a su amante hijo.

Honorato.

Mi Jesusita:

Los consejos que me das acerca del cumplimiento de mis nuevos deberes son muy justos, tanto más, cuanto me hallo entre gente extraña. Hasta aquí felizmente he sido muy bien tratado. He tenido algunas invitaciones en casas amigas pero no he asistido intencionalmente. Más me place el silencio de mi habitación, que la animación y alborozo de una fiesta. Algunas personas extrañan mi carácter, pues en vista de estas cosas, creen que soy algún misántropo, pero yo me rio interiormente de que reputen a misantropía lo que me es natural, atenta la vida silenciosa que tan de mi gusto ha sido.—Te agradezco que me hayas encomendado a Santo Tomás de Aquino: este es un gran amigo por su santidad y por su ciencia.—Me alegro de que hayan visto al Dr. Carrión, mi inolvidable compañero de Piura.—Cierto que pensé aprender algo en un taller de marmolería, y a este fin hablé con un marmolista, quien se me brindó, pero como no dispongo de tiempo sobrado, se me dificultará aquello.

Siento la muerte de Dña. Carmen González, y deplo-ro el mal estado de la salud de nuestro Dr. Cueva, mi querido maestro, que después no se desdeñó de llamarme su amigo.

Ciertamente no le he escrito a Miguel Toral. Si no lo hago hoy, lo haré por el próximo vapor. Comunicame de todas las personas que las han asistido y las asisten en mi ausencia: es una deuda de gratitud que hay que pagar siquiera con un recuerdo. Al Sr. Deán Arévalo le escribiré pronto. ¡Tan bueno es este señor!

A mi compadre Darío no le he escrito todavía, pero lo haré muy pronto. Sería imperdonable mi silencio.—Les saludan los primos que tanto me quieren y me echan de menos cuando no voy algunos días a verlos. Un abrazo a todas mis hermanitas, un beso a mi sobrinito, saludes a tios y tias y demás familia.—¿Cómo están en el piano?—A Dios, mi hijita! recibe un apretado abrazo de tu ñato.—Honorato.

Mi Deifilita:

Me alegro de que estés buena, y gozando de mi sobrinito a quien tanto quiero sin conocerlo aún. Te absuelvo, mi hijita, del pecado que me dices has cometido con la falta de una palabra en la carta. Las semillas te las mandaré poco a poco bajo las cartas.—A Dios! oren siempre por mí, hasta el día feliz en que nos veamos. Tu

Honorato.

Lima, 29 de^a Marzo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Está en mi poder su querida cartita del 11.—Me alegro de que le haya gustado mi colocación en el Instituto, y de que por esta parte siquiera me sea dable tranquilizarla.—Las bendiciones de usted y sus frecuentes oraciones serán eficaces para mi suerte. El Cielo hará misericordiosamente todo lo que más nos convenga; así es que debemos vivir confiados en su protección soberana. Mutuamente encomendémonos a Dios y todo será lo mejor. Las encomendé a usted y a mis hermanitas en la comunión que hice el día de la Encarnación, día en que ustedes también habrán comulgado por mí.

Esta noche se casa Antonio Morales.—El estaba hecho cargo de la inspección general del establecimiento, y se ha separado de común acuerdo con el Director. Probablemente dentro de pocos días marchará a Cuenca, él solo, a arreglar ciertos asuntos domésticos y volverá a Lima muy luego para regresar de nuevo a Cuenca con su esposa, si así le conviene, pues lo que es trabajo aquí no le falta.

A Dios, mi Panchita, bendiciéndome recibame en sus brazos como a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Les recomiendo que atiendan siquiera con recados a la enfermedad de Dn. Manuel Moreno.

Me alegro de que la fiesta de Sto. Tomás haya sido solemne como la del año pasado. Dime si en la Universidad ha habido el acto literario que se decretó.—Me dices que satisfaga tu curiosidad de mujer, respecto de lo que allá se dice de los que me han proporcionado mi colocación en el Instituto; pero como no me determinas qué es lo que dicen, no puedo contestarte como deseas. Avisame en qué sentido se habla, y quedarás completamente satisfecha. Por hoy lo único que puedo decirte es que el Sr. Dr. Granda y su familia son atentos y cariñosos, y que se dignan de demostrarme un sincero afecto; que su educación es esmerada desde lo religioso hasta lo que sirve de adorno; que hay verdadera poesía de hogar doméstico, desde el corazón virtuoso hasta el jardín lleno de flores, porque la ley de Dios preside los actos de esta piadosa familia.—Yo te mandaré las semillas que me pides con tanta poesía en tu empeño, poesía igual a la que tiene el hecho de que a mi sobrinito lo lleven a mi cuarto cuando están escribiéndome las cartas para acá.

Ya puedes conjeturar la pena que me daría la noticia de la muerte de nuestro Josecito, a quien tanto quisimos. Pobre Panchita! creo que se ha dominado mucho para escribirme resignada. Las considero a todas ustedes, pues a mi mismo me ha hecho sufrir la muerte del muchachito. ¡Feliz él que está ya en la Patria!—Léele a Bartola las líneas que le escribo.—A Dios, mi hijita, abraza a todas mis hermanitas, y ora mucho por tu ñato

Honorato.

Mi querida Bartola.

Me ha hecho sentir mucho la muerte de Josecito, pues tanto lo queríamos. Cuando lo llores, llóralo consolada, pensando que está en el Cielo junto con su hermanita, y que desde allí pedirá a Dios por nosotros.—A Dios, hija mía, no te olvides de servir a la familia en mi nombre. Tu afmo.

Honorato.

Lima, 5 de Abril de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su cartita del 18 de Marzo. Gracias a Dios no ocurre ninguna novedad con ustedes, así como tampoco conmigo.....

Yo estoy aquí siempre grato por la confianza y estimación que la familia se ha dignado de franquearme. Cada día encuentro más prendas en ella, en el recinto de virtudes en que vive.—Por recursos no se aprensione: no tengo ningún gasto mayor que hacer, y con lo que produzca mi trabajo tendré lo necesario. Siempre bendigo a Dios por los favores que me ha hecho. Esto sólo bastará para que usted se consuele de mi ausencia, y para que juntos esperemos que pronto termine esta separación.—Mañana, Jueves Santo, ustedes allá y yo aquí, pediremos a Dios por nuestras necesidades mutuas.—A Dios, mi Panchita, bendígane siempre como a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

He aquí las clases que dicto: Religión, Literatu-

ra, Geografía, Historia antigua, dos cursos de Latin, Literatura explicada, Dibujo. Además de esto, tengo el curso de lecciones familiares de Literatura, a dos niñas del Sr. Director, que espero harán rápido progreso, merced a su buena inteligencia y dedicación. Morales pronunció su discurso, no en la apertura del curso sino en la distribución de premios.—Gracias por los consejos que me das acerca de mi manejo aquí en donde soy extranjero.

Gracias a que el sobrinito le ha robado cariño, habrá podido consolarse Panchita de la muerte de su cholito. Cada vez que me hablas del primero quedo satisfecho, como si lo tuviera a mi lado.—Me tranquilizas al noticiarme de que no ha sido menester un sacrificio para la remisión que me hicieron de ese dinero.

Lo que me dices acerca del regreso de Miguel, es cierto. Para entonces procuraré que ese puesto se llene conforme a mis deseos. La noticia de la muerte del Sr. Dr. Cueva, me ha hecho sentir mucho, pues siempre lo he querido y le he sido grato por el cariño con que me ha distinguido. ¡Quién hubiera creído que el adiós que me dió en la prisión hubiese de haber sido el último! Hoy escribo por medio de mi tío el Dr. Vázquez una carta a la señora viuda.

He visto esa publicación de que me hablas y en la cual se trata de mi destierro.

¡Pobre Barbarita Monroy, fué a morir en tierra extraña! A mi regreso voy a encontrar vacíos muchos puestos. Yo aquí tomo muchas precauciones para no enfermar, y en caso de que esto resultara, hay personas caritativas y cariñosas que me asistirían. A fin de consagrarme a mis estudios particulares, he pedido se me exonere de algunas clases en el Instituto. Más prefiero ser pobre con un libro en qué estudiar, que rico ignorante.

Deplorable es la desgracia del joven Tizón. ¡Tal es, hija mía, nuestra fragilidad, que todos los días de-

bemos encomendarnos a Dios! Si es cierto el Ministerio de Dn. Mariano Moreno, estará muy contento este señor.

Abraza a mis hermanitas todas, da un beso a mi sobrinito, saluda a César, a su familia y a todos los amigos y amigas que me envían sus recuerdos. No te olvides de los criados. A Dios, mi hijita, que Dios te guarde! Recibe un abrazo de tu ñato

Honorato.

Lima, 11 de Abril de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

Recibí su querida cartita de fecha 25 de Marzo. No tenga recelo alguno por el estado sanitario de esta ciudad, pues no hay aquí fiebre amarilla, según informe de médicos comisionados al efecto por las autoridades. En caso de haberla ya me habría retirado de aquí, o bien hacia el Ecuador por Loja, o a algún punto del interior del Perú.

Con el alma les agradezco las misas que por mí han mandado decir, y las oraciones que me dedican ustedes allá cotidianamente. Esto es lo que me hace y me hará feliz. San Martín y Santa Rosa, como dueños de casa, cuidarán de que mi conservación en esta Capital sea feliz en todo orden, como lo deseamos. Tengo tal fe en la Divina Providencia, que no me inquieto por mi suerte. Vivamos con esta confianza ilimitada y Dios querrá que pronto nos unamos.—Siempre me tendrá de rodillas para pedirle que me reciba un abrazo en cambio de sus bendiciones.—Su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Orar a Dios por los que nos odian, hacer bien a los que nos aborrecen y persiguen,—esta es la ley que tenemos que cumplir siempre. Me alegro de que haya llegado la estampita y te agradezco la ternura con que por este motivo me hablas.—Les mando a ustedes unas muestras para zurcidos que tanto les gusta. En cuanto llegue el amigo Morales, envíen a saludarle. De él tomarán informes acerca de mi buena conservación.

Las últimas noticias políticas del Ecuador me han abismado, no porque me extrañase la conservación del Gral. Veintemilla en el puesto, sino por haber encontrado entre los que solicitan la Dictadura, hombres que han roto en sus tradicionales ideas de partido, y que, para lograr sus intentos, profanan el nombre de la Patria, se engañan a sí propios, y.....no acabaría a querer hablar de esto. Yo me ahogo en silencio, devorando la pena que estas cosas me causan como a ecuatoriano. No diré nada por la imprenta, nó.

Me alegro de que las aguas vuelvan a descender sobre nuestros agostados campos. Te agradezco los datos que contra las noticias de "La Revista" me das. Gracias, mi hijita, por tus ayunos del día *Sábado*: a las tres de la tarde, no faltará mi oración por todas ustedes. Abraza a mis hermanitas todas, haz un cariño a mi sobrinito, saluda a todos los parientes, amigos y amigas que me envían sus recuerdos, y a los criados todos. A Dios, hijita mía, recibe un abrazo de tu ñatô

Honorato.

Lima, 3 de Mayo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

No hay ningún caso de fiebre amarilla. Le comu-

nico esto por si acaso estén recelosas y con temor de esta epidemia por acá.

El domingo pasado, 30 de Abril, fui invitado por un amigo a una quinta cercana a Lima. Tuve un día de campo que me fue muy grato, después de la vida monótona y sin atractivos de la ciudad. Ya ve pues, mi Panchita, que me distraigo, y no me abrumo bajo ningún trabajo.

Si puede, le agradeceré que en este Mes de María, mande a celebrar una misa el último sábado de Mayo, por su hijo y por Miguel Moreno.

A Dios, Panchita mía, reciba mi corazón y bendígame como a su amante hijo.

Honorato.

Mi Jesusita:

Ustedes estarán gozando del Mes de María. Aquí por hoy esta solemnidad está reducida a misa y plática por la mañana: por la noche no hay nada. Todas las tardes, al ponerse el sol, recuerdo que a esas mismas horas las campanas de la Catedral estarán llamándolas a ustedes al pie de los altares, y me parece verlas acudiendo solícitas a esta incomparable fiesta católica. Esto me consuela, porque sé que de allí vendrán bendiciones para mí que tanto las necesito. Si de cualquier lugar podemos elevar el corazón a Dios, así lo hago con fe; pero como hemos vivido atados a nuestra ciudad, a nuestros templos, a nuestros altares, echamos de menos cuando estamos lejos de ellos: por esto, además de las oraciones que ustedes eleven por sí mismas a María, récenle algo en nombre del desterrado que se acuerda hasta del vestido con que adornaban a la Sagrada Imagen, en estos días, del olor de las flores que se ofrecían a sus plantas, del sacerdote que predicaba y de los fieles que oraban. Recuerdo que en el Mayo pasado le pedía a la Virgen que hiciese de mí lo que más conviniese. Hoy, en el Mayo de 82, veo cumplida

la voluntad divina, oídos mis ruegos, y está mi corazón agradecido y tranquilo. Pidámosle lo mismo para el 83. Que los hombres hagan de mí lo que quieran: esto no me amedrenta, porque tengo puesta mi confianza en Dios. ¿No es así, mi hijita?

Da un abrazo a mis hermanitas todas, y ahora más que nunca, que no falten en mi cuarto las flores de Mayo delante de mi Virgen. Dile a Merceditas que acuda a Ella, y pronto verá descender sobre sí y su nueva familia bendiciones celestiales. Agasaja a mis criados y saluda a mis peones. A todos los miembros de nuestra familia recuerdos cariñosos, así como para cuantos amigos y amigas me recuerden. Les saludan el Dr. Borrero y mis primos.

En el N.º. 764 de "La Nación" de Guayaquil, me han dedicado una composición poética: creo que será un amigo sacerdote con quien me conocí aquí en Lima. A Dios, hijita mía, recibe en tus brazos a tu ñato

Honorato.

Lima, 10 de Mayo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Ojalá sea cierto que al amigo Peralta se le haya dado salvoconducto, así por su bien, como porque es indicio de que nos lo den a Remigio y a mí.—Mi salud está buena, gracias a Dios. Ojalá también la de ustedes no tenga novedad alguna.—Confíemos, mi Panchita, en Dios, porque así todo resultará del modo que más conveniente nos sea. Encomiéndeme siempre en sus oraciones, y no deje nunca de enviarme sus bendiciones que necesito. A Dios! que pronto nos llegue la hora feliz de darnos un abrazo! Su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita.

Lo que me comunicas acerca de los últimos instantes del Dr. Cueva, me ha conmovido.

Pobre General Vernaza! ¿conque hasta de los derechos de ciudadanía ha sido desposeído? Tales son las veleidades de la política.—Por el último vapor llegó Dn. Pedro Carbo desterrado de Guayaquil por el Gral. Veintemilla: se cree que vendrán algunos otros más.—Siento la muerte de aquel pobre muchacho victimado por los soldados, y más aún la del viejecito Morales a quien lo he conocido, y cuya desgracia es más sensible una vez que podía haber sido evitada con más cuidado de parte de la Policía.—Dña. Antonia Mora y la Srita. Delfina viven aquí en Lima: han sido muy atentas conmigo. Están bien y me encargan saludarlas y preguntarles por Dña. Dolores Vázquez.

En cuanto a la fiebre, no hay aquí en Lima, y las muertes que ocurren en el ejército chileno son debidas a otras enfermedades. Tampoco la hay en Piura.—El Dr. Borrero las saluda. Ultimamente se le hizo una operación en una escrófula: pronto le harán en la otra. Pobre Sr.! su salud está muy quebrantada.—No me han llegado los papeles de que me hablas, pero creo que me vendrán por el vapor próximo. Te agradezco por el obsequio que quieres hacer de los pañuelos. Me parece que será mejor los bordes de blanco, porque aquí los de negro son muy acostumbrados: yo te enviaré los dibujos.

Saluda a la familia y a los amigos y Sras. amigas que me han enviado recuerdos. Haz un cariño a todas mis hermanitas, da un beso a mi sobriñito y agasaja a mis criados.—No importa que me hayas enviado sin sobre la carta de mi Remigio, y aun más, te autorizo para que las leas si gustas. A Dios, mi hijita, ora siempre por mí y pon flores a la Virgen por las que le pondría tu ñato que te envía el corazón

Honorato.

Lima, 24 de Mayo de 1882.
Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mia de mi corazón:

Recibi su cartita de fecha 6 de Mayo.

Me alegro de la llegada del amigo Morales y que por medio de él haya usted tenido informes acerca de mi. Ya le dije antes, no hay fiebre amarilla en Lima, y además estamos en invierno, lo que nos es favorable.

Bien hace, mi Panchita, en esperar de la Virgen las gracias que me son necesarias. Usted me ha enseñado a ser devoto de Ella, y esta devoción me acompañará siempre, tanto más cuanto muchos favores me ha hecho hasta hoy, y me hará todavía el de llevarme pronto a donde ustedes.

Le tengo algunos bonitos devocionarios reservados para enviarle en primera oportunidad o llevarlos cuando yo me vaya. Buscaré precisamente un «Mes de Maria» que le debo desde hace muchísimo tiempo. Esta vez le ofrezco que no le seré tramposo.

Supongo que un señor Tizón de aquí es pariente del que vive en Cuenca, y por esto incluyo en esta carta un pedazo de la crónica de «La Situación», en que se da cuenta de la muerte desastrosa que tuvo aquel señor. Envíele en mi nombre ese papelito al señor Tizón.

Espero que tal vez nos veremos pronto, pues pienso hacer mi viaje por Loja, no ya, sino después de algún tiempo en que me informaré de las condiciones sanitarias del tránsito, y sobre todo, del estado en que lleguen a parar las agitaciones políticas del Ecuador, pues si ellas continúan no será prudente salir de aquí.

A Dios, mi Panchita, le envío mi corazón para que me bendiga como a su amante y respetuoso hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Me alegro del paseo que han hecho en compañía de tan buenas amigas. Juzgo ya cuáles serían tus impresiones ante el espectáculo que en el Lazareto tendrías a la vista. No es posible permanecer impasible en esas mansiones de dolor, en donde debemos humillarnos conociendo la miseria de nuestro sér. Para mí me fue también penosísima la visita que hice, hace algún tiempo, al Hospicio de locos en esta ciudad.

Al fin, Marianito Estrella, estará de parabienes viendo concluida su obra en que tanto empeño ha puesto.—Comprendo la impresión que recibirías al ver allí al caballero que me desterró: no te acuerdes de él sino para perdonarle y encomendarle a Dios, cuyo instrumento ha sido.

Te agradezco las noticias que me envías. Ojalá les hubiesen llegado pronto las muestras de zurcidos, para que trabajen la obra que me ofreces para mi *Vecina*.—Los impresos no me han venido por este vapor: los espero por el próximo.

No está entre mis papeles aquella representación de la que me hablas. Debe estar en el archivo del Concejo Municipal, pues como pasó a mi comisión, al dar mi dictamen tenía que entregar también la petición al Secretario de entonces.—Te agradeceré las semillas de pensamientos que ofreces enviar para mis amigas.—No tengo necesidad de nada, mi hijita, así pues nada te pido que me mandes con el amigo Morales.

Me has escrito el primer *Sábado de Mayo*: gracias por el piadoso obsequio con que me has recordado en este día tan caro a mi corazón. Todavía tendré tres cartas más que me recuerden estos días. Cada sábado de Mayo es consagrado por mí a los recuerdos de la familia y de la Patria.

Abraza a mis hermanitas, besa a mi sobrino, saluda a tios y tías y demás familia, así como a las familias de José y Bartolo, a las criadas y al chacito. No me olvides en tus oraciones, mi hijita, y recibe un

estrecho abrazo de tu

Honorato.

El Dr. Borrero las saluda cariñosamente. Pobre señor, no se le cierra aún la herida de la escrúfula. Saludos de los primos. Recuerdos a mis amigos.

Lima, 31 de Mayo de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi alma:

Recibi su querida cartita de fecha 13 de Mayo. Siento que no les haya llegado mi carta correspondiente; pero por felicidad mi amigo Cornelio, a quien escribí al mismo tiempo que a ustedes, les ha sacado de la intranquilidad que les produjo no tener carta mía.

Dios ha querido favorecerme presentándome libre el camino para regresar a dar a usted y a mis hermanitas el ambicionado abrazo. Yo, anticipadamente me resigné a cuanto me deparase el Cielo, tocante a mi vuelta: hoy me la proporciona, y le agradezco, y aprovecharé pronto de este favor, yendo a los brazos de ustedes. Miguel me escribió desde Guayaquil, lo mismo que Agustín, que los buenos oficios del doctor Alvear habían logrado del Jefe Supremo se me permitiese la vuelta a mi casa.

Si no salgo por este mismo vapor, es porque espero se me comunique esta resolución del General Veintemilla, y porque además necesito que la presente carta les llegue con anticipación, a fin de que me envíen a Bartolo a Naranjal con un caballo, y además una mula para mi equipaje. Creo que hasta el 10 de Junio, más o menos, me llegará el salvoconducto, según las

cuentas que he hecho, y saldré de aquí el 15. En Guayaquil me defenderé unos cinco o seis días, hasta que salga el vapor para el Naranjal. Según esto, calculen allá la fecha en que debe aguardarme Bartolo en el Naranjal.

A Dios, mi Panchita, no deje de orar por mí, y agradeciendo a Dios el nuevo favor con que nos regala, bendiga a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

La noticia que me das de la fuga de los presos de la cárcel es alarmante. Quiera Dios que no nos redunde un mal, y, sobre todo, que aquel desgraciado joven no dé nuevos pesares a su familia.

Le agradezco al amigo Morales su atención al haberlas visto por dos veces, y haberlas consolado con las noticias que les ha dado de mí.—Agradece a nuestra *Vecina* el gran favor que nos ha hecho concediéndome la vuelta al lado de ustedes, y cumple la oferta del anticipado obsequio. Fué el último *sábado de Mayo* el día en que recibí de Guayaquil la noticia de mi inesperado salvoconducto. Siempre nos salvará la fe, hijita mía. A Dios, mi hijita, hasta que te abraze tu ñato

Honorato.

Mi Deifilita:

Le soy grato al amigo Morales por la tranquilidad que les ha proporcionado, noticiándoles de mi feliz conservación en Lima. Ruega a Dios porque nos abracemos dentro de pocos días. Agradece a la señorita Donatila Moscoso sus recuerdos, y dáselos también de mi parte. Tu

Honorato.

Mi Panchita:

Me alegro de que estén tranquilas por mí y de

que les haya gustado los dibujos que les envié. Haz un cariño a mis hermanitas, agasaja a mis criados, saluda a los parientes y amigos y recibe un abrazo de tu

Honorato.

Te agradecen las niñas Grandas el obsequio de los pensamientos.—A esta carta no me contestes, porque ya estaré de viaje, y no la recibiré aquí.

Lima. 7 de Junio de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibí su cartita de fecha 20 de Mayo.

Ojalá, como usted me lo dice, nos vuelva la tan apetecida calma con mi regreso a lado de usted.

En el vapor del 10 espero que se me transmita la noticia del salvoconducto de un modo cierto, y si ya la comunicación ha llegado allá, y me notician de esto, haré siempre mi salida en el vapor del 15; si no, demoraré hasta el vapor siguiente.

Aun cuando me esperase aquí un porvenir feliz (que no lo aguardo), no podría jamás resolverme a estar lejos de usted y de mis hermanitas. Por esto, como ustedes allá, yo aquí no vivo sino con el pensamiento puesto en nuestra pacífica existencia que hasta hoy la hemos pasado bajo las bendiciones de Dios.

Por hoy no pueden ser más angustiosas las circunstancias en que se encuentra nuestro país, por el hambre que sobreviene con caracteres tan alarmantes: esto es horrible, aunque ustedes me lo ocultan. Bien sé que calamidad semejante a la que hoy pesa so-

bre Cuenca, talvez no ha tenido ejemplo entre nosotros. Ustedes me lo han ocultado para no contristar-me, y la misma delicadeza veo en todos los amigos que se sirven escribirme; pues ninguno de ellos me habla de la situación de Cuenca con la claridad que pide lo que por allí sucede. ¡Compadézcase Dios de nosotros!

A esta carta tampoco deben contestarme, pues creo que a fines de este mes tendré la felicidad de abrazarlas.

A Dios, mi Panchita, ruegue como hasta aquí a Dios por su hijo amante que le pide bendiciones.

Honorato.

Mi Jesusita:

Ciertamente la Virgen comenzó sus favores conmigo en Julio y quiere coronarlos en Mayo. Pronto estaré, pues, Dios mediante, en los brazos de ustedes. Si en este próximo vapor del 10 no me viene el salvoconducto, no saldré el 15, sino que demoraré hasta el vapor siguiente del 22 o 23.

Me dices que no le faltan flores a la Virgen, ¿Todavía hay flores en Cuenca? ¿No se han secado todas las plantas? Al fin, si las de los campos se agostan, ofrézcanle allá las flores del corazón, flores perennes, si no cegamos las fuentes de la gracia, como ustedes lo saben mejor que yo.

Agradece a mis amigos y demás jóvenes que esperan mi vuelta: se han dignado de quererme en cambio del cariño constante que les he profesado.

El doctor Borrero las saluda. El y yo pensamos con pena en el día de mi marcha, porque si antes fuimos amigos, hoy lo somos más, en tierra extraña y proscritos ambos.

Abraza una a una a mis hermanitas, da un beso a mi sobrino, agasaja a mis criados, saluda a Emilianito y al negro Rafael, da recuerdos a mis tíos y tías, y demás amigos. y recibe este abrazo que me lo de-

volverás el día en que volvamos a vernos. Encomiéndame a Dios, mi hijita, hasta que recibas en tus brazos a tu ñato

Honorato.

Lima, 14 de Junio de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Creí tomar el vapor de mañana de regreso a la Patria, pero una carta que me escribió mi tío el doctor Vázquez y que la recibí por el vapor del 10, así como otra de un joven amigo mío de Guayaquil, me informan de que se me impide ir al Ecuador.

Las causas que se han alegado para ello son: 1º, las felicitaciones al amigo Estrella por no haber firmado el acta de pronuaciamiento de Cuenca, y la recomendación que hice a usted de que lo felicitase de mi parte; y 2º, la imputación que se ha hecho de ser yo autor de una hoja que, con el título «A mis compatriotas», ha publicado el señor don Melitón Vera.

En cuanto a lo primero, creo que no es un delito felicitar a un amigo por no haberse mezclado en cosas que a uno no le gustan. El mismo derecho que tienen los señores que han firmado, para felicitarse entre ellos, tengo yo para hacerlo con amigos que en ese asunto no han tomado parte.

En cuanto a lo segundo, debía quien me ha imputado esa publicación, tomar en cuenta que, al querer yo publicar por la imprenta algún artículo, lo haría con mi propio nombre o con mi seudónimo *Ramiro*; porque, como suelo escribir dentro de los límites de la educación y sin descender al lenguaje de las verdu-

leras, no hay por qué ocultarme, teniendo, además, cuidado de escribir lo que no me deshonre como a autor. Fuera de esto, sólo una prevención hostil puede suponerme autor de mis propios elogios, ya que el señor Vera se ha dignado de dedicarme un rasgo en su artículo, con términos que no los merezco. ¿Se me ha supuesto tan indigno que escriba yo mismo un rasgo en mi propia alabanza?

¡Qué causas las que se han alegado contra mí!

Que continúen mis enemigos su obra, y esto nada me importa por lo que a mí se relaciona, a no ser porque estos acontecimientos van a herir el corazón de usted y de mis hermanas. Pero, en cambio, ustedes que hasta aquí han sabido mostrarse cristianas resignadas, continuarán sufriendo silenciosas el dolor de una angustia que, si bien los hombres prolongan todavía, será, no lo dudo, bendecida por esa Providencia en la que creemos y que hasta hoy no nos ha negado sus favores.

Yo estoy tranquilo. Como recibí los primeros golpes, he vuelto a recibir los últimos:—resignado. Perdonemos otra vez a nuestros enemigos.

Una vez que el Gobernador ha tomado dos cartas mías, de hoy en adelante creo que serán pesquisadas todas. Como quiero que nadie se imponga de las expresiones de cariño que la ausencia me dicta, no sentiré, mi Panchita, que deje de ser tan comunicativo como en mis primeras cartas. Los que son indiferentes a nuestros trabajos, no tienen sino risa y sarcasmos para regalarnos. Ustedes también escribanme del mismo modo. Ojalá llegue pronto el día en que el uno al lado del otro hablemos, en el seno de la familia, de las intimidades de nuestro corazón.

Yo dirigiré mis cartas a usted. No quiero que ningún amigo sufra por mí, como tal vez habrá sufrido el amigo Estrella en el asunto pueril de las últimas cartas, cuyo contenido ha sido comentado qué sé yo cómo.

Como yo había anunciado mi marcha a algunos amigos y amigas de Piura, pudiera ser que fuesen a Cuenca cartas dirigidas a mí. Recíbanlas y léanlas: no me las devuelvan.

Dios será servido en conservarme bien hasta el feliz día de mi vuelta. Abrace a todas mis hermanitas, salude a toda la familia, y a cuantos amigos y amigas me recuerden.

Como siempre, ore mucho por mí, y envíeme sus bendiciones, en cambio del abrazo que le da desde aquí su amante hijo

Honorato.

Lima, 15 de Junio de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Cuando me preparaba a ir a abrazarla, me vino una carta de Cuenca, en que se me comunicó que el permiso para mi regreso se había revocado.

Se me inculpa ser autor de una publicación suscrita por el señor Vera, sin que los inventores de esta inculpación, hayan tenido en cuenta, ya que no otras circunstancias, siquiera las de que no podía ser yo quien escribiese mis propios elogios, como los hay en la hoja del señor Vera, sin que yo los merezca, y la particularidad de que, a querer escribir sobre nuestra política, no habría tenido necesidad de ofender la delicadeza del señor Vera, proponiéndole suscribiese una obra mía, ni este señor se habría prestado a ello. Además, no necesitaría ocultarme para decir lo que siempre dentro de los límites de la educación, he dicho aun en presencia del mismo señor Gobernador, quien hoy ha

interceptado dos cartas, las que han motivado la negativa del Jefe Supremo.

Otro punto de mi acusación es la de haber recomendado a usted que felicitase a nuestro amigo Estrella por no haber firmado el acta de pronunciamiento, y haberle también escrito al mismo felicitándole yo mismo. ¿Esta acusación es fundada? Vergüenza me da de que tales cosas se hagan entre nosotros!—Dn. M. Moreno ha querido que yo piense con él, y que si él dice que lo negro es blanco, yo también diga: «cierto es, lo negro como la noche, está blanco como la nieve». No he hecho, o mejor, dicho esto, y he aquí que como a un grande criminal, amenaza de la sociedad, se me niega entrar a donde tengo derecho de ir. ¿Cómo sin traicionar a mis convicciones, sin mentir, podía decir que son buenas esas actas de pronunciamiento hechas contra toda ley, y con escándalo de la buena fe prometida a esa misma Constitución y a esas mismas leyes que antes se ofrecieron guardar y hoy han sido violadas?

No sabe usted cuánto, cuánto desmerecemos en países extranjeros con estas cosas. Aquí tenemos muy mala nota los ecuatorianos políticamente considerados.—Dejemos estas cosas.

Yo me hallo tranquilo, muy tranquilo. Quiero que ustedes estén allá lo mismo. Nuestro primo Aurelio les dará razón exacta de mí. Todo tengo aquí, y sobre toda cosa, tengo fe en Dios.

No se desconsuelen, porque mi ausencia no será larga. Dios que ha permitido este segundo golpe se habrá propuesto algo que me sea conveniente. Si no lo sabemos, no por esto debemos desesperar.—Continúen perdonando y bendiciendo a mis enemigos: este será el mejor triunfo sobre ellos, y la más grata venganza que podemos tomar. Lo que les encargo es que redoblen sus oraciones por mí: mucho las necesito.

Allí les mando unos libritos y unas estampas. El un libro es para Miquita. Para usted va una Dolorosa,

y para mis hermanitas una Virgen del Rosario y unas piezas de música que les envío las más, de las que aquí están en boga. Quiero que las toquen y canten en el piano.

(Trunca).

Lima, 15 de Junio de 1882.

Mi Jesusita:

Allá va esa niñita que te entregará ésta, como recomendación que te hago para que la cuides allá. Por lo mismo que es extranjera te la recomiendo. Desde que la conocí aquí, me prometí que para cuando sea llevada a Cuenca, iría recomendada a ti. La misma pena que tuve cuando la conocí, tendrás tú cuando la veas.—Procura atenderla, cuidarla, educarla, en bien de ella y de sus padres que tanto se han interesado por su suerte, y tanto me han encargado la recomendase ante mis hermanas, a quienes representas tú, mi querida hijita.

Abraza a mis hermanitas, besa a mi sobrinito, y saluda a toda la familia, a los amigos y a los criados. A mi hijo Remigio dale por mí el abrazo que yo le habría dado si hubiera partido

Bendigamos a Dios por el nuevo trabajo que nos ha sobrevenido. Ruega mucho a la Virgen por mí, y recibe en tus brazos a tu

Honorato.

Lima, 20 de Junio de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:
Por el vapor pasado le escribí, pero no en con-

testación a su cartita del 27 de Mayo, porque la recibí después de salido el vapor, a consecuencia de haberla traído muy tarde el cartero. Hoy contesto, pues, a ésta, y a la del 3 de Junio, venida por este último vapor.

Estoy tranquilo con el nuevo acontecimiento relativo a mi salvoconducto. Tranquilícese usted también, porque ello convendrá así. Dios, en quien confiamos, nos sostendrá y ayudará. Sobre los odios de los hombres está la Caridad divina, y sobre nuestras penas anda la fe alumbrando los caminos de nuestra peregrinación. Por esto no me afligen tales acontecimientos, y se halla sereno mi espíritu en medio de las contradicciones que nos salen delante. Yo estoy bien en mi salud: por esta parte también pierdan todo temor. En fin, Dios, que dirige todos los acontecimientos de la vida, hará que pronto vuelva a los brazos de usted su amante hijo que le pide le bendiga siempre

Honorato.

Mi Jesusita:

De las causas para haberseme negado el salvoconducto, aquella de las cartas es cierta, pero en ella no hay un delito: la imputación de ser autor de artículos sin mi nombre, es falsa. Imputenme lo que esté con mi nombre o mi seudónimo, pero no lo que sin ellos aparezca. Nada he publicado sobre política ecuatoriana, nada, y al hacerlo no tendría por qué ocultar mi nombre. Gracias a Dios, no escribo con hiel ni podredumbre, para pretender ocultar y ocultarme tras del anónimo, como quieren quienes me calumnian. Yo publicara una protesta contra tales imputaciones, si me las hubieran hecho de un modo oficial o por la imprenta. Que me las hagan de cualquiera de estos modos, y entonces protestaré contra las calumnias con que se me regala. Mientras tanto, no hago caso, pues bien me conoces con cuanta frialdad he solido mirar cualquier inculpación

infundada que se me ha hecho: que se invente lo que se quiera contra mí, si esto no es cierto, me tendrás siempre con la risa en los labios.

Escribí al doctor Alvear dándole gracias por su atención.—Deploro lá desgraciada muerte de mi querido discípulo el joven Salcedo: participale así a mi amigo Adolfo, a quien escribiré por otro correo. Agradécele igualmente la misa que el último *Sábado de Mayo* me ha dedicado. Gracias para todas ustedes por el piadoso recuerdo que de mí han hecho en ese día.

Me alegro de que Miguel las visite continuamente. Miguel, Remigio y los demás buenos amigos míos harán mis veces allá.

Bueno está que respecto al chiquito de Mercéditas sigan las prescripciones de Miguel, a fin de que no enferme.—Conque! ¿al fin llovió? ¿Continúan las lluvias? Quiéralo Dios, para que el hambre no haga más tarde mayores estragos.

Continúen tocando el piano. Para eso les envié con Aurelio las últimas piezas musicales que están aquí en boga.

Un abrazo a todas mis hermanitas, saludes cariñosos a los amigos y amigas que me recuerden, a los tíos y tías y al negro Rafael. Agasaja a mis criados, ruega a Dios por mí y recibe el abrazo con que te estrecha desde aquí tu

Honorato.

Lima, 28 de Junio de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:
Recibi su estimada cartita de 10 de este mes. La

comunicación sigue bien, así que, escribame siempre directamente con mi nombre.

Me tranquiliza lo que usted me dice respecto de su resignación. Lo que escribí a Benigno fue dictado por la fuerte impresión que me venía produciendo el imaginar sus penas de usted por mi ausencia. Pero, para mi calma necesitaba que usted me hablase con la franqueza con que me habla, pues de otro modo no podía sino vivir continuamente aquajado con el recuerdo de sus dolores allá. Lo que es por mi parte tengo la suficiente tranquilidad para soportar todo con ánimo sereno. Y para que me crea no necesito sino que usted recuerde cómo he sido casi indiferente a cualquier mal que me sobrevenia cuando estaba yo allá.

Ninguna enfermedad me aqueja de modo que se pudiera temer por mi salud.

Dios no es lo mismo que los hombres, así que, aun cuando éstos se empeñen todavía en nuestro mal, la Providencia no olvida a los perseguidos por ellos.

A Dios, mi Panchita! Bendígame siempre y reciba el corazón de su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

No he sufrido porque mis cartas hayan sido leídas por extraños. No han respetado la ley al violarlas, este es pecado de ellos y no mío. Por lo demás, ¿qué contenían? efusiones de cariño para la familia. ¡Conque, tengo críticos que me juzgan implacables! No es extraño: los tuve cuando estuve en Cuenca. Pro feso yo un principio en Literatura, y es que las cartas íntimas de familia no han de ser juzgadas a la luz de las reglas de los preceptistas, sino con el sentimiento de un hombre de corazón honrado. ¿Hago caso de estas cosas que hablan contra mí? Ya tú me conoces bastante indiferente a éstas y otras de la laya.

Si Aurelio regresa, te encargo que me envíes con

él, de entre mis papeles un ejemplar de mis *Cuestiones gramaticales* anotado con mi letra. Debe de estar entre los papeles de una de las dos mesas, así como un cuadernito que, con el título de «Apuntaciones gramaticales» contiene ejemplos y juicios míos. Envíame también algunas de tus composiciones, que las necesito. Yo te enviaré de aquí las que se digna franquearme una inteligente amiga mía.

A mi compadre José María dile que me escriba uno o dos de nuestros mejores *tonos*, que me envíe una de sus cuadrillas y algunas otras obras suyas, y todo remitemelo con Aurelio. Entre los tonos que venga «La embriaguez del dolor» escrito para tocarse a cuatro manos.—Otro encargo te haré más personal respecto de mí: si pueden procura que me compren un sombrero pequeño de paja. Les agradeceré muchísimo. Aurelio les indicará el tamaño. A Remigio le dirás que me envíe unos ejemplares de los Discursos pronunciados en la Academia de Derecho público, y cuantas otras publicaciones tengan hechas los jóvenes en estas y otras materias. Al doctor González también le he pedido algunas cosas.

Deseo que mi hermana Panchita haya mejorado de su enfermedad. Dile a mi amigo Pancho Farfán que no me gusta que me envíe recados solamente, y que, como me debe, le exijo que me escriba. A Rafael le escribo bajo la cubierta de Miguel Moreno. Dile a Remigio que las cartas del señor Obispo fueron ya a Arequipa por el vapor pasado.

Abraza a cada una de mis hermanitas, acaricia a mi sobrino, saluda a César cuando le escribas, da recuerdos a mis amigos y amigas, en especial a los miembros de familia, agasaja a mis criados, y, encomendándome en tus oraciones, recibe el corazón de tu ñato

Honorato.

La señora doña Juana Anzoátegui, y la señora do-

ña Angela Puyol, suegra de Morales, me encargan salud a ustedes, lo mismo que el doctor Borrero y Amadeo.

Mi Anita María:

Te agradezco la ternura con que me has escrito. Si cuando me escribes me parece que hablas personalmente conmigo, haz la misma cuenta al recibir el abrazo que desde aquí te envía tu papá

Honorato.

Lima, 5 de Julio de 1882.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su querida cartita de fecha 17 de Junio, en la que se me muestra conforme con el desengaño que inesperadamente recibimos tocante a mi vuelta. La tranquilidad y resignación de usted hacen mi propia tranquilidad; porque si yo padezco es con el pensamiento de sus dolores y penas. Por esto, pues, cada vez que en sus cartas veo que su corazón sabe sobrellevar tanta pena, desaparece mi intranquilidad, y me consuelo.

Lo que es por mí mismo no hago caso. Mi salud está bien, gracias a Dios.

Felizmente para no llevarme un chasco, tuve el acuerdo de esperar la fecha correspondiente a la llegada del salvoconducto. Si yo me hubiese precipitado en mi marcha, buena jugada habria recibido.

Esperemos, pues, confiados el desenlace. Todavía convendrá mi ausencia, cuando Dios permite que se alargue.

Viva pues siempre con sus penas, y cuando me recuerde, encomiéndeme a Dios, perdóneme y bendígame como a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Los términos con que me hablas son propios de una buena cristiana. Me consuela sobremanera de que sean tales los sentimientos que en los días de tribulación les asisten; sentimientos que no desmienten de la cristiana educación que, gracias a Dios, nos han dado nuestros padres con las palabras, y más que todo, con el ejemplo. El pasaje que del Santo Apóstol me citas, es elocuente, y encierra esas enseñanzas que me las patentizas. Procuremos, pues, que en ustedes y en mi esté siempre encendida nuestra fe, para no ser reconvenidos como el Apóstol.

Mi salud está buena. Aquellos dolores de estómago que padeci, como les comuniqué, no me han repetido tampoco. Mi tiempo lo llevo agradablemente ocupado con mis estudios predilectos. Solaz no me falta, pues me lo proporciona la reunión con personas escogidas que se dignan tratarme con cariño. Estas buenas, y para mi honrosas amistades, alternan con mis ocupaciones en Lima. Cuando me separe de aquí, llevaré gratos recuerdos de mis amigos y me acordaré siempre de los agradables momentos que han sabido proporcionarme en mi ostracismo.

Da un abrazo a cada una de mis hermanitas, un beso al chiquito, y agasaja a las criadas, a José y a Ubaldo, a quien le dirás que hasta cuando no escribe para que se comunique conmigo.

Un abrazo especial para mi comadre, y saludes para César. A Dios, mi hijita, pide a Dios por mí, y recibe mi corazón.

Honorato.

P. S. A Miguel le escribo un método curativo, en

verso. Las saluda doña Antonia Mora y Delfina, y les recomendando la inclusa.

Lima, 18 de Julio de 1882.

Sra. doña Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibí su querida cartita de fecha 1º de Julio, en que me comunicó haber recibido mis cartas.

Me alegro de que las calumnias de mis enemigos no la hayan hecho sufrir y de que las reciba del mismo modo que yo lo hago.—Mi salud está muy buena, pues hoy no siento la más ligera indisposición.

Les escribo ahora en la misma fecha en que salí de Cuenca. Agradecemos a Dios todo lo adverso y próspero que nos ha enviado durante este tiempo, y esperemos en que su Providencia nos cuidará con la misma solicitud que hasta aquí, y haga llegar el día dichoso en que vuelva a los brazos de usted y de mis hermanitas. Mientras tanto, ruegue a Dios como siempre, porque siempre necesito que se ruegue por mí.

A Dios, Panchita mía, reciba el corazón de su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Me alegro de que Aurelio les haya informado de mi salud para que se tranquilicen ustedes; pero aquello que me apuntas con referencia a la prima me tiene a mí también con alguna curiosidad. No dejes de comunicármelo minuciosamente en cuanto puedas escribirme con seguridad, pues es necesario que yo lo sepa. Te agradezco la ternura con que has mirado a la niña.... y me ofreces cumplir mi recomendación: a ser

posible. Yo hubiera deseado de buena gana que ella viviese en casa, en donde se educaría al lado de ustedes, tal como es menester. Si esto no lo pueden hacer por hoy, te pido que la tengan en casa con frecuencia a esa linda criatura de quien he tenido pena desde que la conocí aquí. He visto a la madre a quien llevé tu carta y la leyó con lágrimas a los ojos, agradecida de tí y de mí por la solicitud a favor de la extranjerita. Cuando y cada vez que puedan ustedes prestar algún favor a un extranjero, háganlo pensando en que yo también soy extranjero en estos países, y que sé cuánto valor tiene un servicio recibido en tierra extraña.

Lo que me dices acerca de los diezmos me ha hecho pensar mucho. ¡Qué riqueza la que se adquiere a precio de las lágrimas del menesteroso.....

Los viveres venidos de California serán un auxilio poderoso para Cuenca en estas circunstancias.

Ciertamente Miguel me autorizó a que pidiese al señor doctor Piedra el dinero que me fuese menester. Lo haré en cuanto tenga necesidad. Te agradezco y agradece a Panchita la instancia con que me brindan estos fondos.

Dile a mi hermana Panchita que no quede sólo en ofrecimiento el propósito de aprender las piezas musicales que les envié. Quisiera que todas ustedes las aprendiesen: lo que es del canto tú no te me puedes exonerar. Ya no *reincidiré* remitiéndoles otras cosas.

Te escribo ésta al año completo de mi salida de Cuenca. En las cartas sucesivas tendré lugar de ir apuntándote algunos otros aniversarios.—Abraza a todas mis hermanitas, a mi comadre y el chiquito. Saludos a todos los de la familia, y a los amigos y amigas que me recuerden. Agasaja a mis criados, y tú, sin olvidarme jamás en tus oraciones, recibe el estrecho abrazo que te envía tu ñato

Honorato.

Lima, 26 de Julio de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su cartita de fecha 8 de Julio.

Me complazco de que le haya gustado la Dolorosa que le envié con Aurelio. Las palabras que del libro de Tobías escribi en ese cuadro, nos eran convenientes a usted y a mí: a usted para que siempre se halle consolada por mi ausencia; y a mí para que siga mi peregrinación con fe. Su resignación hace la mía. Esperemos.

Yo sigo bien. Ojalá que la salud de usted allá no tenga ninguna novedad desfavorable.

A Dios, mi Panchita, no me olvide en sus oraciones y bendígame siempre como a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Te agradezco las advertencias que, respecto de mi seguridad, me vuelves a hacer.

¿Salen ustedes al campo en estas vacaciones?

Me alegra la noticia que me das acerca de la llegada de los viveres del Naranjal. ¡Cuántas necesidades llenarán! Quiera Dios enviarnos lluvias para Octubre.

Ya me supongo que le habrán *acabado* a preguntas a Aurelio, respecto de mí. Por las noticias de él sabrán, pues, que me conservo perfectamente sin que haya lugar a temores.

Los señores Robinson y Rojas, comisionados por el Gobierno del Ecuador, han comprado en Chile el buque "Santa Lucía". Aquí en Lima se dice que el Gobierno del Ecuador ha ofrecido al de Chile ocupar Tum-

bes; cosa que no creo, y que por lo pronto existan ya en los hijos del país resentimientos con el Ecuador. Aunque éste tenga derecho a esa porción de territorio, no sería noble ni decoroso que aprovechase de la desgracia en que hoy está el Perú, pudiendo llegar a un arreglo definitivo por la vía diplomática, cuando se restablezca la paz en esta República. Creo, como te digo, que no será cierto aquello, ya que no está tampoco en el ánimo del pueblo ecuatoriano deseo semejante.

Haz especiales cariños a cada una de mis hermanitas, a mi comadre y a mi sobrino, a quien darás un beso en mi nombre. Cuando escriban a César, saludenlo de mi parte. Agasaja a mis criados, y saluda afectuosamente a los amigos, Farfán, Estrella, Cuesta y Alvarado. A Dios, mi hijita, te abraza tu

Honorato.

Mi Anita:

Hoy es día de tu santa, y te envío mi saludo de cumpleaños. Quiera Dios que el año venidero lo paseemos juntos. Haz un cariño a Ernestina, y recibe un abrazo de tu papá

Honorato.

Lima, 2 de Agosto de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibí su cartita de fecha 15 de Julio. Ojalá la falta de la mía de que usted me habla, no sea ocasionada sino por alguna demora en el servicio postal, ya que otro motivo no hay para que se nos prive hasta del único placer que nos queda:—el de escribirnos.

El 4 es la fiesta de Santo Domingo, y acudiré a su iglesia, y allí oraré por usted y mis hermanitas.

Duplique sus oraciones por mí, con la instancia maternal que le es propia, y aunque no sea yo merecedor, envíeme siempre sus bendiciones, tan ambicionadas por su amante hijo que le envía el corazón

Honorato.

Mi Jesusita:

Lo mismo que tú has pensado el día *sábado*, 15 de Julio, en que me has escrito, lo mismo pensaba yo también en fecha igual. El día *sábado* en que ustedes me escriben, es para mí el día de recibir mis cartas.

Hoy, 2 de Agosto, hace un año a que entré a territorio peruano. Estuve en la Tina, hacienda del señor Valdivieso, viendo los campos ecuatorianos a pocas cuabras de distancia, y dividido de ellos nada más que por un río. Haga Dios que el año venidero recordemos estas cosas, juntos todos en el seno de la familia.

La recomendación que me vuelves a hacer, prueba que están siempre recelosas acerca de aquella persona. Aunque yo no lo creo, con todo tendré cuidado.

En los pueblos del interior del Perú ha habido encuentros sangrientos entre peruanos y chilenos. La guerra que se viene haciendo es cruel. Una pequeña división de los segundos fue totalmente destruida en Concepción: éstos por su parte han incendiado algunas poblaciones.

Hay alarma aquí respecto de la ocupación de Tumbes por las tropas del General Veintemilla: se dice por peruanos y chilenos que esto es cierto, y así lo dan a conocer algunas publicaciones de Chile. Si esto se efectúa, los ecuatorianos no podremos vivir en el Perú, por la excitación que habrá contra nosotros, y tendremos necesidad de salir a buscar otro asilo, sobre todo los que no podemos volver al propio. Si hoy no se nos ha de-

clarado hostilidad, será porque hay fuerzas chilenas: de otro modo talvez habríamos probado ya el resentimiento de los peruanos. En fin, Dios haga lo mejor. Mientras tanto, y en previsión de tener que marchar a algún otro lugar, voy a pedir dinero al señor doctor Belisario Piedra para que ustedes lo paguen allá. Así estaré expedito para salir de aquí a donde no peligre mi seguridad. Si salgo, cuidaré de noticiarles oportunamente.

Haz un cariño a cada una de mis hermanitas, a mi comadre y a mi sobrinito. Recuerdos a todos los amigos que no me hayan olvidado, y agasajos a mis criadas y criados.

Tú no te olvides de rogar mucho muchísimo a Dios y a la Virgen por tu hermano que te abraza.

Honorato.

P. S.—Llegó aquí el señor Obispo de Loja, a quien tuve la satisfacción de visitar en su convento.

— — — — —
Lima, 8 de Agosto de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su querida cartita de fecha 22 de Julio. Me alegro de que heyan llegado juntas dos cartas mías.

Yo estoy bien en mi salud. Ojalá del mismo modo continúe la de ustedes.

No dejo de esperar confiado en Dios, cualquiera que sea la suerte que me depare. Hasta aquí no me ha faltado su auxilio, y éste continuará también en adelante....

A Dios, mi Panchita, reciba mi corazón, y bendígame como a su amante hijo

Honorato.

Mi Jesusita:

Mi resignación continúa siempre porque es hija de la fe. No hago caso de las venganzas ajenas que es menester echar al olvido y castigarlas con el perdón.

La fineza de mi amigo Adolfo en el aniversario de mi prisión, es propia de su alma delicada y piadosa. Ya me imagino lo que ustedes habrán experimentado ese día, las impresiones que habrán recibido, los recuerdos que habrían hecho y las oraciones que por mí habrían elevado. Adolfo es uno de los amigos que más me quiere, y no es extraño que con tanto cariño y de un modo tan especial me recuerde.

Lo que te dije en mi anterior acerca de salir del Perú, no está resuelto todavía. Para hacer'o, les avisaré con oportunidad.

Espero que me envíes, como me ofreces, aquel valse nuevo, y los demás encargos que te hice. No dejes de escribirme con Aurelio aquello que me indicaste había dicho nuestra prima.

¿Conque, mis hermanas desde ahora piensan en un paseo? Se imaginan que ya no estaré como antes hecho R... y se prometen desquitarse de tan larga ausencia. Quiera Dios acortar el plazo, si así conviene, y díles que entonces veremos si estoy o no como lo imaginan. Supongo que Panchita Vázquez será la de aquella idea.

Me alegro de lo que, respecto de César me comunicas. Ojalá en Machala le vaya mejor en el ejercicio de su profesión.

Abraza a cada una de mis hermanitas, acaricia a mi sobrino, saluda a los amigos y agasaja a mis criados. Cuando escriban a César saludéno también.

A Dios, mi hijita, ruega a Dios por tu hermano

que te abraza.

Honorato.

Lima, 15 de Agosto de 1882.

Sra. Dña. Francisca Ochoa v. de Vázquez.

Cuenca.

Panchita mía de mi corazón:

Recibi su querida cartita de fecha 29 de Julio.

Me consuela saber que usted y mis hermanitas están con buena salud. Del mismo modo estoy yo hasta hoy.

Confiemos siempre en la Providencia, y así alcanzaremos buena suerte en todo orden. Usted no deje nunca de bendecirme, y reciba el corazón de su amante hijo

Honorato.

Le envío esa florecita que aquí llaman «Francisca».

Mi Jesusita:

Hace un año estuve en la hacienda de nuestro amigo Dario, en donde pasé días tan hermosos como puedes imaginarlo, ya que me hallaba con mi antiguo y querido amigo.

Si no encuentras mi cuadernito de «Apuntaciones gramaticales», busca otro que está impreso,—«Cuestiones gramaticales», y anotado con mi letra. Remíteme también los papeles que me dices, y otra multitud de hojas que no se hallan cosidas, y están guardadas bajo la pasta suelta de un libro, y que deben conservarse en uno de los cajones o sobre alguna de las mesas: son correcciones al lenguaje común, por el orden del librito

del doctor Cevallos.

El doctor Borrero las saluda: está en mejoría.

Si el doctor Ormaza aceptara la dirección de la clase de Literatura, estaría muy bien servida; porque este sacerdote es ilustrado. La excusa que ha dado me parece un exceso de modestia.

Un abrazo a cada una de mis hermanitas, un beso a mi sobrinito, y saludes para toda nuestra familia y amigos.

Tú encomiéndame siempre a Dios y recibe en tus brazos a tu

Honorato

Mi Panchita:

Te agradezco tu cartita tan llena de cariño para tu hermano. Ya que se frustraron nuestras mutuas esperanzas de vernos reunidos otra vez, haces bien de mostrarte conforme con la voluntad de Dios, y de pedirle haga El lo que más nos convenga.

Espero que pronto pondrás al piano y ejecutarás las piezas de música que les remití. Son las más nuevas y las que están, por lo mismo, de moda aquí. Te recomiendo, sobre todo, las canciones españolas, y los fragmentos de la lindísima zarzuela «La Marcellesa».

Saluda a las prietas, a las tías y tíos, lo mismo que a nuestras criadas y a José y Úbaldo.

No me olvides en tus oraciones y recibe el abrazo estrecho que te envía tu

Honorato.
